3 1761 08171689 6

Dr. JUAN ESTEVAN GUASTAVINO

# San Martín y Simón Bolívar

## GLORIFOBIA Y COCHRANISMO PÓSTUMOS

JUAN L. DASSO & CIA.
EDITORES:
815 - SARMIENTO - 825
BUENOS AIRES

LIBRARY
AUG 28 1913
UNIVERSITY OF TORONTO

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

G9
1913

http://www.archive.org/details/sanmartnysim00guas

## AL LECTOR

Debo dos palabras de honrada advertencia al héroe que se aventure por los pedregales de las presentes páginas. Ni camino real ni encrucijada; ni catedral literaria ni *tapera* mendicante; ni la severa unidad del coturno histórico ni simple esgrima de improvisada polémica hallará en las incidencias de este libro, quien se proponga acompañar al autor en la marcha que ha debido emprender tras la lógica de un crítico histórico que tiene la línea recta del guanaco y el avestruz disparando entre las quebradas de un despeñadero andino.

Si hay algo que pueda salvarme ante el juicio del rígido lector, ese algo será sólo mi exceso de buena voluntad. La *afición*

*al arte* tiene heroismo inexplicables desde el Quijote a Saco de Porotos. Ampárome en el segundo, que mejor cuadra a mi modestia.

Saco de Porotos, veterano del Ejército de los Andes—pequeñito, ágil, tieso como una bayoneta, feo, con la cara y las manos salpicadas de grandes manchas, (de donde le venía el apodo) fiel a la religión de su bandera y león entre leones—hallábase en Córdoba en 1830 sentando plaza en el batallón del famoso Coronel Barcála, ejemplo de pundonor y disciplina mliitar.

El trueno de la lucha de "Civilización y Barbarie" rugía sordamente en el interior de la República y la *montonera* rondaba la Ciudad Doctoral donde los soldados de la Ley de Mayo velaban, por aquel momento, con el arma al brazo. Un día corrió el rumor de que el cuerpo estaba en vísperas de sublevarse. Barcála hízole formar en cuadro: puesto en su centro grita una y otra vez: "Cuatro pasos adelante el cabeza del motín!" Con estupefacción de todos, Saco de Porotos avanza y se cuadra arrogantemente. Aquello era un sueño para Barcála. Saco de Porotos, el bravo veterano, jamás en falta, atentaba contra el honor del cuerpo!... Eso no podía ser!

En el cuarto-bandera se cruza este diá-

logo privado entre el severo Coronel y el sentenciado a muerte:

—Con qué tú, tú, Saco de Porotos, el viejo soldado de la Patria, has querido manchar la bandera del batallón... y en estos momentos!!

—Jamás, mi jefe.

—¡Cómo! ¿No has declarado que encabezabas la rebelión?

—No, mi coronel.

—No avanzaste cuando llamé al *cabeza de motín?*

—Es que me gustó la expresión, mi Jefe.

El semblante, la palabra, la actitud del soldado transpiraban honda ingenuidad. Pero el intrigado Barcala recordó en ese momento la denuncia de que días atrás, tocándose llamada a la voz de alarma, con la montonera sobre la ciudad, Saco de Porotos había corrido desde muy lejos arrastrando cuanto soldado hallara al paso.

—¿Y por qué al toque de "a formar" del día tal, acudiste el primero desde gran distancia encabezando la tropa?

A estas palabras el veterano se transfiguró de súbito. Firme militarmente, alzando la cabeza con arrogancia y fija la mirada en el jefe, contestóle con voz fuerte y enérgica:

—"Coronel! Saco de Porotos nunca formó último frente al enemigo".

El *amor al arte* había puesto a una línea de la muerte al veterano de Los Andes, de cuya especie decía Barcala narrando el hecho: *con uno de ellos se hacía lo que con una compañía de otros ejércitos.*

Hidrófoba y desmelenada de odio contra la figura del Gran Capitán de América y las glorias argentinas, ha irruptido en el campo de nuestra historia la *montonera* boliviana de cierta escuela literaria, agitando al grito de ¡Simón Bolívar!, ante nuestros ojos, en plena hora de cultura, la roja banderilla de atávicos atrasos. Como Paz ante las montoneras de López; ó como Lavalle contra el escuadrón *mameluco* (en *Ituzaingó,* ordenando: "¡ocho dragones a limpiar el frente!", he despertado del reposo en que yacen con sus armas cubiertas de laureles, uno que otro granadero de Los Andes tomados al acaso, para que puestos de pié, con el sólo prestigio de su presencia y sin uso de sus armas, avente de nuestro campo la montonera extraña y acalle su salvaje vocerío.

Representan a aquellos granaderos los mil timbres de grandeza documentada que ilustran la vida del *Capitán* y las páginas de nuestra historia; rasgos todos bien conocidos del lector argentino, pero que he debido exhumar someramente una vez más para dar ante los extraños la voz de alerta, y salvarme siquiera del repro-

che que Saco de Porotos pudiera hacerme de no haberlo llamado a formar en la hora necesaria.

Como de montonera se trata, el cacique que la acaudilla no trae en el asalto a nuestra historia, ni método, ni regla, ni plan literario de ninguna naturaleza, y por consiguiente he debido seguirlo por los zigzag y saltos anacrónicos que ejecuta como una carga de indios pampas.

Escritas además estas páginas para la prensa diaria con objeto de suscitar una amplia discusión sobre la materia, y convertidas en libro a causa de su forzoso desarrollo, resiéntense de la falta de unidad literaria que sería deseable.

Van en el *anexo* documentos importantes, algunos inéditos, que ilustran materias trascendentales del texto que no han sido tratadas con el detenimiento necesario, en obsequio de su pronta aparición.

El americano, sobre todo el joven que tenga tiempo que perder honestamente, puede pasear sus ojos por las páginas de este libro, seguro de no hallar en ellas ni la vislumbre de una materia innoble. La sombra de San Martín lo ampara.

*J. E. G.*

Buenos Aires, Octubre 1913.

# San Martín y Simón Bolívar

GLORIFOBIA Y COCHRANISMO PÓSTUMOS

# CAPITULO I

*Las fatales leyes de la Historia y la montonera del bolivianismo anarquico-literario.—El falseamiento de la Historia como esgrima de odios y celos gratuitos contra la Argentina: causa de la explosión.—Los puntos capitales de la calumnias contra el país y el General San Martín: su refutación documentada.—No son los historiadores argentinos, sino los críticos de "tierra caliente" los censores más crueles de la psicología colombiana.—Contradicciones del bolivianismo antiargentino: San Martín infame y grande ;Argentina noble y despreciable; Rivadavia, Valentín Alsina, Mitre, Sarmiento, personajes de aldea; Bolívar héroe argentino; Venezuela puesta en la picota pública por el crítico de la historia argentina.—El psiquiatra historiador uruguayo de Hispania y el filósofo, también uruguayo de la reciente obra: "Cartas de Bolívar".—El coturno histórico de ambos.*

"El día de mañana se dá a la vela la expedición Libertadora del Perú. Como su General, tengo el honor de informar a V. E. que representa al pueblo heróico, al virtuoso pueblo, más digno de la historia de Sud-América y de la gratitud de sus hijos; protestando, que mis deseos más ardientes son por su felicidad; y que, desde el momento en que se erija la autoridad central de las provincias, estará el ejército de los Andes subordinado a sus órdenes superiores con la más llana y respetuosa obediencia. *José de San Martín*". (Comunicación al Gobierno de Buenos Aires desde Chile, en el momento de emprender la expedición al Perú).

---

"Un pueblo es perdido cuando se ha hecho incrédulo a la religión de los recuerdos de las pasadas glorias. *Sarmiento*". (De Cancha Rayada a Maipú. Obras, tomo 1.°).

En una modesta casa del pueblo de la Guayra, entre tres a cuatro de la mañana del 31 de Julio de 1812, el precursor de la independencia Sud-americana, don Francisco de Miranda, puesto de pie por la traición, junto al lecho, tendiendo el brazo y paseando la mirada sobre Simón Bolívar, Montilla, Soublette y Chatillón que pistola en mano le rodeaban intimándole entregarse prisionero, exclamaba estas melancólicas palabras: "¡La sedi-

ción, la sedición! ¡Hé aquí todo de lo que estas gentes son capaces!"

Aquel grito del noble anciano lanzado en medio de la perfidia de sus amigos, á la luz temblorosa de la linterna de Soublette, entre el desorden que la sorpresa sembrara en la alcoba, y el sordo rumor del mar cercano donde le aguardaba inutilmente la nave que pudo salvarle de los grillos que cargaría para siempre, fué una inmensa amargura, un anatema terrible y una fatal profecía.

La sedición desde entonces vivió activa y tejió sus sierpes á influjo de los cómplices de aquella traición durante treinta años por el suelo de medio Continente, y después de desaparecidos del escenario los protagonistas, sus engendros aún palpitan entre el limo de las heredadas pasiones. El inspirador y ejecutor principal de la tragedia que segregó a la emancipación americana el brazo y el genio de su grande Precursor, trazó a la hora de la muerte el proceso de sus propias faltas, que la posteridad habría de fallar: "Me ruborizo de confesarlo,—pero la independencia es el único bien que hemos conseguido a costa de los demás; he arado en el mar; he sido uno de los grandes majaderos, como el Quijote". Esta es, en sustancia, la amarga filosofía que el frío del sepulcro pone ante

los ojos de Simón Bolívr cuando corriéndole de las sienes la venda de sus ambiciones febricientes, le descubre la verdad plena, la tremenda y expiatoria verdad de sus errores y sus faltas.

Ochenta años han pasado desde entonces, y sin embargo la profecía de la víctima y la confesión del victimario, viven todavía fuertemente enlazados por la lógica inflexible de las flaquezas humanas, como un anatema en el seno de su patria.

No es del caso historiar el martirologio anárquico de aquel pueblo hermano, pues a los fines de estas páginas, me basta con sólo recordar que, en los mismos días que están corriendo, el ex presidente Castro—"un Guzman Blanco parodiado"—enciende la guerra civil en Venezuela, invadiendo el país por el Estado de Falcón, para "echar de la Casa Amarilla al presidente Gómez", mientras otro militar, el genral José Manuel Hernández, llamado el "Mocho", se prepara a su vez a invadirlo desde Nueva York, para caer sobre los dos primeros contendores,—Castro y Gómez—debiendo esperarse que antes de un mes, tres ejércitos, con tres presuntos presidentes á la cabeza, se embistan furiosamente, sembrando, según anuncia el *New York Herald* del comienzo de este mes, el espanto de una sangrienta y terri-

ble guerra, como pocas veces se haya visto en Venezuela. Y mientras en el campo del ejercicio del gobierno y la práctica de la educación política de los partidos venezolanos, la sedición y la anarquía incendian el país por la quinquagésima vez, desde que es Estado independiente; en la región de las letras americanas, región serena y culta por definición, sus escritores penetran a la historia argentina con el feo tizne de las emulaciones del pasado banderizo, exhumando contra sus glorias más puras los odios y calumnias de extranjeros que el juicio de la posteridad ha tiempo tenía sepultadas en el más hondo desprecio; é invirtiendo el sentido de la moral y de la verdad histórica de la Revolución Argentina y la figura de sus grandes servidores, se esfuerzan en deprimir los timbres radiosos de nuestra raza y siembran en su derredor la cizaña y los celos de los pueblos hermanos del Continente a fin de concitarle su prevenida desafección.

En esta campaña de difamación histórica contra el pasado argentino—y aún contra el presente—parece existir toda una prosapia diseminada por las bibliotecas y los archivos europeos, donde unos, los más pacientes y cascarudos, hacen de buzos y zapadores que escarban los cajones viejos en busca de papeles equívocos,

que sirvan con un poco de aderezo literario y otro poco de impudicia á ensombrecer nuestras figuras luminarias,—mientras otros, los más osados é irresponsables, lanzándose como francos tiradores, se trepan a las columnas de los diarios y revistas, tirando a mansalva y extemporáneamente sobre hombres y cosas enlazadas a nuestras más nobles afecciones nacionales.

Hasta hace poco, la cátedra difamadora funcionaba en París, de donde partían panfletos acorchados con aspiraciones a libros. Hoy se ha extendido a Londres, y de allí, por una contradicción con su ambiente culto y ponderado, parte como un venablo hacia el corazón argentino, la nota más destemplada y típica del estado de incultura social y patriótica de ciertos hijos de Venezuela que pretenden asumir graciosamente la representación de la patria lejana, rompiendo una quijotesca campaña reivindicadora de presuntas ofensas á los países *cálidos* (1) de América, ofensas que en la Argentina nadie conoce porque nunca han existido ni en el labio ni el corazón de este pueblo abierto siempre hasta para sus mismos calumniadores del Continente.

---

(1) Es el término que usa el crítico refiriéndose a la antigua Colombia y al Perú.

Auspicia esta campaña una Revista fundada en Londres por venezolanos, no con el título, como pudiera creerse de *Colombia, América,* ú otro conforme a nuestras tendencias continentales de pueblos que marchan anhelosos al porvenir, sinó con el muy sujestivo de *Hispania,* a objeto de vincular los pueblos de habla castellana y "llevarles algún aliento del éco que despierta la vida que ellos viven, pues, todos ganamos si sabemos lo que dicen las gentes de nosotros. Quisiera *Hispania* también llevar de unos pueblos hispanos a otro, *cuanto mensaje sea digno de ellos,* que ilumine los cerebros o conmueva las conciencias... contribuyendo a establecer el *aureo criterio de la lógica serena y del sentido común,* en la vida de nuestros pueblos". (Declaración de Hispania, Año I, Vol. I. Enero 1.° de 1912).

En los números de mediado del corriente año, publica una serie de estudios titulados "Crítica Histórica—Bolívar y el general San Martín", firmados según parece, por un venezolano, donde, haciendo llegar a la Argentina "los mensajes dignos de los pueblos americanos", junto con *"el aureo criterio de la lógica serena y del sentido común",* imprime lo siguiente: "San Martín era de carácter duro y receloso..., taciturno, astuto, intri-

gante, desconfiado...; en política no tenía ni conciencia, ni moralidad. Así desaparecieron asesinados: Manuel Rodríguez, el tribuno liberal; los hermanos Carreras, primeros libertadores de Chile; Ordoñez, el vencedor de Cancha Rayada, el general Osorio y los demás prisioneros de San Luis. San Martín era un hombre de cuartel y amaba el licor; Bolívar era un hombre de mundo y amaba las mujeres. San Martín carecía además, *de aquella integridad de Bolívar*" y prueba con los dichos de Cochrane, que era ladrón. "No nació en la Argentina, y no sintió jamás patriotismo argentino. Pretendió hacer de la República Argentina y de la de Chile, provincias peruanas. En Maipú, todo el ejército dijo que San Martín estaba ebrio...".

Eso, como parte mínima de lo escrito respecto al Primer Capitán Americano orgullo de las glorias militares y civiles de la Argentina.

Respecto al primer estadista nacional, Rivadavia, escribe: "El ímprobo Rivadavia, el mulato presuntuoso y servil, que se prostituyó de corte en corte buscando un amo, un rey; Rivadavia que todavía en 1824, el año de Ayacucho, traicionaba a la Argentina, pactando con los españoles".

Sarmiento, Sarmiento el coloso, el

Viejo Luchador, proclamado dentro y fuera de ambas Américas, el publicista más genial y de vistas más dilatadas de la América latina, es en las columnas de *Hispania,* un vulgar cualquiera, un don Pedro de la casa de al lado, "un personaje de aldea".

El virtuoso patricio don Valentín Alsina: "Un enemigo de las provincias argentinas".

Y por fin, Mitre el sereno y vasto, juzgado hace ya tiempo y definitivamente una de las glorias más fecundas del liberalismo argentino, es el "pobre Mitre"; "este anciano mediocre y deslenguado", que entre varios delitos, tiene el imperdonable y negro de sostener que la revolución argentina de Mayo se americanizó con San Martín: "¿De dónde saca el señor Mitre, que el general San Martín representaba frente a la hegemonía colombiana, la hegemonía argentina?"

En cuanto al pueblo de la República Argentina, es un pueblo fátuo, envanecido de progresos que no pertenecen á sus hijos: "Entendámonos pues, dice. La prosperidad de que tan orgullosa se muestra la nación rioplatense, no es obra exclusiva del hombre argentino. No hay pues motivo de tanta soberbia y sobre todo de tanto desdén para con los demás americanos".

"Esfuerzo nacional admirable es el de Perú..., que se trueca en potencia sudamericana de primer orden".

"Esfuerzo nacional admirable es el de Bolivia, esa perla radiosa de América, país pobre y mediterráneo..., que se arma hasta los dientes...".

"Esfuerzo nacional admirable es el de Cuba, cuyo comercio alcanza mayor suma, que la de ningún otro país de *hispania-américa*".

"Esfuerzo nacional admirable es el de Colombia, que cuenta con una población igual a la de la Argentina, sin haber sido como ésta favorecida por la emigración".

"Esfuerzo nacional admirable es el de Chile, que rivaliza en potencia militar con el Brasil...".

"Esfuerzo Nacional admirable es el de Méjico, devolviendo el cadáver de aquel emperador...".

"Esfuerzo nacional admirable es el de Venezuela, defendiéndose contra Alemania, Inglaterra e Italia en 1902, sometiendo la insolencia de gobiernos extranjeros...".

"Envanecidos por el bienestar del momento,—termina diciendo a los argentinos el americanista de *Hispania*—ebrios de orgullo, no preguntemos quien ha sabido hacer mejor uso de su independencia. Y á las cuentas malas que nos enros-

tran..., *opongamos, en prueba de lo transitorio* de ciertos juicios, las palabras de un *extranjero notorio* sobre Argentina. Ayer, ayer no más, decía el duque de Argill, en una revista alemana: "En la República Argentina, nada es despreciable, sino los hombres".

Con este recuerdo cariñoso, el crítico se despide de la República Argentina: ¡Bella bandera la de *Hispania,* para noticiar a la América los timbres de los pueblos "que viven su vida"! La sentencia inapelable del moralista alemán es el broche de diamante que ha buscado para atar el lazo de la fraternidad americana, y esa es la noticia que da al mundo "de habla castellana, sobre lo que es y significa la República Argentina".

*
* *

En presencia de estas insólitas lucubraciones contra nuestro país y sus glorias, el lector se preguntará estupefacto: ¿Pero cuál es la causa de estos libelos? ¿Cuál la provocación que ha podido suscitar tan sangrienta represalia? Si sólo se trata de esclarecimientos históricos, ¿es este el lenguaje y el coturno de la Historia?

El mismo escritor de *Hispania;* el reposado, erudito y profundo autor de *Crítica Histórica,* nos revelará el enigma en

estas palabras de inmenso amor americano: "La soberbia (de la República Argentina), por el presente bienestar público no reconoce límite. El egoísmo y la pequeñez en ciertos círculos políticos y aún intelectuales, llega a donde no se supone. Cuando la Argentina *regaló a un pueblito normando,* donde murió San Martín, una estatua de éste, celebró una fiesta magnífica. Para esta fiesta vinieron a Francia, buques y militares argentinos. Durante esa fiesta se dijo por argentinos, en la prensa de París, que San Martín había libertado la América del Sur".

La estatua de San Martín, alzada en *un pueblito normando,* he ahí el motivo de la explosión. Demos la palabra a un Ministro de la Francia (1), sobre el raro acontecimiento del *pueblito normando,* que ha sacado de quicio a los hijos de Bolívar:

"*Una de las más antiguas ciudades de Francia que parece con sus viejos castillos, estar de centinela a la entrada de la Mancha,* Boulogne-sur-Mer, hállase hoy empavesada como un día de fiesta; pero al lado de la bandera tricolor, un pabellón azul y blanco flamea alegremente a la

(1) M. Eugenio Thiébaut: "Monumento al General Don José de San Martín en Boulogne-Sur-Mer", Buenos Aires 1910.

brisa del lago. Sus calles están guarnecidas de tropas, pero al frente de ellas marcha un escuadrón, cuyo pintoresco y elegante uniforme, sugiere a las buenas gentes esta pregunta: ¿Acaso el mariscal Ney, ha vuelto con sus famosos granaderos? Todos sus habitantes y la multitud llegada de París, de todas partes, se dirige hacia una plaza donde va a descorrerse el velo de la estatua de un general. Al pie del monumento, marinos extranjeros y esos magníficos jinetes, que diríanse salidos de un grabado de Raffet, montan la guardia de honor.

"¿De dónde son esas banderas, esos marinos, esos granaderos, esos visitantes de sonoro lenguaje?

"¿Quién es el hombre que dos pueblos se unen para glorificar?

"Vamos a saberlo. Escuchemos al Ministro de Guerra que habla en nombre de Francia y de su gobierno. Nos dice así: "En Buenos Aires hace un siglo un hombre rompió el vínculo de servidumbre que ataba a la Argentina su patria, a una monarquía del viejo mundo; luego pasó la cordillera de los Andes a la cabeza de un ejército, en medio de dificultades sin cuento, libertó a Chile, libertó al Perú, y mereció el nombre de Libertador de la América del Sur; después, lleno de gloria y cuando podía pretenderlo todo, él

no quiso sino el olvido; abandonó las comarcas cuya independencia acababa de asegurar, mediante quince años de guerra, fué a pedir asilo a la Francia, que él había combatido en otra guerra, en España y vivió allí veinticinco años, es decir, mayor tiempo que en su propia patria y extinguióse en una casita de Boulogne-sur-Mer. Este hombre que recibe hoy el doble homenaje del país en que nació y del país donde murió, de la patria que libertó, y de la patria que adoptó, de la República Argentina y de la Francia, es el general don José de San Martín. *Pocas glorias tan puras como la suya. La libertad fué la sola ambición de este gran patriota, la sola conquista de este gran capitán. Su nombre es de aquellos que los padres deben enseñar á los niños.* Y ya que los argentinos han deseado erigirle una estatua en el suelo de Francia, la Francia guardará esta estatua, como un precioso depósito".

"Cuán grande y elevada fué la figura del general don José de San Martín, de este gran campeón de la Independencia. Conquistador generoso, administrador íntegro y hábil, legislador enamorado de las ideas de nuestra gran revolución, jefe militar lleno de talento y de resolución: *nada falta a este carácter para completar un hombre de temple superior, un hombre que honra a la humanidad".*

Al pie de esa figura y a la sombra de las banderas y los esplendores de esa fiesta, el plenipotenciario de Chile en Francia, decía: "No ya como chilenos, sino como hombres, experimentamos por la memoria de don José de San Martín, igual veneración al contemplar el admirable conjunto de méritos y virtudes que le acordó la naturaleza y que su voluntad perfeccionó: *Fué grande como guerrero, fué grande como político y fué más grande aún como hombre de bien.* El desprendimiento con que rehusó el poder que tenía en sus manos, la resignación con que quiso vivir alejado de las naciones que eran sus hijas, y hasta la paciencia con que soportó la injusticia y la calumnia; hacen de él, *una de las figuras más gloriosas y al mismo tiempo más puras de la historia*".

Otro Ministro, también de Chile, decía con igual motivo: "La gran epopeya del advenimiento al mundo en calidad de naciones soberanas, de los pueblos de América, *tiene su más genuino representante en la austera personalidad de San Martín, el hombre de las grandes concepciones, del amplio y sano corazón y de fuerte brazo. El encarna la homérica hazaña colectiva que asombró al mundo.* Rendir homenaje a San Martín es tributárselo al valor, al heroísmo, a las más nobles vir-

tudes cívicas y a las más notorias cualidades del altruísmo. Nada quiso para si; y habiéndolo podido obtener todo, después de dar vida política a muchos pueblos, se retiró del escenario, testimoniando pruebas de una abnegación y altura de miras que no se encuentran en la historia. América entera, comparte con los argentinos, estas legítimas expansiones del patriotismo. La adhesión del pueblo francés a la ceremonia inaugural del monumento al gran San Martín *es grata al sentimiento americano, que ve complacido que su héroe más saliente, sea inmortalizado por el arte francés y en tierra francesa.*"

Ese era el acto y su significación moral, a que asistieron buques y militares argentinos y franceses; esa la fiesta magnífica en que los representantes de la Francia, de los Estados Unidos del Norte, y de los mayores países de Sud América, como Brasil, Chile y el Perú, acudían regocijados para dar brillo y esplendor a las fiestas del glorioso capitán argentino.

Los venezolanos de la estirpe del *bolivianismo* (1), (que un conocedor de la

(1) El crítico usa el término "bolivianos", para designar los admiradores literarios de Bolívar. Así lo empleo yo.

prosapia me dice debiera llamarse *mulatillismo*) no los hombres conocidamente cultos del patriciado y del liberalismo venezolano, fueron los únicos americanos que no sintieron regocijo por "aquella fiesta magnífica", que retuerce las entrañas del historiador de *Hispania.*

Inmediatamente de aquel acto llovieron sobre Buenos Aires millares de hojas sueltas, groseras e inartísticas como anuncios de subasta, remitidas de Venezuela y de Europa con sangrientas explosiones de odios y calumnias contra la República Argentina, contra el glorificado de Boulogne-sur-Mer, contra sus figuras históricas más ilustres, contra sus cosas y sus timbres más eminentes, como si la bandera azul y blanca, alzada bajo el cielo de Francia en el brazo gallardo del guerrero inmortal hubiera hecho estallar un golpe de delirio tremis en el cerebro atormentado de los fakires bolivianos. La erección del busto del mismo Patriarca en el Palacio de las naciones americanas de Wáshington, provocó la crisis final de la locura. El torrente ya no tuvo vallas entonces. Los libelos en forma de infolios, de diarios, de revistas, desataron su vuelo como bandadas de halcones, con el pico y las garras afiladas, poblando el

cielo de nuestra historia con extraños y estridentes chirridos.

Yo bien sé que estas injusticias nacidas de erróneas prevenciones nacionales, suelen tener por causa sentimientos explicables. El amor a las glorias patrias, a las caras glorias; la adoración sobreexcitada de sus grandes figuras, suscitan en ciertos caracteres movimientos extremados del alma. Pero de eso se trata precisamente: de no ultrapasar los límites naturales de las cosas y los hechos, para que la verdad sea verdad y el patriotismo un sentimiento respetable.

Yo felicito sinceramente por su cálido patriotismo al crítico de *Hispania,* pero no puedo felicitarle por el acierto del ejercicio de tan bello sentimiento. El patriota más feliz no es el que se anula para la justicia, embistiendo sobre el campo de la vecindad fraterna con la iracundia del toro que lleva prendido á la cerviz el trapo rojo de los odios, que ningún ojo sensato descubre en el lugar de sus correrías, y que engañado por su propia fascinación huella lamentablemente por donde va, nobles y francas afecciones continentales, y clava su despecho hasta la sangría en el corazón del pueblo hermano. El mejor patriota es el más cuerdo, porque la cordura, madre de la equidad es el único basamento estable en que las relacio-

nes humanas edifican la fábrica social. La diatriba, el odio, la frase acerba, la taurina embestida, el quijotesco desplante de armados caballeros contra hombres y pueblos hermanos que, despreocupados de esas tristes emulaciones, discurren su vida en la paz del trabajo cuotidiano, sin otro oriente que la cultura social como base de su patriotismo y su grandeza, no es el adecuado medio de acreditar fraternidad y estrechar lazos afectivos de que se apellidan cultores. Ese celo quisquilloso y esa combatividad agresiva que caracterizan el atraso y la pretenciosa ignorancia de aldea, jamás serán resortes de la historia porque son hijos de la faz oscura del corazón humano y aquella sólo vive de la verdad y la justicia, que son engendro resplandeciente de la luz.

*
* *

Voy á contestar documentadamente las principales falsedades del libelista venezolano, no por lo que tienen puramente de injuriosas á mi país y a sus nobles fundadores, aunque la sentencia de Publio Sypio me induciría a ello por temperamento,—Injuriam ipse facias, ubi non vendaces (1),—sino por el arraigo que la

(1) Tu mismo cometes injusticia, dejándola impune".

mala escuela del bolivianismo hispanista pueda tomar en la saneada literatura de los países cultos de nuestra América, y principalmente en obsequio de la juventud de mi patria, sedienta de verdad, sobre cuyo corazón ardiente, las calumnias y maldades contra las glorias argentinas caen como plomo derretido sobre la lozanía de una planta, que no puede sin cobardía, dejarse marchitar por el asalto insólito de la protervía irresponsable y guaranga.

No se trata de la autoridad moral que pueda tener el autor de semejantes páginas, y de que carece por completo.

El escritor de *Hispania* es sencillamente una cifra más en la tabla del libelo donde la escuela del antiargentinismo boliviano suma sus conquistas.

En este sentido la página es anónima. Pero precisamente es por esa calidad de que se sirven los falsarios para difundir el error y la calumnia, que la tomo en cuenta, pues no olvido que la historia gloriosa de un pueblo es un gérmen que debe preservarse de la maleza que la incultura siembra donde le deja espacio el abandono.

Siete son los puntos principales a que reduciré las calumnias del bolivianismo, y que prometo desvanecer con el testimonio de documentación histórica.

1.° La hegemonía de la República Argentina desde el Plata al Ecuador fué una verdad y un hecho real proclamados y sentidos por los protagonistas en los mismos días de la lucha emancipadora, y por consiguiente el carácter continental en que describe el general Mitre la vida política de San Martín, es profundamente histórico.

2.° La insinuación deslizada en las conferencias de Punchauca sobre la posibilidad de aceptar un príncipe real de España, fué sólo una hábil estratagema de San Martín, encaminada a anarquizar el ejército enemigo y el elemento dudoso de la aristocracia pseudo-españolista de Lima; a ganar tiempo para arraigar su ejército en los puntos estratégicos del país invadido y á sublevar las poblaciones del interior en favor de la bandera emancipadora.

3.° La calumnia de Cochrane, ha sido documentada por el mismo San Martín y el calumniador venezolano que habla por boca del aventurero inglés, ni siquiera conoce los antecedentes de la perfidia que exhuma contra la honra del prócer americano.

4.° La actitud que el libelista atribuye a San Martín en la conferencia de Guayaquil es falsa. Ese pasaje histórico es una sombra para Bolívar, y para San

Martín el resplandor más preclaro de su grandeza moral.

5.° La persona de San Martín y su recuerdo fueron antes y después de Guayaquil respetados siempre en Lima; Bolívar fué execrado.

6.° La figura moral de Bolívar, muy inferior a la intachable de San Martín, ha sido juzgada con mayor severidad por los escritores de *tierra caliente,* que por los historiadores argentinos.

7.° La expedición al Perú se hizo con genio, con dinero, con hombres y con instrucciones argentinas.

A derredor de estos capítulos, trataré otros puntos accesorios que el crítico falsea probando siempre, magüer la pesadez literaria, con documentos históricos, algunos inéditos, cuanta afirmación concrete.

Esto, que por su importancia es la materia realmente interesante al brillo de la verdad histórica, constituirá el objeto de los capítulos subsiguientes, restringiéndome en este momento a pasar una rápida ojeada sobre el juicio de los diversos escritores que han alternado con el crítico principal en *Hispania,* y otras publicaciones recientes en contra de la República Argentina, y particularmente contra la figura egregia de San Martín; porque conviene ilustrar el juicio públi-

co sobre la autoridad y sapiencia de esta ola echada inopinadamente a las playas de la literatura histórica argentina, como la resaca de pasados tiempos, en la marea de la noche.

*
* *

Debo ante todo,—para justificar la gratuidad de los ataques bolivianos y la falta de seriedad y preparación del autor,—comprobar que no es exacto, cual lo afirma, que los escritores de mi país caractericen despectivamente a los pueblos hermanos de *tierra caliente;* y, segundo, demostrar con el texto del crítico, que carece por completo no sólo de criterio histórico, sino también de criterio común.

En la Argentina no hay más que amor generoso, a la faz del mundo evidenciado, franco y abierto, para las naciones hermanas, porque aparte de la conocida idiosincrasia de su alma sonora a todo toque levantado, no tiene en ella ni encogimientos de celos, ni ocultas y deprimentes amarguras que turben su natural limpidez. No, no son los argentinos quienes sazonan su sátira al calor de la exuberancia tropical de aquellos, como quiere el crítico, sino los de la propia casa, como nos enseña esta pasada a molejón, que hace sobre piedra oriunda, la elegante

pluma del señor Enrique Pérez, bien conocida en el solar de *Hispania* (1): "Entre los peligros imaginarios que dilucidan los escritores americanos, el "peligro americano", ha dado tema para borronear casi tantas cuartillas, como gastan en España para hacer la apología de un torero en boga, o en adhesiones a sus virtudes y méritos los *jefes de Clan en algunos países de América tropical"*.

¡Taja hondo el señor Pérez! Desafío al bolivianismo a que me exhiba alguna página argentina en que se llame Clanes, a las repúblicas tropicales. "Toda las doctrinas, todas las confederaciones, —continúa el escritor citado,—todas las alianzas, nada harán en favor de pueblos díscolos (oído señor boliviano) *que no se respetan á sí mismo,* (¿escucha señor crítico?... que no se respetan a si mismo, le dice el señor Pérez) *divorciados de la civilización* (divorciados de la civilización ¿lo oye, amable señor?). "Preocúpese de estas cosas *la América tropical*—sigue el mismo,—preocúpese el continente todo, por mantener a muy alto nivel *los principios de la equidad,* base fundamental de la democracia. La fuerza no conseguiría nunca, lo que así alcanzará el respeto que sepan inspirar *por su conducta"*.

(1) Hispania, Agosto 1.° de 1912.

Un colombiano de nombradía que el crítico menciona con amor en *Hispania* de este mes, el señor Santiago Pérez Triana, decía el año pasado, refiriéndose a los mismos males: "Los países en que el *clima y el suelo* oponen mayores obstáculos al triunfo del hombre sobre la naturaleza permanecen aún en condiciones precarias, expuestos a la doble amenaza *del disturbio interno* (ahí están en Venezuela trenzados a tiros el *Mono de los Andes*—Castro—, la *Bestia Triunfante*—el presidente Gómez—y el *Mocho*—general Hernández—) y de la codicia extranjera".—*Hispania,* año 1912.

Y por fín, según *"La Revue Americaine",* editada por bolivianos en Bruselas, en su número de Julio del actual: "El libro Judas Capitalino... de un notable escritor venezolano, contiene un prefacio, que es un verdadero requisitorio contra la política infame de la Bestia Triunfante, y unos cuadros sociológicos de Venezuela, como país de grandes aptitudes cerebrales, *pero puesto en rémora, aniquilado moral y materialmente, imposibilitado para todas las conquistas del progreso, gracias a los nefastos y tradicionales sistemas autocráticos de sus gobernantes y a la general ignorancia del pueblo".*

¿Cuándo dijo algo semejante ningún

escritor argentino, contra el pueblo venezolano?

¡Imposibilitado para las conquistas del progreso!

Esto dice de su país el terrible crítico de la historia argentina y de la obra del general Mitre, sobre cuya memoria demanda el oprobio de América por sólo el delito de haber descubierto un poco de viento en la coronada testa de Simón Bolívar. Las contradicciones de este crítico con pretensión de historiador son risueñísimas: fulmina como nadie "las nefastas tradiciones autocráticas de Venezuela" y a la vez entona hosannas a "Bolívar, *republicano,* que cuando más, aceptaba un gobierno de *dominio estratocrático*".

¡Parece mentira la monstruosidad, pero allí está en la foja 542, 2.ª columna de *Hispania* del mes de Abril de 1913!

¡Un republicano estratócrata!

Es de humanidad y de patriotismo americano, tratar de que esta enferma escuela política desarraigue lo más pronto posible del suelo americano.

Con esto creo que tengo bastante por ahora para dejar probado que no somos ciertamente los argentinos, sino los mismos escritores tórridos, quienes arrancan chispas de los pedernales de *tierra*

*caliente* cuando penetran al estudio de la psicología política de sus pueblos.

Declaro sí, en honor de la verdad y del buen gusto literario alcanzado por nuestro pueblo, que tenemos fácil la sonrisa para esa pésima escuela de las huecas sonoridades y el sublimismo fulgurante, de que es consumado ejemplo ese mamarracho literario de Felipe Larrazabal, llamado "La vida de Simón Bolívar". ¿Cómo no sonreir ante los fuegos artificiales de esas estupendas pirotecnias en que Bolívar es "un cometa"... "dormido" entre "rayos de fuego" en el "templo fulgurante le la Gloria", teniendo por sábanas el "manto de las estrellas y por dosel el coro de los genios inmortales"? ¿Cómo mantenerse impávidos cuando, por ejemplo, se lee en el "fombonismo" de *Hispania,* que Bolívar es "resplandeciente figura" que se "cierne en vertiginosas alturas"? Lo primero que quiere hacer el lector cristiano y humanitario cuando ve estos paroxismos, es pedir que bajen á ese hombre de semejantes peligros, no sea que caiga inopinadamente bajo el Puente de los Suspiros ó del Carmen, como en la noche famosa del 25 de Septiembre en Bogotá, cuando "el cometa resplandeciente" se pasó hasta el alba haciendo compañía entre el lodo á las ranas. ¿Cómo oír sin pestañear que el panegirista

de la constitución de Haití, es "la cabeza de los milagros", "la lengua de las maravillas", "el númen de los portentos?" ¿Quién lee a Riera Aguinagalde, sin salir disparando cuando le apuntan con esto: "Vedle allí a Bolívar, *envuelta* la cabeza en resplandores", con "la frente cargada de milagros *blandiendo la espada de los portentos*": "Escuchad! aquellos labios pronuncian una palabra extraña, y *á su voz* se han *conmovido los Andes*".—El lector se queda frío de espanto, exclamando al verse con vida después de este apocalipsis: ¡qué barbaridad!

¿Cómo quieren los sabios de Hispania que por acá tomemos en serio esta manera de escribir la historia? ¿Es esto iniciar las jóvenes generaciones de América en la escuela sabia, severa y educativa de la historia continental?

¿Para cuándo el buen sentido contemporáneo, señores del tamborcito, el penacho y la cornetita de guerra?

*
* *

Son tan flagrantes é incomprensibles las contradicciones en que el crítico cae como en una trampa de ratas cada vez que su pasión boliviana choca de improviso con la figura del coloso argentino, ó con las notoriedades de la historia patria, que instintivamente la imaginación dibuja un chaleco de fuerza sobre el cuerpo del pobre literato historiador.

Van las perlas principales: Guayaquil, con la sombra de la ambición sedienta sobre el rostro gesticulante de Bolívar, y la aureola de serena majestad sobre la cabeza de San Martín, soberbio de grandeza moral dentro de su abnegación llena de sublime humildad, hácele balbucir entre escalofríos intermitentes: "Sacrificio hubo, ciertamente, de *la* parte de *aquél* procer (la gramática se le parte al maestro en este trance, y parte en dos al prócer, que todavía queda tan grande que continúa diciendo de uno de los pedazos:) *noble* y *austero* paladín, porque el héroe de Chacabuco (es la parte de Chacabuco la que le ha quedado en la mesa) fué, moral y militarmente, un grande hombre, *un genuino grande hombre;* pero circuns-

tancias especialísimas de la política y de la guerra contribuyeron á su alejamiento". (Foja 542 de Abril 1.°).

En la columna de enfrente, haciendo juego con lo anterior, brilla esta perla: "San Martín era taciturno, astuto, *intrigante, desconfiado.* En política no tenía ni *conciencia ni moralidad. Todo lo creía permitido. Armaba celadas, maquinaba ardides".* ¡Adiós con el pedazo del gran hombre de la alquimia fombonesca! Se nos hizo picadillo de pastel borgio el *genuino grande hombre!* ¡El diablo que lo trague ahora, por más que lo recomiende al mundo la pluma austera del historiador caribe! Pobre *prócer noble y austero,* como te han puesto!... En la misma página, más abajo, y frente á frente, en columnas paralelas, el inefable Plutarco boliviano nos ofrece estas otras dos monadas: "San Martín resolvió desaparecer y desapareció. Hizo de la necesidad virtud (estilo del Padre Pajarito). *Pero de tener alma ruin ó ambiciones subalternas, ó ser aventurero vulgar,* elementos le sobraban, de seguro, en el ejército y en la opinión para sostenerse". (En la columna del frente): "*Así* desaparecieron asesinados (por San Martín) Manuel Rodríguez; los hermanos Carrera; Ordoñez, Osorio y los demás prisioneros de San Luis. Era un hombre *de cuartel y*

*amaba el licor.* Censuraba en *su* cara á las señoras chilenas que se *trajeaban* con elegancia (que cara pondrían las *trajeadas* al ver en *su* cara—de San Martín—censurarse el *trajeado* de sus gracias femeniles). Tenemos aquí que el hombre incapaz de ruindades, de aventuras innobles, ni de bajas ambiciones, es un terrible asesino, un cuádruple asesino, como no lo hubo parecido en ambas Américas; un asesino que en cuatro lugares distintos, y en cuatro diversas circunstancias comete el crímen siniestro de matar un grupo numeroso de hombres significativos, de América y de España! Aquí lo más bello sobre el Libertador Americano: "Aquel *prócer noble y austero*... debía desaparecer con los laureles de Chacabuco y Maipú, *aureolado por sus virtudes cívicas*" (foja 542, arriba) y al pie de tales líneas, esta confirmación de la *austeridad del prócer aureolado por las virtudes cívicas*: "Otra diferencia radical (entre San Martín y Bolívar) era la de *aquella integridad de Bolívar.* A este respecto *véase lo que dice el Almirante Cochrane de San Martín*": que en el Perú hizo cargar en varios barcos "grandes cantidades de dinero" con objeto de robarlos.

¡El "prócer, noble y austero" en las primeras líneas de la página, al final de

ella es un pirata-bandolero que se alza con "grandes cantidades de dinero" ajeno! ¡Ah, con que amor la augusta Clio debió crear á su seno este hijo inefable de sus virtudes!

Pero no desesperemos de perder con esto las últimas perlas del historiador boliviano. Todavía hay más y mejores sorpresas: hay entre aquellas, brillantes magníficos; piedras de Galconda de exquisitas aguas:

El *asesino* de Rodríguez, los Carrera, Ordoñez, Osorio y cien figuras más; el *ladrón* que cargó *tres barcas* con oro sustraído del Perú; el *grosero y borracho* que insultaba en *su* cara á las damas *trajeadas* elegantemente,—es a vuelta de página, (foja 544) cuando al boliviano le han aflojado el chaleco: "Figura *admirable* entre *las más admirables* de nuestro Continente; es una herencia continental a que todos tenemos derecho, *una gloria indivisa de América* y no exclusiva de Argentina". Pero aquí, aquí mismo, apenas escrita esa glorificación del coloso, ¡fombón! un nuevo ataque le acomete, y antes que le llegue el chaleco, estampa a renglón seguido: "Hijo de español, nace en la República del Uruguay; no nace en la Argentina, ni allí se educa, ni allí vive, ni allí muere, ni allí presta grandes servicios; muy joven pasa á España. *Ya*

*adelantada la guerra* de la Independencia Americana que él no inició ni menos concibió, regresa al Río de la Plata donde era, *sin embargo, un extranjero;* y en Punchauca *prometió entregar el Perú a un infante español*": es decir—"la Gloria Americana", truécase de súbito, nuevamente, en un español, un extranjero y un renegado de la América!...

Paciencia, paciencia, lector; estamos conociendo los apóstoles de la verdadera historia argentina,—los restauradores de la verdadera escuela histórica del Continente,—los serenos Plutarcos de los hombres realmente grandes de su suelo.

Está con el chaleco, pero olvidado momentáneamente de Bolívar, y dice a continuación: "En Argentina, *a cuyo Gobierno sirvió,* y en donde si no realizó ninguna función de armas notables *ganó el combate de San Lorenzo*". A dos líneas después se acuerda de Bolívar, y entonces: "Toda su acción militar en aquel país se redujo al combate de San Lorenzo al frente de 120 hombres de caballería contra fuerzas *equivalentes* (250 hombres,—el pobre no está para cuentas) de realistas, *acción que decidió Bermudez*". Ya el héroe de San Lorenzo no es San Martín, como en las líneas de más arriba; dos líneas más abajo el héroe es Bermudez. Este Bermudez, es quien sacó los lau-

reles de San Lorenzo, luego ya no le queda á San Martín ni siquiera aquella hojita de laurel en suelo argentino.

Como lo del *robo,* como lo del *asesinato,* como lo del *borracho torpe* que enrostra el *trajeado femenil,* como lo de *extranjero renegado,* anda la lógica del sabio y ecuánime historiador con respecto a la figura puramente militar del "Gran Capitán Americano".

"San Martín, *gran soldado* (foja 544, 2.ª columna) es *un militar de escuela,* el *glorioso soldado del Sud".* En la columna siguiente (foja 545): "San Martín *no inventa, no crea nada; carece de inspiración, de genio militar,* aunque sabe *mejor que nadie lo que tiene entre manos".* Luego, pues, se puede ser—según nuestro impagable boliviano—*grande y glorioso soldado* de medio Continente, pasar Cordilleras, dominar mares, crear recursos de la nada, vencer, con un puñado de soldados, ejércitos cuatro veces superiores, conocer *como nadie* los recursos del momento,—y no pasar, sin embargo, de una vulgaridad sin inspiración alguna, que nada crea, carente de todo genio militar...

Deja ahora a San Martín,—es decir, deja algo que él dice fué del héroe, una masa deforme de crímenes y de glorias, de lodo y de sangre, que nadie acertaría

á definir,—y se encara con la República Argentina. Va a ilustrar al mundo sobre lo que realmente significa "esta sonada" República Argentina, y para ello dice: "Opongamos en prueba de lo *transitorio* de ciertos juicios (favorables á la Argentina) las palabras de un *extranjero notorio* sobre Argentina. Ayer, ayer no más, decía el duque de Argill en una revista alemana: "En la República Argentina *nada es despreciable,* sino *los hombres*".

Nuestro cariñoso amigo boliviano cree ofendernos con el Duque. Pues no, señor: el caballero Argill es una digna persona,—un cabal caballero. Salva dignamente á nuestras mujeres, pues *sólo* á nosotros, los hombres, nos considera *despreciables,* y como en la Argentina acontece que los hombres nacen de las mujeres, fácil es suponer que ante una segura regeneración, el Duque escriba pronto: "En la Argentina nada es despreciable". Ese cambio de juicio es por otra parte, de lo más asequible. Haine dice que "basta un poco de fermento de maíz mayor que el de cebada en la cerveza de un noble alemán, para hacer de un hombre, una bestia". Y algo de esto debe de haber, porque en el mes de Agosto del corriente, en pleno Reichstag exclamó un padre de la Patria: "El Ejército Alemán, desde sus generales hasta el últi-

mo oficial subalterno, no es más que una Horda de Bárbaros!" (1).

¡Cómo andaría el maíz en la cerveza del diputado!

Dos columnas por medio de aquel elogio al pueblo argentino, nuestro culto crítico dice: "Yo no arrojo sombras sobre hombres y cosas argentinas. No, no por Diós. Yo admiro, *quiero* (¡!) y respeto (el respeto del cura Gargajo) demasiado á ese gran pueblo argentino. No, no. Yo tengo el amor desbordante de América"! (¿Dónde le habrán escondido el chaleco en estos momentos?).

Nadie dude: la lógica y la probidad literaria del boliviansmo paasrán a la historia como un ejemplo insuperable de sabia y edificante justicia. Un ciudadano argentino le recuerda que el progreso y grandeza de su patria son lógica y humana consecuencia de la escuela política que San Martín representaba—como todos nuestros grandes patricios—y que la hemos puesto en servicio de la Nación con la sabiduría y la cordura que demanda el verdadero patriotismo. Somos grandes y progresistas—le ha dicho—porque hemos sabido hacer digno uso de la emancipación que los virtuosos fundadores de la Nación nos legaron.

---

(1) A. Von Huhn. "La Nación", Agosto 6-1913.

Contesta el boliviano "lleno del amor desbordante de América: ¿Qué dice el articulista? Nada. Se contenta con realizar—¡una vez más!—el recuerdo de la riqueza argentina... Ese argumento *calibanesco* hará *escupir su desdén* a Carlyle!"

¿Pero, por qué disgusta al hijo de Bolívar que le recuerden la prosperidad argentina, hasta el grado de pedir saliva a Carlyle y exclamar agriado: "Una vez más?!"

¿No nos ha jurado que su "amor desbordante por América" le hace considerar suyo todo lo americano, y que *quiere* y *admira* a la República Argentina? O será que el crítico de Hispania es tan rico que se le desborda también la riqueza, a grado que el ruído del oro argentino le escuece los oídos? No debe ser así, porque luego que le vemos meter las manos sin asco en el légamo de los odios y calumnias históricas para poner "los puntos sobre las ies" de las nobles páginas argentinas, en compañía de los ingleses prófugos, Cochrane y su alter-ego Stevenson, se cae en cuenta que el crítico no es un millonario, al menos un millonario de buen gusto, pues los Vanderbilt y los Rothschild son caballeros higiénicos, de pulcra limpidez, a quienes jamás lleva el amor al arte hasta la abnegación de com-

petir con las anguilas en los viejos charcos donde el bolivianismo hispano cosecha sus perlas para la diadema al gran Caudillo. ¡Oh! como se desborda el dulce y sincero amor del crítico de *Hispania.*

La grandeza de la Argentina como país de orden, de patriotismo, de virtudes republicanas y de buen sentido, nada tiene que ver con las enseñanzas y la tradición de las virtudes, del patriotismo y del buen sentido de sus fundadores, como el severo San Martín; pues si fuese lo contrario, "Wáshington sería mayor que el caraqueño Bolívar", exclama muy suelto de cuerpo el literato hispano-venezolano. Y como "Bolívar aún que nacido en Caracas no es un héroe venezolano; es un héroe de Colombia, de América..., el triunfo de la República Argentina es también el triunfo de Bolívar".

¡El crítico es un inefable historiador!

¡Con qué amena facilidad la Roca Tarpeya de Bolívar se convierte entre sus manos en límpido globo de cristal donde se transparenta en todos costados la inmaculada gloria del Libertador venezolano!

!Bolívar héroe argentino! ¡Qué noticia para los negros de Africa y hasta para los que andan haciendo historia por Europa con nombres blancos!

¡Bolívar argentino! Bolívar, cuya ob-

sesión inquietante era la expansión gallarda de la Revolución Argentina. Bolívar, que "no pasaba" á los jefes y oficiales de nuestra patria, porque halló siempre en ellos *hombres muy hombres,* caballeros sin miedo y sin tacha, y no serviles guarangos; espinasos y cabezas muy tiesas, y no glebas corvadas. Bolívar, que llega después de la victoria al campo de Junín y cruza impávido frente al cuerpo casi cadavérico de Necochea, el glorioso Murat argentino, que yace en el suelo con once heridas, y que con Suárez—ambos porteños—son los adalides que sostienen ese día el honor de las armas patriotas, trocando en triunfo la derrota, y no tiene ni una mirada ni una palabra para el jefe de la Caballería Colombiana, que estaba allí tendido en tierra a ochocientas leguas de su querida Buenos Aires, calentando con su sangre vertida a chorros ls laureles usurpados que el *Libertador* se pondrá sobre la frente, sin inmutarse, porque donde *él* está, nadie sino él puede fulgurarse con la gloria. (1) Bolívar, que expulsa ignomí-

(1) Tarde, muy tarde, abochornado de su acción se sinceró desde Jauja escribiéndole al heróico argentino, con fecha 25 de Octubre de 1824: Mi querido general. Mucho siento no se halle Vd. completamente restablecido tanto por el bienestar de Vd., como por el servicio del ejército y del pobre Perú, que ha me-

niosamente del Perú, después de Ayacucho, y cuando ya no los necesita, á todos los jefes y oficiales argentinos,—de general abajo—que existían diseminados por el vasto territorio, inclusive ese mismo Necochea y el pundonoroso Guido—alcanzando la expulsión hasta a los dependientes del comercio de Lima, porque aún detrás de los mostradores le molesta el brillo oculto de alguna modesta espada argentina, teñida por la gloria en mano de subalternos oficiales de San Martín. Bolívar, que aún antes de pisar en Lima intriga contra el gobierno argentino los pueblos del Alto Perú y los subleva, aprovechando arteramente las dificultades vidriosas del gobierno de Buenos Aires con el Brasil, para sustraerlos del dominio argentino, y erigir con ellos una parodia de república con presidencia vitalicia, bajo la égida de sus batallones y con su propio nombre por denominación!

---

nester de los bravos de Junín para su salvación. Querido general, reciba Vd. como un testimonio de la gratitud del Perú y de *mi amistad*, el espacho de general de División, que no acompaño ahora porque le falta la firma del ministro del Perú. Acéptelo Vd. desde luego *"como recibido en el campo de batalla, cubierto de heridas y de gloria.* Fué una verdadera *distracción mía* no haberlo hecho en aquel día *como era mi deber"*. Perdone Vd. esta falta, originada del tumulto de circunstancias que nos rodeaban *"más bien que de otra causa'*. Soy de Vd. con distinguida consideración y aprecio.—Bolívar. ("Comercio de Lima").

Bolívar, "que cuando no puede dañar de cerca y directamente"—como dice Sarmiento—se goza desde la distancia "en desearte todo el mal posible". Bolívar, que el 1829, en plena consolidación de la República en la Argentina, Chile y Perú, y con su paz internacional jamás alterada hasta entonces, buscaba el apoyo de Inglaterra y Francia, para guerrear con la Argentina si ésta se oponía á su coronamiento de *Imperator perpétuo* de Colombia!

Si yo fuese tan cruel como es divertido el crítico venezolano con la historia patria, le volvería por pasiva la fuerza de su lógica, y, como San Martín no es, según él, ni argentino, ni chileno, ni peruano, sino americano inubicable en país determinado, resultaría que las glorias de Venezuela son las glorias de San Martín, y por ende, las derrotas de Venezuela, serían también las derrotas de San Martín: ahora bien, como la gloria venezolana es Bolívar, éste le pertenece á San Martín tanto como las glorias argentinas, que son, más que sus victorias guerreras,—su progreso, su cultura, su grandeza; y como la derrota de Venezuela es su actual atraso, "incapaz de la civilización",—según el autor de *Judas Capitolino,*—tendríamos que San Martín ha sido derrotado con Bolívar en Venezuela,

y ha triunfado sólo (sin Bolívar) en su patria.

Después de enseñarnos a los que poco sabíamos de historia argentina, al estilo de la filosofía boliviana, que Rosas "es el definitivo y verdadero organizador de la República Argentina"; después de bellísimos cumplidos a Artigas, los Carreras, y demás congéneres de la faz obscura de la América, ensaya un florido ditirámbico a "La Argentina, ese gran pueblo, orgullo de la América del Sud". Esto nos alarma. Apresurémonos a poner en noticia del crítico, que le han informado mal en cuanto á ser la Argentina el país que él canta como orgullo de la América. El escritor de *Hispania* nos calumnia inconscientemente de puro mal informado. Estamos por aquí, mucho más atrasados de lo que se imagina: Hace tiempo hemos echado en ingrato olvido a Artigas, "el genio más notable del Río de la Plata" (como asegura el crítico); nos permitimos la vergüenza de maldecir de Rosas, olvidados de que tuvimos en ese santo varón, lleno de grandiosas visiones de cultura patria el "verdadero fundador de la nacionalidad argentina"; nos depravamos escandalosamente con la admiración hacia "ese mulato presuntuoso y servil llamado Rivadavia". Levantamos soberbias estatuas por todo el territorio de la

República desde Misiones hasta los Andes a aquel cobarde, borracho, renegado, inservible, torpe, solapado, ladrón, sorruno, duro, ignorante, miserable, ofensor de damas, ingrato, vulgar, mal entrazado, insignificante, asesino, que se llamó en vida por mal nombre don José de San Martín,—truhán, de tan inaudita suerte que aún después de muerto acaudilla nueve millones de ciertos estúpidos que habitan la región comprendida entre el Plata y los Andes, los que por verse a la sombra de un fleco de su bandera darían todos como un sólo individuo cuanto de sublime es capaz de dar el corazón humano. Y como si no fuera todo esto bastante muestra de nuestra depravación y atraso, en vez de erigir mausoleos a las cenizas de Leoncito y Calcufurá, brillantes y dignos tenientes del "genio del Plata" y del "verdadero fundador de la nacionalidad argentina", muy sueltos de cuerpo erigimos monumentos a un tal Vélez Sársfield, a ese perverso enemigo de "Libertadores con queridas al lado, en los palacios de gobierno" como decía de cierto padre de las repúblicas del Orinoco, y todo porque salvó las cordilleras del Fuero Juzgo, como San Martín, los Andes; les ganó su Chacabuco y Maipú a las Recopiladas y Leyes de India y se erigió en estúpido dictador de la familia, del or-

den y de la fortuna pública en las páginas de un librejo llamado Código Civil Argentino, que no han acabado de estudiar hasta ahora, cuatro generaciones de estúpidos que malgastan su tiempo porque no conocen todavía el diario de *Bucaramanga,* donde podrán aprender no sólo a ser verídicos y modestos, sino sabios y profundos pensadores; hombres virtuosos a carta cabal y estadistas insignes. Y por fin, dando las más estupendas muestras de nuestro atraso e ingratitud con los padres del orden, de la fraternidad, de la abnegación, de la armonía, del progreso y bienestar de América,—los Carreras, los Artigas, los Cochrane y otros libertadores y benefactores de la Argentina, de Chile y del Perú, —nos gloriamos de llevarlas en el fondo de nuestra alma y estampamos en el bronce de los inmortales, a las figuras perversas de los Moreno, Belgrano, Pueyrredón,—un francés maestro de ceremonias que entró por casualidad al baile de la Independencia, según un erudito compatriota del crítico—Peña, Alvear, Valentín Gómez, Castelli, Vieytes, Saavedra, Chiclana, Paso, Gorriti, los Balcarce, Donado, Cayetano Rodríguez, Paz y otros mil más, caterva de atrasados y torpes americanos, todos del mismo palo "del mulato servil" que no

comprendieron ni la figura, ni las virtudes políticas y privadas de los Carreras, los Quiroga, los Artigas, los Cochrane, los Bolívar, por donde se llega recto al único hombre de las estatuas verdaderamente inmortales: "el grande Americano Guzmán Blanco".

Pero yo no deseo ni tengo para qué ser cruel con un escritor como el crítico de *Hispania,* que se cosecha a sí mismo los palos más merecidos a que no escapará seguramente de manos de sus compatriotas por las malísimas jugadas que les hace sin miramientos a título de glorificar a Bolívar. En efecto: mentar la cuerda en casa del ahorcado fué siempre mala acción, en lo cual hasta Sancho convenía con el caballero andante. Arrimar la brasa ardiente al cuerpo escocido por las llagas, fué feo delito hasta entre los charrúas: ¡pues es esto precisamente lo que con su noble patria hace el cruel escritor! Descrita por él como la hemos visto: sumida en la "inveterada anarquía, ignorante, incapaz para la civilización" se asoma sobre ella y le deja caer esta lápida terrible: "La grandeza de una nación—según la bella síntesis de Ganivet—no se mide por lo intenso de su población, ni por lo extenso de su territorio, *sino por la grandeza y permanencia de su acción en la historia*".

¿Qué le habrá hecho Venezuela á este buen señor para que así la trate?... Venezuela no merece de sus hijos estas iniquidades. Como argentino y como americano,—lo digo circunspectamente—protesto contra esta sátira sangrienta.

Muchas, muchísimas otras ridículas contradicciones podría señalar, como cuando llama á Sarmiento: "un personaje de aldea" y luego dice del mismo: "hombres de verdadera importancia como Sarmiento", (foja 620, *Hispania* de Junio) pero con lo trascripto basta para mostrar la cerebración del estupendo maestro Ciruela venezolano. (1)

*

* *

La urgente necesidad de estas páginas, rápidas como ejcución literaria—puente improvisado para dar paso a la verdad, —pero de reposado sedimento meditativo que no data de hoy, de documentada prueba y honda convicción, está doblemente justificada por las revelaciones de última hora de un extranjero estrechamente vinculado con la Argentina, que

(1) Los estudiosos del Plata y Chile no habrán olvidado la famosa sátira de don Juan María Gutiérrez á los colegios rocines que tanto molestó al tirano: aquel "maestro Ciruela que no sabe leer y pone escuela".

han servido a *Hispania* del primero del presente mes para clausurar la polémica con una sonrisa volteriana, justamente regocijada a su manera, por la palma del triunfo, que el supuesto hijo de estas playas le presenta inocentemente.

¡También de nuestro país salen engendros de la perversa escuela del despectismo histórico...!

El uruguayo José Ingenieros, psiquiatra y filósofo, extasiado acaso cual otro Sand con las rosas de Laussane, escribe ¡él también! desde la bonita ciudad helvética, acerca de la significación política y moral del general San Martín en el desenvolvimiento de nuestra nacionalidad, y con el aplomo que da la suficiencia de un superhomo, se viste magistralmente la toga de historiador máximo y cruza sobre el estadio de la discusión, la vara marfilina de su fallo inapelable: todos los que estudiamos nuestra historia como una necesidad congénita de la cuna; todos los que buscamos en la verdad de las virtudes el acrisolamiento de los hombres honrados que nos dieron con sacrificio de su vida, su oro y sus amores, este gran regazo de nuestra única segura venturanza sobre la tierra, llamada la Patria; todos los que vemos en la figura egregia del general San Martín—concre-

tando el punto discutido—la de un argentino que honra a la humanidad por sus virtudes privadas, su estoicismo, su abnegación patriótica, su heroísmo guerrero, su fortaleza de alma en los grandes dolores, su inmenso amor americano, su grandeza, en fin, de soldado y de ciudadano; todos los argentinos,—para no citar extranjeros del viejo y nuevo mundo que son legión—que sintieron por él admiración y le señalaron escribiendo o predicando como un ejemplo a las sucesivas generaciones argentinas: Belgrano, Pueyrredón, Nicolás Rodríguez Peña, Tomás Guido, Vicente López, Posadas, Alvarado, Oro, Paz, Barros, Paso, Francisco de las Carreras, Vélez Sársfield, Facundo de Zuviría, Juan María Gutíerrez, Hudsson, Juan Carlos Gómez (1), Sarmiento, Mitre, Vicente Fidel López, Estrada, y con ellos todos los que sienten, al influjo de su nombre, chicos y grandes, varones y mujeres, una sensación extraña de orgullo nacional y de estímulo sublime, han sido y son una prosapia de atrasados "*españistas*"; estúpidos, incapaces de concebir el porvenir argentino; folicularios y tontos que han pasado su existencia prostituyéndose en

(1) Uruguayo de cuna; confesado argentino por corazón y vocación profunda.

el respeto á un "libertador liberticida" como San Martín, que jamás "alcanzó la talla simbólica del héroe"; inconscientemente "adheridos a esos cultos que agrandan el ayer y empequeñecen el mañana", —sin haberse apercibido que sólo merecían la sonrisa piadosa del Herodoto uruguayo que se digna hoy iniciar a toda esa caterva en el misterio del verdadero patriotismo, merced a la saludable influencia de las brisas de Laussane...

Todos aquellos varones esclarecidos que edificaron con el ejemplo de San Martín a las generaciones argentinas, en obras inmortales; aquellas hermosas y clásicas páginas, ya vibrantes como las de Estrada; ya flexibles y tajantes como las de López; templadas y serenas como las de Mitre; empapadas en conmovedoras ternuras como las de Juan María Gutiérrez, ó torrentosas y erizadas de la luz zodiacal como las de Sarmiento; son para este Pico de la Mirándola—con la flor de Lis de la Historia en el ojal,—"historiadores a la antigua, preocupados en crear mitos patrióticos", que hacen un "Aquiles o un Ulises de cada *capitán* (San Martín) de *guerrillas*". Concibe á esas páginas el Herodoto uruguayo sólo como "manuales de historia para niños de escuela".

¡Pobre patria en manos de mi hijo Eustaquio! exclamaba un *huaso federal,* día que vió calzar botas a su vástago en calidad de Alcalde, porque si en patas era un bruto temible a coces, con botas lo cría un mulo. Si al "margen de las ciencias" morales, es temible para las sanas virtudes este nuevo Eustaquio del bolivianismo, en el campo de la historia americana deja hecho un gorgojo al hijo del *federal.*

Para este filósofo modernista el pasado es un grillete que hunde la vida presente en un abismo de insondables tinieblas. Hay que cortarlo radicalmente de las alas con que los pueblos vuelan al futuro, para que su triunfo de mañana sea brillante y seguro. "Rechacemos nuestra adhesión que agranda el ayer y empequeñece el mañana".

Sarmiento el sembrador y Ameghino el sabio son el índice social del porvenir argentino: tal las vistas fundamentales del escritor.

Cita a Sarmiento: escuche lo que Sarmiento enseña: "Un pueblo es perdido cuando se ha hecho *incrédulo a la religión de los recuerdos.*"

Sarmiento sabía que no es con la pluma de la improvisación y el malabarismo de frases y figuras, de "perlas" y

"brillantes", que se escribe "la historia de los grandes hechos de la América en que el general San Martín tuvo la parte más notable y *que requieren para ser narrados con verdad y exactitud las vigilias del historiador,* pues sería ligereza insuperable lanzarse a tientas a retrazar el camino que siguieron aquellos que tuvieron en sus manos el destino de las naciones, y que con una palabra suya, o un movimiento de su mano, en momento dado desquiciaron mundos o echaron a rodar dominaciones por largos siglos cimentadas". (1).

Allí tiene las aguas que ha debido beber el Señor Ingenieros en la copa que le ofrece el sembrador de ideas cuyas enseñanzas acata.

Sarmiento sabía que en la inconsútil trama de la existencia humana, las sociedades siguen la lógica de la existencia individual: el anciano es un eslabón que no se separa de la madurez del hombre, ni este del niño. La vida humana es una cadena que no se corta jamás. Las naciones, los pueblos, las razas hacen la evolución de su vida dentro de aquel desarrollo lógico y natural que va de la cuna al sepulcro, pero la especie sigue uni-

(1) Sarmiento *Obras,* Tomo 3, foj. 276. *Biografía del General San Martín.*

taria e inconsútil el camino de los siglos. Liviano y nada filósofo se muestra quien pretende que pueda desligarse el pasado del presente y que se avance un paso en las conquista del progreso social del hombre sin apoyar el esfuerzo en los basamentos del día anterior. Sarmiento sabía que antes que él, un filósofo profundo de hacen seis siglos exclamaba esta verdad suprema: "Los pueblos que más veneran su glorioso pasado, son los que mejor preparan el porvenir".

Esta ha sido para los pensadores de todos los pueblos y de todos los tiempos una verdad primaria tan común y tan grande como la existencia misma de las sociedades; por eso á medida que la civilización avanza y que los problemas sociales se hacen más complejos, el estudio de la historia se ha intensificado haciéndose cada día más necesaria, hasta el grado de convertir su enseñanza metódica en una nueva y verdadera ciencia, como lo prueba aquella maravilla del buen sentido y agudo acierto del filósofo yankee Hisdale, que corre con el título de "El estudio y la enseñanza de la Historia".

Pero para el clásico Pitaval uruguayo; para el sabio y profundo pensador de *Hispania* que se retiró de la "Atenas del

Plata'' porque no hallaba en ella oxígeno bastante para nutrir la fragua de su genio, la historia es un velo liviano, una mantilla, una falda acaso de vistosas aguas; acaso el lujoso manto de la cortesana;—una ''perla'' o un ''brillanteí' caprichosamente engarzados por la vanidad del lujo,—un objeto cualquiera ''de fines puramente decorativos''!... (*Hispania,* Octubre 1.° de 1913, foja 763).

¡Los hombres del Porvenir! Allí los tenéis, jóvenes de mi patria américa para quienes escribo principalmente! Su bandera es un pedazo de paño arrancado al último telar de la fábrica que ha dado la más reciente novedad en el iris de la seda que lucirá la elegancia del año: entre una boca dibujada que hace horrible mueca al pasado, resplandece el lema: *Patria sin historia,*—es decir, templo sin religión.

Felizmente los niños de nuestras escuelas conocen desde el regazo materno la historia del dulce creador del amor entre los hombres, que sin embargo echaba del templo á los mercaderes...

Sarmiento y Ameghino,—colosos del corazón y del alma argentina,—los echarían indignados, si pudiesen verlos acercarse al templo de sus nombres.

No ha podido citar el malaventurado crítico dos nombres argentinos que sir-

van mejor para desmentir el acierto de sus sentencias. Sarmiento: que cuando quiso vislumbrar el porvenir de su patria dejaba su *Facundo y Recuerdos de Provincia,* a los umbrales de su ancianidad sapiente, como lagos de escaso fondo, y emprendía a manera de cícople gigante la remoción volcánica de todo el pasado colonial del Continente , con el fin de hallar los basamentos de la historia argentina que pensaba escribir, y que habría consumado con gloria, si su naturaleza física no hubiese salido al paso de su genio reclamándole a los 88 años los derechos al reposo, al que se rindiera fatalmente, pero no antes de dejar al mundo sus dos soberbios volúmenes de "Confictos y Armonías de las razas en América", donde por mucho tiempo las modernas generaciones irán á estudiar como los geólogos en las cenizas que sepultaron a Pompeya y Herculano, los misterios de un pasado que la Revolución del siglo diez y siete trastornara en los dos continentes de civilización europea.

Ameghino: que después de clausurar su escuela en los días patrios, con el último eco del Himno Nacional, enjugábase los ojos y partía a la Pampa, peregrino de su inmenso amor argentino, a arrancar del fondo de su suelo los secretos del génesis de las razas animales con

que ligar nuevamente el eslabón que en el seno de los siglos unía la Atlántida famosa.

Al inclinarse ante Sarmiento y Ameghino como hemos visto, nos dice que para nada siente la necesidad de recordar "junto a ellos de San Martín, personificando al héroe" ¡Naturalmente! ¿Siente acaso la ramera necesidad de recordar de sus padres honrados? La historia argentina, con todos los progenitores nacionales a la cabeza, es sencillamente una cosa decorativa, un *mamarracho,* como dicen de lo pasado los *modernistas,* y encuentro natural, por consiguiente, que el escritor uruguayo no sienta necesidad alguna de recordar al virtuoso Libertador.

Vivamos tranquilos. El *snobismo histórico* no tiene camino en nuestra tierra: ha tiempo que el patriotismo argentino desmintió la amarga sentencia de Tito Livio: *Non est ula fides quam non injuria versat.*

"¿Podemos—se pregunta—los hombres de *ideas modernas,* asumir la responsabilidad de *leyendas* (la historia de San Martín) que no hemos contribuído a crear?" Para contestarse á sí mismo, el historiador filósofo se hace joyero de buen gusto, es decir, verdadero moder-

nista, y dice: "Tuvo Bolívar el centelleo del brillante; San Martín la sobriedad de la perla. Son igualmente preciosas *para los fines decorativos a que se destinan*". —Tal exclama, y se queda tan campante con la profundidad de su sentencia histórica... "La leyenda decorativa" de San Martín ¿no le ha merecido acaso suficiente tributo con la metáfora de la perla y el diamante? Para un hombre de "ideas modernas", es bastante...

*
* *

Al concurso del uruguayo psiquiatra, que según *Hispania* ha sido la pica en Flandes que consagró su triunfo bolivianista, le ha seguido inmediatamente otro de pretensión no menos contundente, pero que en realidad no es sino un nuevo taco de la Carabina de Ambrosio. En el prólogo y sazonamiento de las "Cartas de Bolívar",—recién aparecidas—que el literato, también uruguayo como el anterior, Don José Enrique Rodó, y el crítico venezolano de marras habían tenido *aguaitaditas* en secreto conciliábulo, en calidad de reserva, descubro la cocina literaria de estos dos buenos camaradas que sienten recíprocamente el uno por el otro una grande y

entusiasta admiración, y que ofician de mancomun *et in solidum* en el sagrario del mismo templo. Son dos granos de mirra quemados en un mismo pebetero. Por consiguiente, considerar al uno es considerar al otro.

Declaro con placer que el bolivianista uruguayo guarda fidelidad completa al pensar del boliviano *pur sang*. Lo que el Idolo es para éste, lo es exactamente para aquel: *el Caudillo americano por excelencia*. Y digo que lo hago constar con placer, porque tratándose de un hijo de "la tierra de Artigas" se necesita ser cuarenta veces valiente para tener el inaudito coraje de "encender la luminaria" a otro héroe que al "Patriarca de Purificación" o sea al "Protector de los pueblos libres"...

Verdad que tiene cuidado de ponerlo por allí cerquita de Bolívar, como quien dice cuasi pisándole los flecos del poncho, pero esto no le quita agallas al mozo...

"Bolívar es el trasunto de su tierra en llama viva y original heroicidad. Su figura no *sufre* otra adaptación que la real. Fuera de la América nuestra, y lidiando por *otra libertad* que la nuestra, quedaría *desvirtuada* o trunca. Bolívar el *revolucionario, el montonero, el general, el caudillo,* etc., es una originalidad

irreductible... *Es el barro de América atravesado por el soplo del génio''* (1). Bellísimas frases llenas de verdad, que hubieran hecho sonreír a Sarmiento complacido de ver como se imprimen las páginas de su Facundo aún en la mente de los discípulos espirituales de la escuela que fulminó en nombre de la luz.

"San Martín podía salir de su escenario sin descaracterizarse, (dice) ni desentonar dentro de otros pueblos y otras epopeyas. *Su severa figura cambiaría sin desconveniencia, el pedestal de los Andes por el de los Pirineos, los Alpes o los Rocallosos''*. Luego pues, San Martín es un verdadero genio militar, un cabal soldado, cuya fuerza y secreto está sólo en su persona y no en el terreno que le sirve de podestal, desde que es capaz de esculpir "epopeyas" lo mismo sobre los Andes que sobre cualquier montaña de la tierra, por empinada que sea.

Hasta aquí el filósofo uruguayo anda bien. Se ha puesto en la huella de Sarmiento y su sombra de estudioso se dibuja sobre ese camino recto y llano que se apellida la Verdad.

Pero luego nomás se pone en senda propia y el hilo de la lógica se corta: "El

(1) Prólogo de José Enrique Rodó al libro: "Cartas de Bolívar", que acaba de aparecer.

Capitán del sur realizó su obra de organizador y extratégico sin necesidad de sumergirse en las fuentes vivas del sentimiento popular, donde la pasión de libertad se desataba con impulso turbulento e indómito, al que nunca hubiera podido adaptarse *tan rígido temperamento de soldado*"; tal escribe, y a renglón seguido resulta que Bolívar, el antípoda moral y militar de *tan rígido temperamento de soldado,* y éste, son una misma cosa. "Ambas naturalezas se entrelazan. Artigas más San Martín: eso es Bolívar. Y aún faltaría añadir los rasgos de Moreno"!

De donde resulta que si Bolívar es Artigas más San Martín, más Moreno, por añadidura,—Bolívar ya no es el *montonero, el caudillo, el barro de América atravesado por un soplo de génio, que* fuera de su tierra "*quedaría desvirtuado y trunco,* es decir desnaturalizado; sino que es también el "soldado de la severa figura de San Martín" que imprime "con tan rígido temple" egregias epopeyas lo mismo en la cordilleras andinas que en las montañas de Europa, del Asia o del Africa

Camina un poco más por su cuenta el duo venezo-uruguayo y nos da otras sorpresas de lógica boliviana:

"Como *entendimiento* político, *nadie,* en la Revolución de América, le tuvo más en grande, más iluminado y *vidente* (la constitución petoniana de Haytí era la luminosa videncia de Bolívar) más original y creador (el mismo Bolívar desmiente esto, declarndo que era de Petión de quien tomaba su inspiración constitucional); aún que no pocos de sus contemporáneos *le excedieran en el arte concreto del gobierno y en el sentido de la realidad",* tal enseña el pensador uruguayo. Las contradicciones del enunciado se destruyen entre sí, y la lógica, esta hija cruel del recto criterio, este pícaro acuño de dinamita hace pavesas de toda aquella síntesis en que se pretende caracterizar el *insuperable entendimiento político* del superhéroe. El génio inmanente del estadista es el cabal *entendimiento* del arte del gobierno. Si hay un *entendimiento político* que fracasa en su consagración a ese arte, quiere decir que es insuficiente para el dominio de tal arte; incapaz de realizar nada sólido y durable en ese terreno,—y este fué Bolívar. Luego veremos sobre esto el juicio terminante (y para el crítico insospechable) de sus panegiristas y adoradores de *tierra caliente,* entre los que ni siquiera falta un fraile que santifique el enunciado. Tener eminente *entendimien-*

*to político,* es poseer eminente condiciones de estadista; juicio recto, práctico, concreto, definido, sólido; acierto rápido, seguro y trascendente; dominio de los principios sociales y discernimiento sagaz de su aplicación; fe profunda en los propósitos y constancia inquebrantable en el trabajo de hacerlos triunfar de los obstáculos. A estas condiciones intelectivas y de carácter, deben sumarse las del corazón: un amor sincero al bien público; un noble desprendimiento de su persona y el prestigio de sólidas virtudes, que timbre todos sus actos con la autoridad sublime del hombre de bien.

Donde fracasa por absoluto el filósofo uruguayo es al asomarse a la *Roca Tarpeya* de Bolívar. Acércase a ella no con mo filósofo, ni como historiador, ni como moralista, sino como sectario de póstumas banderias, ha tiempo relegados al olvido por los escritores circunspectos de América y de Europa.

Lo mismo que para el venezolano de marras y sus congéneres, *Guayaquil* es para él una "derrota de San Martín donde se patentizó su inferioridad frente a Bolívar",—según escriben aquellos.

"Un Bolívar—dice—que después de la entrevista de Guayaquil, abandonara el campo a su émulo, o que, una vez con-

sumada su obra militar, renunciara a influir decisivamente en los nuevos destinos de América, sería un contrasentido psicológico, un enigma irresoluble de la naturaleza humana".

¿Por qué "enigma irresoluble de la naturaleza humana"?

¿San Martín acaso no era *una naturaleza humana,*—y no renunció aquello que a Bolívar era imposible renunciar, según el filósofo?

Nos responde: "es que estos *desenlaces de renunciamientos* son cosa expontánea y *congruente* en los héroes de la *especie* moral de San Martín". *La moral* como resumen de las virtudes individuales no tiene *especies*, señor filósofo. La moral considerada en las diversas entidades sociales del humanismo si la tiene: moral *social,* moral *religiosa,* moral *militar,* etc., siendo en el fondo uno mismo su concepto filosófico de amor al bien. Pero la moral individual, la virtud personal; la suma de las virtudes del corazón y del espíritu, no es más que una en todos los hombres.

Se es virtuoso, se es *moral,* ó no se es; se tiene *moralidad* ó se carece de ella.

San Martín hombre *moral,* hombre *de bien* en altísimo grado,—puesto ante Bolívar (que representaba la carencia de

aquellas virtudes) en la alternativa de inmolarse para salvar la libertad de América; o de *producir un escándalo* en ella; una guerra entre dos ejércitos patriotas por la impúdica ambición de la gloria personal de sus dos adalides empapados en la sangre de pueblos hermanos,—optó por lo primero, por que su *moral* tenía para el sacrificio la abnegación bastante, que es y ha sido en todo tiempo el exponente más grande de las virtudes humanas.

¿Cuales creerá el lector que son los resortes que mueven *"la especie moral de San Martín"* á producir el grandioso gesto de la abdicación expontánea de su gloria en servicio de la tranquilidad de la América, según las vistas filosóficas del crítico uruguayo?

Son tres: su "espíritu de vocación limitada y reflexiva"; "su noble y austera virtud"; y ... el miedo a Bolívar!

¡San Martín, un espíritu de vocación limitada! Y dícelo el escritor con ocasión de hallar al hijo de Yapeyú en la ciudad de Guayaquil, sobre la línea del Ecuador, y a su espalda y a su frente, desde las márgenes del Paraná hasta Quito, la huella inconfundible de su espíritu y su brazo!

¡San Martín en Guayaquil espíritu li-

mitado! ¡Oh! Como tratan la historia de su noble y gran benefactor los hijos de América! Aquel hombre de vocación y espíritu limitado que había recorrido victoriosamente dos veces más territorio que Bolívar cuando ambos se abrazaron en Guayaquil, había volado muchos meses antes, merced á su amor americano y al empuje de su vocación genial, mucho, muchísimo más lejos que Guayaquil y Quito, y había puesto el rayo de su visión clarísima y firme en el punto en que las dos Américas se unen y separan al mismo tiempo por la naturaleza y por la historia. Debo, sin embargo, ser ecuánime porque en mucha parte obedecen a ignorancia de la historia, — aún insuficientemente difundida en ciertas secciones americanas, y no a reprochables sentimientos,—estos desvios lastimosos de la verdad histórica y la justicia póstuma.

En el capítulo sexto de las memorables instrucciones (que al patriota Olmedo hicieron exclamar: ¡"Hombre único"!) que el General San Martín entregó á sus emisarios, los coroneles Guido y Luzuriaga sobre la política que debía emprenderse en Quito, especificabales la necesidad urgente de persuadir a la Junta Revolucionaria de Guayaquil:

"Que la ocupación del Istmo de Pana-

má por las armas de la patria, era de la mayor importancia para cortar toda comunicación con la Península a los agentes españoles, debiendo por consiguiente esforzarse en persuadir al nuevo gobierno, de la necesidad *de emprender sobre dicho punto, á fin también de libertarlo,* luego que fuesen *satisfechos los primeros objetos de su comisión".*

El autor de la apoteósis del General Guido exclama, con razón, al recordar estos pasajes de la vida del Gran Capitán: "Tal era el vuelo inmenso que tomaba la revolución americana, y tal la viril arrogancia de los propagandistas argentinos". (1) Sigue diciendo el filósofo.—

"Tiene el alejamiento de San Martín explicación en su noble y austera virtud,

---

(1) Desde que San Martín penetró al Perú y se puso en contacto con los Virreyes Pezuela y de La Serna, su amplio espíritu no descuidó un sólo momento los verdaderos intereses de los pueblos comprometidos en la guerra desde Buenos Aires á Colombia. Ya pronto recordaremos que, relativamente á las operaciones militares, cuidó en Punchauca, como lo había cuidado en Miraflores, que la España no protejiera á Quito con sus armas si los patriotas de Colombia hubiesen abierto negociaciones de paz con ella. Es oportuno recordar aquí que en el armisticio de Punchauca, cuidando los vitales intereses del comercio y las comunicaciones de esos mismos pueblos, San Martín hizo triunfar imperiosamente esta cláusula hábilmente presentada: "Artículo 25:

El Exmo. Señor General D. José de San Martín, interpondrá su mediación para que los Gobiernos independientes de las Provincias del *Río de la Plata, Colombia* y

*pero, en no menos parte, sin duda,* tiénela en las *indeliberadas reacciones del instinto*".

¿Entiende el lector que significa eso de "indeliberadas reacciones del instinto"? No lo entiende indudablemente, ni tampopo yo; pero vendrá en nuestra ayuda cierto fraile apologista roma-godo-ibero, de comienzos del siglo quince, gongórico superlativo, á quien el escritor uruguayo le pide la pluma para llamar cordero á San Martín y león á Bolívar. El párrafo, y el descubrimiento de que el *Criollo* de Yapeyú le tuvo miedo al de Caracas, y que por eso se marchó nada menos que al Canal de la Mancha, son un primor histórico y literario que debe saborearse. Hele aquí: "Tiene el alejamiento de San Martín explicación.....y *la había anticipado* Gracian en el "Primor" decimacuarto de El Héroe, donde define el natural imperio y dice: "reconocen al león las demás fieras en presagio de naturaleza, y sin haberle examinado el valor le previe-

---

*Guayaquil se presten* á abrir el comercio con las Provincias del Perú *sujetas á la dominación española,* conforme á los artículos 18, 23 y 24."

Estas eran las hábiles negociaciones diplomáticas de San Martín, de que decía Pezuela, que eran más fatales á la causa realista que la pérdida de sus batallas. ¡El espíritu limitado de San Martín!... Sí! Limitado á la Libertad y á la dignificación de la América, con olvido de su persona!

nen zalemas: así á estos héroes, reyes por naturaleza, les adelantan respeto los demás, sin aguardar la tentativa del caudal" Yo no estoy haciendo burlas literarias. Eso que trascribo es realidad escrita. Se halla en la página veinte y tres del prólogo apologético del general Bolivar escrito por el citado autor al frente de "Las cartas de Bolívar".

Saliendo de este terrible retorcijo fraseológico quedémos en cuenta, lector amable, que el cordero San Martín abdicó el mando del Perú y se escapó á Europa, de miedo al león Bolívar, según nos lo enseña un jesuita del siglo quince y un pensador uruguayo del actual año de gracia de nuestro señor, 1913.....

# Hegemonia de la Revolución Argentina

## CAPITULO II

*Influencia del espíritu argentino en Chile, Perú y Brasil, antes de la Revolución de Mayo* 1810.—*Los patriotas de Chile y del Perú reconocen la hegemonía argentina en la guerra de la Independencia de América.—El Virrey Pezuela la declara explícitamente al ministro español residente en Janeiro.—El* 25 *de Mayo de* 1810 *fué una expresión continental: Inglaterra y Portugal así lo comprendieron.—Las Provincias Argentinas americanizaron con ella su espíritu de libertad, manteniéndose fieles al dogma americanista.—San Martín fué su grande exponente en lo militar.—Bolívar prostituyó el noble principio.—Comprobación histórica.*

Pregunta el *historiador* boliviano: "¿De dónde saca el señor Mitre que el General San Martín representaba, frente á la hegemonía colombiana, la hegemonía argentina? No hubo tal hegemonía argentina", se contesta él mismo.

Si yo destinase estas páginas sólo a lectores argentinos, dejaría como respuesta una sonrisa para no hacer más de lo que harían los niños de nuestros cole-

gios, pero escribo también para público extraño, y sobre todo para edificar con la enseñanza de la probidad histórica a esta escuela del farsaico fakirismo boliviano que se levanta en nuestro derredor, y por consiguiente responderé comprobando mis asertos con los antecedentes históricos que me ofrezcan los rasgos más sintéticos. de los hechos, reservándome la amplia comprobación, para cuando produzcan su réplica, a que están obligados, los críticos de Hispania y sus congéneres.

La ignorancia del escritor venezolano acerca de la Revolución Argentina es sólo comparable con su osadía. La generosa fuerza expansiva de su vuelo eminentemente continental, que hizo de ella una verdadera revolución, es el timbre característico que la distingue del movimiento emancipador de los otros países americanos y que en la luminosa bibliografía de sus literatos y filósofos se apellida: *El Genio de Mayo.*

Llenas están las Memorias, las biografías, las proclamas, los libros y folletos de la época; llenas las bibliotecas y los archivos nacionales y extranjeros de documentos que arrojan a torrentes la luz de esta verdad. Aquí sobre mí mesa, en páginas traídas al acaso, cién resplandores de ella me están provocando los re-

cuerdos de la epopeya genérica de la libertad americana.

¿Qué documentación, que hecho, que antecedente negativo de ese carácter ha podido invocar el crítico para sostener lo contrario? Ninguno.

¿Conoce, en cambio, los documentos que el famoso cabildante don Martín de Alzaga dirigía al Rey de España en Diciembre de 1807 dando la voz de alarma sobre el "fuego revolucionario" que "Buenos Aires había encendido, fomentándolo hasta el Reyno de Chile?"

¿Conoce las notables, las gigantescas vistas de Castelli (Noviembre de 1810) cuando en las cercanías del Desaguadero, camino a Lima, desplegaba el programa de expansión revolucionaria sobre el corazón del Brasil, que tuvo el asentimiento absoluto de la Junta de Buenos Aires?

¿Conoce el historiador venezolano, el Memorial del Canónigo Magistral del Obispado de Concepción, doctor Agustín de Urrejola que dirigió al Rey de España en 1812, desde Chile, instruyéndole que desde 1805 se sintieron "fermentos en Concepción, *trayendo sus principios de Buenos Aires* por anónimos que *aparecieron en los correos?*"

¿Conoce la correspondencia del Ministro español en Río de Janeiro, Mar-

quéz de Casa Yrujo y Elío sobre lo mismo?

¿Conoce la opinión del gobernador Carrasco sobre la expansión revolucionaria de Buenos Aires en Chile en 1809 y los términos angustiosos con que se dirigía en Marzo de 1810 al Virrey de Lima denunciándole "las ideas populares que el Cabildo de Buenos Aires extendía en sus correspondencias y aspiraba a la democracia?"

¿Conoce el "Memorial que la disuelta Audiencia Real del Reino de Chile" dirigió al Virrey del Perú de 1811, revelándole la "estrecha unión y alianza" que mantenían desde 1810 los rebeldes de Chile movidos por "las excitaciones y fatales ejemplos que les prestaba Buenos Aires?"

¿Conoce la última y famosa memoria del Virrey Abascal sobre la expansión de la revolución argentina "en todo el territorio del Reino del Perú?"

No. El crítico de Hispania, nada de esto conoce ni lo necesita, porque para ser libelista le basta con carecer de todo lo que constituye al historiador, y esto es muy fácil a ciertos escritores.

De ahí que con tanto aplomo se subleve contra el General Mitre por haber descripto el carácter expansivo de la Revolución Argentina, representada militar y

políticamente por el General San Martín. Y aquí muy buenamente señala en el sabio historiador la figura de *un embustero.* Si Mitre ha sido embustero cuando se limitaba á dibujar esa catedral que se levanta majestuosa en testimonio eterno de la grandeza del pasado argentino, el crítico, para ser lógico con un principio de ética histórica universalmente consagrada ha debido comenzar por *disgustarse* con los grandes embusteros que precedieron al escritor argentino en su maligno falseamiento de la historia. El embustero que va a hablar sobre los hombres y la política que dieron "carácter a la revolución de Sud-América", es el pueblo de Lima *por intermedio de los verdaderos patriotas,*—oiga bien el bolivianismo: *de los verdaderos patriotas,*—y dice así, cuando San Martín regresa de Guayaquil: "Compatriotas. Pueblos libres del Perú. ¿No es verdad que cuando toda la América gemía bajo el yugo opresor de la España; cuando los esfuerzos de todos los que aspiraban á ser libres se anegaban en sangre, ó se sumían en los abismos espantosos de la anarquía; cuando los caribes mandatarios españoles habían en su intención remachado los grillos; no es verdad, que fué entonces, cuando el *genio de la América,* suscitado por el Diós de los Ejércitos, *al otro lado*

*de los Andes,* meditó, combinó, *y practicó el proyecto que dió carácter á la revolución de Sud-América,* y libertó todo el reino de Chile? El héroe de la empresa con una federación santa *unió nuestros sentimientos*... y los momentos de gloria que debió gozar en medio de la gratitud y aclamaciones del pueblo cuya libertad consolidó en Maipú, los consagró á trabajar con actividad inexplicable en el grande objeto de nuestra libertad. *Su genio creador y benéfico todo lo allana, todo lo supera y todo lo proporciona".*

"¡Playa de Pisco! Vosotros fuísteis el objeto de nuestras esperanzas, de nuestras bendiciones como lugar afortunado en que el ejército libertador unido con las *victorias y virtudes de San Martín,* levantó el estandarte de nuestra preciosa libertad. *Las virtudes, méritos y política de nuestro general,* atarán dulcemente y para siempre nuestro reconocimiento. ¿Qué sería de nosotros si San Martín no hubiese existido del otro lado de los Andes? Tan cierto es, que a él debemos nuestra libertad".

Tenemos, pues, por lo pronto, que antes que el ilustre historiador argentino, hubo en el Perú una clase de hombres,—todos los eminentes por su ilustración, su rango social, su nacimiento y su fortuna, —es decir, la clase consular y aristocráti-

ca, que en un documento público proclamaba ante la historia los timbres americanistas y directivos de la Revolución Argentina representada por el Libertador.

Ahí tiene el sabio crítico, á esa turba de embusteros peruanos. Contra ellos debe ensayar su estileto y su tizona. Son ellos los que en 1822 decían a la faz del mundo que: "San Martín, Genio de la América, hizo práctico el proyecto que dió carácter a la revolución de sud-américa." Ante estos hechos, el crítico venezolano debe confesar que el ilustre embustero de la "Historia de San Martín" no ha sido tan contundente como aquellos malandrines de 1822 que andaban mintiendo descaradamente por el Perú, y que no contentos de dar su sangre, su tranquilidad y su oro a la bandera del *inútil San Martín*, le llamaban con empeño "grande, noble y virtuoso". Deje pues en un rincón de su desprecio "al pobre Mitre" y duro con esos otros! Enséñeles que en América no han habido otros virtuosos que Bolívar, Carreras, Rosas, Artigas y Andresito...

No es esto sólo. Mucha carne noble puede tener todavía bajo su espada el sabio crítico para sentir sabroso el brazo. También al Virrey La Serna.—que harto lo sabía,— le recuerda en aquellos mis-

mos días un filósofo patrióta, "que la ola venía de Buenos Aires", y que por esa razón era incontrastable: "la guerra se formalizó recién con el virreinato de Buenos Aires,—le dice,—*y ya nadie puede detenerla.*" Es aquella una página profunda y bellísima donde resplandece el genio de un bello corazón. La Serna, la sentía en el fondo de su pecho y antes que nadie se lo dijese, era en él una arraigada convicción y el más serio fundamento de sus cuidados y zozobras.

Y, antes que La Serna, ya Pezuela veía en Buenos Aires el mayor peligro de la pérdida de América para la monarquía española. En Agosto de 1818, le escribía desde Lima al ministro español de Río de Janeiro: "La salvación de estos reales dominios no depende de los esfuerzos que *se hicieran en este virreinato,* aún cuando le venga de la Península un refuerzo mucho mayor de los que se están recibiendo de tarde en tarde y por pequeñas partidas. *La redención debe venir por el Río de la Plata;* si es que no se logra más pronto y a menos costa por la intervención de los demás soberanos de Europa".

El Virrey de Lima sabía perfectamente, pues, que Buenos Aires era el gran foco de luz de la Revolución, y que allí residía el principal peligro de la desapa-

rición del poder español en Sud América. (Tomo V. foja 208. Documentos del Archivo de San Martín—Museo Mitre).

Si el crítico fuese un hombre medianamente preparado para tratar estas cosas, se habría apercibido de que el general Mitre, no es el único historiador ni tampoco fué el primero que en el campo de las letras americanas haya reconocido y descripto la hegemonía que durante la revolución emancipadora ejercieron las armas, los principios políticos y la diplomacia de las provincias argentinas por intermedio del general San Martín; sino los historiadores del Perú, y de los más eminentes, que antes que aquél sostuvieron y narraron con orgullo, la prepotente influencia de dicha hegemonía en la parte más poblada, más rica, más culta y más importante de la América española. Uno de ellos, y acaso el principal, es el erudito autor de la Historia del Perú Independiente, don Mariano Felipe Paz Soldán. Y aún va más adelante este autor: reconoce que el pensamiento de ensayar una alianza firme de los estados americanos para contrarrestar la de los monarcas europeos, fué de San Martín, antes que inspiración de Bolívar: "San Martín fué el primero—escribe—en concebir tan grandioso proyecto: en su proclama de 13 de Noviembre de 1821. *A los*

*limeños y habitantes de todo el Perú* les decía: "La unión de los tres Estados, Buenos Aires, Chile y el Perú, independientes acabará de inspirar a la España el sentimiento de su impotencia y a los demás poderes, el de la estimación y del respeto. Afianzados los primeros pasos de nuestra existencia política, un Congreso Central, compuesto de los representantes de los tres Estados, dará á su respectiva organización una nueva estabilidad y la constitución de cada uno, así como su alianza y federación perpétua se establecerán en medio de las luces, de la concordia y de la esperanza universal". Pero la situación del Perú no le permitió ocuparse de este objeto,—sigue el historiador peruano—más Bolívar tan luego como vió libre de enemigos el territorio de Colombia, conoció que era llegado el tiempo de realizar esa liga americana" (1); pero con la profunda diferencia de que Bolívar no tenía fe ni pensaba circunspectamente en la posibilidad y trascendencia del pensamiento que era en San Martín una concepción patriótica, neta, y firme, como todo lo que salía de su cerebro.

*Mayo de* 1810 no es una expresión porteña, como lo quieren los atrasados críti-

(1) Obra citada.—Paz Soldán, Tomo 1.°, foja 303.

cos bolivianos y como lo querían entonces Artigas y Francia, incapaces de comprender ni de sustentar el peso de la misión social que su espíritu redentivo importaba para la América española.

*Mayo* es una expresión *continental* como lo quiso y como lo proclamó la Junta; como lo difundieron los patriotas en todos sus documentos públicos y en todos los campos de batalla; como lo presintió lord Strangford en Río de Janeiro, aún antes de ese pronunciamiento; como lo afirmó el ministro Wellesley en Octubre de 1810 en Londres, y como lo consagró la historia. Grandes debían ser los perfiles de la Revolución Argentina para que se adivinasen sus proyecciones y se sintiera su empuje en los mismos días de sus primeros pasos,—en aquellas ocultas maniobras de 1810,— por hombres que se hallaban en el otro hemisferio aturdidos con el estrépito de la lucha napoleónica. Americanizar la Revolución para hacer de ella el verdadero símbolo de la redención y dignidad de todos los hijos del Continente, fué el más hondo pensamiento de la sabiduría de sus autores: ese fué el secreto filosófico de su fuerza expansiva. Sin esta grande y noble concepción que triunfó porque estaba en el corazón del pueblo argentino, sus principios de justicia se habrían limitado a la satisfac-

ción de su bienestar económico y su tranquilidad local, y la *Revolución Argentina,* orgullo de la América, no sería superior a las rebeldías yucatanas o a las pobladas intermurales de la Paz. Sus hombres serían tan pequeños, que no hubieran merecido de la Historia una mirada más detenida que la que ofrece a aquellas como meras incidencias en el gran drama de la libertad del Continente.

Junto a esa fuerza de carácter externo, había despertado otra de carácter íntimo, inmanente al patriciado criollo y que era aún más temible para el sistema en decadencia: Paralela a la revolución de las armas y la propaganda de libertad política, marchaba la *revolución social* contra *el coloniaje,* aventando a golpe de luz las sombras y las carcomas coloniales por todas partes y por entre todos los resquicios de la fábrica española del Plata, tres veces secular. En ambos sentidos, ningún otro pueblo de América realizó obra tan profundamente revolucionaria como el pueblo argentino, y por tanto nadie como él estaba en condiciones de marchar a la cabeza del pensamiento emancipador y redentivo del continente .

Los mismos caudillos que contribuyeron a esa libertad, pero limitando y circunscribiendo sus esfuerzos a un país determinado, como José Miguel Carreras,—

de quien son grandes devotos los críticos bolivianos,—sintieron la fuerza incontrastable de aquel principio, inclinándose ante el, avasallados por la grandiosidad de su prestigio: El 11 de Febrero de 1812, Carreras, como dictador de Chile, decíale a la Junta de Buenos Aires: "*Bien conocemos* que las perseguidas provincias (1) del Río de la Plata, *son la puerta por donde han venido a Chile los bienes,* ó ha de correr todo género de males, establecida en ella la opresión".

Entre mil documentos argentinos que Carreras podía encontrar en las carpetas del gobierno de Santiago cuando hablaba así, estaba una famosa circular que la Junta remitió a los patriotas chilenos el 2 de Septiembre de 1810, en que se leían estas exhortaciones: "Los momentos son muy preciosos y si se malogran ahora difícilmente volverán segunda vez. Mire Usted que Lima de acuerdo con los oidores de esa ha de tratar de corregir el varonil esfuerzo de haber arrojado al presidente Carrasco, y si Ustedes se dejan pegar el golpe será después imposible todo nuevo movimiento. Recuerden el ejemplo de Quito, La Paz y Charcas y *no si-*

(1) Preparábase Buenos Aires en esos momentos a un rompimiento con Portugal, si éste no retiraba, como se había tratado, sus fuerzas de la frontera oriental.

*gamos la tonta manía de irse moviendo los pueblos uno a uno,* dejando siempre a los mandones en estado de ahogar estos parciales movimientos. *Unámonos todos y la América será respetada.* Haga Chile su Junta, ponga su gobierno en manos patriotas y seguras, que entonces nadie se atreverá a incomodarlo".

Vése cuán corto de ingenio y cuán escasísimo de la historia de los pueblos que han avanzado a saltos en el progreso del mundo, se revela el crítico cuando olvida que la situación geográfica de Buenos Aires era un factor sustancial que en la hora de su revolución la constituyó en el centro principal de las miradas del mundo; y más ignorante se descubre aún cuando olvida que los argentinos se daban cabal cuenta de ese beneficio de la madre Naturaleza, y que se mostraron dignos de él, mirando al porvenir con la visera levantada y el alma tan generosamente expandida hacia sus hermanos del continente, como la amplitud del río que mecía sus cunas. Cuando el famoso historiador Lozano llegó a Buenos Aires fatigado por la visión de la montaña a través de su viaje continental, exclamó como en el desahogo de un suspiro que le alijeraba el alma: "Litiguen los ríos más antiguos; que todos deben callar a la vista del Plata, y decidan a su favor los contrarios confe-

sándole emperador de todos *sin haber uno en el Orbe nuevo que se le asemeje"*.

Buenos Aires fué, en la extensión de todo el Continente, desde la primer hora de su Revolución el núcleo de la más vasta trabazón de intereses y aspiraciones internacionales, y por lo tanto el centro directriz de la diplomacia americana, no sólo en razón de su posición geográfica á que se ligaba su valiosísimo comercio con Europa, sino, ante todo y principalmente por la penetración y la audacia de sus hijos, cuyo espíritu tomó por teatro de la idea emancipadora, todos los pueblos de la América colonial, a donde pudiese expandir su genio innovador.

Fué así que inmediatamente de lanzarse a la revolución, se puso "a hacer la diplomacia de Chile" enlazando en una misma tendencia los esfuerzos emancipadores que tenían por objetivo fundamental *conquistar* el espíritu de Lima, para despertarlo a la libertad y batir en su reducto más fuerte el feudalismo colonial de la España en América. Por esto, y por mucho más que no es el momento de decirlo en estas líneas fragmentarias y sin método,—por su carácter de réplica a un desaguisado histórico—Don Vicente Fidel López ha dicho magistralmente: "La Revolución Argentina tiene sus grandes títulos de naturalización y de nobleza en la historia política de la Europa, y sobre

todo en la historia diplomática del más libre de los pueblos modernos. Nuestras leyes sobre el comercio libre, sobre la libertad de vientres, sobre la emancipación de los esclavos y persecución del tráfico de negros, merecieron la más honrable mención y aplauso por todo el mundo civilizado", porque nos habíamos adelantado medio siglo a muchas naciones del viejo y del nuevo mundo,—pudo continuar diciendo el sabio historiador—con respecto a las conquistas de la dignidad humana. El patriciado de la revolución argentina estaba preparado para la empresa de remontar á sus altos destinos. A su brillo intelectual unía el brillo de una distinción caballeresca y una moralidad a toda prueba. Este es el secreto psicológico que ha autorizado al mismo historiador a decir: "El gobierno de Mayo había sido concebido por sus fundadores como república de Patricios y para Patricios, a la manera de la que Wáshington y sus amigos habían tratado de fundar al Norte; y al transformarse después del triunfo en democracia absoluta é inorgánica, las eventualidades del tiempo se llevaron consigo la última palabra del espíritu primitivo pronunciada por el Congreso de Tucumán en la Constitución Patricia y Conservadora de 1819; que no pudo vivir pero que es la más sensata y

la mejor adoptada a nuestras libertades políticas de cuantas se han ensayado antes y después entre nosotros.

No decimos con esto que los fundadores de la República del Norte y los fundadores de la República del Sud hubiesen concebido esa forma de la república patricia, en el sentido de crear o consolidar una nobleza de raza; sino que creían haber adoptado las mejores instituciones para mantener en el gobierno el influjo permanente y exclusivo de aquellas clases honorables y distinguidas "sobre cuyo carácter y principios morales, jamás, por jamás,—decía Jefferson—habían de ejercer influjo los perdularios ni la canalla colectiva que pululan dentro de las ciudades europeas" (1).

Fácil es explicarse,—como decía en 1811 el ministro inglés en Río de Janeiro, Lord Strangfford,—que con hombres tales, la Revolución Argentina tendría un dilatado campo de acción y una preponderancia inevitable en la diplomacia contemporánea.

"Sé,—le decía el Regente del Portugal, don Juan VI, al ministro inglés en 1812—que la independencia de toda América española *es el fin de Buenos Aires*". No

(1) López "Historia de la República Argentina", Tomo V - fª. 401).

se lo negaban, por cierto ni Pueyrredón ni García, y "La Gaceta" lo repetía á gritos sistemáticamente. Era la visión profética y el más hondo pensamiento de la sabiduría y el patriotismo de sus hombres distinguidos y de su pueblo todo. La Universidad de Córdoba, centro entonces de las ciencias jurídicas del país, escribía a San Martín al saber de las dianas triunfales de Maipú: "La esperanza de ver libres a nuestros hermanos *no excluye ningún punto del Continente oprimido por la tiranía*". ¡Era ponerle el índice hacia Lima, cuando hacían cinco años que el vencedor tenía tendidas sus redes entre los patriotas del Rimac!

Solamente la ignorancia de lo que significaba para América las vistas dilatadas y grandiosas de los patriotas argentinos que encabezaban la revolución de la independencia, puede justificar la sorpresa de que se hiciese Buenos Aires la hegemonía política de la América meridional, del Ecuador al Sud. Repito: La naturaleza, el genio de su raza y la visión clarísima de sus hombres preeminentes hicieron que su Revolución naciera expansiva; que fuese Buenos Aires el foco del fuego emancipador y que su programa redentivo cumpliese los propósitos continentales que le servían de principio y fin. Por eso, desde el Cabildo abierto

del 22 de Mayo de 1810 hasta la proclamación de la independencia del Perú que hace San Martín en su hora memorable,—y su carta proclama a la Junta de Guayaquil, como la preparada expedición sobre Quito, no existe solución de continuidad ante el programa, el espíritu y la pasión del alma argentina en aquella hora grandiosa de su apocalipsis republicano. El 24 de Mayo sanciona el pueblo de Buenos Aires la expedición al Alto Perú, y Castelli lleva en su cartera las instrucciones de deponer al Virrey de Lima y plantar el gobierno revolucionario en la famosa ciudad del dominio español en América; parte a los pocos días otra expedición a redimir el Paraguay, mientras la Junta inunda de proclamas revolucionarias el sud del Brasil incitando al despertamiento republicano, con documentos de elocuencia bellísima, a las poblaciones de origen español de aquel país, como Río Grande y Santa Catalina; cruza con sus emisarios geniales la cordillera de los Andes y promueve en Chile la primera alianza americana con el nombre de *La Primera Unión del Sud,* y mientras por oriente y occidente del gigantesco dorso continental despierta así los pueblos hermanos y les enseña la comunidad de felices destinos, en la capital del Plata, educa el espíritu de sus futu-

ros ciudadanos haciéndoles deletrear los primeros rasgos de la luz bajo la advocación del Continente, para lo cual suprime a su única escuela superior el nombre de los reyes españoles (San Carlos), llamándole desde entonces *Unión del Sud.* Pero si fuese a seguir en este terreno el vuelo de la revolución del Plata, tendría que hacer aquí la historia completa del pueblo argentino desde 1806 hasta los laureles de Ituzaingó.

La ignorancia señalada no es exclusiva del crítico. Es un mal común a la escuela a que pertenece. Andan por allí librejos que reproducen la pregunta de un atrasado ministro del gobierno venezolano del año 1828: "¿Cómo pretende Buenos Aires,—que no ha sentido las balas españolas,—hacerse la directora de la diplomacia de América?" El buen señor olvidaba que desde 1806 Buenos Aires se había hecho centro de esa diplomacia, cuando apagó el fuego de los rifles y cañones ingleses y abrió su puerto y su alma al espíritu revolucionario del siglo; y que tuvo la gloria de no oir en sus calles el silbido de las balas españolas, precisamente porque salió al encuentro de ellas por los cuatro vientos de la América, para que jamás profanasen la albura de Mayo en la ciudad que vió vestir a sus Vestales la túnica de la libertad.

El buen señor olvidaba también, como olvidan los libelistas de hoy, que el mismo Bolívar había reconocido *diez años* antes la hegemonía diplomática de la Capital Argentina, rindiéndole por la fuerza de los hechos su pleito homenaje: "*El Río de la Plata con su poderoso influjo,* cooperará eficazmente *a la perfección del edificio político* a que hemos dado principio desde el primer día de nuestra regeneración", decíale en 1818 al Gobierno de Buenos Aires. "*La sabiduría* del Gobierno del Río de la Plata, *sus transacciones políticas con las naciones extranjeras* y el poder de sus armas en el fondo del Perú y en la región de Chile, *son ejemplos elocuentes que persuadirán a los pueblos de América a seguir la noble senda del honor y la libertad*".

Y si Bolívar, cuando así hablaba esas palabras hubiera sabido inspirarse en ellas y seguido por las "nobles sendas" de la Revolución Argentina, la América habría visto anticiparse los días de su felicidad; una escuela de noble y desinteresado amor á la libertad, á la ley, y de respeto á todos los pueblos del continente habría sostituído á la suya; y en vez de sentir celos y sublevarse contra las tendencias diplomáticas de las Provincias Argentinas, que unían en uno solo todos los estados americanos para obte-

ner el reconocimiento de su Independencia ante la Metrópoli, se habría cobijado bajo tan noble principio, y hubiera coadyuvado á esa visión de verdadero patriotismo.

Aquellos eran, pues, los títulos argentinos á su hegemonía política y diplomática en el Continente.

Cuando Bolívar andaba por el Ecuador convulsionando y despotizando los pueblos, con la vanguardia de sus jefes de confianza,—bien munidos de sus instrucciones—sobre el Alto y el bajo Perú, el pueblo argentino dictaba a la faz de sus hermanos continentales y de la Europa monárquista leyes como ésta: "El Congreso sanciona con valor y fuerza de Ley los artículos siguientes: 1.° El Gobierno conforme al espíritu de la *Ley de* 16 *de Agosto de* 1822, *no celebrará tratado de neutralidad, de paz, ni de comercio con S. M. C.,* sino precedida la cesasión de la guerra *en todos los nuevos estados del Continente Americano, y el reconocimiento de su Independncia.* 2.° El artículo anterior quedará sin efecto en el acto que cualquiera de los nuevos estados se anticipe a tratar independientemente de este Estado sobre el reconocimiento por el gobierno de S. M. C. o que sin esta anticipación exija alguna otra condición sobre las contenidas en él. 3.° El Gobier-

no *empleará desde luego* los medios que crea más eficaces para acelerar la cesasión de la guerra y el reconocimiento de la Independencia. 4.° Queda autorizado el Gobierno a invertir la suma de veinte mil pesos, por ahora, a este efecto". Tal es la Ley de 19 de Junio de 1823.

Esta era la misma gran política de 1810. Este era el espíritu del proyecto del tratado de "La Primera Unión del Sud", de Septiembre de aquel año memorable.

La República Argentina impuso este principio en todos los acuerdos y actos públicos celebrados en América. En el tratado concluído con Chile el 1.° de Febrero de 1827 estipuló: "Artículo 4.° Las Repúblicas contratantes se comprometen a no celebrar tratados de paz, neutralidad ni comercio con el gobierno español, si no precede el reconocimiento por parte de dicho gobierno de la Independencia *de todos los Estados de la América* antes Española". (1).

Entre tanto: ¿Cómo procedía Bolívar, el *padre de la América,* el presunto fundador de *la madre de las Repúblicas,* según el crítico? Mandando a España a los señores José Rafael Revenga y Tiburcio

(1) En el *Anexo* se encontrarán algunos documentos, ineditos en su mayoría, que comprueban la unidad de esta noble política continental, á cuyo servicio se sacrificó más de una vez el pueblo argentino.

Echeverría, con la más abyecta carta imaginable para Fernando Séptimo, con orden de gestionar el reconocimiento de la independencia de "la República de Colombia, (artículo 3.° de las instrucciones) es decir que comprende á los tres departamentos de Venezuela, Cundinamarca y Quito... Y llegado el caso de renunciar a Quito (por las resistencias que opusiese España) protestarán, y sólo se comprometerán a que Colombia *no se mezclará* en los negocios de aquel departamento", no obstante estar protegido por el ejército de Colombia, así como "una gran parte del Perú a que ya amenazamos *y a la cual renunciamos!*"

"Los señores Revenga y Echeverría *están autorizados* para ofrecer *en compensación* del sacrificio que hace España de sus pretendidos derechos, el que hace Colombia *reconociendo y garantizando* (¡!) *la soberanía y propiedad de la España en México y territorios de la América que no alcanzaren la paz e independencia por los mismos medios que Colombia!*"

¡Héle allí a Bolívar! Después de este bochornoso egoísmo, en que el *Padre de Colombia* garantiza hacerse carcelero de los pueblos de América,—vuélvase la vista hacia aquel otro espacio donde alumbra el sol del alma argentina, y dí-

gase si los hijos de la Revolución de Mayo tenían o no derecho a hacerse escuchar por sus hermanos continentales!

En el artículo 13, los emisarios de Bolívar quedaban autorizados igualmente, en último caso: "A contraer con España una alianza simple ó puramente defensiva, y si fuese forzoso, *ofensiva y defensiva*... procurando especialmente *afirmarla y hacerla más efectiva* para el caso de *una conmoción intestina o guerra que provenga de la diferencia de colores y castas*". Luego trata de los auxilios que se prestarían mutuamente Colombia y España, "el número de los buques de guerra, el de tropas", etc., etc.

Lo que más cuidaba Bolívar, era, pues, que la alianza con España le asegurase, ante todo, su firme predominio en el gobierno de Colombia...

¡Y son los hijos de este hombre los que llaman *mulato servil* a Rivadavia,—a uno de los inspiradores y firmes sostenedores de la famosa "ley diplomática", como se le llamó, de 1823!

¿Rivadavia era *servil* porque en 1814 tuvo el grande valor de llegar hasta la Corte de Madrid a gestionar la independencia de América?

¡El *servil* fué violentamente expulsado de la Corte por sus planes emancipadores!

Léase la noble repulsa que Rivadavia dirigió al primer ministro del Rey sobre las imputaciones que le hacía en apoyo de la expulsión, y compárese el lenguaje del procer argentino con esta famosa flor de Simón Bolívar:

"Bogotá, Enero 24 de 1821.—A Su Magestad Católica el Señor Don Fernando VII, Rey de las Españas.—Señor: Permítame V. M. dirigir *al Trono del Amor y de la Ley el sufragio reverente de mi más sincera congratulación por el advenimiento de V. M., al Imperio más libre y grande del primer continente del Universo.* Desde que V. M. empuñó el cetro de la justicia para los españoles y el iris de la paz para los americanos...; desde aquel día entró V. M. *en el sagrario de la Inmortalidad.* Si V. M. se muestra tan grande, como es *sublime* el gobierno que rige, *Colombia* (no dice América) entrará en el *orden natural* del mundo político... Este es el clamor que hace Colombia *al modelo* y *gloria de los monarcas*" (¡!).

"Acepte V. M. *los más humildes y respetuosos homenajes,* etc. etc.—Señor, Simón Bolívar".

¿De dónde han sacado los escritores bolivianos,—les pregunto a mi vez con su modismo,—que Bolívar podía ser el estadista genial, y Venezuela el escabel, de

una grande y liberal política que hiciera de América *la madre* de las Repúblicas? ¿Tenía siquiera fe el caudillo en los lazos afectivos, étnicos, sociales y materiales de los pueblos del Continente?

No la tuvo, ni concibió jamás con claridad la parodia de *federación* americana que le sirvió para su farsa del Congreso de Panamá.

El lo ha confesado con franqueza. Sintiéndose en ridículo, en 1828, ante el risueño juicio que la prensa y los mismos patriotas colombianos hacían de lo que consideraban, como el mismo dice, "una imitación ridícula del Congreso de Viena", exclamó: "Se engañan los que así creen. Cuando inicié aquel Congreso... no fué sino por *una fanfarronada que sabía no sería coronada,* pero que juzgaba ser diplomática y necesaria *para que se hablase de Colombia",*—léase "de Bolívar", porque entonces Colombia era sólo Bolívar y nadie más que él—*"Lo repito,*—sigue—*fué una fanfarronada.* Con el Congreso de Panamá he querido *hacer ruído, hacer resonar el nombre de Colombia* y el de *las demás* (?) repúblicas americanas; desalentar a España, apresurar el reconocimiento que le conviene hacer, y, también el de las demás potencias europeas, pero *nunca he pensado que podía resultar de él una alianza* como la que se

formó en el Congreso de Viena. Méjico, Chile y La Plata, no pueden auxiliar a Colombia, ni ésta a aquéllas; todos los intereses son diversos excepto el de Independencia; sólo puede existir relaciones diplomáticas entre ellas, pero no estrechas relaciones sino en apariencia".

Por hoy me basta y sobra haber exhibido a la mirada de estos *eruditos* denigradores de la historia argentina, el testimonio de los patriotas del Perú y el de sus dos últimos Virreyes, que declararon en los mismos días de aquellos acontecimientos: *que era Buenos Aires el foco verdadero y temible del espíritu liberal y emancipador de la América.*

Nada, absolutamente nada tuvo que ver con Bolívar la libertad de América, del Ecuador al Estrecho de Magallanes, hasta 1823. La ignorancia de los admiradores del caudillo venezolano les hace creer lo contrario. Su fanatismo es un verdadero fakirismo boliviano. Es sin asomo de intención ofensiva que les llamo fakires, pues creen realmente estos hombres que en América concluye el mundo de las glorias, cuando dejan de ver los cocodrilos del Orinoco ó se les esfuma á la distancia la sombra de la estatua del *Libertador.*

Ya pronto veremos que cuando Bolívar intervino en 1823, en la diplomacia que la Argentina tenía establecida en Brasil, el

Plata, Chile y el Perú, fué para anarquizar a los pueblos del Alto Perú y del Pacífico contra aquella política de paz y solidaridad internacional. Databa esta política argentina, en sus delineamientos ostensibles, desde los primeros días del año 1810, y en sus trabajos secretos desde 1806, como he recordado anteriormente.

¿Qué hacía Venezuela, entre tanto, con respecto a la diplomacia del continente? ¿Qué hacía Bolívar? No es éste, sino el gran Miranda quien, recién el 19 de Marzo de 1812 en el acuerdo de la hacienda de Tapatapá, provocado y protocolizado por él, se estableció de conformidad con el P. E. y el Congreso que el Generalísimo quedase facultado: "de tratar directamente con las naciones de América, libres de la dominación española, con el objeto de proporcionarse todos los auxilios que juzgue conveniente para la defensa de los estados: dando cuenta de estas negociaciones y del nombramiento de los individuos a quienes se les encargue, al gobierno de la Nación".

En manos del noble patriota, y bajo la inspiración de su grande y honrado corazón, la diplomacia que iniciaba en esa hora memorable habría dado sus frutos benditos para la paz y la concordia de los pueblos de América; pero nefastamente, antes de cinco meses el iniciador de esa

diplomacia sería traicionado y entregado por Bolívar al enemigo, quedando trocada para siempre, por otros planes y otras tendencias muy distintas la política de diplomacia continental trazada por el gran hombre.

¿Tenía, ó no Buenos Aires derecho a representar la hegemonía diplomática de la América del Sud desde el Plata al Pacífico y de éste hasta el Ecuador? Luego lo veremos con mayor elocuencia en el curso de estas páginas.

# Miraflores y Punchauca

## CAPITULO III

*Las calumnias de los apologistas de Bolívar sobre la actitud de San Martín en las conferencias de Miraflores y Punchauca, están desmentidas por los Virreyes Pezuela y de La Serna.—Nunca brilló tanto la habilidad diplomática del Libertador de América como en aquellas negociaciones.—Desesperación de Pezuela.—El reconocimiento inmediato de la Independencia del Plata, Chile y Perú, facilitando el del resto del Continente, fué el fondo de la discusión enérgicamente sostenida por el negociador argentino.—Testimonio de los comisionados españoles.—Las declaraciones de García Camba.—Pezuela y de La Serna se sintieron vencidos por la diplomacia de San Martín.—El juicio honrado del general Guido.—Comprobaciones históricas.*

Las calumnias históricas sobre las negociaciones de Punchauca, tienen por objeto presentar a San Martín como un argentino de corazón frío para su patria y también para toda la América; como un americano cuyo amor a su país y al continente flaqueó en los momentos en que

todos sus pueblos luchaban por su independencia; como un corazón de fuerte sentimiento españolista dispuesto a someterse al gobierno despótico de la Metrópoli y por fin, como un monarquista irreductible que se había resuelto en Lima a entregar los países del Plata, de Chile y del Perú a un miembro cualquiera de los Borbones de España. Afirma el libelista de *Hipania* (felizmente *hispánica* es la cátedra del bolivianismo) sin avanzar una línea que ensaye siquiera un conato de comprobación, que: "El héroe ríoplatense solicitaba con los soldados españoles reyes peninsulares para el Perú", debiendo figurar la Argentina y Chile "como provincias peruanas". Resulta, según estos críticos de la Historia del Plata que el Libertador de América ofrecía a los "soldados españoles" someter a la monarquía española todos los países que él había emancipado del poder de esa misma monarquía!

Dos son pues los puntos capitales de estas monstruosas imputaciones:

1.° Que San Martín comprometió la independencia de América.

2.° Que quiso someterla al gobierno peninsular.

Causa pasmo, a esta altura del esclarecimiento de la historia argentina, tener que renovar una vez más la comprobación de la actitud real del Libertador

en aquellos hechos; pero sin embargo debe forzosamente hacerse, porque en este punto especialísimo va envuelta la característica más luminosa del patriotismo argentino que brillara en los grandiosos días de la emancipación americana. Debo por consiguiente dar el golpe de maza a las dudas equívocas de los críticos de ultratumba de San Martín, y para ello voy á cruzar sobre sus deleznables insidias la declaración rotunda y franca del mismo Virrey Pezuela, formulada pocos días después de su intento de negociar con San Martín, no sólo la paz del Perú, sino también la de todo el Continente. Redacta el Virrey antes de abandonar el mando una exposición del estado político-social del Perú, y refiriéndose al plán de San Martín en ese país dice: "El pleito de los americanos es nada menos que por su independencia *y no quieren nada con España ni los españoles bajo ningún género ni forma".*(1)

Aquí está la palabra rotunda del Virrey negociador con San Martín en las conferencias de Miraflores. Ningún juicio más alto, más comprobativo de la verdad histórica que el suyo. Y como si esto no fuera bastante para ilustrar el juicio honrado de los estudiosos, el mismo Vi-

(1) "Documentos del Archivo de San Martín", Tomo V, foja 233. Buenos Aires 1910.

rrey les ofrece todavía las siguientes revelaciones de aquel momento clásico de la revolución americana: "La tal Constitución (la española de 1812 que San Martín explotaba con tanta habilidad y maestría) con sus formas y libertades populares *sólo sirve para darles medios de influencia para trabajar y llevar adelante la obra de su revolución*".

*
* *

Contra el juicio torpe, porque es calumnioso y liviano, de los adversarios del libertador argentino, se levanta la confesión del Virrey español diciendo a la posteridad y a la historia que el verdadero pensamiento de su temible contendor era la independencia absoluta de la América, desligándola de toda influencia española, con cuyo país y Gobierno *nada quería bajo ningún género ni forma.*

Estas declaraciones del Virrey Pezuela, así como todas las del Manifiesto a que pertenecen, son el pedestal más grande de aquella hora del libertador San Martín. Está formado de pura piedra española y en él ha escrito el último de los grandes tenientes del Rey de España la altura moral, la firmeza y la habilidad insuperable del patriota argentino.

Tales son para los hombres circuns-

pectos, es decir para los verdaderos historiadores, los elementos de comprobación histórica de aquellos hechos memorables. Más, para los noveladores de Bolívar y calumniadores de San Martín, la verdadera y única fuente de sus inspiraciones históricas está en las diatribas repugnantes de Cochrane y compañía.

El trabajo de zapa que la política de San Martín había hecho en la opinión de Lima convirtiéndola en un campo de desconcierto y vacilaciones, tenía desesperado a Pezuela al mediar el año 20. En Diciembre, su alma estalla y arroja a la faz del mundo los dados de su vida, exclamando al renunciar para siempre el solio virreynal del Perú: "Que todos cedan a la necesidad y las circunstancias y que cada cual escape como pueda, como lo haré yo,—tal ordeno y mando *en este mi palacio virreynal de fierro viejo* a 16 de Diciembre de 1820". ¡Qué profunda enseñanza la de estas amargas palabras! San Martín había expulsado de América al Virrey del Perú sin disparar un tiro sobre él ni derramar una gota de la sangre de su ejército en batalla campal con el déspota abatido.

¿Cuál era la razón de este desastre que hace confesarse al Virrey español prisionero de las rejas de *fierro viejo* de su caduco poder? ¿Cómo explicaría la invi-

tación a la paz y al acuerdo definitivo que hace al libertador argentino antes de medir con él sus armas superiores en número y elementos? Oigámosle. El ha tenido cuidado de decirlo a la historia: "La opinión de todos los pueblos es por la independencia; las clases que forman la masa de esta población, indios, negros y criollos, odian a cual más, y son enemigos irreconciliables del gobierno español; aún los caballeros de Lima se han manifestado hoy decididos en su contra: *esta opinión la han manifestado desde el arribo a estas costas del ejército invasor con quienes solicitaban descaradamente una capitulación que era una rendición ignominiosa,* cuando yo contaba íntegros todos mis recursos y un ejército doble en número al de los enemigos, y muy superior en instrucción y en la clase de sus jefes y oficiales"; y, refiriéndose amargamente, ya no sólo a la política de San Martín sino a toda la propaganda expansiva de la revolución argentina, exclamaba que su catástrofe era resultado "de la opinión general sostenida por *apoyos externos*". Aún le hace decir su desesperación: "Aquellos chapetones mis paisanos, tercos, brutos y obstinados que tan ferozmente se resisten a toda composición y avenimiento, conocerán lo que es la entrada de un ejército a viva fuerza

cuando vean en sus pechos y sobre sus cabezas las puntas de las bayonetas y el filo de los sables enemigos".

¿Qué justificación más plena de su nobilísima y hábil política, podría exigir el General San Martín, que estas confesiones del Virrey vencido?

El mundo sabe que el ejército del libertador argentino penetró a Lima no con la punta de sus bayonetas chorreando sangre humana, sino cubiertas de las flores del agradecimiento y abrillantadas por la alegría de un pueblo redimido sin el sacrificio de una lágrima suya, ni una gota de sangre!

Entre tanto, desesperado el ministro español en Río de Janeiro del vuelo que tomaba la campaña de San Martín; alarmado con las noticias que le llegaban de su acción sobre Guayaquil y Quito, instaba a Pezuela la urgente necesidad de conseguir su alejamiento de Lima, aún a costa de la evacuación del Alto Perú por el ejército real.

A estas insinuaciones le contestó Pezuela de la siguiente manera que esclarece plenamente la verdad sobre el fondo de la hábil política de San Martín:

"Excelentísimo Conde de Casa Flores. Lima, 30 de Noviembre de 1820. El arbitrio de ceder al General San Martín las provincias del Alto Perú correspondien-

tes al Virreynato de Buenos Aires, por tal de que retire sus fuerzas de mar y tierra del territorio de Pisco, ofrece tal cúmulo de dificultades, y su ejecución produciría indispensablemente tan funestas consecuencias, *que sería lo mismo que poner a disposición de los independientes el resultado de una guerra que en el discurso de diez años ha costado mucha sangre, muchas lágrimas e incalculables desgracias.* La experiencia y la observación de la marcha constante de los disidentes, deben hacernos sentar como un axioma, que colocados en una posición ventajosa, jamás dejarán las armas de la mano que no logren generalizar su sistema en toda la América y nunca firmarán una paz duradera, *mientras exista en ella una autoridad dependiente de la Monarquía Española.* Joaquín de la Pezuela".

Las palabras de Pezuela pintaban con exactitud el estado de la opinión pública del Perú. Españoles y criollos coincidían en el propósito de capitular con el libertador del Plata, y por tanto, éste tenía suficientemente preparado el camino que se había propuesto despejar a su paso y por donde debía conducir la empresa emancipadora en el país de sus nuevas operaciones. Ese camino no era el de César ni Alejandro. Era el de él, el de San Martín, el del patriota sincero y humano,

y lo tomó con un júbilo inmenso, bendiciendo al Cielo, como le escribía a su padre político al día siguiente de entrar a Lima, por no haber derramado una gota de sangre en tan grande empresa ni hecho verter una lágrima, pues su alma de abnegado sublime no buscaba glorias ni renombre guerrero, ni ninguna otra vanidad sangrienta que son el fondo característico de los caudillos, sino la felicidad y la dignificación del pueblo americano, ese supremo anhelo de su espíritu, esa hostia blanca que oficia sublimemente en su alma en todas las grandes horas de su vida histórica.

*
* *

Véamos lo más sintéticamente posible las negociaciones de Miraflores y Punchauca, dejando muchos de sus capítulos para cuando los críticos bolivianos acepten y asuman la discusión amplia, culta y documentada de la acción política y diplomática de San Martín y de Bolívar en favor de la independencia, de la paz y del orden de América.

Por el artículo 21 de las instrucciones del gobierno argentino, San Martín estaba autorizado como generalísimo del Ejército de los Andes, a tratar con cualquier autoridad del Rey de España en el

Pacífico, *sobre el retiro de las fuerzas españolas del territorio del Alto Perú.* Era esta una instrucción fundamental que le había recomendado el gobierno de Buenos Aires .

No debemos perder de vista un instante este punto, porque él explicará en gran parte el fondo de la política que desarrolló el General con Pezuela, primero, y con La Serna después.

El *reconocimiento previo,* por parte de los tenientes del Rey, de la Independencia del Plata, Chile y el Perú,—y la *evacuación de las provincias argentinas altoperuanas*: tales fueron las dos piedras insalvables que el hábil general patriota puso en el camino del negociado para trabar, con provechos reales é inmediatos, el paso de las autoridades españolas. Pero el *renegado* de la Argentina y de América, fué más lejos todavía en servicio de la emancipación de sus pueblos. Exigió que en caso de aceptarse la suspensión de hostilidades: "El Virrey del Perú *no podría auxiliar a las tropas reales que ocupaban a Quito,* si Bolívar hubiese abierto en Colombia iguales transaciones con Morillo".

Bolívar había pactado, en efecto, con Morillo un armisticio por seis meses, pero muy lejos de la actitud asumida desde el primer momento por el general San

Martín, que estableció el reconocimiento de la independencia como base previa a cualquier acercamiento con España. El general Mitre sintetiza admirablemente el pacto de Trujillo, diciendo que tenía por objeto: "Transigir las discordias existentes entre ambos pueblos, bajo el compromiso recíproco de enviar y recibir comisionados para ocuparse de la negociación de la paz. No se hizo declaración ni se formuló base previa para tratar, guardando ambas partes silencio, *así sobre independencia como sobre unión a la monarquía, aunque estas condiciones estuviesen en el fondo de lo pactado*". (Historia de San Martín-Tomo 3.°).

Recordemos ante todo que las negociaciones del Perú fueron solicitadas siempre por los jefes realistas, de acuerdo con instrucciones del monarca.

Pezuela recibió aquellas en Mayo de 1820 y el 5 de Octubre firmaba en Lima las instrucciones dadas a sus comisionados "para tratar con los gobiernos de las Provincias del Río de la Plata sobre un avenimiento en que se aporten a la pacificación definitiva de ellas, ó úna suspensión de hostilidades en los términos que manifiestan los artículos siguientes", que abreviados decían:

1.° Que se convide a los jefes y habitantes de las provincias a aceptar la

Constitución de la monarquía y enviar sus diputados a las cortes.

2.° Pactar un armisticio o suspensión de las hostilidades mientras duren las negociaciones.

3.° Que en caso de resistirse a aceptar el nuevo orden constitucional de la Península, se tratase de vencer las resistencias de los patriotas proponiendo a sus actuales gobernantes dejarles el mando militar y político aunque fuese por tiempo indeterminado, subordinándose al jefe del Virreynato o al Gobierno peninsular directamente, debiendo España reconocer las deudas de dichos gobiernos.

4.° En caso de no conformarse tampoco con la anterior proposición, asegurarles que S. M. ha resuelto enviar comisionados para oir sus quejas y formar un arreglo provisional de comercio, debiendo suspenderse las hostilidades.

5.° Ofrecer salvo conductos si las Provincias del Plata prefiriesen enviar a España sus comisionados para expresar sus pretensiones.

6.° Dar por concluída toda cuestión pendiente, con un perpétuo olvido del pasado, en caso de jurar la constitución liberal española.

7.° Ofrecer a los jefes patriotas, así como a los mandatarios, cuantas venta-

jas personales, honores y prerrogativas, contribuyan al acuerdo.

8.° Asegurar a los extranjeros sus propiedades, garantiéndoles su estabilidad tal como estuvieran bajo el gobierno patriota.

9.° Tratar de inclinar la opinión pública a favor del nuevo sistema peninsular.

Acompañó estas instrucciones con una nota que los comisionados harían llegar al General San Martín, la cual decía: "Esta larga guerra hasta el día no ha producido otros frutos que muertes, miserias y ruinas. Las *condiciones* y *planes* llenarán los deseos de V. E... espero de su espíritu aquella noble impresión que sienten las almas grandes cuando la suerte las destina a ser instrumentos de la felicidad general". El Libertador respondió: "Deseoso de prestarme a la conclusión de la guerra, convengo en escuchar las proposiciones de V. E., *siempre que no contradigan a los principios que los gobiernos libres de América se han propuesto por regla invariable*".

En los últimos días de Septiembre se reunieron en Miraflores los representantes de San Martín y Pezuela: Tomás Guido, García del Río, Conde Villar de Fuentes y el teniente de navío Dionisio Capaz. Las bases escritas de Pezuela fueron de plano rechazadas por los patriotas.

Los representantes del Virrey propusieron entonces:

1.° Que el ejército patriota volviese a Chile. 2.° Que se suspendería la guerra por mar y tierra. 3.° Que se restablecería el comercio entre Chile y el Perú. 4.° Que se enviasen diputados a la Corte de Madrid para gestionar los intereses americanos, cuyo resultado se esperaría sin alterarse en nada lo preestablecido.

Los representantes argentinos opusieron:

1.° El ejército patriota se retiraría á la margen izquierda del Desaguadero. 2.° Tomaría posesión de La Paz, Chuquisaca, Cochabamba y Potosí. 3.° El ejército español del Perú pasaría a la margen derecha del Desaguadero. 4.° El del Sur de Chile pasaría a la isla de Chiloé. 5.° El Virrey del Perú no podría auxiliar a las tropas españolas de Quito, si Colombia tuviese abiertas negociaciones con los realistas. 6.° Se nombraría una comisión conciliadora que facilitase la ejecución del acuerdo, y 7.° Se enviarían diputados a la Corte en demanda de los derechos gestionados.

La proposición de San Martín era el triunfo definitivo de sus armas: el ejército real quedaría por mar y tierra encerrado en un círculo insalvable. Termina-

ron las conferencias, sin resultado, el 1.° de Octubre (1820).

El 30 de Noviembre el Virrey Pezuela informaba al Conde de Casa Flores, ministro de S. M. en la Corte del Brasil, el resultado de las negociaciones con San Martín, en estos términos: "Cabalmente sucedió (que recibir las instrucciones reales) en circunstancias que acababa de desembarcar es Pisco la expedición enemiga de Chile al mando de San Martín. Con tal motivo y siendo de mi obligación manifestar las intenciones pacíficas del Rey antes de emprender operación alguna militar en defensa del país, traté de ponerme al instante en comunicación con este general y excitarle a una conferencia por medio de diputados en que se ventilasen las proposiciones de ambas partes para arribar a una transacción final ó al menos a una suspensión de hostilidades. No ha sido posible conseguirlo, primero porque *no queriendo admitirse por la parte contraria otra base que la Independencia política del Perú,* ni mi honor ni mis facultades me autorizaban para entrar en un convenio que la suspensión; y siendo el medio de un avenimiento amistoso que los diputados de San Martín dijeron *en el final de su nota* número 20 *no sería difícil encontrar en los principios de equidad y de justicia,* la

coronación en América de un príncipe de la casa reinante de España, también me fué preciso desecharlo por lo que a mí me toca y reservar su examen al gobierno supremo de la Nación. No habiendo pues arbitrio para una reconciliación definitiva se pasó a tratar de una suspensión de hostilidades mientras los gobiernos de Chile y Buenos Aires enviaban sus diputados a España para exponer sus quejas y transar estas diferencias, o llegaban los que su Magestad ha destinado a estos puntos que acaso vendrán con facultades más amplias que las que á mí se me han concedido.

Mis propuestas para establecer este segundo extremo fueron las más liberales; y llegué a hacer reservadamente la de reconocer a San Martín en su rango de General y a todos los jefes y oficiales subalternos en sus respectivas clases, así como desarmar mi ejército si él hacía lo mismo con el suyo. Tampoco se avanzó nada en este particular, según se impondrá V. E. á fondo por el cuaderno impreso que le incluyo; y en el manuscrito que le sigue advertirá V. E. las razones porque no me fué posible entrar en la cesión de las provincias del Alto Perú, *que indicó aquél como un preliminar necesario para firmar el armisticio"*. (1).

(1) "Documentos del Archivo de San Martín". Idem.

Allí queda la palabra del Virrey del Perú sobre la verdad de lo pasado en Miraflores.

Para concitar contra el general patriota la opinión del país, los realistas hicieron correr la voz de que por arrogancia del invasor había fracasado la paz y la concordia entre pueblos hermanos.

Respondió el capitán argentino con estas palabras en que parece verse de pie la gallardía de su alma trasuntada en la bellísima de su figura física: "He dado a mi ejército las órdenes que está acostumbrado a cumplir y he abierto la campaña sin temor, aunque con grande sentimiento. Los males de la guerra han afligido siempre a mi corazón, *porque no busco la victoria para satisfacer miras privadas,* sino para establecer la independencia de mi patria y *cumplir los deberes que el destino y la naturaleza me han impuesto.* Es llegado el momento en que yo despliegue todos los recursos que penden de mi arbitrio; *he pagado el tributo que debo como hombre público a la opinión de los demás*: vengo a llenar las esperanzas de todos los que desean pertenecer a la tierra en que nacieron, *y ser gobernados por sus propias leyes. El día que el Perú pronuncie libremente su voluntad sobre la forma de las instituciones que deben regirlo, cualquiera que*

*ellas sean, cesarán de hecho mis funciones. Mi ejército* saludará entonces a una gran parte del continente americano, cuyos derechos ha restablecido al precio de su sangre, *y a mi* me quedará la satisfacción de *haber participado de sus fatigas y sus ardientes votos* por la independencia del Nuevo Mundo".

¿Qué guerrero en América habló con más altura y cumplió con mayor dignidad la promesa de su palabra?

Cuando así hablaba, su plan de campaña estaba trazado desde Pisco á Quito. "En el tablero del teatro de la guerra, dice bien Mitre, estaban dispuestas las piezas de modo de jugar metódicamente la gran partida para dar jaque mate al poder colonial en Lima".

*
* *

La Serna,—sucesor de Pezuela que se retiró desesperado por la diplomacia de San Martín y echando en mal hora su "Palacio virreynal de fierro viejo"—así lo comprendió y por eso inició el mando abriendo nuevas negociaciones con el Capitan Argentino. Tras Miraflores, vinieron las conferencias de Punchauca. Veámoslas yendo á su fondo por que en el se ejercita la estulta calumnia boliviana.

Las facultades del Virrey La Serna

para tratar con San Martín eran sustancialmente las mismas de Pezuela: obtener de los patriotas el reconocimiento de la Constitución llamada Liberal que se había jurado en España; la suspensión de hostilidades, y la remisión de diputados a la Corte con objeto de radicar allí el negociado.

El 22 de Abril de 1821 contestó San Martín la invitación del general y Virrey español a abrir conferencias amigables.

Nombrados los representantes de La Serna, (1) San Martín puso en mano de los suyos,—Guido y Alvarado—las mismas instrucciones redactadas para las conferencias anteriores con Pezuela, que decían así:

"Artículo único.—La base de toda negociación con los jefes enemigos debe ser la independencia del Perú, de Chile y de las Provincias del Río de la Plata. Toda otra que se aparte de estos principios es inadmisible. Si los jefes enemigos propusieren dicha base o la aceptaren, los coroneles comisionados me darán cuenta a fin de remitir las instrucciones necesarias para el progreso de una negociación. Cuartel general de Huáura, Febrero 15 de 1821" (2).

---

(1) Valdez y Loriga, más tarde Camba.

(2) Conviene recordar la respuesta de San Martín a la nota de los negociadores en que le avisaban

Comenzaron las conferencias el 4 de Mayo. Todo el pensamiento de San Martín está en estas palabras de sus comisionados, y que, como habilidad diplomática, acrédita la verdad de la frase de Guido,—el genio de San Martín era incisivo y flexible como su acero:—"Los señores diputados del excelentísimo don José de La Serna (decían los de San Martín) han tenido lugar de examinar en el progreso de las negociaciones, el espíritu que anima a los que suscriben conforme *á los preceptos de su jefe,* y que si el excelentísimo señor don José San Martín está resuelto *a conquistar con las armas,* o a *negociar en el silencio de ellas* la *Independencia de América,* no está menos deseoso de unir esta parte del mundo a su antigua metrópoli, *por los lazos de la*

---

el resultado de las conferencias: "Cuartel general de Huáura.—Febrero 26 de 1821. Por la nota de V.S.S. fecha 23 del que rige, quedo enterado y altamente satisfecho de la circunspección con que se han conducido en la entrevista de Chancay con los coroneles don Gerónimo Valdez y don Andrés Loriga. Yo siempre esperé que las indicaciones de aquellos jefes estuviesen en contradición con el objeto de nuestros sacrificios y que conociendo V.S.S. la tendencia de sus miras, llenarían los objetos políticos que me propuse, alejando de ellos toda esperanza de transigir con el Ejército Libertador, siempre que no se asegure la dignidad de nuestras armas y la independencia del Perú. De todos modos V. S. S. han cumplido su deber y los enemigos han añadido un motivo más a los que justifican nuestra causa. Diós guarde a V. S.S. muchos años. José de San Martín".

*amistad y el comercio* que formen la opulencia y la prosperidad recíproca". Esto segundo era precisamente el pensamiento que imperaba en España y que había inducido a enviar a Buenos Aires, a Chile, al Perú y a México los comisionados que comenzaron a llegar esos días.

España, al influjo de su revolución social, había comenzado a sentir seriamente a la altura del año veinte, el profundo error de mantenerse alejada y en estado de perpétua guerra con los países de América. Mas, el primer punto,—el reconocimiento de la Independencia, impuesto por San Martín, — era barrera infranqueable y las negociaciones debían fracasar forzosamente.

Sin embargo, tan hábilmente había llevado San Martín las negociaciones que, al tratar de ellas personalmente con La Serna, llegó a obtener de éste la promesa de aquel reconocimiento, que le fué luego arrebatado por sus generales que se sentían hundidos,—como veremos en seguida.

Habiendo manifestado La Serna deseos de conocer y tratar al capitán argentino, defirió éste inmediatamente, y ambos generales se abrazaron noblemente a las 3 de la tarde del 2 de Junio.

Merece recordarse la escena. El gallardo corazón del Capitán se pondrá to-

do entero a nuestra vista: adelantaba el vistoso séquito del Virrey hacia la casa en cuyos corredores le esperaba San Martín, cuando al echar pie a tierra, avanzó éste hacia el grupo y preguntó: ¿Quién de los señores es el general La Serna? El Virrey descubrió, en respuesta, su banda encarnada y sus cruces.—"Venga para acá mi viejo", díjole el criollo estrechándole fuertemente contra el pecho, que no lucía condecoración alguna sobre su rígido uniforme de coronel de Los Granaderos, como no fuese el polvo del camino desde el Plata al Perú.—"Están cumplidos mis deseos general, porque uno y otro podremos hacer la felicidad de este país". Y luego en la conferencia inmediatamente entablada: "He venido al Perú desde las márgenes del Plata, no a derramar sangre, sino a fundar la libertad y los derechos de que la misma metrópoli ha hecho alarde, al proclamar la Constitución del año 12, que V. E. y sus generales defendieron. Los liberales del mundo son hermanos en todas partes". En este tenor prosiguió el argentino su calurosa y elocuente exposición, que narra el general Guido (Revista de Buenos Aires, Tomo 7) y que se dijo en aquellos mismos días había sido de una notable y conmovedora elocuencia,—como puede verse en el *Elogio* del

Capitán hecho por el doctor Justo Figuerola, Procurador general de la Universidad de Lima. (Documentos del archivo de San Martín. Tomo XI).

*
* *

La Historia no cuenta con antecedentes más autorizados sobre el fondo de estas conferencias que la palabra de los dos principales negociadores de ellas, que precedieron y siguieron a la entrevista presente: El ilustre Guido y el severo Camba.

Dícenos el primero sobre lo fundamental de la conferencia: "El pensamiento *iniciado en ella* de monarquizar el Perú *bajo la base* de su *independencia política,* no era *en suma sino la planteación de un problema que sólo la voluntad popular debía resolver.* ¿Su proposición al Virrey era el fruto de ideas arraigadas, ó *bien un modo de transación aconsejado por circunstancias especiales, propio a dejar perplejo al enemigo* o despertar la ambición de los más arrojados, o sembrar por lo tanto la discordia en sus filas *concluyendo por reducirlos a una completa nulidad?"* Esta es la interrogación que el mismo negociador formula sobre el punto, y si él dudaba del alcance de la proposición, inclinándose a considerar-

la como una estratagema diplomática. ¿Quién, sin falsía, puede hoy sostener lo contrario, con acento firme?

Sigamos escuchando al negociador de Punchauca: "Más sea de ello lo que fuere, si las antedichas proposiciones hechas al Virrey hubiesen sido aceptadas, es indudable que la guerra se terminaba en el acto, neutralizándose el poder español, quedando asegurada la independencia del Perú, (de Chile y las provincias argentinas) y en situación de darse las instituciones que quisiesen por más que se estipulase lo contrario como sucedió con el imperio Mejicano. Los enemigos meditándolo bien así lo comprendieron. Varios jefes de los que habían asistido a la conferencia de Punchauca, y entre ellos en primera línea el coronel Don Gerónimo Valdéz, sabedores de lo que se trataba combatieron enérgicamente lo proyectado allí, influyendo en el ánimo del Virrey ante quien asumieron una posición amenazante, para que desistiese de aceptar un arreglo, que a su juicio importaba una desviación ignominiosa de sagrados deberes. Cedió La Serna a estas instigaciones ardientes, y denegando su aquiescencia a las enunciadas propuestas nombró al mismo Valdéz y al teniente coronel Camba, encargándoles de presentar nuevas bases de arreglo, que fueron á su turno desechadas.

"La naturaleza de aquellas y el *arrogante desenfado* que usó San Martín al discutirlas, corroboran la prueba de su firme propósito *de no tratar sino bajo la condición expresa de la emancipación política,* arrojando al mismo tiempo *la duda de si al presentarla en la forma que lo hizo abrigaba otras miras más prácticas que la esperanza de su realización.*"

Era evidente que *abrigaba otras miras más prácticas.* Los hechos lo comprobaron. San Martín tenía la seguridad de que el Virrey La Serna no aceptaría jamás ir con sus negociaciones ante el rey de España, llevándole consumado el "reconocimiento de la Independencia del Perú, Chile y Las Provincias Argentines". No tenía instrucciones para hecho semejante que le hubiera valido la horca en Madrid.

Entre tanto, las *miras prácticas* de San Martín: su consolidación en el país invádido y la desmoralización del ejército realista, fueron un hecho. Sigue diciendo Guido: "A pesar del incidente referido las negociaciones continuaban. Comenzada en Punchauca, proseguida en Miraflores y luego en el puerto del Callao a bordo de la fragata Cleopatra, vino por fin a fracasar en Lima después de más de tres meses de laboriosa tarea.

"¡Pero cuántas ventajas habíamos ad-

quirido en ese lapso de tiempo! San Martín que las previó con su sagacidad característica, no se apuraba por la conclusión de un asunto cuya dilación le convenía bajo todo respecto. Mientras que sus agentes trataban sobre unas bases que el enemigo no podría suscribir sin renunciar a su pretendido derecho de dominación, y prolongaban sobre ellas un debate que desvirtuaba el prestigio de la causa española, introduciendo la discordia en sus reales,—el ejército unido ganaba terreno en la opinión, se recobraba de los terribles quebrantos ocasionados por la guerra y la peste, cuidaba de su organización poniendo a provecho los recursos de todo linaje que le venían de Tarma, Jauja, Huaraz, Huancavelica y otros puntos".

Si para algún americano de recto juicio fuera dudosa la palabra nunca desmentida del negociador argentino, oigamos la narración insospechable en este caso del negociador español, coronel García Camba. El nos declara: "El Virrey decía: que se acordase una suspensión de hostilidades por el tiempo necesario para obtener una resolución definitiva de la Corte; que en tanto, tirando una línea de Oeste a Este por el río Chancay, gobernasen al Norte los independientes el país que ocupaban; que el resto del Pe-

rú sería regido por nuestra constitución nombrando S. E. al intento una junta de gobierno; que el mismo Virrey se embarcaría para Europa a instruir a S. M. de lo que pasaba; y que, si San Martín quería llevar a cabo su proyecto de pedir un príncipe de la familia real de España, podrían hacer el viaje juntos.

"*Esta proposición fué a su vez desechada por San Martín* no obstante la conocida buena fe del Virrey La Serna y las probables ventajas que ofrecía a los independientes, máxime *si las Cortes con el Rey* accedían a remitir al Perú un príncipe *como Valdéz y Camba significaron a San Martín* en la larga conferencia que tuvieron con él a bordo de la goleta Motezuma. El caudillo se mostraba decidido (acepto, les decía, si reconoce el Virrey la Independencia) por el establecimiento de una monarquía constitucional en los Andes con un príncipe de la familia real de España, y los delegados del Virrey nada le objetaban en contrario *más que la resolución pertenecía exclusivamente al Gobierno Supremo de la* Nación (á que San Martín no quería deferir). Los enemigos engreídos con los sucesos que habían obtenido en poco tiempo, y la facilidad con que movían los pueblos, miraban con indiferencia cuanto se les proponía. Así al desechar San Mar-

tín *la proposición del Virrey,* dijo con harta ironía a los comisionados Valdéz y Camba: que sentía tanta obstinación, pues veía con pesar que *dentro de poco tiempo no tendrían los españoles más recurso que tirarse un pistoletazo".*

Explica luego el mismo García Camba las razones diplomáticas y de habilidad militar que movieron a San Martín a aceptar las negociaciones con los resultados para él favorables que tuvieron en definitiva y se expresa así: *"San Martín aceptó la proposición* de arreglo porque *le interesaba ganar tiempo para extender la sedición en el país,* fomentar las guerrillas o montoneras, hacer pesar sobre la exhausta capital las mayores escaseces, al paso que las enfermedades disminuían diariamente las filas del ejército español y nombró de nuevo sus anteriores comisionados Guido y García del Río. Después de veinte días de conferencia y un gasto considerable que soportaba el erario español, resultó acordado el 23 de Mayo un armisticio por otros veinte días que luego se prolongó por doce más, los cuales venían a componer en todo cincuenta y dos días malogrados. El vivo deseo del Virrey La Serna de dar puntual cumplimiento a las órdenes del gobierno de S. M., si era plausible y aún conveniente para justificar

más y más la guerra, perjudicaba en sumo grado los intereses españoles que los leales defendían. *De las negociaciones entabladas en Punchauca ninguna esperanza de feliz éxito se traslucía, ni otro movía a los enemigos que aumentar su importancia, prolongando la funesta inacción de las armas españolas.* Por este medio contaban los independientes con que el país se acabara de conmover, que las enfermedades desarrolladas en Aznapuquio diezmaran incesantemente las tropas realistas, y acaso llegarán hasta imposibilitar la medida salvadora de evacuar a Lima. Estas ideas y sus consecuencias no estaban fuera del alcance de los jefes españoles; pero el Virrey quería apurar a todo trance los medios de conciliación, de conformidad con los reales preceptos y en esta virtud accedió a una entrevista que San Martín le propuso en Punchauca... Por lo tanto y obstruída completamente la comunicación con las provincias del interior, era imperiosa la necesidad de recurrir a una determinación vigorosa y decisiva pero de grandes esperanzas: la evacuación de Lima''.

El objeto de San Martín estaba cumplido. Quedábale expedita su entrada en Lima; rota la unidad de la primitiva política del Rey de España en América y *las presuntas ventajas ofrecidas por él a*

*La Serna, aventadas de hecho,* definitivamente y para siempre. Este giro impreso por él a las famosas negociaciones comprueba irrefragablemente aún para el espíritu menos avisor, que el hábil diplomático argentino *huía cuidadosamente de radicar en la Corte de Madrid la proposición de obtener de ella la consagración de una monarquía independiente,* como insinuara al Virrey La Serna, sobre la base del previo reconocimiento de la independencia del Plata, Chile y Perú. Con ello tenía ganada la partida!

¿Quién enfrenaba la marcha franca de la revolución americana una vez reconocida por España la independencia de estos estados, sobre un suelo donde, en el Plata, catorce provincias asumían de hecho la más absoluta e irrevocable independencia que se vió jamás, y de pie, en el Perú, un ejército de diez mil hombres mandados por un capitán como San Martín, a más de otros doce mil soldados dispersos entre Buenos Aires y Chile? Hay hoy algún insensato,—que no hubo en aquella época,—que pueda suponer *fuese San Martín el hombre que llegaría a Madrid para enfrenar junto al solio caduco de Fernando VII la voluntad libre de América,* cualquiera fuese la forma de gobierno con que afianzase ella su independencia? Si ese insensato existe, no

creo haya un sólo americano de nuestros días que tenga interés de conocerlo.

El secreto que trabajaba el fondo de las vistas del General San Martín era un hecho que gravitaba sobre su espíritu desde antes de abandonar el puerto de Valparaíso para desplegar sus banderas en los arenales de Pisco. San Martín sabía perfectamente que en aquella época su patria consideraba definitivamente asegurada su independencia y que la continuación de la guerra fuera de su territorio, así como el reconocimiento de hecho ó expreso de la emancipación del Plata, Chile y Perú era cuestión de más ó menos tiempo, el que llegaría fatalmente por el paulatino aniquilamiento de las fuerzas reales opresas entre pueblos sublevados a influjo directo de Buenos Aires, desde Patagonia hasta Guayaquil. Ante este momento histórico, su honrado espíritu en que se hermanaban el alma del soldado y el del estadista circunspecto, tenía que pesar en la balanza de su insigne buen criterio las dobles corrientes que abrían hondo cauce en la opinión de los hombres ilustrados del Plata y de Chile. Y aquel buen criterio, es el que, como un péndulo ponderador de los planes militares y diplomáticos de la campaña, rige en todo momento sus pasos políticos en el Perú.

Conseguir en la paz el afianzamiento de la Independencia, evitando nuevos y mayores sacrificios de sangre y de dinero, era el grande, el ingenuo, el hondo anhelo de San Martín. Obtener el triunfo de la independencia del Perú al precio de una negociación que no comprometiese la soberanía del nuevo estado, y que asegurase simultáneamente el reconocimiento expreso de la independencia del Plata y de Chile, era un pensamiento que concebido y manejado por un hombre tan hábil y sagaz como San Martín, jamás comprometería los destinos de América a cuyo frente estaba, y cuyas discusiones dejarían forzosamente,—en razón de las pasiones y los seculares intereses contrarios que chocaban—como dejó, los rasgos secretos con que se presentan siempre en la historia esas curvas e insinuaciones solapadas de la diplomacia, nacidas de la necesidad de ocultar el secreto del fin real del negociado que las partes se proponen.

Es el caso de San Martín en Punchauca. Para hacer caer a La Serna, anulándolo para la guerra, puso a sus ojos el cebo de la monarquía constitucional del Perú, *posible* con un príncipe español a la cabeza, el que *juraría la constitución que el país se diese.*

*Celada* y nada más que celada es el

carácter con que tomaron los contemporáneos aquellas hábiles maniobras del Capitán Argentino, y es el mismo con que se presenta a la historia, porque tal fué en los hechos y sus consecuencias.

Si la duda ha permanecido contra la lógica de los propios acontecimientos, es porque á ello contribuyó la severa impenetrabilidad de su carácter, al que imprimió la mudez del abismo, siempre que tuvo sobre sus hombros los destinos de la Revolución.

El noble general Guido, el primer negociador de aquellos días, el amigo por quien tenía predilección y hasta ternuras fraternas,—Guido mismo no escuchó de sus labios una sola palabra que le revelase la sinceridad de aquella proposición. Pero para saber que ella jamás podía ser sincera, le bastaba al camarada filosófo, con recordar la prevenida y dura desafección que el egregio general tenía por España en el fondo de su alma.

El honrado negociador, historiando los acontecimientos con conocimiento propio y con los papeles bajo sus ojos, como hemos visto, termina reasumiendo así sus juicios:—De todos modos, se dejaba a los pueblos su pronunciamiento final.

¿Por qué. dice *el negociador de Punchauca* que la materia grave de ellas era

*un problema que sólo la voluntad popular debía resolver?*

Porque el Capitán Argentino había dejado bien establecido que con *respecto al monarca constitucional,* quedaba bien entendido que su aceptación sería en *cuanto fuese conciliable con el voto fundamental de la América Independiente".* Esta salvedad dejaba expedito todo el campo de los intereses de la libertad americana, y a salvo la responsabilidad del General ante la historia, en el caso para él improbable de que tales proyectos de negociados pasasen a consideración del Rey de España .

Eso, y nada más que eso, fué la negociación de Punchauca, en que no inspiró al general San Martín otro pensamiento que el muy noble, grande y cristiano de ahorrar sangre a los hijos de América, cuya libertad era para él un hecho que sentía bajo su planta, que miraba con claridad su vista de águila y que medía con el peso de su espada. Los únicos antecedentes históricos que nos quedan son aquellos, y nadie, sin cometer lijereza y falsía, puede tergiversar la declaración del negociador argentino Guido,—y la del negociador español Camba que están contestes en afirmar que la actitud del libertador era fatal para el poder espa-

ñol, e infalible para el triunfo de la Independencia Americana.

La afirmación del fakirismo boliviano, de que el dictador O'Higgins reprobó las negociociones de San Martín, es una vulgaridad tan calumniosa como todas las sandeces de sus *Estudios Históricos*.

La fe absoluta, la respetuosa fe que a O'Higgins merecían el talento y el patriotismo del vencedor de Los Andes, tuvo siempre a su favor la opinión no sólo del Dictador de Chile, sino también la de todos los patriotas chilenos; y así tenía que ser porque no existía en todo el país ningún hombre que pudiese subir un codo sobre la personalidad de San Martín. La paz era esperada ansiosamente en Chile. Era para el país, "el respiro de Chile" como le decía O'Higgins. Por eso en cuanto La Serna dejó entrever el rechazo de las proposiciones del Libertador,—como sabía sucedería desgraciadamente—se apresuró a comunicarlo a O'Higgins. Este le contestó inmediatamente, con fecha 19 de Julio de 1821: "*Muy sabias* son las reflexiones que usted me indica motivaron a no aceptar el armisticio y romper la guerra; *cuanto Usted ha obrado acerca del particular tiene toda mi aprobación y la de los hombres sensatos*".

¿Qué más, después de esto?

# El Oro y el Bronce

## CAPITULO IV

*La calumnia boliviana y el cochranismo póstumo.—El pudor literario y los sagrados deberes de la posteridad para con la memoria del General San Martín.—Orígen de las calumnias carrerinas y las de Cochrane.—Una figura literaria de la "Historia del General San Martín y de la Emancipación Sud Americana" como pretexto para la exhumación de aquellas. —Los documentos probatorios de la maldad famosa están hoy al alcance de todos los estudiosos.—La carta de Alvarez Condarco y la causa inocente de la calumnia.—Carta del doctor Antonio Alvarez de Jonte a San Martín sobre las negociaciones de Condarco.—El mismo San Martín catalogó estas en sus papeles y las legó á su posteridad, siendo esa la mayor prueba de su inocencia.—Cochrane a la luz de sus propias cartas y del juicio de los hombres de Chile y Perú.—Comprobaciones históricas.*

Es el histórico gaje de los grandes caracteres: sublevar el negro coraje de los perversos que sintieron su peso. Esta ley

del corazón humano se cumplió fielmente en los patriotas americanos.

Dos de sus cumbres más altas son el sangriento testimonio: Miranda tuvo un *Scott* que le acusó ante la historia de: "brutal tirano, caprichoso, cobarde, ladrón, sin honor y sin habilidad".

San Martín tuvo un *Cochrane* que por una coincidencia explicable, le acusó de lo mismo...

¡Y quién creyera! Las cien lenguas de la calumnia de la tragedia griega, que los contemporáneos de los próceres aplastaron con su desprecio, que fué el cauterio más terrible contra el despecho extranjero,—hoy, casi un siglo después, retoñan florecientes en labio de ciertos hijos de América... No se puede ofrecer a la observación del psicólogo testimonio más elocuente de la profunda diversidad de escuelas político-morales que dejaron a su paso el Capitán de la zona templada y el Caudillo tropical.

Los términos que emplea el calumniador boliviano para denigrar la memoria del Libertador argentino, son los siguientes: "Otra diferencia entre los dos (San Martín y Bolívar) aparte de la educación... era la de aquella integridad de Bolívar, incapaz de flaqueza ante los más grandes tesoros, que miró siempre con desdén. A este respecto véase lo que dice

el almirante Cochrane de San Martín: "El Protector había hecho embarcar en su yate Sacramento grandes cantidades de dinero, del cual se había sacado el lastre para estivar la plata, y así en otro buque mercante. Independientemente de este yate se encontraban también a bordo siete zurrones llenos de oro no acuñado, traídos por su comisionado Paroissien, y cargados a su cuenta"... Respecto a los tesoros *sustraídos del Perú,* que San Martín *envió a Londres* (los subrayados son nuestros), le fueron *robados por un tercero.* Mitre se regocija, con razón, de esa pérdida; y agrega que así quedó libre la memoria de San Martín de aquel oro impuro que se había aliado al bronce del héroe".

¿Se creerá acaso que este escritor, este ilustre crítico de historia americana, tan valiente para ofender á personas que se hallan a tres mil leguas de distancia de él, océano por medio, tiene el coraje suficiente de afrontar la responsabilidad histórica de la calumnia "perdularia"? (1).

Pues no! Cuando recoje la sucia espuma del labio hidrófobo de Cochrane, le tiembla el corazón ante el peso de la enor-

(1) Palabra feliz empleada por el Dr. Vicente Fidel López aludiendo al principal calumniador del prócer.

me indignidad y sintiendo algo como una sombra de lo que se llama rubor entre los hombres virtuosos y rectos, exclama con frase vacilante: "El autor de estas notas *no comparte* de *todo en todo* las opiniones de Cochrane, que fué *rival* de San Martín y que lo llama *inepto, hipócrita, intrigante, ladrón, borracho, embustero, egoísta y cobarde.* No. El autor de estas notas no quiere imitar el ejemplo de Mitre que dá acogida en su obra a cuanto escribieron contra el Libertador sus émulos, sus enemigos o sus detractores".

¡Qué repugnante fué siempre el gesto de rubor en la faz de los perversos!

Lo que es dulce reflejo de la virginidad del alma en los hombres de bien, truécase en aquellos en bochornante mueca.

Si el exhumador de las calumnias de Cochrane no las "comparte" ni "acoje" ¿Cómo es que se apoya en ellas para señalar la falta de integridad de San Martín? Si no hace suyas las afirmaciones del calumniador inglés, ¿por qué las exhibe en testimonio de la improbidad del calumniado? ¿La negación de un hecho, es sinónimo de afirmación? ¿Cómo ha podido escribir el difamador: *Yo no comparto de todo en todo* las afirmacines de

Cochrane, *ni acojo* como Mitre cuanto escribieron contra el Libertador..."; y exclamar simultáneamente: "a este respecto, véase lo que dice el almirante Cochrane de San Martín"?

Ved aquí al libelista. Este es el rasgo típico de la especie. Esa es invariablemente la parda médula de sus obras Quién pone el índice ahí, ha herido su psicología moral.

Tan desorientado anda este ignorante *sans culotte* de la historia argentina que ni siquiera ha acertado a ubicar la calumnia. Siente el olor al lodo que le ofrece Cochrane y se va de bruces sobre él, haciendo de diversos amasijos una torta exclusivamente suya, una deforme promiscuidad de calumnias distintas, un *iodibolivianismo* de genuina confección casera, como vamos a ver.

Sagrado es el deber que su posteridad, las generaciones actuales, tienen de conservar incólume la limpidez diamantina del alma del General San Martín. Apeló a ella en el ocaso de su existencia, y, en la hora todavía cercana de la sanción del fallo definitivo, sería indignidad bochornosa que al pie de su bronce le faltase custodios cuando la mano de perversos atavismos pretende cruzar sobre la parte más noble de su figura el tizne de impú-

dicas y ha tiempo sepultas calumnias. En instantes solemnes, el ponderado y virtuoso doctor don Juan María Gutiérrez escribió para su generación sucediente, estas palabras que eran como una carga de nobles obligaciones legada al patriotismo nacional: "San Martín desdeñoso de la popularidad y del vano ruído, presenta un ejemplo poco común en el silencio que guardó sobre su conducta, aún en presencia de acusaciones serias. César escribió sus comentarios; el prisionero de Santa Elena dictó la relación de sus campañas. San Martín fué parco en hablar de sus proezas, aún con personas íntimas, cuando el tiempo y su condición de simple particular le autorizaba para hacerlo. Ha dejado pasar sobre su nombre los resentimientos de los partidos y las inculpaciones sin desplegar sus labios a la espera tranquila de la posteridad. Esta fría y constante confianza en la justicia de los venideros, ya era por sí misma una prueba de la conciencia que le asistía de la bondad humanamente posible de sus actos y de su conducta, porque fué siempre sin alarde de inocencia la serenidad con que el acusado se presenta delante de los jueces".

Y bien pues, el fallo está dado; alta y conmovedora se yergue su figura inmortal bajo los cielos de América y de Euro-

pa, pero la misión de su posteridad argentina no ha terminado en la erección de su bronce, si no que por el contrario, en él comienza y se vivifica a cada hora el culto de sus glorias, debiendo aplastar a su paso las sierpes de las maldades póstumas, cada vez que se escurran de las sombrías guaridas pretendiendo arrastrase junto al basamento de su efigie.

Estoy haciendo rectificación histórica y debo por consiguiente ser fundamental, tomando en su base los capítulos e incidencias provocadas por la crítica de estos seudo-historiógrafos venezolanos. La primera vez que la lengua anónima de la calumnia lanzó su veneno sobre la figura egregia y por lo mismo temida del General San Martín, exteriorizándose al público, fué a fines de 1819 en vísperas de su campaña al Perú, mientras se hallaba de tránsito en Mendoza, y nació del campo carrerino en liga con los españoles emigrados de Chile que, bajo la inspiración de su jefe José Miguel Carreras conspiraban en Buenos Aires y Montevideo, haciendo blanco de sus tremendos odios a las dos más altas cabezas de la revolución en aquellos momentos,— San Martín y Pueyrredón.

Por referencias del confinado chileno don Miguel Ureta llegó a oídos de San Martín que corría en Mendoza el rumor

de "que doña Agustina Zabala, mujer del prisionero español Cayetano Lens, decía haberle detenido el gobierno de Buenos Aires (al General San Martín) *ocho arrobas de oro que mandaba depositar en bancos extranjeros"*. El absurdo era de lo más ridículo imaginable. San Martín acababa de llegar de Chile llamado por el Gobierno de Buenos Aires para sofocar el conflicto promovido por Artigas en la Banda Oriental y Santa Fe, y convenir los medios de prever la defensa contra la expedición de Cádiz, y era en momentos semejantes que el odio del carrerismo unido al español exhibía en lúgubre y siniestro rompimiento nada menos que al Director Supremo de las Provincias Unidas y el Generalísimo de los Andes. La situación era vidriosa y propicia a la intriga porque intervenía como factor de ella el artiguismo. San Martín se dió cuenta cabal del momento y llamó a su presencia a la esposa del prisionero español, resultando que ésta había hecho la aseveración calumniosa por habérsela oído a su vez a otra señora, doña Antonia Corvalán. Con estos antecedentes solicitó al Gobernador de Mendoza mandase iniciar inmediatamente el proceso necesario, fundándose en las consideraciones siguientes que transcribo de su oficio fechado el 11 de Noviembre de

1819: "Convencido de que en tiempos de revolución el hombre público es el foco donde se fijan las invectivas de los enemigos de la causa y díscolos, *sería bien indiferente a las imputaciones de las ocho arrobas de oro* a que se hace referencia, esto es hablando como ciudadano,—*pero como general en jefe de un ejército* no puedo serlo a la impostura de faltar a la autoridad suprema de nuestro gobierno, pues estas voces en las circunstancias de la disidencia de Santa Fe y Banda Oriental, pueden ser de una trascendencia funesta a los intereses de la comunidad americana".

La perfidia fracasó por su propia monstruosidad, pero fué la primer llama que el odio carrerino lanzó al ambiente público y sirvió para que Cochrane la fomentase desde el Pacífico, al romper con el Libertador, ubicando la insidia no ya en las misteriosas arrobas de oro caídas sin duda del cielo, sino en *cien mil pesos* robados antes, en 1817, y en *otros grandes caudales* del Perú!!

*
* *

Y aquí entro a la materia de las calumnias sobre los actos de San Martín en el Perú y Chile, que el crítico confunde

en un mismo hecho a causa de su completa ignorancia. Yo no defiendo, entiéndase bien, la honestidad insospechable con que vivió y murió el Capitán Argentino. Yo no incurro en tal insensatez! Su figura, a este respecto diamantina, pertenece ya a la inmortalidad. Pero hay un hondo pudor histórico y una cultura literaria que se resienten cuando vé a hijos de la América, herederos de sus glorias, ensuciando con la exhumación de las calumnias sombrías de los perversos que sintieron de cerca la grandeza de aquel hombre, el acervo literario de sus glorias que debe mantenerse inmune de los asaltos de la impudicia y la osadía ignorantes, máxime cuando penetran al campo de la historia en nombre de la escuela del atraso y la anarquía.

Para hacer más sangrienta la infidencia literaria, el escritor boliviano apoya sus referencias en la obra del mismo general Mitre sobre S. Martín. "Respecto á los tesoros sustraídos *del Perú,* que San Martín *envió a Londres,* le fueron *robados* por un *tercero.* Mitre se regocija con razón de esa pérdida; y agrega que así quedó libre la memoria de San Martín de aquel oro *impuro que se había aliado* al bronce del héroe" (Hispania 1813 f°. 543). La palabra *impuro* es cosecha del escritor boliviano. Una simple figura li-

teraria del general Mitre escrita á fuer de su *escrupulosidad documentaria,* como se le ha observado, ha sido el pasto suficiente para desatar la *honestidad* histórica del cochranismo póstumo.

Cuando San Martín, después de Chacabuco, regresó de Buenos Aires a Santiago, habiendo dejado convenido con el gobierno de su patria la campaña sobre el Perú, a cuyo efecto acordó con Pueyrredón que se mandarían agentes a Inglaterra y los Estados Unidos en procura de elementos marítimos,—despachó, en efecto, sin pérdida de tiempo al ingeniero y su ayudante de campo José Antonio Alvarez Condarco para que contratase hombres y buques armados en guerra: El contrató a Cochrane, la fragata Cumberland y otros navíos, como veremos.

Las dificultades de esta misión en Londres y la repercusión que tuvo luego en Santiago, suscitó en el campo carrerino las sombras de la calumnia contra O' Higgins y San Martín,—que Cochrane recogió en seguida ardiente de ira contra el freno que el Capitán de los Andes puso a sus soberbias y a sus ambiciones de lucro.

El general Mitre, narrando este pasaje en el capítulo "La Alianza Argentino-

Chilena", de su Historia de San Martín y de la Emancipación Sudamericana, (Tomo I) con toda la inmensa documentación de aquellos días sobre las campañas marítimas y las calumniosas diatribas contra el héroe, puesta allí bajo su vista de concienzudo y frío historiador, dice: "Pero esta vez *parece* (el subrayo es mío) *que la liga del oro se alió al bronce heróico del libertador*". Véase bien que Mitre dice dubitativamente, "parece", y que jamás deja entreveer que la "liga del oro al bronce guerrero", fuese la impudicia del robo, sino que de ser cierta, ella presentaría a San Martín como un hombre amante y guardadoso del oro; anheloso de bienes de fortuna; cuidadoso ante todo de sus intereses pecuniarios, en cuyo caso, dice el historiador, habría padecido "su *elevación moral* de hombre" sin que por eso menguase "su grandeza como guerrero y libertador".

Y especificando los términos de la calumnia, espone que tratábase de la remisión a Londres, por cuenta de O'Higgins y San Martín, de 25.000 pesos, según unos, y de 100.000 según otros, los que "desaparecieron sin que San Martín los utilizase en ningún tiempo".

Tan es evidente que ni el general Mitre ni historiador alguno (ni ningún hom-

bre honrado, digo yo, en presencia de los documentos históricos) han podido afirmar que fuesen de San Martín esas sumas, y no del gobierno de Chile,—que en seguida agrega: "Sea cual fuere el monto de la cantidad de que *por cuenta pública ó privada* fuese portador Alvarez Condarco, que en *resumidas cuentas aparece* no pasó de 29.500 pesos, etc."

Vése, pues, que el general Mitre jamás ha afirmado que esa suma que llevó Condarco a Londres, fuera de pertenencia del patriota. Y nunca pudo hacer semejante afirmación porque "los documentos que con este punto se relacionan, (como dice Mitre) escritos en cifras, y que han permanecido secretos durante más de sesenta años" revelan clara, indubitable y terminantemente que a Alvarez le entregaron *veinte y cinco mil pesos, pertenecientes al gobierno de Chile,* para compra de armamentos navales, "que con *tres mil de Usted* (de San Martín) y *mil quinientos míos,* hacían la suma de veinte y nueve mil quinientos":—afirma Condarco, escribiendo al Libertador.

¿Pero, de dónde nació la calumnia de los 100.000 pesos enviados por O'Higgins y San Martín para depositar en los bancos de Londres, a cuenta de aquellos, y que estando bajo la custodia de Alvarez Condarco le fueran *robados*?

La transcripción del documento fundamental a que se refiere Mitre nos dará la luz. Se trata de la comunicación secreta en que Condarco le refería a San Martín los apuros e incidentes de la empresa.

He aquí la carta del pretendido enigma: "Londres 22 de Noviembre de 1817. Señor Don José de San Martín. Querido amigo: Por las últimas comunicaciones de Chile del presente año, veo que no van acordes las operaciones del gobierno respecto a las negociaciones entabladas por mí en esta Corte, siendo así que todas ellas van calculadas con arreglo a las instrucciones que Vd. me dió al tiempo de separarnos. La primera operación que fué la remisión del buque *Cumberland* a donde a más de la grande necesidad que aquél país tenía de él, yo había envuelto y ligado las ulteriores operaciones con arreglo á hacer el crédito del gobierno de Chile aún no conocido aquí, y como primer encargo de Vd.

Desgraciadamente al primer cimiento puesto para formar el crédito ha sido roto, inutilizada la obra, perdido el gasto hecho en ella e incapaz de aprovechar el suelo elegido. A mí me será preciso por ahora quebrantar uno de los artículos de su instrucción, para darle una idea de los medios de que me había va-

lido para *aumentar nominalmente* el número de los fondos que se me confiaron, o a lo menos a hacer los servicios dobles ó triples de lo que ellos eran realmente. Vd. sabe bien que se me entregaron *veinticinco mil pesos, pertenecientes al gobierno de Chile,* que con tres mil de Vd., y mil quinientos míos, hacían la suma de veintinueve mil quinientos. Ahora, pues, mis operaciones han sido del modo siguiente: *yo echo la voz que eran más de cien mil pesos,* con ánimo de mover la codicia de los comerciantes, efectivamente empezaron a presentarse casas de comercio a querer tratar conmigo, yo a hacer entradas y salidas en tratos á ver si descubría el terreno, o cual era la de más fondos, más liberal y capaz de hacernos más favor, y en algún modo pensar políticamente y no puramente mercantil. Convencido al fín, que no salía al frente otra mejor que la de mister Ellice, resolví entrar con ella y celebré el primer contrato por el Cumberland, garantizando por mi parte, el cumplimiento de dicho contrato por el gobierno de Chile, pasando a manos de dicha casa mis fondos, sin dar a entender que no me quedaban más, como luego de cumplido o al menos ratificado este contrato por el gobierno, debía volver a mi poder dicho fondo, como lo expresa dicho contrato, no me fué difícil

negociar con mister M. Neile, quien estaba sumamente persuadido que de ningún modo fallaría dicho contrato; el adelantarme la misma cantidad si la necesitaba antes, con cargo de cobrar de la dicha suma, o como conviniésemos después. Hallándome en esta actitud, emprendí el hacer ir a lord Cochrane para lo que me fué preciso entrar en sus planes del buque de vapor, cuya operación debía hacerse con tres mil libras de mis fondos y tes mil libras de lord Cochrane; otro tanto ó mucho más suplido por la casa Ellice, quien no tuvo embarazo en entrar en esta nueva empresa, al mismo tiempo que con quinientas libras hacia las máquinas y todo el aparato para los cohetes incendiarios. He manifestado a Vd. el plan en todos sus puntos de vista, y voy a demostrar sus resultados. No ratificado dicho primer contrato, quedan perdidas de hecho las cinco mil libras dadas para la seguridad de su cumplimiento; de cuyas resultas no poder sutisfacer las tres mil ya pagadas por el buque de vapor, las quinientas dadas al lord Cochrane a cuenta de dos mil, puestas por él en la operación de dicho buque, ni tampoco las otras quinientas empleadas en la maquinaria de los cohetes con más de mil y tantas de mi sostén y otros indispensables gastos; por de contado el crédito entera-

mente roto y con el reclamo al mismo tiempo del constructor é ingeniero, cada uno de más de dos mil libras como he dicho en mis anteriores y por oficio al gobierno. Felizmente, la noticia aún existe sólo entre mister Neile y yo, sino ya estuviera en la prisión: el peor mal que por ahora toco, es que de resultas de no tener aún la casa de Ellice noticia del Cumberland, con respecto a su trato después de saberse su llegada tanto tiempo há, se halla embarazada con demoras la conducción del buque de vapor; la mejor obra acaso inventada para los mares, y cuyos primeros ensayos han correspondido tan bien; yo con todo el dolor de mi corazón deberé ver esta preciosa obra malograda".

La voz que los anhelos patrióticos de Condarco le hizo lanzar de que era portador de 100.000 pesos, y que entre otros efectos, tuvo el de que Cochrane entrase con su peculio propio en las operaciones, fué la base de las calumnias que éste desparramó después por Chile y por el Perú, por el Ecuador, por el Brasil, por París y por Londres, y por donde alcanzó el tremendo ódio que cobró al Capitán Americano, después que en mal hora, se alzó en el Callao con los tesoros del gobierno y de particulares de Lima, que el Protector hiciera embarcar en previsión

de tener que evacuar dicha ciudad con el ejercito de su mando.

*Tres mil* pesos de su propiedad había puesto San Martín en poder de su Compadre y ayudante, ya fuese para ayudarle las costas del viaje, ya para el traslado del jefe o los oficiales que debía contratar para Chile, ya para algún otro importante interés,—como se descubre por las pequeñas sumas que fué enviando luego a Condarco y de que gozó el virtuoso y noble Alvarez Jonte;— lo evidente es que muy noble y desprendido debió ser el destino de esa pequeña suma, cuando el comisionado la empleó sin exitar, sin consulta y sin sincerarse, junto con 1.500 pesos suyos en la operación de la compra de las naves que debían llevar la Independencia al Perú.

¡Allí están los *cien mil* pesos que San Martín "*hizo depositar en los bancos de Londres*", y la forma en "que le fueron robados"!!!....

¡He ahí la "liga del oro *impuro,*— según los calumniadores americanos—que se había mezclado al bronce del héroe"...

—¡Cochrane y los panegiristas de Bolívar enlodando, tomados del brazo, la tumba glorificada del General San Martín!

Si, la Historia ha acrisolado ya la liga inmortal que compone la figura del Primer Criollo de la América. En los recónditos anhelos del pueblo argentino, ajítase como el talisman de sus grandes visiones patrióticas, el oro purísimo del corazón de aquel ciudadano y el bronce glorioso del alma del guerrero. El ciudadano y el soldado, el oro y el bronce irreductibles, el corazón, y el alma de José de San Martín, palpitan en el pecho del pueblo argentino y es parte del calor de sus venas.

¿Es concebible acaso que el general San Martín hubiese ordenado, catalogado y conservado estas cartas para sus deudos, si en ellas se contuviese la sombra de un delito?

¿Se vió alguna vez a los delincuentes, altamente colocados en el escenario de su época, preparar fría y tranquilamente durante muchos años, como sucedía en este caso, las pruebas de sus crímenes y delitos ante la posteridad para arrojar sobre sus nombres la vergüenza y el desprecio de la historia?

Basta esta sola consideración del más primario buen sentido, para comprender la monstruosidad de los calumniadores del gran hombre que se han servido de aquella operación destinada a darles pa-

tria y a hacerlos hombres libres, para amargar en vida el corazón de su benefactor y pretender después de muerto ensombrecer el claro resplandor de su memoria.

Tan desligado estaba San Martín de los pormenores del asunto, y tan sin interés respecto á su parte financiera, que en el mes de Julio (1818) Guido le escribía rogándole se interesase en el negociado de la Cumberland que se hallaba ya en el puerto de Valparaíso, por que el gobierno Chileno parecía resuelto a no comprarlo. *"Desearía, le dice Guido, tomase V. en consideración este asunto cuando menos por el crédito de Alvarez"*. O'Higgins, apesar de su disgusto como el de todos los patriotas por las bellaquerías usurarias de los armadores ingleses, compró naturalmente la nave, de acuerdo con el gobierno argentno.

Otro de los documentos estrechamente ligados al asunto,—documentos a que el general Mitre se refiere cuando llama "secretos", en su Historia de San Martín,—y que al escribirla, lo tuvo bajo su vista descifrado por él personalmente—es la carta que le escribió al prócer desde Londres el día 13 de Enero de 1818, el Dr. Antonio Alvarez Jonte, su íntimo, y que recibió también una pequeña suma

de dinero que le mandó San Martín a objeto de que se moviera eficazmente en la empresa de preparar la libertad del Perú, y que le ocupaba en la Capital inglesa á la sazón.

Estos documentos, así como la clave de ellos, que se conservan en el archivo del general Mitre, han sido puestos á mi disposición por el virtuoso Director del "Museo Mitre" señor Alejandro Rosa, y están igualmente al alcance de quiénes deseen consultarlos.

Esceptuando la clave y algún otro papel suelto sin importancia intrínseca, todos ellos han sido publicados por él y se contienen en los doce gruesos volúmenes que forman la obra: "Documentos del Archivo de San Martín", y que hace fé histórica porque se trata de una publicación oficial, autorizada por el gobierno Argentino.

La carta de Jontes, á que me he referido, ilustra puntos curiosísimos de aquella misión y complementa la del comisionado Alvarez Condarco. Por esta razón y porque mi objeto es difundir en el exterior ciertas piezas de la historia de la epopeya Americana que tuvieron su orígen en la Revolución Argentina, y que los estudiosos del Continente recibirán seguramente con interés, copio aquí aquella

página donde se ve de lleno el alma de un sincero patriota:

"Londres, 13 de Enero de 1818. Señor Don José de San Martín. Mi amado amigo: Puedo referirme á la comunicación que hace Alvarez Condarco respecto al estado y extensión de los negocios: sin embargo como esta supongo será mi última carta desde Londres no quisiera perder esta oportunidad de interesar la atención de V. E. El marinero cree que no hay mayores trabajos que los que él sufre en borrasca; el soldado juzga que nadie trabaja y padece como él con sus empresas; en fin el estadista se persuade que no hay fatiga que se pueda comparar con la del gabinete. Para no entrar á definir mi opinión á este respecto yo me contentaré con decir que los resultados que tenemos no sólo corresponden sino que exceden á las mismas esperanzas concebidas. Dentro de doce días sale para Valparaíso el navío de 60 el Cumberland contratado sin desembolso efectivo en 160.000 pesos poco más bien equipado como para un viaje á la India y solo con 40 cañones. La reducción en sus aprestos y cañones ha sido en efecto necesaria de las circunstancias, porque después de haber esforzado este gobierno toda medida de estricta neutralidad y toda prohibición de apresto de guerra para la Améri-

ca, hubiese sido necesario perder el todo si nos hubiéramos empeñado en que fuese completo. El mismo buque debe llevar toda la maquinaria precisa para construir cohetes incendiarios y perfeccionar además la fábrica de pólvora. Basta la simple comunicación de esta noticia que ha sido y es un secreto del gobierno inglés para darle toda la importancia á los ciudadanos que se han empleado para conseguirla y valuar la misma adquisición Acaso poco ganamos con las máquinas sino lleváramos un hombre que las supiese manejar y pudiese suplir al ejército con ese instrumento formidable desde su llegada; pero felizmente esto también se ha conseguido. Llevo una persona á este respecto que no puede ser bien descripta y ponderada. El es un maestro completo de mixtos, de laboratorios de pólvora, de los cohetes, de construcción de buques, buen mecánico, buen químico, en fin, sus ideas son universales: poco de teoría y casi todo práctica. No es menos interesante la adquisición de lord Cochrane, éste sujeto es preciso conocerlo para saberlo apreciar; á la cabeza de la marina de ese país será el terror de los españoles y el respeto de todos.

Después de estas grandes cosas parece que Vd. no tendría más que oir: más es preciso que componga Vd. su alma para

escucharlo mejor. Se está construyendo un gran buque de vapor de 410 toneladas y unas máquinas del poder de 60 caballos á la vez. No es posible dar una idea de sus ventajas y de los formidables efectos que puede producir. Figúrese Vd. una batería en buque fuerte que no necesita de viento ni corriente para caminar de diez a ocho millas y la pronta imaginación de Vd. para todas las aplicaciones convenientes de un principio singularmente importante; añada á esto el que las baterías estén provistas de fuegos ó cohetes incendiarios, y pregunta Vd. si habrá escuadra, navío, fragata ó puerto que resista este tremendo poder combinado.

Vd. notará por esta idea que hay una substancial variación en el plan original que comuniqué á Vd. pero como no se han variado sino más antes se han aumentado las ventajas, todo lo demás es insignificante. El todo de la expedición no excede su importe de pesos 450.000 con la particularidad que no se hace desembolso efectivo en esta que el de 20.000 pesos y esto á causa de que era necesio atender el cubierto del importe de algunas otras cosas que depende el vivir diario del artesano que no puede dar espera. Yo he dicho 450.000 pesos incluyendo el importe de otro navío que está en ajuste

aunque no concluído. Su porte y apresto aún mayores: carga 80 cañones y debe ser mejor tripulado. El objeto en la adquisición de dos grandes navíos a más del formidable de vapor, es no solo pensar en sus fuerzas físicas, sino en la comodidad de que servirán de ventajosos transportes y sobretodo que su sola apariencia llena el efecto moral que las más veces solo se puede producir por el número. Sin embargo debo advertir que a pesar de que cada cosa está muy adelantada, Alvarez está poco inclinado ahora á concluirla porque teme que ese gobierno se halle algo embarazado en cubrir su crédito. A la verdad que si no ha de haber puntualidad mejor será no hacerlo; pero no es esa *la madre del borrego, sino que yo no lo entiendo.*

En estos días ha llegado aqui la fresca de que Vd. había sido precipitado á acudir a Talcahuano donde habían sido reforzados los realistas. El demonio de Talcahuano hace más cócora en Europa que si fuese la mitad del reino de Chile.

Espero que al recibo de esta ya habrá dado Vd. cuenta de ese *gorgojo* que ha llamado sobre sí tantos gigantes. Interesa darse prisa porque la expedición de Cádiz se apresta con actividad. La escuadra rusa no ha salido de Pormouth por falta de viento. Se compone de cin-

co navíos de línea y cinco fragatas que unidos á otros dos más que se aprestan en Cádiz con otras dos fragatas compondrán el todo . Es un gran problema su destino. Todas las partes de la América llaman excesivamente su atención. El proyecto de Vd. sobre Lima se ha hecho público por la vía de Buenos Aires y ya sabe Vd. que Lima es la columna del poder español en América, y si no la sostienen matan sus esperanzas. Buenos Aires es el que ha sostenido el crédito de la revolución, y si no tratan de darle un golpe poco adelantará el gabinete de Madrid en la opinión de la Europa. Por otra parte, sus deferencias con el Portugal sobre la ocupación de Montevideo le llaman seriamente la atención á aquel puerto. En Venezuela ha desaparesido el poder de Murillo, éste está refugiado con pocos restos del puerto Cabello, y Bolívar triunfante en Caracas.

Si no reponen, pues, lo perdido deben renunciar á la tierra firme. En Méjico, Mina sigue sus correrías y aunque hay relaciones contradictorias sobre su destino y las gacetas españolas lo dan ya por prisionero, hay relaciones de Vera-Cruz que le hacen honor á sus progresos y no puede menos que ser alarmantes á la España.

Si esta divide las fuerzas de su expedición, en todas partes será débil y como este esfuerzo es extraordinario y parece que no podrá ser repetido al menos por muchos años, debe procurarlo emplear con el más probable suceso y ventaja. En mi opinión la dicha expedición, de 12.000 hombres va al Río de la Plata porque allí puede atender á muchos objetos á la vez que le son importantísimos en sí. A más de lo indicado se pone en disposición de atender á Lima ya por mar en primera oportunidad, ya por tierra amenazando ú obrando sobre Buenos Aires. El tiempo nos sacará de esta duda pero entretanto ella debe reglar decididamente las operaciones de Vd.

Yo salgo de aquí con el lord Cochrane en el mes de Abril á bordo del buque de vapor, y no será extraño que si nos va bien, como espero, lleguemos todos juntos á pesar de la delantera que nos lleva el Cumberland. En la semana entrante voy á París á comprar unas cosillas que hacen falta y creo que Alvarez me acompañará. En el Cumberland van varios oficiales de marina y tierra para el servicio de esa. Entre ellos va un Letelier, hijo de don Feliciano, casado en España, que estuvo sirviendo de ingeniero bajo José Napoleón y acaba de escribir desde Francia solicitando pasaje, el que se le ha con-

cedido no solo por ser buen militar si no por ser chileno. Puede Vd. darle á su padre esta buena noticia. A más de la letra de seiscientos pesos que tuvo Vd. la bondad de remitirme por medio de Chilavert he recibido de manos de Alvarez en nombre de Vd. 200 libras. Esta confesión y reconocimiento no es en manera alguna el testimonio suficiente de mi deuda. Mi gratitud sólo puede ser sensibilizada puesta en ocasión, y ella jamás será excedida si no por los sentimientos de amistad y aprecio con que siempre me he gloriado en ser de Vd. su verdadero y eterno amigo.—*Antonio A. de Jonte.*

*
* *

¿Pero quién era el acusador de San Martín? ¿Cuál la autoridad moral de tal acusador? ¿Sus virtudes, su veracidad, su cultura, su honestidad privada, daban á su palabra aquel peso que ha hecho inconmovible en la historia la acusación de los jueces de los grandes hombres?

Los jóvenes de la actual generación de América conocen por las obras inglesas quién era el "renegado inglés", el "expulso de su patria"; conocen al héroe del Pacífico y al aventurero impúdico que, después de luchar (con todo el provecho

pecuniario que pudo) en favor de la República y en contra de la monarquía en Chile y el Perú, vendió sus servicios en el Brasil, para luchar en contra de la República, y en favor de la monarquía. Pero lo que no conocen, a buen seguro con datos sugerentes, es el papel que este personaje desempeñó en sus manejos íntimos durante la campaña del Perú, con respecto al General San Martín y O'Higgins.

Revelaciones recientes de documentos que han vivido en los archivico de gobierno ó en poder de los eruditos de América, nos descubren que este supuesto "altivo inglés", este "soberbio almirante" como dicen el escritor boliviano y sus congéneres, citando periódicos y libros ingleses, era un servil abyecto, un servil de alma miserable — cuando tenía que habérsela con alguna prevención, por lijera que fuese, del general San Martín.

Se nos revela igualmente, como un hombre famélico de dinero, brutal, irreflexivo é intrigante, para quien el respeto á la fé de la palabra y a los hombres, era un mito.

Voy á reproducir algunas de esas notas de la vida de este caballero en Chile y Perú, porque el general Mitre ha traído á colación algunos detalles de sus per-

versidades con San Martín, las que sirven de campo de explotación al bolivianismo en materia.

Me habría ahorrado la tarea si el historiador de San Martín, tan fiel á todos los incidentes históricos relacionados con el héroe, hubiese adoptado el temperamento que Don Vicente Fidel López toma á propósito de las calumnias del inglés. "Su honradez es intachable, dice refiriéndose á los manejos de dinero por el general San Martín; — *y se necesitaría toda la perversidad de un perdulario procáz como Cochrane,* para pensar y decir otra cosa". Tal escribe el ilustre argentino, y echando las perfidias del *perdulario* á un rincón de los desperdicios de la historia, entra en materia sobre los inmensos sacrificios pecuniarios que realizó nuestro pueblo en favor de la independencia de Chile y el Perú.

Veamos, pues, cómo las adulaciones y lisonjas de Cochrane á San Martín, antes de haberlo éste puesto fuera de toda consideración por sus actos criminales, tocaban los límites de la bajeza y debieron causarle al prócer secreta repugnancia: "He estado en riesgo de incurrir en su desgracia para siempre", decíale el 19 de Agosto de 1821, "*si el talento de Vd. que no habiendo nacido rey, pero sí para*

*gobernar,* no le hubiera hecho ver las cosas en sus verdaderos colores"; y aludiendo al carácter honrado del gran hombre, llamábale "*el único digno de un gobierno, que debe servir de norma á todos los pueblos de la América y aún al mundo entero*".

Más descarnadamente descubriremos la complexión moral del hombre, leyendo lo siguiente que escribía al Libertador desde Lima el día 4 del mismo mes y año citados: "Mi querido General: Me dirijo á Vd. dándole por última vez el título de antes, en el concepto de que la libertad que puedo tomarme como amigo, no pueda tacharse de irrespetuosa hacia su persona, revestida ahora del título de Protector. No obstante, si yo tuviese seguridad de que Vd. me guarde rencor por la presente, prescindiría de darle á Vd. esta nueva prueba de amistad, en agradecimiento de la ayuda que Vd. me prestó en una época en que se tramaban esas intrigas tan bajas y ruínes, que dieron por resultado mi separación del servicio de Chile... *En manos de Vd. está el ser el Napoleón sud-americano, lo mismo que puede ser el más grande de los hombres que presentemente actúan en la escena mundial. Los escollos contra los cuales se han estrellado los gobiernos*

*sud-americanos, fueron hasta ahora la mala fe y las intrigas concomitantes del momento. Nadie, salvo Vd., fué capáz hasta hoy de elevarse en las alturas, abrazando de una vez, con ojo de águila, la inmensidad del horizonte político*: pero si Vd., nuevo Icaro, en su primer vuelo confia en sus alas de cera, su caída aplastará las nacientes libertades del Perú, envolviendo á la América del Sud en la guerra civil, la anarquía y el lúgubre despotismo." Con esta introducción pasa luego á convencerle indirectamente, de la necesidad de apoyarse en él, para lo cual no tenía otra cosa que hacer sino llenar abundantemente de oro á los marinos cuyos servicios tanto contribuyeron al éxito material de la jornada. Allí está el hombre de cuerpo entero.

San Martín contestó estas osadías con su altura y firmeza acostumbradas, desconcertando de tal manera al Almirante, que le hizo producir la carta siguiente, que es por sí sola documento suficiente para poner á su autor en su verdadera luz ante el juicio de los hombres honorables. La recomiendo al bolivianismo y sus congéneres: "O'Higgins. 9 de Agosto de 1821. A S. E. el Protector del Perú, Generalísimo, etc. etc. Mi querido General: *Plugiera a Dios que el sábado*

*5 del corriente mes, me haya sido borrado de los días de mi vida por las impresiones que desde ese día han hecho presa de mi mente y que yo quisiera para siempre desechar.* ¡Oh las penosas sensaciones que ahora se agitan en mí *y me hacen desgraciado!* ¡Y qué, San Martín, el justo y honorable, ha podido aún en un momento de viveza, expresar sentimientos que no debían haber tenido entrada en su espíritu liberal! ¡Ese San Martín a quien yo consideraba un amigo, mirando las cosas con fría indiferencia, no me ha dicho que mande a la escuadra donde me plazca y vaya donde se me ocurra, solo porque yo le pedía lo que era bueno para su servicio!! No me ha dicho, para recompensarme de tantas horas ansiosas transcurridas en la penosa y delicada situación que atravieso: puede Vd. irse cuando guste. ¡Ah general! ¡Ha sido un doloroso día para mí,—un día que yo no esperaba haber visto jamás, aunque a veces asomaban las dudas en mi espíritu, y me preguntaba, si la influencia de personas que me habían tratado tan mal en su propia casa de Vd. y en su misma mesa, no acabarían por quebrantar la armonía y reducir á la nada la confianza *con que me honraba Vd!*

*¡No podré volver á verlo jamás, mientras no sienta que puedo hacerlo sin*

*una lágrima en los ojos! Siento deseos de huir de la sociedad de los hombres,* porque hasta ahora todos me han engañado. Me retiraré adonde la amistad de lady Cochrane venga á agregarse al consuelo que siento, de no haber dañado ni pretendido dañar jamás á hombre alguno, ni cometido acto alguno que mi conciencia me pueda reprochar.

Que tenga Vd. éxito en todos sus esfuerzos para el bien de la humanidad; que sea Vd. tan grande como pueden hacerlo la justicia, el honor, la sabiduría y todas las virtudes; es el deseo de su desconsolado pero sincero amigo Cochrane".

Tras de este vino el zarpazo del corsario. ¡Cómo se vengaría de su expontánea y baja sumisión á la grandeza moral de San Martín! Rojo y espumante estalló el ódio del marino, poniendo a prueba la serenidad y la cultura de los nobles tenientes que acompañaban en aquellos difíciles momentos á su gran Capitán. El 12 de Octubre, el general Arenales escribíale desde Trujillo las siguientes líneas á San Martín: "temiendo estuve que el lord *se quitase la máscara* que ya poco le encubría, desde que Vd. me hizo algunas indicaciones acerca de su ilimitada codicia y arbitraria conducta.....

*Nunca había cabido en mi imaginación, que hubiese un hombre culto de alguna representación, capáz de hecho tan audáz y criminal;* creo sería una fortuna que cuanto antes se fuese, aún después de lo hecho por cortar otros sucesos *que matarían á Vd. de una cólera y porque cualquiera otro nos sería más aparente y menos perjudicial y peligroso. ¡Estupendo mónstruo!"*

Espero que con estos conocimientos se edificarán lo suficiente los calumniadores del General San Martín que se trepan á los hombros de tan ilustre personaje, para rehacer desde esa altura y con esa moral, la historia inmaculada del libertador argentino.

*
* *

No solo San Martín sufrió las consecuencias de la moral equívoca de Cochrane, sino también todos los hombres sobresalientes de la campaña del Perú, y en especial los que por su adhesión leal al libertador tenían la prevención y aún el ódio del aventurero inglés. Díscolo, ambicioso y lleno de orgullo por los méritos que á sí propio se atribuía, su trato con los americanos era una tortura. O'Higgins, Arenales, Alvarez Jonte, Al-

varado, Guido, Blanco Encalada, Balcarce, García del Río, Sarratea etc., todos tuvieron que soportar las perfidias y estulteces del insaciable buscador de dinero, acallando más de una vez con suma dificultad sus hombrías y altiveces, solo en holocausto de la sagrada causa que defendían y la tranquilidad de su egregio general, cuyas graves dolencias le tenían en aquella época á un paso del sepulcro. Hay páginas secretas de O'Higgins á San Martín sobre las bellaquerías del lord que, aún leídas en la frialdad de lo pretérito lejano, producen la sensación de una quemante angustia. En confidencial de 25 de Julio de 1822 decíale: "Mi compañero y amigo amado: Aseguro á Vd. que *todas las amarguras que me ha presentado Cochrane,* ningu*na me había incomodado tanto como el* acontecimiento de la Montezuma. *Me averguenza hasta la repetición de un acto tan ridículo como impropio...; el desprecio y el vacío en que caigan sus cálculos es el castigo mejor que puede acontecerles a génios tan desbaratados"—y* refiriéndose á la contemporización que había tenido que observar para que no se alzase con la escuadra ó diera cualquier otro escándalo parecido, continuaba: "Nosotros todos tenemos la culpa de estos excesos y considero demasiado tarde

para remediarlos; *se conseguiría la mayor victoria sino fuesen más...*, hay que bregar primero para meterlo en juicio." Esto, como muestra y en calidad de comprobación histórica del aserto. A mayor abundamiento, podría llenar centenares de páginas con los disgustos de O'Higgins durante la permanencia del almirante inglés en las aguas del Pacífico, para lo cual tendré oportunidad, como espero, cuando el calumniador de San Martín recoja estas líneas y se apreste á la comprobación de sus aventuras históricas. Lo mismo digo de lo que sigue con respecto á algunas de las otras víctimas nombradas.

El 9 de Julio de 1819, día del tercer aniversario de la declaración de la independencia argentina, á que tanto había contribuído el noble patriota doctor don Antonio Alvarez de Jonte, vejábalo Cochrane en el puerto de Valparaíso, poniéndole preso por haber abierto en su calidad de Secretario de la Escuadra una caja de correspondencia para San Martín que el mismo Jonte había arreglado. La apertura tenía por objeto separar algunos documentos que al Director O'Higgins interesaba conocer. El patriota ofendido comunicábale á San Martín la tropelía así: "Cochrane vino á reconvenirme y aludiendo á cartas de Vd. tuvo

la *franqueza* (la desvergüenza) de decirme que él debía saber su contenido, con otras sandeces de esta clase: yo le contesté con la extrañeza que inspiraba tal doblez y debilidad, y concluí por decirle que no podía servirle de secretario en atención á mi salud. Salió de mi casa y luego que fué á la suya pasóme una órden de suspensión de secretario y arresto hasta la decisión del Director. He hecho el sacrificio de sufrir en silencio esta suma arbitrariedad porque si yo hago estrepitoso ese negocio y sujeto la cosa á juicio podremos perder los servicios de este hombre en circunstancias que tanto nos interesa".

¡Cuánta era la altura moral y el acendrado patriotismo de esos hombres! "Por fortuna, agrega, O'Higgins, Zenteno y demás secretarios estando en Valparaíso conocieron que Cochrane *estaba picado de codicia,* máxime después que supo que su mujer le había gastado diez mil pesos en cinco meses, y que *no le acomodaba que le observasen de cerca sus operaciones personales* relacionadas con el gobierno".

Debe tenerse presente que Jonte permanecía en la escuadra al lado de Cochrane, solo por deferencia al mandato de San Martín, porque en su calidad de

agente secreto de éste en Lima tenía los hilos de la propaganda emancipadora en los pueblos de las costas y el interior del Perú, siéndole por lo tanto de absoluta necesidad su presencia en el cargo que le había asignado á bordo de la escuadra.

Parecidos incidentes, y siempre con pretextos nímios y torpes, tuvo Cochrane con el Ministro Zenteno, con el almirante Blanco, con don José Sarratea suministrador de la escuadra, con los ayudantes de San Martín y otros, hasta que á mediados del año 21 produjo uno de los escándalos que puso á pique al General San Martín de tomar contra él una seria medida militar. Me refiero á la pérdida del "San Martín" que la codicia resentida del almirante hizo echar a pique subrepticiamente a inmediaciones del Callao. En aquella época la famélica ambición de dinero de Cochrane le había hecho famoso. El 6 de Agosto de 1821 decíale O'Higgins al libertador con motivo de aquel delito: "Muy sensible es la pérdida del "San Martín", pero mucho más es la conducta que Vd. me dice sigue Cochrane. Yo he tenido que humillarme á los jefes británicos con tal de conciliar las locuras de este hombre con la marcha de orden de nuestra revolución. Ultimamente le he escrito largo sobre la necesidad de guardar modera-

ción.... Ojalá traiga á consideración mis recomendaciones y ayude á Vd., en sus trabajos".

Véase sustancialmente la defensa que hace Cochrane ante San Martín del famoso robo de los dineros confiados á su custodia. Escríbele desde Valparaíso el 19 de Noviembre de 1822: "Llegamos ahora á esa memorable hazaña que Vd. *dice hará mi nombre abominable,* un hecho de cuyo logro *me alegro más que casi de ninguno durante toda mi vida".* ¡El ánimo se suspende ante la impudicia de este hombre y se pregunta instintivamente cómo serían sus "otros hechos durante toda su vida", cuando aquel inaudito asalto le enorguellece "casí más" que ellos! ¿Cómo justifica esa alegría? Oigámosle: "No solamente porque he salvado —dice—la mortificación y *la desgracia* de parecer *embaucado* por un hombre como Vd., sino porque fué el primer golpe dado á ese sistema de despotismo que Vd. había empezado á entronizar." El método, pues, que el almirante Cochrane empleaba para combatir el despotismo del gobierno emancipador del Perú, implantado por un "hombre como San Martín", consistía en alzarse con los caudales públicos y privados de aquel país á cuyo servicio estaba!...

Cuando los tripulantes de la escuadra supieron que su jefe se había posesionado de esos caudales y los conservaba á bordo, el elemento extranjero de la marinería, inglesa en mucha parte, comenzó á dar síntomas de insubordinación. Al reproche enérgico que por última vez le dirigió San Martín, contesta Cochrane: "Tiene Vd. á bien el inferir que esta insubordinación era el ejemplo dado por mí en la toma del dinero, cuando bien sabe Vd. que era el efecto de no haberse pagado á esta gente, (Cochrane había cohonestado el robo diciendo que era para pagar la tripulación) *habiendo diferido el pagarla* con la *esperanza* de que se haría *con una orden oficial,* que era el reclamo que yo suplicaba".

¡Magnífico descargo del honorable lord! ¡Había diferido pagar la tripulación porque carecía de la orden para hacerlo, y la cual había suplicado se le diera!... El hombre que no necesitó de órden para alzarse con el dinero, la necesitaba para abonar a su tripulación! El lord se olvidaba que según él, había sustraído los caudales precisamente para hacer aquel pago. Corresponde á la cultura sutil del bolivianismo el derecho de hacer la filosofía moral de su Plutarco inglés.

Con respecto al disgusto que Cochrane

dió á entender había sentido el director O'Higgins por la actitud de San Martín ante las pretensiones del almirante de que el Perú sufragase todos los gastos de la escuadra, la alusión fué un puro y temerario invento suyo con que buscó cohonestar su infidencia, arrimando á su delito la supuesta y monstruosa complicidad del gobierno de Chile. Aquella insinuación de Cochrane es una estupenda calumnia que rechazaron con indignación los patriotas chilenos y en primer término, como puede imaginarse, los hombres del gobierno. Indignado el Libertador con el latrocinio del inglés comunicóle secretamente á O'Higgins su resolución de declararlo fuera de la ley, como reo de estado, para lo cual tenía ya tomadas todas sus medidas. O'Higgins se alarmó ante las consecuencias posibles de tan enérgica resolución y se apresuró á calmarlo, dirigiéndole una bien meditada confidencial, en que le hacía ver los peligros muy serios para la causa, peligros que eran casi seguros, dadas las cualidades del almirante. El contenido de aquella carta desmiente por absoluto la aventurada calumnia de Cochrane y muestra una vez más el juicio que su persona y sus actos merecían al honrado director de Chile. Héla aquí en su parte funda-

mental: "No me sorprende cosa alguna lo que indican sus apreciables del 29 y 6 de Noviembre acerca de lord Cochrane. Vd. debe acordarse muy bien que repetidas veces conferenciamos y fundadamente recelábamos se verificasen alguna vez los desagradables acontecimientos sucedidos *con tanto dolor nuestro y descrédito de la revolución*... Lo más temible, por último resultado, será que ese mismo dinero y escuadra nos pongan alguna vez en trabajos, así es que de ningún modo conviene sacarlo fuera de la ley, porque entonces asociándose á cualquiera provincia independiente enarbolaría nueva insignia, nos bloquearía los puertos, destruiría el comercio, y uniendo sus intereses á los comerciantes extranjeros convendrían en ideas... Yo repito no creo oportuna la declaración expresada...; opino se le llame al deber, tocando cuantos medios nos pueda sugerir la política... El protesta volver á Valparaíso después de haber carenado la O'Higgins en Guayaquil".

En la noche del 27 de Marzo de 1822 el Director de Chile celebraba una conferencia con Garcia de Río y Paroissien á propósito de las serias dificultades que Cochrane creaba en aquellos momentos á la Revolución de la Independencia del Perú. Paz Soldan ha publicado la pro-

tocolización que se hizo de aquella conferencia, (fojas 382, "Historia del Perú independiente", tomo 1.°).

En aquel documento se lee lo siguiente: "La discusión sobre los asuntos de Lord Cochrane fué bastante larga, *S. E. convino con nosotros en que era el hombre más perverso que existía sobre la tierra;* dijo que estaba muy convencido de que era *un criminal y un impostor,* que trataba de alucinar al Gobierno y á los Chilenos con los gruesos paquetes de correspondencia que remitió por el Aranzazú y que estaban *llenos de calumnias contra el Excelentísimo Señor Protector* y aún más contra el Señor Ministro de Marina; y que el Excelentísimo Señor Protector por no seguir los consejos de S. E. se había visto en semejante situación; y que él era quien se había conjurado en llevarle en la expedición contra su dictamen"...

Igualmente edificante en todo concepto es la nota que don José Cabero pasó al Director O'Higgins con fecha 26 de Julio del mismo año. Es ella una fotografía exacta del Lord Cochrane de aquellos días memorables. El Señor Cabero, representante del Perú, terminaba su nota de esta manera: "Yo pido en nombre del Perú y espero de la notoria probidad y

rectitud de su S. E. el Director Supremo *el desagravio del Perú y el reintegro de sus derechos y posesiones tan violentamente contrastadas por S. E. Lord Cochrane,* no menos que una orden la más seria y terminante á fin de que poniéndose término para lo sucesivo *á las irregularidades y vejaciones inferidas hasta el día,* se consolide más y más la eterna amistad y alianza entre Chile y el Perú, dirigidas á la mutua fortuna de ambos pueblos".

Sabido es que todas las bellaquerías del inglés tenían por causa única su insaciable sed de oro; el que, sin embargo, jamás le faltó ni en Chile ni en el Perú.

"Era sorprendente que Cochrane se quejase de escasez y miserias en la Escuadra, habiendo hecho tan ricas presas, y tomando algunos caudales en los puertos en que desembarcó; pero la sed de oro por una parte, y el deseo, quizá más ardiente, de poner dificultades a San Martín, eran sus principales móviles. Cochrane que en su carácter altanero y atrevido *abrigaba profundo odio* y *resentimiento* contra San Martín, esperaba la ocasión para hacerlo conocer y ésta llegó pronto". (Paz Soldan, Obra Cit., Tomo I, folio 216).

Pintando la diferencia de hombres en-

tre San Martín y el inglés, dice Paz Soldan: "San Martín desde que deja el mando no vuelve a mover sus labios contra Cochrane *ni ninguno de sus enemigos*; en su pecho quedan sepultados todos los resentimientos de su vida pública y laboriosa; Cochrane, por el contrario, a orillas del sepulcro, ya anciano a los 84 años de edad, vomita invectivas, repite las calumnias, propaga las injurias y las enrostra con el mismo ardor y pasión que cuarenta años antes; es cierto que el uno solo es héroe en las escenas sangrientas: el otro fué más grande en su gabinete y ante la Historia, sin haber dejado de ser bravo en el campo de batalla.

Cochrane consiguió que el gobierno de Chile aprobara, en lo público u oficialmente sus actos, para salvar o cubrir su responsabilidad aún que en lo privado *lo calificaba con notas degradantes y como el hombre más perverso que existía sobre la tierra*". (Idem, ídem, foja 219).

Este es el manantial de donde toman sus perlas los cruzados de la glorifobia argentina, para empequeñecer á José de San Martín, creyendo así levantar á Simón Bolívar!

Por hoy basta ya con lo dicho respecto este capítulo.

Cuando los detractores de nuestras

glorias,—no el crítico actual, que carece de talla, de conocimeintos y cultura—asuman la discusión amplia de la moral y la capacidad política de los dos guerreros, del Sud y del Norte, entonces volveré al tema con la extensión debida. La verdad, y el juicio de las actuales generaciones de América tendrán mucho que ganar con una amplia dilucidación histórica sobre la faz moral de ambos personajes.

Yo quedo á la espera.

# La Conferencia de Guayaquil
# y el Bolivarismo Moderno

## CAPITULO V

*Las críticas venezolanas de nuestros días y la conseja de Mosquera.—Guayaquil es la Roca Tarpeya de Bolívar y el Monte Tabor de San Martín.—Razón de la leyenda del misterio.—El egoismo y las ambiciones de Bolívar fueron la causa única de la abdicación de San Martín.—El gobierno y la sociedad de Guayaquil requerían á éste y repudiaban al Caudillo.—La palabra de San Martín sobre la conferencia dada en vida de Bolívar jamás fué desmentida por nadie.—Juicios de Barros Arana, Samper y Paz Soldán.—Sarmiento y las falsías de Mosquera.—El reto de San Martín á Bolívar por sus imposturas.—La grandeza de San Martín disimula la pequeñez de Bolívar al regresar de Guayaquil, en obsequio a la causa americana.—Los dos brindis.—La opinión pública de Lima y la abdicación del Protector. Un rasgo típico de Bolívar.—La carta de San Martín y la desesperación del bolivarismo.*

Guayaquil es la palma de la gloria más pura que el civismo de los argentinos deseara colocar sobre las sienes del Primer

Capitán Americano para hacer su consagración eterna con la inmortalidad, si la mano de él mismo, que no podía dejarse exceder en grandeza por sus contemporáneos, no la hubiese arrancado modestamente de entre el drama de la Revolución, el día en que colocada su virtud frente a frente con las ambiciones de Bolívar, abandonó el escenario de sus victorias para "no producir un escándalo en América" y retornó silencioso, sin quejas y sin amargura el camino hácia el Plata de donde había partido triunfador, y de allí al ostracismo definitivo, donde esperó la extinción de sus días como un filósofo profundo que mira en el resplandor de su propia gloria un leve soplo más de los designios eternos que pasa a perderse en el seno de lo desconocido...

El período que media entre la proclamación de la Independencia del Perú y su conferencia de Guayaquil, marca el de las más insistentes calumnias contra su poder desde que pisó las playas de Pisco, hasta que abandonó el país; y sin embargo, es precisamente en ese duro período de prueba, que el génio, la honradez y circunspección política de San Martín exhíbese con esa grandiosidad que el desinterés imprime a las obras humanas y les asegura la sublime sanción histórica que hoy aureola la figura del Libertador.

Es en ese período que su talla de soldado se presenta acompañada por la del ciudadano y del estadista ingenuos, y por eso es allí, donde el ojo escrutador de la historia, evoca instintivamente la figura de Washington, para hallarle un paralelo a su grandeza de alma, a la honradez política, a la circunspección de sus vistas, y a la serena majestad con que se ofrece en holocausto de la independencia y la felicidad de América. No se necesita ser filósofo para penetrar de un golpe los timbres superiores de este gran espíritu en el ejemplo singular que nos ofrece cuando dueño de la *Capital de los Virreyes,* glorificado y exaltado por un pueblo entero, enciérrase en la más humilde de las habitaciones de su residencia y dirijiendo el corazón y la mente hacia su patria, le dice a un noble anciano aquellas palabras que hemos conocido: *"Ansío buscar un rincón para dedicarme a la educación de mi hija; si mis triunfos del Perú llevan la paz a esas provincias, mi misión ha terminado".* Y sin embargo, *Lima* y ese estoicismo de humildad suprema, se excluyen ante la noción humana del *Vencedor.*

Ese es el corazón que se puso en contacto con el de Simón Bolívar en Guayaquil.

Los historiadores de Hispania escriben

lo siguiente sobre la conferencia memorable: "En Guayaquil, Bolívar celebra entrevista con San Martín, el Capitán ríoplatense, el restaurador de Chile e invasor del Perú, quién retirándose á Europa despues de la conferencia, cede a Bolívar el trabajo, la responsabilidad y la gloria de emancipar definitivamente a la América del Sur. Pero San Martín no cedió de buenas a primeras. Quiso: 1.° que Guayaquil perteneciera al Ecuador; 2.° que Bolívar auxiliase al Perú; 3.° que el Perú se constituyese en monarquía con algún príncipe europeo a la cabeza".

Este tercer punto que el articulista historiador atribuye a San Martín como materia de las conferencias, es una falsedad histórica. Nadie, absolutamente nadie está autorizado por los antecedentes de aquella conferencia para sostener con honestidad de historiador la aserción gratuita de los denigradores oficiosos del Gran Capitán. Lo voy a probar concluyentemente; pero antes descubriré la razón porque los glorificadores de Bolívar se esfuerzan en presentarle algún escabel desde donde se le vea con cierta altura en relación al contendor argentino.

Bolívar como todo ambicioso impúdico tiene ante la Historia su Roca Tarpeya; San Martín como todo redentor sublime de abnegación, tiene su Monte Tabor.

Guayaquil, es la piedra desde donde Bolívar el soberbio, el ambicioso delirante de vanidad y de gloria, el incapaz de sacrificios de estoico grandeza, desciende a la sombra de lo deleznable ante el juicio moral de la Historia; para San Martín, Guayaquil es la eterna glorificación de su pureza moral, con que resplandece en los tiempos.

Los hombres de Bolívar gritaron siempre: Los misterios de Guayaquil!

No hubo tal misterio, como no fuera el que San Martín se obligó a silenciar sobre las miras secretas de Bolívar, en holocausto a la causa americana. Sin emgargo, hoy con el pleno dominio de los acontecimientos que le siguieron, el supuesto misterio de la conferencia se descubre con luz meridiana en este párrafo de la carta que San Martín escribió a Bolívar al retirarse para siempre del Perú: "Hoy puedo escribirle extensamente,—dícele desde Lima el 29 de Agosto de 1822—y no sólo lo haré con la *franqueza de mi carácter,* sino con la que exijen los grandes intereses de América. Los resultados de nuestra entrevista no han sido los que me proponía *para la pronta terminación de la guerra;* desgraciadamente yo estoy firmemente convencido, o que Vd. no ha creído sincero mi ofrecimiento

de servir bajo sus órdenes con las fuerzas de mi mando, o que *mi persona le es embarazosa"*.

He ahí todo el misterio. La historia no ha avanzado ni ha retrocedido un paso de aquella declaración del general San Martín: Los resultados de su entrevista con Bolívar no fueron los que el patriota argentino se *proponía para la pronta terminación de la guerra.*

Los bolivianos de Hispania, como todos los de la atrasada escuela del caudillismo histórico de Venezuela, pretenden mistificar en servicio de su ídolo la verdad de lo que fué fundamentalmente tratado allí por los dos únicos interlocutores, y para ello repiten hasta el infinito la especie de que las ideas monarquistas desarrolladas por San Martín, en contraposición á las *republicanas de* Bolívar, determinaron el fracaso de las conferencias y el alejamiento, *en derrota,* del Capitán Argentino. Y la única, la exclusiva base en que se apoyan, como testiminio histórico de tan rotunda afirmación, es la conseja, por mucho tiempo verbal (y después escrita cuando fallecieron los autores), del ayudante de Bolívar en aquella época, Don Tomás C. Mosquera.

Sarmiento, que trató mucho a este personaje en Chile sin oirle jamás una pala-

bra sobre Guayaquil cuando vivían en el país muchos de los jefes y oficiales que como ayudantes acompañaron a San Martín y a Bolívar respectivamente, lo puso como merecía en la picata, cuando veinte o mas años después, muertos todos, menos uno,—cuya existencia ignoraba Mosquera,—se atrevió a escibir por primera vez haciendo la inautida fantasía. Sarmiento replicó en el acto: ¡"Yo estuve, yo ví, yo oí"!,—no añaden ni quitan nada a la verdad. Si nos hemos de atener a la lógica y a la inducción, ningún testigo estraño debió presenciar la confidencia entre dos hombres de la altura de Bolívar y de San Martín. Esto es contra las reglas aún en casos ordinarísimos. La presencia de un subalterno habría sido un ultraje hecho a San Martín, y *Bolívar despreciaba lo suficiente a los suyos para concederles tanta honra.* Si la conducta posterior de Bolívar, *hubiese acreditado* esa severidad de principios republicanos que se le atribuye, podríamos dar entero crédito á las palabras *que se ponen en boca suya; pero Bolívar no ha dejado monumento alguno si no son brindis y palabras huecas, para creer en la pureza de sus miras"* (1).

En efecto, despues ha sido completa-

(1) Obras — Tomo XVI, foja 43.

mente probado,—como veremos—que las referencias de tal ayudante eran una simple fantasía; un invento de interesado patriotismo y una calumnia impúdica contra el egregio americano del Sud.

No es circunspecto ni honrado prentender fundar el esclarecimiento de un hecho histórico, sobre la afirmación interesada de una persona secundaria, como era el ayudante de Bolívar en la conferencia de Guayaquil, cuando los dichos de este ahijado del caraqueño, desposeídos de toda confirmación, han sido desmentidos en razón de su inverosimilitud, por todos los escritores y publicistas de la América que se han ocupado detenidamente de la célebre entrevista.

José María Samper, en su libro el "Libertador Simón Bolívar" cree en la *sinceridad* con que Bolívar aspiró en Guayaquil a la gloria de terminar *él solo* la guerra de la independencia, pero declara como historiador honrado y circunspecto lo siguiente: "Debe hacer sin embargo una salvedad, dice. *Cuanto Larrazábal, Restrepo, González, Mosquera y otros historiadores o biógrafos, afirman acerca de lo que pasó en la entrevista de Bolívar y San Martín, es a mi entender muy dudoso. Consta (y es la absoluta verdad) que los dos caudillos se encerraron a con-*

*ferenciar, poniendo centinelas que impidiesen la entrada y aún la aproximación de los curiosos.* El general Mosquera que *mucho despues del fallecimiento de los dos grandes hombres,* llegó á darse por confidente o seguro de la verdad, *no pudo haberla conocido con certeza,* porque en 1822 era un oficial subaltero, *que no gozaba en manera alguna de la privanza necesaria".*

Esto es notorio e ilevantable para los hombres juiciosos.

Tan es verdad que el teniente Mosquera, ayudante amanuense de Bolívar en 1822, no podía atribuirse ninguna largueza del semidios; que, el año 40 y tantos, recordando la dignidad con que San Martín trataba a sus oficiales y la despótica soberbia de Bolívar decía: "Recién cuando conocimos el ejército de San Martín, supimos lo que era jerarquía: entre nosotros no había más que soldados y el Libertador". Hablaba así cuando aún vivía en Boulogne-sur-Mer, San Martín, y cuando los generales Las Heras, Necochea y otros habitaban en Chile. Jamás hizo entonces, apesar de lo hojeado que era por Sarmiento, López, Juan Carlos Gómez y otros, ninguna alusión a sus estupendos secretos sobre Guayaquil, posteriormente lanzados en magistrales dis-

cursos puestos en boca de los dos generales. Pero muere San Martín, pasan los años, y por una debilidad muy común en ciertos ancianos de campamento, se le infla la epopeya de guerrero boliviano y se hace de propia consagración, el único viejo contador de cuentos grandiosos, y exclusivo depositario de los más grandes secretos históricos de América.

El pobre Mosquera tampoco sospechaba que viviera por Buenos Aires, cierto general apellidado don Rufino Guido, soldado heróico de la independencia y ayudante distinguidísimo de San Martín en las horas memorables de Guayaquil. Tuvo la mala suerte el dicho Mosquera, de que sus famosas revelaciones con los discursos íntegros que ponía en labios de los dos conferenciantes, cayesen bajo la mirada severa del antiguo ayudante del General. Los que le conocieron íntimamente no nos han referido si el primer movimiento del glorioso soldado de San Martín, al leer aquellas falsías, fué descolgar su sable como si tuviera de cuerpo presente al famoso general de los misterios; lo que era muy posible, dado el temperamento del bravo del Tajar; pero lo que sí conocemos con toda seguridad, es que saltó sobre la pluma y trazó la siguiente carta que ofrezco a la considera-

ción de los sabios y eruditos historiadores de Hispania: "Señor Redactor de *La Nación*.

Acabo de leer en su apreciable diario de hoy un artículo que transcribe Vd. de uno de los diarios de Panamá, escrito por el General Mosquera, en el que asegura este, que lo que refiere sobre la entrevista del General San Martín y Bolívar, lo sabe como testigo presencial, como pudo saberlo también el Teniente Coronel Soyer, uno de sus ayudantes de campo, que entramos al despacho del libertador, para tomar nota de la conferencia.

El General Mosquera creyó sin duda, cuando escribió su artículo, que había muerto también el coronel Guido, así como había fallecido en Lima hacía muchos años el teniente coronel Soyer, pero felizmente vive el primero para asegurar que no es cierto que hubiese presenciado la entrevista, ni Soyer tampoco porque sólo el General San Martín y Bolívar estuvieron encerrados por más de dos horas.

Es problable que el libertador que tenía sus confianzas en Mosquera le impusiese después de algunos puntos de la conferencia, pero oirlo él de boca de un interesado, a oirlo mientras la discutían aquéllos dos grandes hombres de la época habrá una gran diferencia.

Como testigo ocular de aquellos sucesos y por lo que pueda servir para la historia, le dirijo, señor Redactor, estos ligeros apuntes, por si Vd. quiere insertarlos en su apreciable diario, asegurándole que si tal sucede se lo estimará su atnto S. S. Q. B. S. M. Rufino Guido".

*
* *

Antes de asistir á las conferencias y estudiar los rastros históricos que de ella nos han quedado, debemos conocer el temperamento y las miras políticas con que llegó San Martín á Guayaquil:

A mediado de 1821 llamados de insinuaciones muy elocuentes, hicieron comprender al Libertador que los ciudadanos más espectables de Guayaquil anciaban tenerle al frente de los destinos del país, para fijarlos definitivamente de acuerdo con la política que como Protector había asumido en el Virreinato. En Agosto la voluntad de los guayaquilños se hizo franca y terminante. La nota que con fecha de 23 de Agosto (1821) pasó San Martín al presidente de la Junta Gubernativa de Guayaquil, es la expresión más bella de la inquebrantable unidad moral que se había trazado en su campaña emancipadora de los pueblos americanos y será por siempre una alta enseñanza de vir-

tudes políticas que amigos y adversarios del grande hombre tendrán que confesar. Decía así: "Desde que recibí la primera noticia del feliz cambiamiento que hizo esa provincia de su antigua forma, me anticipé a mostrar al Gobierno que entonces existía por medio de mis diputados el General Luzuriaga y el Coronel Guido, cuales eran las ideas que me animaban con respecto a su destino. Mi grande anhelo era entonces y nunca será otro que ver asegurada su independencia bajo aquel sistema de gobierno que fuese aclamado por la mayoría del pueblo, puesto en plena libertad de deliberar y cumplir sus votos. Consecuente a estos principios, debo repetir á V. E. en contestación a su nota oficial de 29 del pasado, que invariable en el plan que me he propuesto, yo no tomaré otra parte en los negocios de ese país que la que convenga al cumplimiento de la resolución heróica que adoptó el día de su regeneración.

Por lo demás si el pueblo de Guayaquil expontáneamente quiere agregarse al departamento de Quito, o prefiere su incorporación al Perú o si en fín resuelve mantenerse independiente de ambos, yo no haré sino seguir su voluntad y considerar esa provincia en la posición política en que ella misma se coloque.

Para remover sobre este particular toda ambiguedad, es bien obvio el expediente de consultar la voluntad del pueblo, tomando las medidas que ese Gobierno estime conveniente a fin de que la mayoría de los ciudadanos exprese con franqueza sus ideas, y sea esta la norma que siga V. S. en sus resoluciones, sirviéndose en tal caso avisarme el resultado para nivelar las mías. Tengo la honra de ofrecer a V. S. la más alta consideración. José de San Martín".

Que diferencia tan profunda la de esta actitud respectuosa y educativa para aquellos pueblos todavía envueltos en los pañales de su libertad política, con la aviesa, dura y despótica que en esos mismos momentos meditaba Simón Bolívar y que afianzaría en breve con el taco de sus botas. Uno de los espíritus más avizores del momento, fué el de Don José de Olmedo que llamaba con ahínco a San Martín. El 22 de Febrero 1822 escribíale desde Guayaquil: "Mi más apreciable y respetado amigo: Vea Vd. ya realizados mis temores que le anuncié en mi anterior, de que algún incidente había de impedir la venida de Vd. Cuando llegue el caso no sé como anunciar la mala nueva a *este pueblo tan devoto de Vd. y tan preparado para recibirle*". Y refiriéndose enseguida a sus temores de que

Sucre recibiera a mal el nombramiento del General La Mar para el mando de la división del Norte, decíale: "No sabemos de lo que *es capaz un resentimiento colombiano*... La entrevista de Vd. es indispensable. Aquí hay un agente de Bolívar cerca del Gobierno del Perú. Soy siempre apasionado y respetuoso amigo. José de Olmedo".

Puesto en comunicación San Martín con Bolívar, en la forma que es tan conocida por la narración de todos nuestros historiadores, el Caudillo que maniobraba todavía con alguna cautela en Guayaquil, le escribió así:

"Guayaquil, 25 de Julio de 1822. Excelentísimo Señor Don José de San Martín. Es con suma satisfacción, dignísimo amigo y señor que doy a Vd. por la primera vez el título que mucho tiempo ha mi corazón le ha consagrado. Amigo le llamo a Vd. y este nombre será el solo que debe quedarnos por la vida, porque la amistad es el único vínculo que corresponde a hermanos de armas, de empresas y de opiniones; así yo me doy la enhorabuena porque Vd. me ha honrado en la expresión de su afecto.

Tan sensible me será el que Vd. no venga hasta esta ciudad como si fuésemos vencidos en muchas batallas, pero nó,

Vd. no dejará burlada la ansia que tengo de extrechar en el suelo de Colombia, al primer amigo de mi corazón y de mi patria. ¿Cómo es posible que Vd. venga de tan lejos para dejarnos sin la posesión positiva en Guayaquil del hombre singular que todos anhelamos conocer, y si es posible tocar?

No es posible respetable amigo, yo espero á Vd. y también iré a encontrarlo donde quiera que Vd. tenga la bondad de esperarme; pero sin desistir que Vd. nos honre en esta ciudad. Pocas horas como Vd. dice, son bastantes para tratar entre militares; pero no serán bastantes esas pocas mismas horas, para sitisfacer la pasión de la amistad, que vá a empezar a disfrutar de la dicha de conocer el objeto caro que se amaba solo por opinión, solo por la fama. Reitero a Vd. mis sentimientos más francos con que soy de Vd. su más afectísimo apasionado servidor y amigo Q. B. S. M.—S. Bolívar."

Para un alma como la de San Martín, entregada toda ella a la consumación de la independencia de América, con el menor sacrificio posible de sus pueblos, el tono de entusiasta y franca simpatía que Bolívar estampaba en ese documento, debió llenarle, como lo llenó en efecto,

de grandes y halagueñas esperanzas, haciéndole acariciar la posibilidad de una pronta terminación de la guerra con el triunfo completo de las armas patriótas en el Perú. Así lo referían Guido, Arenales, Alvarado y todos sus jefes superiores, como lo recuerda Sarmiento. ¡Cuál debió ser, por consiguiente la decepción del noble americano, cuando tocó la realidad tratando de mano a mano y frente a frente, al hombre a quien había cedido antes de conocerle las mismas virtudes que posaban en su pecho!

Por eso Barros Arana, haciendo las reflexiones que la entrevista le sugieren, después de pintar el noble patriotismo de San Martín que hacía creer á los pueblos lo que no existía en la persona y los propósitos de Bolívar, dice: "San Martín sin desconocer las grandes cualidades de Bolívar, lo creía *desequilibrado, petulante, ambicioso,* y dotado de *una vanidad pueril y desmedida*".

Oigámoslo hablar sobre esto, en aquella carta,—especie de cáliz lleno de ingenuidad y honradez—que dirijió al Presidente del Perú, general Ramón Castilla el 11 de Septiembre de 1848: "*En el período de diez años de mi carrera pública, en diferentes mandos y estados,* la política que me propuse seguir fué *invaria-*

*ble en dos solos puntos,* y que la suerte y circunstancias mías que el cálculo favorecieron mis miras, especialmente en la primera a saber, *la de no mezclarme en los partidos que alternativamente dominaron en aquella época, en Buenos Aires,* a lo que contribuyó mi ausencia de aquella capital por el espacio de nueve años. El segundo punto fué *el de mirar a todos los estados americanos,* en que las fuerzas de mi mando penetraron, *como estados hermanos interesados todos en un santo y mismo fin.* Consecuente a este justísimo principio, *mi primer paso era hacer declarar su independencia y crearles una fuerza militar propia que la asegurase.*

"He aquí, mi querido general, un corto análisis de mi vida pública seguida en América; yo hubiera tenido la más completa satisfacción habiéndole puesto fin con la terminación de la guerra de la independencia en el Perú, *pero mi entrevista en Guayaquil con el general Bolívar me convenció* (no obstante sus protestas) *que el sólo obstáculo de su venida al Perú con el ejército de su mando, no era otro que la presencia del general San Martín,* a pesar de la sinceridad con que le ofrecí ponerme bajo sus órdenes, con todas las fuerzas de que yo disponía".

*"Si algún servicio tiene que agradecerme la América, es el de mi retirada de Lima,* paso que no sólo comprometía mi honor y reputación, sino que me era tanto más sensible, cuanto que conocía que con las fuerzas reunidas de Colombia, la guerra de la independencia hubiera sido terminada en todo el año 23. Pero este costoso sacrificio y el no pequeño de tener que guardar un silencio absoluto (tan necesario en aquellas circunstancias) de los motivos que me obligaron a dar este paso, son esfuerzos que usted podrá calcular *y que no está al alcance de todos el poderlos apreciar".*

***

Vamos a conocer la opinión del patriarca de los historiadores chilenos Don Diego Barros Arana, y, como él se detiene, con fundamento, en los preliminares de la conferencia, asistamos al cuadro con ingénuo colorido descrito por uno de los ayudantes del Capitán Argentino, que le acompañó a Guayaquil:—Han penetrado ambos generales al gran salón destinado por Bolívar para hacer a las autoridades y a la sociedad guayaquileña la presentación del huesped del sud. "A poco tiempo de estar allí, dice el narrador, empezaron a venir las corpora-

ciones a felicitar al general San Martín y después de ellas vinieron las señoras de Guayaquil con igual objeto, manifestación que desagradó mucho al Libertador, porque él no la había merecido, subiendo de punto su incomodidad y celos por el suceso siguiente", y el testigo ocular describe sencilla e ingenuamente, la escena en que "una señorita como de diez y seis a diez y ocho años, linda como un angel, avanzando al centro de la sala, donde se hallaba el vencedor de los Andes, al lado de Bolívar, le dirije una arenga llena de elojios entusiastas y le colocó en la cabeza una corona de laurel esmaltada". El general que había contestado antes la alocución de las señoras "cumplidamente y con aquella majestad y porte marcil que tanto le distinguían, se puso como el carmín y dijo á la señorita patriota que: aunque él no merecía semejante demostración, — habían otros que la merecían, guardaria la ofrenda por las manos de quien venía y por el patriótico sentimiento que la había inspirado, agregando que la conservaría como recuerdo de uno de sus más felices días.

"Notable y muy notable fué para los más que presenciamos esta escena la diferente impresión que produjo en el semblante de aquellos grandes hombres: el que recibió tan merecido obsequio, *rojo*

*como un carmín;* mientras que el otro *pálido y lívido como un muerto.* No podía ocultar su despecho al verse menos obsequiado y agradecido por aquel gran pueblo que manifestó su entusiasmo con vivas y aclamaciones al general San Martín desde el momento de su desembarco, continuando con las mismas manifestaciones en los dos días que permanecimos allí; habiendo ocasiones en que la guardia de honor que teníamos en la puerta, se vió obligada a hacer retirar el inmenso gentío que se agolpaba bajo nuestros balcones para vitorear y ver al General: *todo esto era un tóxico* para el general Bolívar, quien por su carácter altivo y dominante, no podía sufrir que hubiese otro, no digo superior, como lo era el general San Martín en muchos respectos, sino ni aún igual".

Barros Arana, que describe con gran acopio de datos la misma escena, entrando al fondo de la cuestión dice: "Después de estas aparatosas ceremonias, los concurrentes se retiraron del salón, *Bolívar y San Martín quedaron completamente solos,* y allí tuvieron ese mismo día 26 de Julio la conferencia que ambos deseaban celebrar desde tanto tiempo atrás. La conferencia duró cerca de dos horas, *y fué extrictamente reservada".*

En este punto el historiador chileno se ríe de las veleidades de Mosquera cuyas ocurrencias declara fantásticas, terminando por decir de ellas: "Son la obra de la imaginación más que de la seriedad histórica." (Historia general de Chile, tomo 13, foj. 674).

"El punto capital de la entrevista tenía por objeto que las fuerzas de Colombia coadyuvasen a la guerra del Perú contra el ejército español, como las fuerzas de San Martín habían coadyuvado en favor de los colombianos en su guerra contra los realistas de Colombia.

"Estaba igualmente en el propósito de San Martín—sigue Barros Arana—el tratar la cuestión referente a la posesión de Guayaquil, que encubiertamente se habían estado disputando Colombia y el Perú. Seguro de contar con la adhesión de muchos de los más caracterizados habitantes de esta provincia en favor del segundo de estos estados pero queriendo evitar todo motivo de rompimiento o de dificultad con Bolívar, habría querido San Martín que Guayaquil se mantuviese en la condición de estado independiente, hasta que, terminada la guerra, *dispusiese libremente de su suerte,* ora incorporándose a Colombia, ora al Perú, *según decidiera el voto popular.*

Bolívar, como sabemos, se había adelantado, *imponiendo su voluntad;* y entonces se podía considerar inevitable la incorporación de Guayaquil a Colombia, por más que sólo algunos días después se revistiera este acto con las *apariencias de una confirmación* por el voto del pueblo. Fué aquella una penosa decepción que lastimó profundamente a San Martín. "Nada diré a Vd. sobre la reunión de Guayaquil a Colombia, escribía a Bolívar en la carta recordada. Permítame Vd., general, le diga que creo *no era a nosotros a quienes tocaba decidir este importante asunto.*. Concluída la guerra, los gobiernos lo hubieran tranzado sin los inconvenientes que en el día pueden resultar a los intereses de los nuevos estados de Sud América.

"Se ha contado también sobre testimonios tradicionales, que en aquella entrevista discutieron ambos generales sobre la forma de gobierno que debían adoptar estos países, una vez sancionada y robustecida su indepedencia: que San Martín sostuvo sus ideas en favor de la monarquía constitucional con un príncipe europeo por soberano, y que Bolívar las impugnó pronunciándose según unos por el gobierno republicano, y según otros por monarquías cuyos soberanos

hubiesen nacido en América y servido a la causa de la independencia. Todo nos autoriza a creer que si se tocó este asunto fué sólo de paso, sin merecer una discusión detenida, y tal vez como incidencia de los informes que Bolívar pidió a San Martín acerca de la revolución de los pueblos del sur del continente, y de los hombres que los gobernaban, acerca de los cuales había llegado aquel a formase un concepto desfavorable.

"La conferencia en que habían fundado tantas ilusiones todos los que estaban interiorizados en estos asuntos, terminó con comprimido desabrimiento de parte de los dos generales. "Los resultados de nuestra entrevista, decía San Martín, no han sido los que me prometía para la pronta terminación de la guerra"; en efecto, ella no correspondía á las esperanzas que había concebido, ¡era para él, *en todos sentidos,* una verdadera *decepción!* Sin embargo, Bolívar y San Martín, observando una obstinada reserva sobre lo que allí se había tratado, guardaron las apariencias de un perfecto acuerdo y de una sincera amistad.

"San Martín asistió a un banquete y a un baile, en los cuelas Bolívar se manifestó afable y respetuoso para con el protector del Perú, a pesar de algunos impe-

tuosos arranques de su natural arrogancia, exaltada por el aplauso que le atrajeron sus prodigiosos triunfos. En la madrugada del 28 de Julio, San Martín se embarcaba en la goleta "Macedonia", y se hacía a la vela para el Perú.

"El 20 de Agosto, al llegar al Callao, decía confidencialmente al general don Luis de la Cruz estas palabras: "Amigo, escriba V. a nuestro amigo O'Higgins, ante todas cosas, en primera oportunidad, que el libertador Bolívar *no es como nos pensábamos*".

"Pero si se expresaba así en el seno de la confianza, en público se mostraba satisfecho del resutaldo de su viaje. "El 26 de Julio próximo pasado, en que tuve la satisfacción de abrazar al héroe de Sud América, decía una proclama que circuló impresa, fué uno de los días más felices de mi vida. El libertador de Colombia no solo auxilia á este estado con tres de sus bravos batallones que unidos á la valiente división del Perú al mando del general Santa Cruz vienen á terminar la guerra de América, sino que también remite con el mismo objeto, un considerable armamento. Tributemos todos un reconocimiento al inmortal Bolívar".

Véase aquí toda la patriótica grandeza de San Martín. Ha conocido de cerca la

moral política y la pequeñez de las virtudes privadas de Bolívar; ha sentido un profundo desengaño con respecto al patriotismo, al desinterés y la rectitud que creía encontrar en el caudillo venezolano; lo ha juzgado un hombre cuyas ambiciones sin escrúpulos eran un peligro para la felicidad de los pueblos que venían despertando á la independencia; ha recibido la repulsa de su justísimo pedido de la cooperación eficaz del ejército colombiano al esfuerzo del ejército del Perú, en retribución de la que este prestó a aquel en favor de la libertad de Colombia; se ha sentido amargado hondamente por el atropello de los derechos territoriales del Perú, anexando a su hegemonía militar el estado de Guayaquil; — y sin embargo cuando toma la palabra para hablar a los pueblos de América ante los cuales debe ocultar en interés de la revolución los egoísmos de su émulo, excédese en nobleza con una sublimidad sin ejemplo, y eleva al egoísta y ambicioso á la mayor altura posible ante la mirada de los déspotas españoles anunciando que el "héroe de Sud América" se preparaba a cooperar a la terminación de la guerra, y exclama desde lo alto de la tribuna de su gobierno en Lima: tributemos todos un reconocimineto al inmortal Bolívar!

Hijos de Bolívar, escupid ahora la frente de ese hombre!

*
* *

Conocido el juicio del principe de los historiadores chilenos, debemos conocer el del que está considerado como el primer historiador del Perú.

Paz Soldan en su *Historia del Perú Independiente,* coincide con Barros Arana respecto a la seguridad de que nadie, fuera de los actores, asistió a sus reservadas conferencias.

"Temiendo la Junta,—dice—la presión que Colombia ejercería para incorporarla, y aprovechando de los reveses que sufrieron en el sud sus armas, se dirigió a San Martín en 19 de Agosto 1821, asegurándole que sino aceleraba los refuerzos que con tanta insistncia se le habían pedido, la provincia se perdería irremediablemente: es cierto que este auxilio era contra los españoles, pero debía servir para asegurar la libertad de su elección. Así mismo se acordó por la junta que uno de sus miembros Roca, asociado con don José María Tirapegui, pasaran a Lima a manifestar verbalmente al Protector la violencia de que era víctima Guayaquil, por las fuerzas Colombianas, *a quien*

*temían más por su inmoralidad que a las mismas del Rey.*" (Paz Soldán, tomo, 1.° foja 254, obra citada).

Esos eran los elementos de moral y disciplina con que se hacía sentir la influencia de Bolívar en el desdichado Guayaquil....

"Celebrados y ratificados por el Gobierno de Perú los tratados con Colombia, llegó la vez de que el Protector partiera a tener la entrevista con Bolívar; anunciándole su deseo, le decía: "Los intereses generales de ambos Estados, *la enérgica terminación de la guerra*, que sostenemos y la estabilidad del destino á que con rapidez se acerca la América, hacen nuestra vista necesaria ya que el orden de los acontecimientos nos ha constituído en alto grado *responsables del éxito de esta sublime empresa*". Muchas conjesturas se han hecho acerca del fin de esta entrevista, hasta el extremo de calificarla de *tormento de la historia;* pero ese tormento y ese misterio sólo existen para los que quieren buscar causas extraordinarias y secretas en sucesos claros y fáciles de explicar.

Sabido es que entre el Perú y Colombia existían palpitantes las grandes cuestiones de Guayaquil; la de auxilios al Perú, para terminar la guerra de la independencia sudamericana, por esto decía

que iba para arreglar los *intereses de ambos Estados,* es decir si Guayaquil pertenecería al Perú o a Colombia; *la enérgica terminación de la guerra,* esto es, el arreglo de nuestros auxilios, único modo de terminar enérgicamente la guerra".

Y por fin, "la *estabilidad del destino,* a que con rapidez se acerca la América, piensa el historiador que se refería á la forma de gobierno conveniente á los nuevos Estados. "Muy misteriosas según hemos dicho se ha *querido hacer la entrevista, y sin embargo pocos hechos son más claros y comprobados con documentos ya publicados, ya inéditos.*

*Es cierto que nadie presenció ninguna de las conversaciones de estos don génios, porque nadie se consideraba bastante grande para acercárseles en los momentos que hablaban".*

He ahí el terminante juicio del erudito y reposado historiador del Perú Independiente: pocos hechos son para él más claros y definitivamente comprobados, que el de *"que nadie presenció las conversaciones de esos dos genios".*

*
* *

Antes de terminar con este momento trascendental de la historia americana,

detengámonos un instante a la vista de una de sus escenas. Oiremos en ella la nota más típica del sonante cristal de bohemia y de bronce severo del soldado-estadista: La voz de las frágiles ambiciones humanas y la del trascendente amor a los pueblos.

Se ha realizado la entrevista y celébrase un fastuoso banquete con que Bolívar obsequia al libertador del Sud. A su terminación levántase Bolívar con el pecho recamado de oro, altiva la frente, chispeante de fuego la mirada. Los representantes de las dos corrientes emancipadoras de América reunidos en su punto céntrico, y los ciudadanos del lugar, abren la mente y el corazón, profundamente conmovidos, para escuchar del labio del libertador de Colombia, la palabra á cuyo calor los pueblos por él emancipados, leerán la cifra de sus anhelosos destinos. Alza la copa y empinado con orgullo exclama:— *"Por los dos hombres más grande de la América del Sud: El General San Martín..y yo!!*

Yergue con serenidad San Martín su gallarda figura de soldado y contesta con voz firme y poderosa: "*Por la pronta conclusión de la guerra, por la organización de las diferentes Repúblicas, y por la salud del Libertador!*

¡Nunca fué más pequeño Bolívar frente a San Martín que en aquel instante!

La naturaleza enfermiza del primero y la sana robustez de las virtudes del segundo, allí quedaron para siempre á la mirada del mundo: Guayaquil no habría tenido mejor epílogo para la venganza del grande americano, si San Martín fuese capaz de venganza, que aquella copa y aquel brindis lamentable!...

Para el bolivianismo, Guayaquil fué una gran derrota de San Martín, que señalaba *su inferioridad* ante Bolívar. Sin embago le escuece el oído todo éco escapado del polvo de la derrota. "Ambos próceres—dice—convinieron en no hablar nunca de aquella entrevista. Bolívar, jamás, jamás, volvió a ocuparse del asunto". !Naturalmente! ¿Quién le ha dicho al crítico que Bolívar era tonto para andar encendiendo fuego junto a la cola de paja? ¿Se acordó alguna vez de Miranda?..... ¿Le contaba ditirambos a Piar?

"San Martín, que sobrevivió, como Páez, a casi toda la generación de la independencia, *gustó de repetir toda la vida confidencias de aquella hora decisiva para él*". ¡Ojalá hubiera sido verdad tanta belleza!

El honesto y grande americano era incapáz de las monadas de Bucaramanga.

Guerrico, Félix Frías, Guido, Juan María Gutiérrez, López, Mitre, Sarmiento, Mackenna, y todos cuantos se ocuparon de su discreción y modestia — esas dos nobles fáces del *Patriarca de Grand Bour,*—desmienten al crítico boliviano. Y cualquiera de estos es, naturalmente, con relación a su personalidad, lo que la piedra de molino al gorgojo entrometido que se pone bajo ella.

¡Respete Vd. en su sepulcro al *vencido* de Guayaquil! Si para Vd., señor crítico, el hombre y el guerrero del Plata cayeron allí vencidos por "la vertiginosa altura de Bolívar" ¿por qué le perturban las mustias adelfas que el amor argentino deposita sobre la piedra del caído? Si el triunfo fué de Bolívar ¿se vió alguna vez que los laureles tiemblen ante la triste flor de los vencidos? No dice usted que fué Bolívar un gran poeta, un caudillo delirante de entusasmo generoso que arrollaba las almas a su paso; y no se confiesa usted su adorador? Si también Vd. es poeta, es decir, un alma levantada, noble, generosa y gallarda ¿cómo no tener entonces, en vez del lodo de la calumnia y el furor del ensañamiento, una palabra siquiera de piedad para el inmolado ante la grandeza de su ídolo; un acento siquiera de ternura,

en vez del grito de despecho,—grito recogido del labio maldiciente de Cochrane—para el coloso de la República Argentina tumbado al empuje de su héroe inmarcesible?... Limpie ese lodo y esa espuma de sus manos y sus labios que daña al americano! Júntelas un momento con las palmas bien abiertas, y en tanto que el vencido de Guayaquil enciende arrogancias y amor patrio en nueve millones de argentinos; y á la vista de su broncinea efigie fúlgen chispas de luz de los ojos de nuestras mujeres y sienten acelerarse el pecho como si oyeran salir del metal sonoro dianas triunfales; y mientras niños y ancianos, chicos y grandes le aclaman con toda su ternura,—lance en nuestra compañía siquiera un hurra por el vencido de Guayaquil que supo ser grande en la posteridad porque no quiso ser pequeño en la vida!

***

La historia ha recogido un dato profundamente sujestivo para los conocedores de la psicología humana: durante la conferencia, Bolívar esquivaba mirar de frente a San Martín haciendo lo posible por no hallarse con las miradas de éste.

Es el rasgo típico de los hombres cuyo corazón es un abismo de ambiciones secre-

tas, y de las conciencias cuya rectitud ha perdido el timón en los umbrales de la vida.

Los que le conocieron de cerca han escrito: "Su mirada es penetrante, aguda: *pero en cuanto alguien se fija en ella, Bolívar se desvía.* Por lo general, la expresión de su fisonomía es ceñuda y altanera" (1).

Sarmiento, que como Gómez, su íntimo, á fuerza de hábiles subterfugios, consiguió arrancarle al Libertador algunas revelaciones íntimas de sus impresiones de aquel momento, ha escrito: "El uno manifestando abiertamente su pensamiento, el otro embozándolo cuidadosamente, a fin de no dejar traslucir sus proyectos aún no madurados. San Martín, de talla elevada, echaba sobre el Libertador de estatura pequeña, y *que no miraba a la cara nunca para hablar,* miradas escrutadoras á fin de comprender el misterio de sus respuestas evasivas, de los subterfugios de que echaba mano para escudar su conducta; en fin, de cierta afectación de trivialidad en sus discursos, él, que tan bellas proclamas ha dejado, él, que gustaba tanto de pronunciar *toats* llenos de elocuencia y de fuego. Cuando se trataba de

(1) Revista Británica. Tomo 27.

reemplazar las bajas, Bolívar contestaba que esto debía estipularse de Gobierno a Gobierno; sobre facilitar su ejército para terminar la campaña del Perú, oponía su carácter de Presidente de Colombia, que le impedía salir del territorio de la República; él, Dictador, que había salido la Nueva Granada y Quito, y agregádolas a Venezuela" (2).

No se puede tratar este notable episodio de la guerra emancipadora de América, sin recordar una nota psicológica que su Gran Capitán ha dado inopinadamente á la historia, porque es decisiva sobre la verdad de lo que pasó en las conferencias con el caudillo caraqueño. No puedo cerrar sin ella, por hoy, este capítulo, pues no solo evidencia con luz meridiana el egoísmo solopado de la pequeñez de Blívar ante la urgente necesidad de cimentar la tranquilidad de América, sino que también, y principalmente, nos exhibe de pie, en toda la arrogancia de su dignidad herida, la figura *del hombre* que vivía en José de San Martín.

El general Miller, que preparaba sus conocidas *Memorias*, escribióle desde Londres, en Abril de 1827, cuando vivía Bolívar en el apogeo de su esfuerzo por coro-

(2) Sarmiento, Obras. Tomo 21, foj. 36.

narse como "Libertador Perpétuo" de Colombia, pidiéndole una declaración franca sobre lo acontecido en las conferencias; y como de paso, le insinuó que Bolívar le había dicho que San Martín deseaba coronarse en el Perú, siendo tal el principal objeto de las conferencias.

La respuesta no tardó, y fué digna *del hombre traidoramente asaeteado*:

"Me dice Usted en la suya—le contesta San Martín—lo siguiente: según algunas observaciones que he oído verter á cierto *personaje, él* quería dar a entender que Usted quiso *coronarse en el Perú, y que este fué el principal objeto de la entrevista de Guayaquil.* Si, como no dudo (y esto sólo porque me lo asegura el general Miller), *el cierto personaje* ha vertido estas insinuaciones, *digo que, lejos de ser un caballero, sólo me merece el nombre de un insigne impostor y de despreciable pillo, pudiendo asegurar á Usted, que si tales hubieran sido mis intensiones, no era él quien hubiera hecho cambiar mi proyecto"!*

Allí está toda el alma del *criollo* de la mesopotamia argentina. Herido en su dignidad de patriota y en su altivez de hombre, yérguese su honrada indignación con toda la bravura de león de su naturaleza de soldado egregio, y le lanza

al detractor infiel su gesto despectivo: "¡No era *él* quien hubiera hecho cambiar mi proyecto"! Nadie lo dudó jamás. Y su posteridad sabe muy bien que no era Simón Bolívar el hombre capaz de torcer una altanería de José de San Martín!

"En cuanto á mi viaje á Guayaquil,—sigue el Patriarca de Grand Bourg—el no tuvo otro objeto que el reclamar del general Bolívar los auxilios que pudiera prestar para la guerra del Perú, auxilios que una justa retribución (prescindiendo de los intereses generales de América) lo exigía por los que el Perú tan generosamente había prestado para libertar el territorio de Colombia. Mi confianza en el buen resultado estaba tanto más fundada cuanto el ejército de Colombia, después de la batalla de Pichincha, se había aumentado con los prisioneros, y contaba con 9.600 bayonetas; pero mis esperanzas fueron burladas al ver que en mi primera conferencia con el libertador me declaró que, haciendo todos los esfuerzos posibles, sólo podía desprenderse de tres batallones con la fuerza total de 1070 plazas.

"Estos auxilios no me parecieron suficientes para terminar la guerra, pues estaba convencido que el buen éxito de ella no podía esperarse sin la activa y eficaz cooperación de todas las fuerzas de Co-

lombia: así es que mi resolución fué tomada en el acto, creyendo de mi deber hacer el último sacrificio en beneficio del país. Al siguiente día y á presencia del vicealmirante Blanco, dije al Libertador que, habiendo dejado convocado el Congreso para el próximo mes, el día de su instalación sería el último de mi permanencia en el Perú; añadiendo: ahora le queda á Vd. general, un nuevo campo de gloria en el que va Vd. a poner el último sello á la libertad de la América. Yo autorizo y ruego á Vd. escriba al general Blanco, á fin de rectificar este hecho. A las dos de la mañana del siguiente día me embarqué, habiéndome acompañado Bolívar hasta el bote, y entregándome su retrato como una memoria de lo *sincero* (el subrayado es de San Martín) de su amistad".

Esto escribía San Martín á un soldado de la independencia, en vida de Bolívar, y sabiendo que estaba con él en estrecha comunicación sobre hechos de la historia americana, que, por otra parte, no le eran estraños al recto general inglés.

El laurel de Guayaquil es una de esas glorias cívicas que pertenecen á la humanidad, por las hondas virtudes que representa; y en el seno del pueblo argentino, donde florece y se agiganta con el tiempo,

tiene arraigadas sus raíces entre lo más puro de sus timbres nacionales, y para marchitarlo en el afecto de sus conciudadanos habría antes que herir el coarzón de nueve millones de argentinos.

*
* *

Los pseudocríticos bolivianos de Hispania y sus congéneres de los libelos haraposeados en las trastiendas de los archivos europeos,—empeñados, con una ignorancia lamentable de la historia argentino-americana, en cohonestar las ambiciones egoístas y anárquicas de Bolívar que penetra al Perú como conquistador, no quedándoles á los pobres limeños más remedio que poner, a la fuerza, buena cara al mal tiempo, dan a entender, que el Libertador Argentino se retiró de Lima en medio de la general repulsa del pueblo peruano.

La estulticia de tal fantaseo compromete tanto á la verdad histórica, como á la honra del pueblo hermano.

¿Cuál creerá el lector, es el argumento, el antecedente, el documento, que en testimonio del grave enunciado presenta el historiador boliviano?

Pues éste, y nada más que éste: "Riva-Agüero (a quién San Martín acababa de

llamarle "Miserable traidor") que suplantó a la Junta Gubernativa, *sustituta* de San Martín, ordena que se quite del palacio el retrato del ríoplatense". ¡Riva-Agüero representante de los patriotas sanos del Perú, en aquellos momentos según el crítico! El pueblo del Perú arrancando el retrato de San Martín en 1823, por la mano de Riva-Agüero! Paso a la luz de los historiadores bolivianos!

Después de estas bellezas del crítico, nada tendría que agregar si escribiese sólo para lectores argentinos, pero es mi intento que estas líneas lleven la verdad histórica fuera de nuestras fronteras, donde el conocimiento documentado de estos hechos no puede ser tan familiar como en el país del prócer que los originó.

Me he comprometido á oponer la prueba documentada a cada simple aseveración del crítico boliviano, y acumularé no uno, dos, sino diez documentos cada vez que lo necesite, porque es el único modo de aplastar la audacia típica del libelismo, género en que el denigrador de las glorias argentinas ha puesto la triste bandera al tope.

Conocidos son los apuros en que se vió el Congreso Peruano, en cuyas manos había depositado el Protector los destinos de la Nación, cuando supo que tenía re-

suelto retirarse del país. Dos diputaciones sucesivas de lo más notable y característico de su seno se atropellaron a su puerta para suplicarle su permanencia en el país, poniendo ante la vista del prócer toda su adhesión y todas las protestas de su respeto y confianza á su persona.

Guido, que asistió á esas escenas memorables, ha referido en páginas emocionantes aquellas terribles agitaciones del patriotismo peruano, así como ha pintado en una frase gráfica el fastidio del General ante la inútil insistencia de la demanda: "Amigo, tendremos que colocar un cañón á la puerta!"

Mas, no eran sólo los nobles hijos del Perú los que sentían alarma y pesadumbre por el alejamiento de aquél, sino también los ecuatorianos y de los más ilustres y adictos a Bolívar: ¡que siempre fué verdad en la historia de los grandes ambiciosos de la tierra, que hay espadas cuyo pomo se abrillanta porque es temible la hoja!...

El aserto calumnioso de que San Martín se retiró del Perú seguido del temor y la desafección de los hombres distinguidos que actuaban en Lima en aquellos momentos, va a ser desmentido por la confesión de un hombre cuya palabra es apostólica para el bolivianismo, porque es

nada menos que la del cantor á Junín, ciudadano y poeta en cuyas virtudes hacen reposar los idólatras de Bolívar la gloria y la grandeza de éste, desde el día que tomó la lira para loar al supuesto vencedor de Junín. He nombrado á Olmedo. Sabedor éste, el 10 de Noviembre de 1822, del viaje de San Martín, le escribió la siguiente carta: "Mi más apreciable y respetable amigo: *Todavía no volvemos de la sorpresa que ha causado la separación de Vd. de un pueblo cuyos destinos Vd. debió fijar.* Pero todos nos aquietamos con la idea de que Vd. estará preparando un día grande para la América y glorioso para el Perú.

"En las transformaciones políticas de los pueblos no es raro que uno solo reuna a su favor el voto general; pues todos generalmente se convierten a aquel que las promovió con sus fatigas y las coronó con sus victorias.

Pero en las *transformaciones civiles es raro que uno sólo fije la opinión y los votos de la comunidad,* pues el interés personal y las pasiones particulares, son radios que no tienden al centro, sino del centro a la circunferencia. Si a pesar de este contraste hay alguno que reuna todos los votos, debe *reputarse por un genio extraordinario, eminentemente amigo del*

*pueblo, y a Vd. mi respetado amigo estaba reservada esta gloria. Nadie nombra á Vd. sin entusiasmo; y el congreso Peruano unánimemente ha proclamado a Vd. fundador de la libertad peruana, título más honroso que el hermoso y modesto de Protector.*

"Hemos sabido con la mayor satisfacción el arribo de Vd. a Chile. En todas partes encontrará abierto el camino de la gloria; y esos campos volviendo á ver á su héroe, florecerán alegres y brotarán nuevos laureles para recibirlo. Admita Vd. los cordiales sentimientos de su más apasionado y respectuoso amigo. José de Olmedo".

El virtuoso Olmedo ha descrito así la personalidad moral de San Martín como político y ciudadano, y acaso sin darse perfecta cuenta, ha trazado de un sólo rasgo el abismo existente entre *Bolívar el Caudillo* y *San Martín el Ciudadano.* La cartilla histórica que el bolivianismo y sus similares debieran tener sempre cerca de sus ojos para leer con verdad la historia de esta calumniada América que ellos deprimen inconscientemente, es esa carta donde el juicio del ilustre ecuatoriano se vierte con absoluta honradez é ingenuidad, porque está escrita al patriota cuando había abandonado las playas de

sus hazañas y fatigas, y cuando ya nada puede temer ni esperar del decisivo influjo de su persona.

Cuando Olmedo forjaba este hermoso documento, sabía perfectamente que la revolución contra Monteagudo jamás se dirigió á la persona del libertador del Perú, y hallándose junto al pueblo de Lima y en el recinto del poder directorial, pudo ver con sus ojos y escuchar con sus oídos, el entusiasmo y las aclamaciones que el pueblo de Lima manifestaba con alborozo en favor del Gran Capitán y hasta existen antecedentes históricos para creer que la pluma del guayaquileño no era extraña a las publicaciones de la prensa de aquellos días en que se leían palabras como éstas, aludiendo a aquel movimiento: "Como el odio era *personal al ministro* (Monteagudo), y nunca pensaron en anarquía los limeños, ni desobedecer las autoridades constituídas, de aquí es que en medio del acaloramiento se guardó el orden prescripto por las leyes, y el decoro de los representantes, *oyéndose al pueblo exclamar: ¡Viva San Martín! vencedor de Chacabuco y Maipú y libertador del Perú!*"

Esta es la historia, señor crítico. Ante ella es inútil pretender la desvirtúe y la tuerza el odio gratuíto, que es sombra que deja sobre la verdad menos rastros que en el cristal del lago la nube pasajera.

La suerte ha querido que se conserven piezas notables para la historia de estos momentos supremos del Capitán; piezas bellísimas y de valor inmenso, porque descubren hasta el fondo el alma límpida del patriota como a través de las aguas cristalinas el lecho de oro de ciertos lagos de nuestra América.

El cuadro de aquellos momentos quedaría huérfano de su valor real, sino conociéramos las notas íntimas del autor principal.

Véase dos grandes corazones hablando mano a mano, en la ingenuidad epistolar, de los destinos de América y del abandono de la suerte personal...:

"Lima, 25 de Agosto de 1822

Señor Don Bernardo O'Higgins. Compañero y amigo mío: A mi regreso de Guayaquil, me ha entregado nuestro Cruz sus apreciables. Mucho he celebrado haya salido Vd. felizmente de su Congreso, así como se componga todo él de hombres honrados.

A mi llegada a ésta, me encontré con la remosión de Monteagudo. Su carácter lo ha precipitado. Yo lo hubiese separado para una legación, pero Torre Tagle me suplicó varias veces lo dejase por no ha-

ber quien lo reemplazase. Todo se ha tranquilizado con mi llegada.

Va á llegar la época porque tanto he suspirado. El 15 ó 16 del entrante voy a instalar el Congreso. El siguiente día me embarcaré para gozar de la tranquilidad que tanto necesito; es regular pase a Buenos Aires a ver a mi chiquilla; si me dejan vivir en el campo con quietud, permaneceré; sino me marcharé a la Banda Oriental.

Se ha reforzado el ejército con cuatro batallones y tres escuadrones. Tres de los primeros son de Colombia: el total del ejército se compone en el día de más de once mil veteranos.

El éxito de la campaña que al mando de Rudecindo y Arenales se va a emprender, no deja la menor duda de su éxito. Vd. me reconvendrá por no concluir la obra empezada; Vd. tiene mucha razón, pero más tengo yo, créame, amigo mío, ya estoy cansado de que me llamen tirano, que en todas partes quiero ser rey, emperador y hasta demonio; por otra parte mi salud está muy deteriorada, el temperamento de este país me lleva a la tumba; en fín, mi juventud fué sacrificada al servicio de los españoles, mi edad media al de mi patria, creo que tengo derecho de disponer de mi vejez.

La expedición a Intermedio saldrá del 12 al 15 fuerte de cuatro mil trescientos hombres escogidos. Arenales debe amenazar de frente a los de la sierra para que Rudecindo no sea atacado por todas las fuerzas que ellos podrán reunir. La división de Lanza, fuerte de novecientos hombres armados, debe cooperar a este movimiento general; es imposible tener un mal suceso.

A mi señora, su mamá, le remito un preciso loro muy hablador; también va una osa chiquita para que haga casta con el macho que remití a Vd.

Creo que esta será la última que le escribo. Adiós mi querido amigo; de particular conocerá Vd. la amistad de su *José de San Martín*".

Tras las manifestaciones de Olmedo y otros ecuatorianos, comenzaron a llegarle las de peruanos ilustres que sentían zozobras no sólo por el Perú, sino también por todo el Ecuador. Como muestra del sentimiento de aquellos días, léanse íntegramente estas notables piezas:

"Exmo. Señor Don José de San Martín.

Mi más respetable amigo y señor:

Nunca podré expresar á V.E. el vivo sentimiento que causó en esta capital y en *todos los hombres de bien* su repentino

viaje, pues además de *la firme persuasión en que estamos de que sólo la mano de V. E. puede perfeccionar la grande obra de la libertad del Perú, los guayaquileños miramos también en V. E. el áncora de nuestra esperanza para ver algún día rotas las cadenas que el despotismo ha puesto á nuestros conciudadanos.* Arrancados del seno de nuestras familias, de nuestros amigos y del suelo que nos vió nacer con *la expectativa de que este sacrificio tan debido a la libertad era conocido del fundador y protector de ella,* estamos persuadidos de que él no será vano y que el noble ánimo de V.E. *desde la altura en que se ha colocado su noble desprendimiento* se dignará lanzar una mirada de compasión sobre aquella provincia cuyos moradores gimen bajo el yugo de hierro que los oprime y dirigen al cielo y a V.E. los más ardientes votos por su libertad. Sería muy largo detallar a V.E. la bárbara conducta de los opresores de mi país y la dura esclavitud en que yace, *y basta decirle que es más cruel y más infame que la de los mismos españoles.*

Tengo el honor de transmitir a V. E. *los afectos de todos mis paisanos residentes en esta capital* y las más altas consideraciones de su afectísimo S.S.Q.B.S.M.

Francisco Ugarte.

Lima, 14 Noviembre 1822.

"Exmo. Señor Don José de San Martín.

Mi apreciado y respetado paisano
y amigo:

El placer de escribir a V.E. se mezcla con el dolor de ver dilatarse la esperanza de su regreso, y si esta expectación temperó el sentimiento de su partida y ha continuando después lisonjeándonos, va ya dando lugar a un triste e insufrible desaliento. Verdad es que las resoluciones y planes del héroe que lleva siempre en su alma la libertad de los pueblos deben sernos muy respetables; que la convocación del cuerpo representativo del Perú y la voluntaria separación de V.E. del manejo de los negocios lleva su persona al más alto punto de gloria, pero también es verdad que su bondad no puede desdeñarse de escuchar el clamor general de los buenos patriotas que ansían su presencia, y que la posteridad no hallará tal vez disculpa para V.E. si su excesiva generosidad y delicadeza atrajera a estos pueblos desgracias que no están lejos de sobrevenirnos.

Aunque los pueblos del Perú fuesen ya totalmente independientes, aunque no tuvieran todavía en su seno un enemigo fuer-

te, orgulloso y bárbaro, *sería necesaria la presencia del fundador de la libertad como un antemural para conservarla de los asaltos de la ambición y como una salvaguardia de su paz interior.* ¿Qué será pues cuando los destinos de estos pueblos penden aún de las suertes de las armas; cuando las operaciones militares no sólo necesitan un genio que las impulse, si también un centro común que enlace los diversos cuerpos del ejército; cuando las pasiones están en su mayor fermento, cuando los vecinos ambiciosos dejan entrever sus miras de opresión bajo el velo de republicanismo, cuando poco ilustrados ignoramos aún la senda más segura para llegar al fín, y cuando por último no hay un brazo bastante robusto que se crea suficiente a sostener con su espada el goce de esos mismos derechos que nos dejó la más acendrada filantropía? Yo habría hecho a V.E. mucho tiempo ha estas y otras muchas observaciones si no hubiera lisongeádome de hacerlo verbalmente. Ahora espero que V.E. se sirva dispensarla, pues aunque producida únicamente de un desinteresado amor a la libertad y a la gloria de V.E. tal vez me he excedido aunque partiendo de un principio puro y animado de la ilimitada bondad con que V. E. me distingue. No es posible, Señor, ver sin exaltarse los riesgos que nos cercau

así del enemigo común como de los *rabiosos celos de los fingidos republicanos.* V. E. conocerá que sólo su presencia puede contener a estos hombres tan enemigos de los americanos que no son de su facción, como de los españoles.

*Recuerde V. E. la suerte de la desgraciada Guayaquil. Ella tiene fija en V. E. sus esperanzas y su generoso ánimo, estoy seguro no puede olvidarla ni dejarla fluctuar entre la esclavitud y la desesperación.*—Francisco Roca.—Lima, 31 de Diciembre 1822".

No faltó tampoco la voz de los compatriotas, de aquellos sus capitanes, que al eco de las condenaciones viriles, unían las melancólicas ternuras del corazón.

"Callao, 10 de Enero de 1823

Exmo. y venerado señor:

Por una diferencia movida entre el Congreso y Paz Castillo, cuyo principio ignoro, ha tomado éste la determinación de embarcarse con toda su división para Guayaquil. Esta se ha verificado el día 6 del mes de la fecha, y se opina que hay un rompimiento de hostilidades entre ambos estados. El general colombiano va según se dice, muy resentido con V. E., pero esto no es de extrañar, cuando hay sujetos que a pesar de haberlos sacado V. E.

de la obscuridad y hécholes conocer la luz por un efecto de su continuada bondad, se han mostrado hoy ingrato, dando a conocerse en todos sus principios. Con varios de ellos he tenido que chocar y basta. En fín, todo es nada como cuente yo con la seguridad de la salud de V.E.

Brandzen se halla en Cañete, con el mando de la caballería en número de 800 hombres; hoy se trata de remitir a Pisco una división de 2.500 al mando del general Arenales con la precipitación que exigen las circunstancias, quedando de no omitir ocasión alguna de participar de todo lo que ocurra.

¿Será posible mi general no le véamos algún día por aquí? *Estoy listo cuando V. E. quiera derramar mi sangre para vindicar las injurias de esos malvados.* Mi general, no nos abandone. Considere señor que somos desde que se fué V.E. semejante a un buque en medio del océano sin timón y sin poder seguir el rumbo y llegar a buen puerto

Los pueblos a voz unánime claman para que regrese V. E. y ciertamente los peruanos están convencidos que sólo en V. E. es en quien rige las facultades de procurar su felicidad presente y futura, y para que se verifique ese dichoso día rogamos todos los amigos de V. E. al Ser

Supremo, asegurándole que para mí particularmente sería el más hermoso de los que hasta aquí me hayan alumbrado.—*Salvador Soyer*".

El inteligente y enérgico don Juan Thwaites le escribía desde Lima en el día del quinto aniversario de Máipo estas entusiastas palabras: "Mi más amado amigo: si Vd. viniera sería recibido con júbilo por la masa del pueblo, y tenderían alfombras en el camino por donde pasase. El país posee suficientes recursos para vengar su honor y asegurar su independencia, habiendo una mano diestra que supiese aprovecharlos. Pero no está aquí el espíritu de Federico II".

Aludiendo luego a las ingratitudes y celos que inspiraba al elemento bolivarista la sombre del Libertador Argentino, continuaba: "contar de los debates de aquí ,de sus papeles, de su conversación, opiniones· etc., son para mi asuntos tan frívolas y ridículos como son las cosas de niños. No hay coraje para seguir la libertad, sino bastante cobardía para respetar preocupaciones despreciables,—de la adversidad y desgracias recibirán lecciones".

Demostración elocuente, la más elocuente y sugestiva del hondo anhelo que estallaba en aquellos gritos del corazón

honrado de los verdaderos patriotas, es la actitud que el mismo Riva Agüero, el famoso intrigante detractor de San Martín, asumía en Lima el día 2 de Enero de 1823 al tener noticia que la salud del Libertador había mejorado, y que su muerte, que todos daban como cierta para breve plazo, no debía contarse por el momento en el cálculo de sus menguados adversarios. Escribíale: "Mi general y señor: Las recientes nuevas del restablecimiento de la importante salud de V. E. han aquietado mi espíritu de las congojas en que se hallaba desde que supe el terrible ataque con que fué acometido por el chabalongo. *V. E. es necesario a la América y sus verdaderos amigos no podríamos sobrellevar sin continuas lágrimas, la pérdida de un héroe a quien se debe la independencia y en quien tiene fijos los ojos las naciones civilizadas.* Sea cuanto antes el día en que tenga el placer de darle un abrazo su constante amigo y apasionado servidor de V. E. ,Q. B. S. M.— *José Riva Agüero*".

Nicolás Rodríguez Peña, decíale el 2 de Marzo desde Santiago: "Ya tiene Vd. realizados los temores de que le hablé desde Valparaíso el 1.° del ppdo., como verá por la que incluyo muy recomendada por Guido para que la haga volar a sus manos. *Se me acaba de decir que es general el clamor*

*de Lima por el regreso de Vd. y los que me escriben creen que si no lo hace se pierde todo el Perú. Yo estoy tan aturdido que me daría muy poco el que me tirasen un balazo".*

Oigamos ahora la voz de Chile, de ese Chile que según el detractor boliviano "no le hacía caso"...

Excelentísimo señor generalísimo Don José de San Martín:

Suponemos a V. E. instruído del terrible contraste ocurrido en Moquegua al ejército libertador del Perú. Ninguno mejor que V. E. conoce las circunstancias de aquel país, y cuán sensible es esta desgracia; pero ella puede remediarse con ventajas si este mismo contraste reune el espíritu público de los pueblos aliados y les impele a dirigir sus esfuerzos sólo contra el enemigo común.

V. E. se ha impuesto tan sagradas obligaciones con respecto al Perú, que el juicio severo de los hombres presentes y de la posteridad olvidaría los inmensos servicios del libertador del Perú y Chile, para no perdonarle si rehusaba algún sacrificio al terminar su obra. Nada se presenta hoy tan necesario como que las provincias de la antigua unión tomen a su cargo auxiliar la causa de la independencia ata-

cando a los españoles por el Alto Perú. Y qué persona podría encontrarse ni más respetable ni de mayor influjo ni más interesada en la conclusión gloriosa de esta guerra que V. E.? Este gobierno escribe al de Buenos Aires el oficio de que incluye a V.E. copia.

Desearíamos que cualquiera determinación que tomase V.E. con motivo del suceso de Moquegua nos la comunicase para dirigir nuestras ulteriores operaciones. Santiago de Chile, 4 de Marzo de 1823.—*Agustín de Izaguirre.—José Miguel Infante.—Fernando Errázuris*".

El noble patriota don Manuel de Villarán escribíale desde Pueblo Libre, el 31 del mismo mes y año: "Sin su improvisada retirada, ni habría tenido lugar el peligro de su vida, ni habría fracasado la expedición a intermedio, ni se hallaría como se halla hoy el Perú a dos dedos de su pérdida. V. E. está ya perfectamente restablecido, según noticias indudables. Los peruanos agradecidos hemos levantado nuestras manos al cielo, en signo de gratitud por tantos beneficios. Mas la patria peligra y distante de nosotros el fundador de la libertad desoirá sus clamores? Yo apelo al eminente patriotismo de V. E. y a su noble y elevada filosofía: si es necesario, lo reconvengo, pues yo sé muy

bien que mirando con el más alto desprecio la mordacidad de los malvados, no descuida un momento la causa general de nuestra América y la especial del Perú que le ha sido tan querida. Me lisonjeo pues, que no pasará mucho tiempo sin que nos dé la dulce complacencia de verlo adornado de nuevos laureles y de estrecharlo en nuestros brazos".

Escuchemos, por fín, la voz del más ilustre representante del Alto Clero de Lima:

"Santiago de Chile, 8 Septiembre 1823

Exmo. Señor Don José de San Martín:

Señor de mi respeto: La favorecida de V. E. de 2 de Agosto que llegó a mis manos en circunstancias de hallarme indispuesto de salud, ha excitado en mi alma las más vivas emociones de admiración y respeto por las expresiones con que V. E. se digna honrarme por haber concurrido con mi sufragio al título de Fundador de la libertad del Perú, con que le invistió el Congreso. La modestia compañera inseparable del verdadero mérito, hace mirar á V. E. como una especie de gracia, lo que en realidad fué un tributo de justicia que reclamaban altamente sus eminentes servicios al estado. La independencia de la capital del Perú y la reunión de su

congreso constituyente son obra de V. E.; ella sólo basta para que su nombre ocupe un lugar en la historia de los genios que produce la naturaleza para sacar a los pueblos del seno de la nada política, y hacerles entrar en el círculo de la civilización de su siglo.

El 20 de Septiembre de 1822 en que reunidos por la primera vez los representantes del Perú, desplegó V. E. sus sentimientos magnánimos y dió una prueba decisiva de no alternar con esos guerreros cuyo primer móvil es el amor al poder: *ese día pareció V. E. grande a los ojos de la filosofía, manifestando que su alma no se alimenta sino de la verdadera gloria.* Jamás él se borrará de la memoria de los verdaderos patriotas que con ojos desnudos de pasión contemplan los sucesos de nuestra emancipación política: siempre verán a V. E. como el campeón que se sentó la primera vez en el templo de las libertades peruanas. Goce V.E. de esta dulce satisfacción y viva persuadido que las sospechas mezquinas y rumores indecentes que la envidia o la calumnia han pretendido se alberguen en los corazones peruanos, lejos de empañar el lustre de sus merecimientos sólo pueden servir en concepto de los sensatos para degradar a los que juzgan menos reclamante de la ge-

neralidad de las intenciones de V. E., que por mi parte siempre he creído no han sido otras que las del bien y prosperidad del Perú. Tengo el honor de ofrecer a Vd. mis profundos respetos y mis deseos de acreditarle que soy su más atento servidor, amigo y capellán.—Javier de Luna Pizarro".

A los historiadores bolivianos corresponde la filosofía de estos acentos. A nosotros nos tocará oportunamente hacer la que se refiere a los documentos de Lima sobre Simón Bolívar: una dilucidación amplia y elevada al respecto dará algunos nuevos rayos de luz que no debe escatimarse á la joven generación de América interesada en conocer las verdaderas glorias de su génesis nacional. Pero, como notas típicas de la diferencia de alma y de virtudes patrióticas de los dos personajes, son imprescindibles aquí algunos rasgos de la forma en que se retiró Bolívar del escenario del Perú.

*
* *

Preocupado siempre de su persona,—al retrarse de Lima, escribe Bolívar al general La Fuente (1.° de Septiembre de 1826) con la alegría exagerada de un escolar, estas simpleces sobre las exorbitan-

cias limeñas en que las faldas representaban las tres cuartas partes del gasto: "Me voy lleno de gratitud por las inmensas y generosas demostraciones que me ha hecho este pueblo. *El espíritu humano no puede inventar ya más"!!*

El anheloso candidato *pro domo suo* a la Presidencia Vitálica de Perú, Bolivia, Quito, Nueva Granada y Venezuela, reunidos en un solo Principado,—hallándose con el pié en el estribo para partir a solucionar "la anarquía que devoraba" (como hoy mismo) el riñón de su obra predilecta, se siente sumido,— no en los graves problemas del pueblo venezolano que lo llama, sino en el extasis de su vanidad, y sin otra preocupación superior exclama como un Augusto que abre los brazos para respirar mejor la nube de incienso que le envuelve en sus espesas voluptas: ¡No se puede *inventar ya más*!.....

!Pobre Lima, si las frases lijeras del caudillo, tuviesen el peso de la palabra de un San Martín, y pudiesen ser como la de éste, una sentencia historíca!... Bonitamente le habria pagado ante el ojo severo de la posteridad el agradecimiento que debia por los *inventos de* su amor al César criollo!

Felizmente todo eso es teatral. El sabe que el Perú no está prostituido á su

persona; que los "persas "y "vitalicios," como llamaban a la prosopia de sus abyectos, no son la opinión del país, y que muy pronto tendrá que descubrirse tras de los bastidores y hablar conforme a la realidad de las cosas.

Apenas trascurridos cincuenta días (1) de aquella glorificación cesarea cantada por él mismo, se le enfrian los cascos en Popayan y escribe (22 de Octubre 1826) a Santa Cruz, en cuyas manos está realmente la espada del Perú: "He tenido el gusto de recibir las cartas de Vd... Cuanto contienen esas cartas, es lisonjero para mi.

Todas las demostraciones *son casi unánimes* en mi favor...

Pero diré á Vd. francamente que el juício de Guisse me ha dado la medida del *verdadero espíritu que se oculta en el fondo de las intenciones*: para mi este rasgo es muy notable, muy decisivo, para que me estreme a instar a Vd. sobre la represión de los enemicos de *Colombia* y de *mi persona* .....

Ahora que veo que los males han llegado á su exceso, y que Venezuela es la víc-

(1) Justamente lo que duró su Constitución Vitalicia impuesta torpemente: de 9 de Diciembre de 1826 a 28 de Enero da 1827 en que fué abolida en medio del regocijo general.

tima *de mis propios sucesos*, no quiero más merecer el vituperio de ingrato á mi primitiva patria.

Tengo tambien en consideración la idea de consiliar la dicha de mis amigos en el Perú *con mi gloria particular* (¡ !) Ustedes serán sacrificados si se *empeñan* en sostenerme *contra el conato nacional*; y yo pasaré por un ambicioso y un usurpador si me esmero en servir a otros países fuera de Venezuela. Yo, pues, relevo a Vd. y a mis *dignos* amigos los Ministros (que la opinión del Perú abominaba y el historiador Paz Soldán pinta como miserables) del compromiso de continuar *en las miras* que habían formado algunos *buenos espíritus.* Yo aconsejo a ustedes se abandonen *al torrente de los sentimientos patriotas*... y en lugar de *planes americanos,* adopten ustedes *designios puramente peruanos; digo más,* designios exclusivos al bien del Perú; es mi deber y *conviene a mi gloria* aconsejarlo".

¡Adios hegemonia Colombiana! Adios el Padre inmortal del Perú! Adios el mantenedor de la Madre de las Repúblicas! !Adios constitución petoniana de Bolívar! Adios congreso anfictiónico del istmo!... El "legislador universal" del nuevo mundo, la "espada de los portentos", el aguila de "alturas vertiginosas",

se reduce a modesta urraca que buscará a la sombra del materno nido allá en el risueña solar de la nativa aldea, el único resplandor de legítima gloria que jamás podrán disputarle los ingratos pueblos que desconocieron su grandeza.

¿Cuál era el misterio de aquella contradicción de tan antípodas actitudes entre el César teatral del 1.° de Septiembre y el humilde Espartaco del 22 de Octubre?

Cuadra a mi plan de establecer los hechos con el juicio de hombres insospechables para el bolivianismo, ceder la palabra al imparcial historiador peruano Paz Soldán: él nos dá la sinstesis del cuadro que presentó la obra anárquica de Bolívar en el Perú, cuyo estado de descomposición motivaba la carta a Santa Cruz.

"Descubierto tan a las claras el plan de Bolívar, dice el noble escritor, todos sus enemigos o mejor dicho *los amigos de la Independencia y Libertad Nacional, activaron los trabajos secretos para derribar una constitución que no podía llamarse emanada de la verdadera voluntad de los pueblos*.

"Las tropas de Colombia diariamente más y más odiadas por el pueblo. El Perú era un volcán en cuyas entrañas se reunían materias cada día más inflama-

bles. Multitud de peruanos y patriotas ilustres que con su sangre, talentos y fortuna habían contribuído a dar vida y libertad a esta naciente república, estaban en el extranjero comiendo el duro pan del proscripto; otros ocultos en su propia patria apenas se atrevían a ver la luz. Los mismos peruanos partidarios de Bolívar principiaron a dudar de su héroe, viendo que el territorio quedaría bien pronto reducido en su extensión y sujeto al yugo de autoridades colombianas. Ya se había oído en Venezuela la palabra *imperio* repetidas por jefes muy adictos a Bolívar, y el deseo de este de formar una gran nación bajo el simulado nombre de Federación, gobernada por un presidente vitalicio con facultades de elegir su sucesor".

*
* *

El crítico, que como hemos tenido oportunidad de ver, es un inocente de lo que significa para la conciencia pública el dilatado dominio en que la historia impera, por que su alma empequeñecida por el odio no acierta a salir de la estrecha concha de su fakirismo caribe, se permite dudar — en presencia de la evidencia universal — de la conocida carta que el General San Martín le dirijió a Bolívar des-

de Lima el 29 de Agosto de 8122 (ya recordada en este libro) y que puso en mano del circunspecto mendocino, Comandante Delgado, con orden de entregarla a Bolívar en persona, como lo ejecutó, junto con su caballo de paso que le había ofrecido en Guayaquil, sus pistolas de montura y su escopeta inglesa,—la misma que usara en sus cacerías de Olivos y San Isidro con Pueyrredón, y que entretenía sus escasos ocios de domingo después de la misa de campaña en los alrededores de "La Ciudadela" de Tucumán.

En esa carta, como todo el mundo sabe, San Martín dejaba en descubierto los dos únicos objetos de su entrevista; y al recapitular la actutud de Bolívar sobre los destinos de Guayaquil, exhibe con sus honradas y sólidas obserbaciones el fondo obscuro del alma del Caudillo:

Esta es la razón por que sus idolatras modernos, empeñados en presentarlo con virtudes que jamás poseyó, quisiéran borrar de la historia americana aquella carta que vive y vivirá eternamente mientras exista el Nuevo Mundo, como una de las páginas más sublimes que ofrecer en ejemplo de virtud y belleza moral a las generaciones que se van sucediendo sobre su suelo.

Alegan, aunque debilmente,—debo de-

cirlo en honor a su resto de pudor,—como razón de su duda el hecho de "*no haberse encontrado esa carta entre los papeles de Bolívar.*" (1)

Los que así argumentan olvidan que el dictador de Colombia no era hombre de dejar obscurecer *su gloria,* legando al futuro esa pieza genial del más grande proceso histórico que su posteridad debía fallar como ha fallado en efecto.

"La historia puede censurarle que no haya querido que se escuchase la voz de Bilívar, la voz de un muerto a quien se estaba juzgando", dice el crítico.

Esto es sencillamente ridículo tratándose de una lengua incontenida e inconteni-

---

(1) Sin embargo, cuando les conviene; cuando piensan que ella puede ofrecer algún lustre a Bolívar la dan por existente: en la página 420 del libro "Cartas de Bolívar", anotando el mismo crítico de Hispania la carta de Bolívar a San Martín (de Julio 25 de 1822) llamándolo a Guayaquil, da por indiscutible la de San Martín a Bolívar: San Martín, dice ofreció ponerse personalmente con su ejército a los órdenes del general Colombiano"—Esta es la talla de los historiadores del Caudillo. Pero hay más aún: adultera sustancialmente, la carta de Bolívar que anota, quitándole todo su bello sentido, en la parte noble de ella. Bolívar le escribió así: ¿"Cómo es posible que Vd. venga de tan lejos para dejarnos sin la posesión positiva en Guayaqul *del hombre singular* que todos anhelan *conocer,* y, si es posible, *tocar*? esta bella y gráfica espresión del talento literario de Bolívar, se convierte en lo siguiente, bajo la pluma honrada del crítico boliviano: "Como es posible, etc....del hombre singular que todos anhelamos conocer, y, si es posible, *tratar*? "Cartas de Bolívar", foja 417.

ble como la de Bolívar. ¿Quien le podía prohibir que hablase sobre sus conferencias con San Martín, como se apresuró a hacerlo secretamente con las autoridades de Venezuela, si es real y no apócrifa la nota que ochenta años después aparece dictada por él y firmada por su secretario Pérez?

¿No habló de ella infidentemente con Miller cuando supo que el noble general inglés preparaba una historia de aquellos acontecimientos?

¿No tuvo, como incensario de espeso humo, su abyecta prensa de Guayaquil desde que disolvió la junta patriótica del Estado hasta que regresó de Lima?

¿No tuvo en esta ciudad sus famosas hojas volantes y su Gazeta, desde antes de pisar el suelo de ella?

¿No se despachó a su gusto contra todo el mundo, incluso sus cómplices de la traición a Miranda, en las ridículas tenidas de Bucaramanga, donde hacía recalcar muy bien lo que deseaba hacer conocer de la posteridad?

El hombre que, por propia confesión, no había repugnado votar la muerte de Miranda, como la de Piar; el que firmaba a sangre fría y como inútil expiación las ejecuciones sangrientas de Bogotá; el que contra el clamor público y el consejo de

los más honrados patriotas de Lima echaba un alápida sobre el proceso al asesino de Monteagudo,—su secretario y ministro Sánchez Carrión,—no era el hombre cuya grandeza le permitiera desafiar el juicio póstumo legando exportáneamente a la posteridad la pieza inapelable de su propia condenación.

Si San Martín destruyó en Boulogne sur-Mer las cartas ambiguas de Bolívar sobre su fea actitud en aquellos sucesos,—como destruyó sin más testigo que su ayudante O'Briand la de los traidores de Santiago después de Maipú, debió ser precisamente para que no se ensombresiera más con su publicación la figura del "muerto a quien se estaba julgando" duramente, pero jamás por que contuviesen nada desdoroso parar el destinatario, pues en tal caso no la habían conocido terceros como el Señor Guerrico y otros.

A esto llama el libelista: "pequeñez de grande hombre"!

El General San Martín pequeño por que tuvo la nobleza, en él ingénita, de no permitir que se espusiesen a la picota pública las gallerias lucubradas por Bolívar, en privado, para cohonestar sus destempladas ambiciones!

Pero otra cosa muy distinta sucedería,

cuando viviendo Bolívar y en pleno apogeo de sus trabajos políticos, a comienzos del año 1827, llegó a oídos del Patriarca de Grand Bourd que aquel se había atrevido a insinuarle al general Muller que había querido coronarse en el Perú. Entonces habló, y habló como lo tenía que hacer un San Martín, para que su palabra sonase como el chasquido del látigo sobre el rostro del impostor: "Si, como no dudo,—y esto solo porque me lo asegura el general Miller—ha vertido esas insinuaciones, digo que, lejos de ser un caballero, solo me merece el nombre de un *insigne impostor y de despreciable pillo"*.

¿Como se atreve el crítico, en presencia de estos ontecedentes, a insinuar que San Martín ha querido hablar subrepticiamente de Guayaquil, recién a la desaparición de Bolívar?

Allí está el reto escrito en vida del impostor y para que la oyera como respuesta de sus infidias: *"despreciable pillo"!*

Si el crítico de Hispania o cualquier otro de la montonera literaria que se ha echado sobre el campo de la historia pátria quisiera testimoniarse con la autenticidad de ese documento, puédelo tener bajo su vista en el archivo público del *Museo Mitre,* así como puede adelantar su conocimiento, buscandolo en la munumental obra "Estudios Históricos Nu-

mismáticos'' del señor Don Alejandro Rosa, en que se encuentra fotografiada.

Todos aquellos conatos de falseamiento y de dudas respecto a los antecedentes escritos de Guayaquil, son revelación del esfuerzo que desespera a los noveladores de Bolívar, por presentarlo ante la historia limpio de las sombras fatales que le acompañan.

# Bolívar á la luz de sus idólatras

## CAPITULO VI

*Bolívar es el Caudillo; San Martín el Soldado-misión: Bolívar mismo se confiesa caudillo. — El juicio de Mitre.—San Martín y Bolívar según Mackenna.— Bolívar monarquista: su famosa carta al agente inglés Campbell—Restrepa expone lealmente las monstruosidades de lesa América de Bolívar—Actitud de San Martín mientras Bolívar pedía el apoyo de Inglaterra y Francia para imponer su "Imperium":—reta a duelo al Dr. Manuel Moreno, nuestro Plenipitenciario en Londres—El republicanismo de Bolívar según José María Sámper—Bolívar y Petion—La moral de Bolívar descrita por sus biógrafos.—La palabra de Guido—Bolívar y la hecatombe venezo-granadina.*

La mirada más profunda sobre la figura de Bolívar la ha dado Sarmiento; así como Mitre ha hecho la descripción sintética más perfecta de su moral y su físico. Fuera de estos dos grandes pensadores argentinos, y de los rasgos que le

dispensa el historiador chileno Barros Arana, la literatura Americana sólo ofrece extensas fantasías más ó menos poéticas, lirismos de mal gusto literario y críticas fragmentarias ú ocasionales de su incapacidad política y militar.

Trátase de la psicología moral del personaje, y es Sarmiento quien la traza de una pincelada en un momento clásico de su genio: Va a escribir la *Vida de Facundo* y, poniendo bajo sus ojos la fábrica deforme donde se debate entre luces y sombras la etnosicología de un "gran pueblo", enfoca toda la luz de su poderoso cerebro sobre la geografía y los hombres de América, y viniéndole la figura de Bolívar expontáneamente evocada por la de Facundo, exclama: "Sin estos antecedentes, nadie comprendería a Facundo, como nadie, a mi juicio, ha comprendido al inmortal Bolívar; en sus biografías he visto al general europeo. . . ; pero no he visto al *caudillo americano.* La guerra de Bolívar pueden estudiarla en Francia en la de los *Chouanes;* Bolívar es un Charette de más anchas dimensiones. Si los españoles hubieran penetrado en la República Argentina el año 11, acaso nuestro Bolívar habría sido Artigas, si este caudillo hubiera sido, como aquel, tan pródigamente dotado por la naturaleza y por la educación".

El *Caudillo,*—esa la luz real de Simón Bolívar. Su personalidad caudillesca destácase en todas las faces de su existencia: en sus pasiones, en la manifestación de su genio, en su vida privada, en el gobierno, en el campamento, en el adversario, en el amigo, en el triunfo, en la derrota y en la hora de la muerte. No sale un sólo instante durante toda su existencia del molde del caudillo. Y es esa unidad el secreto de su brillo y lo que le hace inconfundible con las grandes figuras morales que, como San Martín, fueron engendro de las virtudes humanas y esclavos de la ley.

El mismo Bolívar definió su figura de caudillo, cuando obligado por los acontecimientos y la voluntad enérgica de los pueblos que "no querían soportar dictaduras", y contrabalanceada su influencia por las arrogancias de Paez y Santander, hizo esta expontánea declaración ante el Congreso de Angostura en 1819: "En medio de un piélago de angustias, no he sido más que un juguete del huracán revolucionario que me arrebataba como débil paja. No he podido hacer bien ni mal. Fuerzas irresistibles han dirigido la marcha de nuestros sucesos; atribuírmelos no sería justo, y sería darme una importancia que no merezco". Dejarse arrebatar

por los huracanes pasionales,—ese es el secreto psicológico del caudillo; pero no lo es del estadista ni del soldado genial y severo como San Martín que jamás consiente en ponerse a la cabeza de las pasiones desenfrenadas, y que por el contrario, en vez de acaudillarlas, las encausa por el difícil sendero del orden y la disciplina de las fuerzas; las resiste con firmeza y sin ostentación y las domina finalmente a fuera de habilidad y contancia.

De ahí que Sarmiento continúe diciendo: "La manera (clásica) de tratar la historia de Bolívar de los escritores europeos y americanos, conviene a San Martín y a otros de su clase. San Martín no fué caudillo, fué realmente un general". Este juicio de Sarmiento ha sido confirmado por la historia. Bolívar lo refiere todo a su persona. San Martín lo refiere todo a la América. Quién conoce la persona del caudillo, lo conoce todo. Quién sólo conoce el hombre virtuoso no conoce nada de su obra: hay que salir fuera de él y recurrir a sus sacrificios y sus empresas, para hallar la magnificencia de su personalidad. Por eso San Martín fué una *misión social,* y hay que buscarle en la inmensa sociedad americana para saber de lo grande de su espíritu; Bolívar fué una *ambición perso-*

*nal* y para conocerla basta acercarse estrechamente a su persona.

Y bien ¿qué ha dicho de Bolívar el autor de la *Historia de San Martín y de la Emancipación Sud-americana?* El juicio del general Mitre sobre Bolívar, que hace estallar los bravíos corajes del crítico es sencillamente este: "Bolívar era el genio de la ambición delirante, con el temple férreo de los varones fuertes, con el corazón lleno de pasiones sin freno, con la cabeza poblada de *flotantes sueños políticos,* sediento de gloria, de poder, de resplandor, de estrépito, que acaudillando heróicamente una gran causa, todo lo refería a su personalidad invasora y absorvente".

Nada hay en esto que desfigure a Bolívar ni para empequeñecerlo ni para agrandarlo. Ese es Bolívar. Varón fuerte, corazón pasional, soñador político, sed de gloria estrepitosa, caudillo de una gran causa a la que desgraciadamente empequeñece refiriéndola en todo a su personalidad despótica.

Ese es el párrafo fundamental en que Mitre hace alusión a las fantasías de Bolívar. En otro lugar de su historia, en que emplea la palabra "viento", que tanta

tempestad ha levantado en el equinoccio boliviano, lo hace de paso y secundariamente: Después de Boyacá, a que no asistió personalmnete y que a la cabeza de sus dos mil soldados marcharon Santander, Anzoátegui y Rondón,—siendo estos últimos los "héroes de la batalla"—entró Bolívar apresuradamente a Bogotá entregándose como siempre a ridículas ostentaciones de gloria, que hoy mismo, en presencia del relativo progreso de la vieja ciudad colonial, la razón no concibe como pudo en aquél entonces entregarse en serio un hombre talentoso como Bolívar, a las escenas quijotescas que se hacía preparar en medio de aquel modesto cuadro, lleno de la pobreza, angustia y miseria a que la guerra tenía reducida la mediterránea y mustia ciudad. Entre los arcos, músicas, columnas, "cruz de honor", "gran cuadro emblemático"—la Libertad sostenida por el brazo del Libertador—recibió "por segunda vez" una *crona de laurel.* Aquí, Mitre dice con llaneza y frialdad que, "en una cabeza atormentada, llena de viento y de grandes ideales, ella sienta bien", y agrega, sensatamente, que los hombres circunspectos y virtuosos no admiten, cuando son realmente grandes, estas majaderías de infantil vanidad: "una corona de laurel en la serena cabeza de Wáshington, haría caricatura". Mi-

tre necesitaba cohonestar la aldeana actitud de aquella buena sociedad, que en su entusiasmo fuertemente solicitado por el postulante, ultrapasaba los límites del buen gusto; y por eso disculpa a los factores del adefesio, diciendo que la tal corona no venía mal a una cabeza como la de Bolívar "atormentada, llena de viento y grandes ideales", dejando a salvo el buen criterio de la sociedad bogotana, al asegurar que no haría lo propio con un Wáshington. Este pasaje frío del historiador argentino, impasional, lleno de verdad histórica, es el que desquicia y enfurece al bolivarismo en forma lamentable.

Sarmiento y Mitre coinciden, pues, ajustadamente en el juicio sobre la personalidad característica y unigénita de *Caudillo* que singulariza la figura de Simón Bolívar en la guerra de la independencia americana. La sanción histórica de estos dos colosos es para mí la verdad evangélica del caso. Para el bolivianismo tiene sin embargo el inconveniente de ser argentina, viéndome en la necesidad de recurrir a fuentes *bolivianas* para hacerme a sus ojos insospechable de parcialidad. Y si los escritores de este campo, que tenga que citar, no alcanzan la altura ni los contornos mundiales de aquellos, culpa será del crítico, no mía. Seré benigno, por lo mis-

mo, espigando en lo más brillante y sobresaliente de ellos.

*
* *

Un príncipe de las letras del Pacífico, don Benjamín Vicuña Mackenna, (1)—el mismo que el famoso crítico presenta como calumniador del Gral. San Martín,—escribiendo en el verano de su vida y rectificando noblemente errores y pasiones juveniles, ha dejado a la meditación de la posteridad estos hermosos conceptos sobre la figura de los dos altos libertadores sud-americanos: "En la deshecha borrasca de la América, Bolívar es el *aquilón que asola y arranca* las mal seguras naves a sus cables. San Martín es *el faro inamovible entre las rocas, que las alumbra y las salva.* Bolívar es un gran jugador *que casi no sabe donde va, porque nada preconcibe, de nada se da cuenta, su inspiración fugáz es su único consejo.* San Martín es un experimentado piloto que, fuerte al timón desde la primera hora de su misión sublime, mantiene la proa contra todos los vientos y todas las borrascas hacia el puerto designado. Bolívar *asimila* por *orgullo;* San Martín *emancipa* por *amor.*

(1) El crítico pone a Mackenna entre los literatos *bolivianos.*

Bolívar por doquier *se impone;* San Martín *se sacrifica en todas partes.*

Bolívar *es el personalismo americano;* San Martín es la *identificación de la causa americana.* Bolívar es la brillante petulancia de los trópicos. San Martín, sereno como las tardes de la zona templada, pasa casi mudo por la tierra.

Bolívar es la prodigiosa multiplicidad de las facultades del genio.

San Martín es la *inflexible unidad del genio mismo.*

De esta manera *S. Martín deja de ser un hombre para ser una misión,* mientras que *Bolívar no se ha levantado jamás de la esfera de caudillo.*"

Allí tiene el crítico el juicio, completo y magistralmente emitido, que la figura de Bolívar merecía al escritor chileno citado por él en favor de aquél y en contra de San Martín: "Un soñador político, que casi no sabe donde va ni de nada se da cuenta, porque su único consejero es su inspiración fugaz; un jugador de batallas que no se ha levantado jamás de la esfera de caudillo"—ese es Bolívar para el talentoso historiador Mackenna.

¿Por qué, entonces, aquella indignación contra el historiador argentino, cuando consigna que Bolívar llevaba "la cabeza poblada de flotantes sueños políticos?"

Esa era la verdad, y verdad espresada con mucha más parsimonia que el escritor chileno.

Véamos ahora como describe este mismo, la vida íntima del hombre *intrigante, perverso,* de temibles y *torcidas entrañas,* que, según el crítico, aquel escritor ha cacarterizado: "Vamos a contar aquí, dice, esa existencia (del Libertador en *Gran Bourg*) con aquellos pormenores al parecer nímios y casi insustanciales de la vida diraria, cuyo conjunto forma sin embargo, *el más auténtico retrato de las grandes naturalezas cuando se las ha sorprendido en el abandono de una intimidad sin testigos.* El general San Martín se levantaba con el alba, ese reloj del gallo y del soldado. Poníase a la lijera una bata de tela humilde, que se conserva todavía como un recuerdo de familia, y él mismo se preparaba su bebida matinal.

"El patriarca de Grand Bourg poseía una hermosa colección de armas, a las que era singularmente aficionado, y en aquellas primeras horas de forzado ocio, poníase a limpiarlas con la prolijidad de un asistente .A esto llamaba él alegremente *trapichear.* El General San Martín cuidaba también como un recluta de su modesto guarda-ropa, y a este fin tenía siempre sobre su mesa una caja de made-

ra que había servido de estuche a una edición microscópica de clásicos franceses, en la que guardaba su hilo, sus agujas y sus botones. Cuando su hija quería intervenir alegando las prerrogativas de su experto dedal, *quita allá* decíale dulcemente el austero soldado. "¿Por qué quieres quitarme mis buenos hábitos?" Y de esta suerte nunca el vencedor de Maipú se puso camisa cuyos botones no hubiese cosido él mismo, así como la camisa con que su mayor General asistiera a la Catedral de Santiago al Te Deum de Maipú, fué, según su confesión, préstamo de un amigo, porque él no la tenía. ¡Hombres sublimes!"

"En el vestir era el General San Martín un Espartano: una levita de paño azul abotonada constituía todo su lujo. Su corbata era cuando no el corbatín de crin del soldado, un pañuelo... Existen cuentas de la época en que este hombre original fué dictador omnipotente de Chile, y en ellas aparecen no pocas partidas por remiendos de sus botas. El menage de su habitación era de una sencillez antigua. Había sustituído su catre de campaña por otro más sólido de fierro, pero tan común como los que se usan en los colegios, y no tenía otro mueble de regalo que una vieja e incómoda poltrona".

"Después que el General terminaba su trapicheo matinal, montaba a caballo cuado residía en el campo y era aquel su ejercicio predilecto. Cuando habitaba la ciudad prefería pasear a pie por los suburbios de París mezclándose familiarmente con el pueblo, pues así como en Bolívar jamás desapareció el gran Señor de la Colonia, San Martín fué el único de los Argentinos en Chile, que se mostró siempre demócrata, siempre popular".

"En sus alimentos era de una frugalidad que es ya un título adquirido a su noble vida por la historia. Su antiguo Secretario íntimo, el General Guido, asegura que en Chile el General en Jefe del Ejército de los Andes comía ordinariamente en la cocina, mientras sus ayudantes y cortesanos devoraban los banquetes de su mesa de Estado".

Los niños de las escuelas de la República Argentina recitan de memoria estas hermosas páginas en que el escritor chileno, ansioso de entonar un hosanna al viejo "Patriarca" en desagravio a sus juveniles errores de escritor carrerino, no ha tenido más que reproducir en el papel con sencillez la vida del "noble soldado" para dejar a su posteridad unas de las páginas más bellas con que se enorgullecen las letras chilenas. Yo tengo sin embargo que

reproducirlas para poner ante la vista de los calumniadores el mismo espejo elegido por ellos con intención de exhibir la imagen deforme de un malvado... Los hombres honrados tendrán que preguntarse en presencia de estos malos americanos sorprendidos infraganti con el lodo falsificado en la mano: ¿A "esta gran naturaleza", a este "espartano de una sencillez antigua", a este "demócrata que nunca se puso una camisa cuyos botones no hubiera cosido él mismo", a este "dictador omnipotente en Chile que hacía remendar muchas veces sus botas", a "esta noble vida"; por último, a "este Patriarca de Grand Bourg", es a quien según los patriotas bolivianos, el historiador Mackenna llama un perverso maquiavelo, más siniestro y pavorosamente temible por sus misteriosas intrigas, que por la fuerza de su brazo sobre los campos de batalla?

Si el crítico ignoraba este retrato del General San Martín, considerado por los contemporáneos del señor Mackenna, como una de sus obras maestras, escritas en el maduro verano de su vida,—resultaría que no estaba preparado para ejercer el difícil ministerio de la crítica histórica; y si conociéndolo, lo ha silenciado intencionalmente, revelaría que carece también

de la altura y lealtad moral que son sus atributos primarios, y sin cuya posesión se puede alcanzar la triste nombradía del libelista, pero jamás el augusto coturno del historiador.

Las páginas del glorifobio venezolano me dan la seguridad de que conoce aquellos juicios definitivos de Mackenna... !Oh la supina insensatez de los corazones enfermos!

Queda con esto suficientemente evidenciado que no ha sido feliz el crítico en la elección de padrino literario que ha querido buscar al feo engendro de sus odios contra la figura del Capitán Americano.

Benjamín Vicuña Mackenna, que pagó cuando joven su tributo de carrerino prevenido contra el antiguo gobernador de Mendoza, que tan culta pero firme mano puso sobre el hombro quisquilloso y altanero del caudillo chileno, limpio su bellísima pluma de aquellos errores, cuando, en plena mandurez de la vida, y con amplio estudio del personaje, conoció cabalmente sus virtudes y penetró a lo hondo de su grandeza moral.

Chile se enorgullece hoy de aquellas páginas de su eximio escritor, y estoy seguro que jamás consentiría en que manos torpes e irresponsables, en nombre de odios gratuítos, cortasen de su vergel lite-

rario las floridas ramas enlazadas por Mackenna al nombre del general San Martín.

*
* *

Ya es hora de mirar siquiera sucintamente las idiosincrasias de Bolívar, para ver si es verdad, como pretende el crítico, que en él se contiene el modelo de las grandes virtudes políticas que debe merecerle la admiración de los pueblos americanos, en contraposición a los defectos que empequeñecieron,—siempre a su juicio—la figura austera de San Martín.

Nos pondremos pues, mano a mano con el hombre, tal como la historia nos lo muestra: estudiaremos al monarquista, al republicano, al partidario, al gobernante, al hombre social, en fín, en público y en privado. Si esta rápida mirada se resiente de falta de unidad, recuérdese que tengo forzosamente que ceñirme al camino de avestruz que el crítico emprende por el campo de la historia americana.

En forma general, pero terminante, Bolívar expuso todo su pensamiento sobre la monarquía en Colombia, en una lamentable carta al agente inglés Campbell, datada en Guayaquil el 5 de Agosto de 1829, donde poniéndose a las plantas de este vulgar personaje, habla de la siguien-

te manera, que deja en descubierto la contextura moral y política del caudillo: "En fín, estoy muy lejos de oponerme a la reorganización de Colombia conforme a las instituciones experimentadas en la sabia Europa. *Por el contrario, me alegraría infinito y reanimaría mis fuerzas para ayudar en una obra que se podría llamar de Salvación* y que se conseguiría no sin dificultad, *sostenidos nosotros de la Inglaterra y de la Francia. Con estos poderosos auxilios seríamos capaces de todo, sin ellos no.* Por lo mismo yo me reservo para dar mi dictamen definitivo cuando sepamos qué piensan los gobiernos de Inglaterra y de Francia *sobre el mencionado cambio de sistema y la elección de dinastía*".

Esto sucedía en Agosto. En los primeros días del mes siguiente, 6 de Septiembre, el Consejo de Ministros se dirigía al mismo caballero inglés con propósitos idénticos, pero requiriendo además el apoyo inmediato del Gobierno Británico para mantener a Bolívar "durante su vida encargado de regir a Colombia, no con el título de monarca, pero sí bajo el de Libertador". El Consejo que se reuniría al efecto, dice la nota, adoptaría *para Bolívar* esa forma de Gobierno (que no clasifica porque no tenía clasificación ho-

nesta) y Bolívar "sostendrá lo que haga el Congreso del cual ha dicho es él súbdito".

La hipocresía de esta triste política es reveladora. El humilde *súbdito* del Congreso se confesaba único sostén del cuerpo que le ofrecía el sacrificio del Gobierno vitalicio. "El Consejo así lo espera fundadamente, continúa la nota, y para asegurar más al Congreso en la resolución y remover cualquier obstáculo que pudiera ofrecerse para ello por parte del exterior, ha determinado *solicitar el consentimiento explícito de los Gobiernos europeos* con quienes Colombia está en amistad, y que se interesan en su suerte; y a este fin me ha autorizado para proponerlo por conducto de Vd. al de S.M.B. El Consejo por tanto desea saber si en el caso de que el Congreso adopte el plan que he expresado, *asentirá a él el Gobierno de S. M. B.*".

El agente inglés, transmitió inmediatamente a su gobierno estas nuevas, diciendo al conde de Aberdeen, Ministro de Negocios Extranjeros de Inglaterra: "El Libertador ha escrito aprobando la conducta del Gobierno respecto de la comunicación enviada el 6 de Septiembre último; y dice que cualquiera que sea la decisión del Congreso, él se someterá a ella y la sos-

tendrá". Más el agente de Londrés, el buen de Campbell "gran amigo" de Bolívar, se ríe de éste y de todos sus planes de perpetuarse en el Gobierno de Colombia hasta el fin de su vida, y argumenta así a su Ministro: "Pero como el establecimiento de una monarquía en Colombia, implica necesariamente la cuestión de la familia que hubiera de ser llamada a ocuparla, falta ver como se afectarían los intereses de la Gran Bretaña con la adopción de un príncipe—que no fuese de la casa de Brunswich—para que viniera a ser el fundador de una nueva dinastía en esta parte del mundo...; y aunque sentimientos de estimación y de respeto hacia la familia de S.M.B. pudieran inclinar aquí a muchas gentes a su favor, y los lazos comerciales ya formados con Inglaterra y la muy alta opinión que se tiene de su Gobierno podría inducir a otros, sería imposible vencer el obstáculo de la diferencia de la religión. Las únicas casas reales hacia donde pudiera Colombia volver los ojos en busca de un Monarca serían las de Orleans, Bavaria y Sajonia"... Y en este sentido continúa el agente inglés, tan olvidado de Bolívar, primer y fundamental objeto de la consulta del Consejo, como si se tratase de cualquier mulatillito servil a quien se de-

ja en la trastienda de los chismes despreciables.

*
* *

Restrepo, que por su seriedad es el principal biógrafo de Bolívar, entre los escritores de *tierra caliente,* sostiene que: "En cuanto a la adopción del sistema monárquico, eligiendo un príncipe europeo, hacía ya algún tiempo que sus amigos habían oído decir al libertador: que Colombia y toda la América española, no tenía otro remedio, para libertarse de la anarquía que devoraba a sus pueblos, que establecer monarquías constitucionales, y que si los habitantes de Colombia se decidieran por este sistema de gobierno y llamaran a reinar a un príncipe extranjero, él sería el primero que se sometería a su autoridad y lo apoyaría con su influjo. Esto mismo repitió en época posterior", y más tarde, desembozando ya Bolívar sus ambiciones personales, decía: El mejor gobierno para Colombia, sería una presidencia vitalicia y un Senado Hereditario, como el que el 1819 propuso en Guayana". (Historia de Colombia, tomo IV, fojas 207 y sig.).

Estas mismas ideas, es decir la monarquía con un príncipe europeo al frente, o

en su defecto, con él, Bolívar a la cabeza, reinando durante su vida, y *dejando* que después de su muerte, los pueblos hicieran lo que creyesen conveniente, fué lo que en realidad trató con el Consejo en 1829, y lo que propuso al Representante del gobierno inglés en Colombia, Mr. Campbell, con las reticencias del caso, como hemos visto: Lo grave del paso, y que descubre en toda su desnudez el alma de Bolívar, está en el carácter que imprimió al asunto, cuando encargó a sus Ministros Madrid y Palacios, la misión "de preguntar a los gobiernos de Inglaterra y Francia", en cuyas Cortes residían respectivamente: "Si en el caso de acordar el Congreso colombiano, el establecimiento de una monarquía constitucional, darían su asenso a ella, y *si protejerían a Colombia en el "evento probable", de que por tal motivo* la atacaran las repúblicas americanas". (Restrepo, tomo 4, fojas 228).

Esta guerra presentida por Bolívar y para sostener la cual solicitaba el apoyo de las naciones extranjeras de Europa, no podía ser contra otro país que la República Argentina, que había proclamado solemnemente su gobierno republicano; que había jurado su constitución de 1826; que había sido reconocida en 1821 como tal República por el gobierno de Portu-

gal; en 1822, por los Estados Unidos del Norte y en 1825 por Inglaterra; que tenía sus catorce provincias erguidas y alertas, como en un atalaya, contra cualquier conato que rozace su democratismo altivo y su autonomismo ingénito, y que en una palabra, habrían considerado la osadía de Bolívar como un reto escandaloso y sangriento, lanzado a la faz del Plata.

El honrado biógrafo de Bolívar, en el trance de escribir circunspectamente la historia, no ha podido menos que estampar esa página amarga para todo americano, a manera de siniestro rasgo de fuego en la vida del caudillo, a cuyo resplandor se ve su alma en su verdadera luz.

Sometido el escándalo al jefe del Foreing Office, Lord Aberdeen, cuyo gobierno prestaba toda su circunspección y respeto aquiescente a nuestro país, donde tenía establecido el centro de su diplomacia, en Sud América, y con el cual hacían cinco años había celebrado el primer tratado que fijaba definitivamente los delineamientos de su política diplomática con los países recientemente emancipados, eludió toda respuesta al respecto "dejando a Colombia la elección de su destino, con tal que no se tratase de coronar un príncipe francés, ni tampoco inglés." Alberdi,—la alta y única autoridad argentina, recono-

cida por el crítico,—al recordar esta página lamentable del caudillo caraqueño, exclama con amarga sequez: "Bolívar mismo, hizo cesar esta negociación, por temor de dañar a su *gloria,* que él creía *una propiedad de Colombia".* (Lo subrayado es de Alberdi), Escritos Póstumos, tomo 4, fs. 323).

En aquella negociación, Bolívar, el *benefactor,* el *Padre de América,* según sus metafóricos panegiristas, se preparaba al escándalo de la guerra entre las naciones hermanas del Continente, las que, independizadas a costa de tan cruento sacrificio, comenzaban a desarrollar los beneficios de su libertad y su progreso social, y solicitaba nada menos que la *protección* de Inglaterra en favor de Colombia y en contra de la República Argentina, principalmente, y de Chile y el Perú, en segundo término, a fin de imponer a fuego y sangre, en fratricida contienda, su *imperium* personal, su Presidencia Vitalicia y única, sobre el suelo de la América.

He ahí al patriota, al republicano, al estadista, al virtuoso y grande Bolívar!

¿Pero cuál era, en definitiva la forma de gobierno, que esta ambición inmensa y sin péndulo regulador ideaba para ser pedestal de su persona, por todos los días de su vida? Esa forma no tiene nombre, cla-

sificación ni antecedentes conocidos ni en la ciencia, ni en la historia política de los países civilizados del mundo. No era monarquía absoluta, ni autocracia electiva, ni democracia, ni república, ni federación de Estados autónomos, ni monarquismo constitucional, ni plutocracia, ni nada jurídicamente definible,—era sencillamente el *imperium* absoluto de un estratócrata apoyado en la fuerza armada que con el nombre de *Libertador,* o el de Presidente Vitalicio, haría refrendar sus actos políticos por mano de un Senado también vitalicio.

A esto llama el sabio crítico venezolano: "el propósito boliviano, preciso y admirable (¡en verdad admirable!) de fundar grandes repúblicas, y aún de confederarlas todas para formar, según las palabras de Bolívar; "la madre de las Repúblicas!!" El padre, era él naturalmente, sólo él, Simón Bolívar, y si la hija llegase a salir, "como era muy probable", según lo dijo él mismo, con las señales del fórceps inglés sobre las sienes, nada importaba, mientras la corona brillase radiosamente en la frente augusta del progenitor.

Puesto Bolívar en descubierto por el gobierno inglés y sintiendo el ardiente escozar del ridículo, "Bolívar desaprobó,—dice Alberdi,—la monarquía por la forma

en que la propuso el Consejo". Era lo menos que le quedaba a hacer, pues, en cuanto a renunciar a la ambición del mando, no había ni que soñarlo.

"Lord Aberdeen,—sigue diciendo Alberdi,—*encontró vaga e impracticable esa forma, por la cual Bolívar debía ocupar toda la vida el poder que al cabo de ella pasaría a la del Rey electo de antemano".* No se debe hacer mucho hincapié en lo que pedía ostensiblemente Bolívar, a los gobiernos de Europa. Conveníale la forma vaga, reservando en sus manos el secreto y el resorte de su ambición verdadera. "El mismo no sabía definirlo—enseña Alberdi,—así, le daba cuatro o cinco nombres—*protección, influencia, patrocinio, intervención,* y concluía por decir: *no me importa el nombre".* (Alberdi, obra cit., tomo 4, fs. 323-324).

Conocido el juicio de Restrepo, conozcamos el del ilustre colombiano, historiador, poeta y diplomático, don José María Samper. "En 1828, dice este admirador del caudillo venezolano, hizo Bolívar, *cuanto pudo* por lograr que fracasasen los esfuerzos de la mayoría de la Convención de Ocaña, que tendía a organizar la República, *posible entonces". Fué aquel el momento más solemne e indicado, para que Bolívar desarrollase ampliamente sus*

*ideales republicanos.* Sin embargo, ahí le hemos visto en el período de dos años, pasando *de los conciliábulos caseros* a la *protección inglesa* en demanda de un príncipe extranjero *ó de su coronamiento* con un título cualquiera para mejor gloria del pueblo colombiano.

*
* *

¡De qué distinta manera pensaba y procedía el noble San Martín, en aquella misma época en que Bolívar cubría con su eclipse moral los destinos de su patria!

La página que voy a recordar es tan bella, como el alma misma del capitán argentino. Veámosla: Intrigando el Ministro de Bolivia en París, D. Casimiro Olañeta, contra el Dr. Manuel Moreno, que lo era de la R. Argentina en Londres, le escribió a San Martín, informándole haberle oído al dicho Moreno, que corría el rumor, en Inglaterra, de que San Martín había partido reservadamente a Madrid en gestión del reconocimiento de la Independencia argentina por parte de España. La sola insinuación calumniosa de hacerle aparecer en contacto con la monarquía española, cuando su patria marchaba definitivamente bajo la égida republicana en pleno ejercicio de sus destinos, indignó

de tal manera al Patriarca de Grand Bourg que le hizo producir, en un arranque de noble indignación, uno de los rasgos más típicos de su altiva naturaleza de soldado-caballero. Irguióse indignado contra el Dr. Moreno, y, después de presentarlo en la carta que le dirigió a Londres, como un "pillo", o un hombre "falto de razón"—lo retó duramente a duelo, y suspendió por veinte días en espera del emplazado, su viaje a los baños termales de Suiza que estaba listo para emprender a la sazón.

El General consideró como una de las ofensas más graves que se le podía hacer como ciudadano de su patria, el considerársele capaz de concebir maquinaciones de tendencias monarquistas, en aquella hora en que el sentimiento de la democracia era la ley suprema del pueblo argentino.

"Once años de un ostracismo voluntario de mi patria, preferible a tomar parte en sus desavenencias—le decía al Ministro Moreno;—mi notorio desprendimiento de todo mando e intervención en sus asuntos políticos, mi carácter no desmentido en todo el curso de nuestras justas revoluciones, mis servicios rendidos a la independencia de Sud América, y en fin, mis notorios compromisos con el go-

bierno español,—compromisos de pescuezo, señor doctor—me daban derecho a esperar que mi nombre no fuese tachado con una impostura tan altamente grosera como ultrajante... O es usted un malvado consumado o ha perdido enteramente la razón... Todo hombre que se respeta después de recibir una carta como esta, exije los esclarecimientos que son consecuentes... Usted es joven y con salud, y por consiguiente no tendrá dificultad en hacer un corto viaje a esta con el objeto de pedírmelos, seguro que se los dará completos *José de San Martín*—Esta carta no es dirijida al representante de la República Argentina, y sí sólo al Doctor Moreno; aunque me había propuesto ir a tomar los baños termales que reclama mi salud, el primero del próximo Agosto, suspendo mi marcha hasta el 20 del mismo mes, por si como creo usted se digna venir a hacerme una visita. Vale".

Ahí tienen los calumniadores de San Martín, cómo procedía el noble argentino, mientras Bolívar tramitaba con el extranjero la posesión de una corona y la fuerza de las armas, para imponerla con la guerra a las repúblicas hermanas.

A pesar del contraste que la verdad de los hechos nos presenta, entre la moral del general San Martín, sometido siempre a

las leyes de su patria y a la voluntad de sus pueblos; y las incongruencias, las rebeldías y los errores de Bolívar, que tanto comprometieron la seriedad y el buen nombre de los países americanos, el crítico venezolano exclama: "San Martín que carecía de propósitos e ideales políticos *determinados,* aparte del ideal de independencia, convenía en *anular a la Argentina y a Chile,* para que entrasen a formar la monarquía del Perú, que se ofrecía a un príncipe extranjero. Bolívar por su parte, que era, no sólo libertador, sino *constructor* (ya lo veremos construir en compañía de maeestro Petión de Haytí), quería, con su gran genio político, que los países de América fueran, en la paz y en la guerra, en el presente y en el porvenir, solidarios unos de otros (el pedido de ayuda a Inglaterra, para el caso de combatir contra la Argentina y posiblemente contra Chile y el Perú, atestigua su amor a la solidaridad americana) y que se constituyeran en uno o dos grandes estados republicanos".

Veremos pronto que el mismo Bolívar ha dejado esclarecido para la historia, que fué una simple farsa suya, concebida en feliz momento; una hábil chuscada con que quizo llamar la atención de Eurupa sobre Colombia, aquello de la *solidaridad*

*americana,* en la cual no creía ni vislumbraba conveniencias personales, ni de ningún género.

En este momento es necesario fijar el juicio que sobre el republicanismo de Bolívar han escrito los historiadores de Colombia. El crítico venezolano olvida de su *demócrata y repúblico,* muchas cosas bien sabidas que no puede olvidar un crítico circunspecto, y que para que vaya acortando prudentemente las riendas, cuando trate de embestir la figura de Capitán argentino, de aquél "republicano por convicción y principios", es bien que recuerde, lo que allí en la casa le tienen dicho los grandes biógrafos de Bolívar. Con permiso del historiador boliviano, voy a repetírselo. El romance en lengua de purismo colombiano, empieza así: "En 1810, *cuando estalló en Caracas la revolución venezolana,*—oígalo bien el crítico, cuando estalló la lucha de la libertad y emancipación de Venezuela—*Bolívar no quiso coadyuvar inmediatamente a la obra,*—a la obra de libertar su patria, señor crítico,—porque el movimiento tenía el carácter de republicano federativo, siquiera fuese disimulado. Las ideas que formuló en Angostura sobre constitución política, bien que hasta cierto punto revestían el lenguaje y las

formas de la República, se alejaban mucho, como lo he hecho notar, *de los principios liberales y democráticos;* y mucho menos lo eran aún *los que abrigaba en* 1826 (mientras el mulato *servil Rivadavia* dictaba junto con lo más brillante de las Provincias Argentinas, la famosa constitución, realmente republicana representativa que lleva su nombre), cuando redactó o inspiró, propuso o hizo recomendar *ahincadamente* sus proyectos de constitución para las repúblicas del Perú y Bolivia *que tanto alarmaron a los demócratas colombianos e hicieron perder al libertador, tanto de su popularidad y prestigio.''* José María Samper, El Libertador Simón Bolívar, Buenos Aires 1874).

No señores del fakirismo boliviano! No troquéis la verdad histórica, ni calumnieis la madre naturaleza... San Martín el modesto, el austero hijo de las misiones, nació constitutivamente republicano y demócrata, como nació Bolívar constitutivamente caudillo fastuoso y despótico, siempre predispuesto a asumir cualquier forma de la prepotencia y el absolutismo personal! ''Bolívar será siempre, exclama el mismo Samper, a los ojos de la posteridad el gran capitán *o Caudillo* de cinco repúblicas''. La palabra Cau-

dillo, aquí empleada por el escritor colombiano, está puesta como sinónimo de dominador.

Bolívar siente la necesidad de decirle a Páez, cuando advierte la resistencia y el temple férreo del llanero: "Yo no soy Napoleón, ni quiero serlo".

San Martín, jamás necesitó decir: No quiero ser un Wáshington. Si tal hubiese dicho, le habría respondido el mundo, "Impostor de tus mismas virtudes: no está en tus manos, cambiar tu propia naturaleza".

Bolívar necesita sincerarse personal y repetidamente de los defectos del déspota, temible a sus propios tenientes, cuyas cervices sienten el filo de sus botas. Ninguno de los capitanes de San Martín, mostró jamás el rastro de la coyunda. El uno fué dominador, fué caudillo, fué señor, fué déspota. El otro fué la dignidad humana y dignificando pasó por América como el Padre de la Patria.

El bolivianismo necesita establecer una superioridad tanto militar como patriótica de Bolívar sobre San Martín y para esto le es indispensable hacer del caudillo un hombre de gobierno, un estadista; es decir, necesita entrar en el terreno de las grandes virtudes

políticas, del reposo, del juicio, de la profundidad de miras y del patriotismo desinteresado. Aquí, el Bolívar metafórico de sus idolatras, resulta una triste caricatura. Dice *Hispania,* en el estudio en cuestión: "Bolívar por otra parte, era necesario para el gobierno y la unidad. Hombre de múltiples arbitrios, la cabeza de los *milagros,* la *lengua de las maravillas,* en los apuros graves era indispensable. Así los pueblos, cuando desesperaban de la suerte, le conferían la dictadura, como se conferían los peligros de la antigua Roma, y él los salvaba. "Soy el hombre de las dificultades" opinó de sí mismo. Y aunque entregara la administración de la República, a los vice-presidentes, en los intervalos de la relativa quietud social, su nombre, el único que se impuso a la anarquía interna, luego de dominar a los enemigos exteriores, era el que fiaba la seguridad del Estado, en medio de las convulsiones revolucionarias de tan caótica época. De ahí el que los congresos no aceptaran sus instantes renuncias. San Martín era otra cosa. El gobierno de San Martín en el Perú, fué el reinado opresivo de Monteagudo. San Martín careció de la cultura y del conocimiento psicológico de los hombres que tenía Bolívar. El general argentino Mitre, ha consagrado toda su existencia a enne-

grecer y a disfigurar a Bolívar, a cortarle las alas al condor y la cabeza al gigante. Ni aún así consigue su propósito: que el general San Martín alcance la estatura vertiginosa del Libertador".

Aquí tenemos a Bolívar convertido ante la mágia de esta *vertiginosa* aventura crítica en el primer hombre de Estado que haya producido la América, desde que, no habiendo en toda ella ninguna otra "cabeza de los milagros", ninguna otra "lengua de las maravillas", ningún otro "hombre absolutamente indispensable", ningún otro con el "conocimieto psicológico de los hombres", ningún otro de "estatura vertiginosa",—que la cabeza, la lengua, el genio y la altura de Bolívar, es el fenómeno más completo y envidiable de las grandezas y las virtudes humanas, que hayan visto los siglos levantarse sobre toda la extensión de un continente que forma la cuarta parte de la tierra. La obra de esta inmensa virtud, de este estadista genial debe hallarse forzosamente a su altura. El monumento de su esfuerzo debe ser digno del coloso. La obra del estadista, es la más humana, la que más se imprime en el cuerpo social, la más visible y duradera de las obras. Ella queda plasmada en los pueblos y se la descubre en sus instituciones, en su

educación intelectual y moral, en sus progresos materiales, en sus idiosincracias, en sus virtudes, en sus tendencias, en su cultura general, en una palabra.

...En nombre de mis propios sentimientos americanos, y en obsequio al de mis compatriotas, yo quiero retirar la vista del lugar velado donde se descubre la verdadera obra de Bolívar. No haré por consiguiente, la historia psicológica de Venezuela, siguiendo las etapas de sus sacudimientos sociales desde la muerte de su fundador hasta el presente, por más que la imprudencia y la estupenda exageración de sus fakires, me arrastran a ello. Para poner la verdad en su lugar y establecer la profunda diferencia que existe entre San Martín, su escuela y su obra,—y la persona de Bolívar, su obra, y su escuela—me basta señalar superficialmente lo que hoy mismo está a la vista del mundo; lo que yo no podré ocultar por más que lo quisiera: ese cuadro lamentable de la *sedición* profetizada y maldecida por Miranda... Castro, Gómez y el "Mocho", tres presuntos presidentes, tres *generales* que vienen rotando sucesivamente en el gobierno, "disputándose a balazos el asiento de la Casa Amarilla", como dice el "New York Herald" recien llegado, mientras la guerra pertur-

ba y asola el país entero; la población indígena casi estacionaria durante noventa años; la instrucción primaria de pueblo tan digno de mejor suerte, ocupando el último escalón en América; el militarismo, como cáncer congénito del cuerpo social, reinando de hecho, y fallando en última instancia los destinos nacionales, con sus *doscientos y pico* de generales en 1883 (1); y por último, sus escritores y pseudo publicistas, lanzados en el extranjero a provocar la anarquía y la malquerencia entre los Estados hermanos del continente; calumniando a sus grandes hombres; difamando sus glorias y azuzando extinguidos celos regionales, para entorpecer la marcha del pueblo que tiene en el Continente sudamericano la felicidad de ir a la cabeza de su progreso y su cultura. Con qué profunda pena, contemplo a estos malos americanos, justificar todavía en el presente la amarga exclamación de Sarmiento!: "En Venezuela no hubo jamás fronteras ni indios que perseguir, sino en las Universidades, en el foro, en la tribuna, en la prensa"! Uno de estos, para que nadie desmienta al genial invocador, acaba de llamarle "personaje de aldea". Sarmiento, queda

(1) (Sarmiento Conflictos y Armonías de las Razas en América.) Tomo 1; foja 12.

consagrado por los indios universitarios del bolivianismo que viajan por Europa, un campanero de villorrio...

*
* *

Toda la América conoce aquellas sublimes invocaciones del general San Martín con que entregaba al Congreso de Lima, su bandera y sus destinos..... Nada hay allí que no pudiera ser refrendado con orgullo por el más grande de los repúblicos. Entre los momentos históricos del Capitán argentino es ese, acaso, el más bello y culminante. A sus críticos y calumniadores, les corresponde el examen de aquella página memorable.

Bolívar tuvo la suya, en el Alto Perú: la creación de la República, cuya pila fué su propia persona y cuyo nombre fué el suyo. Estamos en el momento álgido de la sabiduría del estadista. Bautiza de república a su obra y le prende al cuello su hermoso joyel: su constitución. Oigamos pues al estadista: Al "Padre de las Repúblicas Americanas".

Dice Bolívar en su discurso al Congreso Constituyente de Bolivia, ofreciéndoles su Constitución de Presidencia Vitalicia: "El Presidente de Bolivia participa de las facultades del ejecutivo ameri-

cano, pero con restricciones favorables al pueblo. *Su duración es la de los Presidentes de Haytí. Yo he tomado para Bolivia el ejecutivo de la República má democrática del mundo".* La historia no nos cuenta si Bolívar se encontraba de buen humor cuando escribía este discurso, o si es en realidad aquel presente haytiano ofrecido a la núbil Bolivia la joya más preciada de su genio de estadista. "El presidente de la República viene a ser en nuestra Constitución, seguía diciendo, como el sol que firme en su centro, lá vida al universo". Y luego de pintar al negro Petion con rasgos superiores a Váshington, agrega: "La isla de Haytí se hallaba en insurrección permanente: después... se vió forzada a ocurrir al ilustre Petion para que la salvase. Nombado *Petión presidente vitalicio con facltades para elegir el sucesor,* ni la muerte de este grande hombre, ni la sucesión del nuevo presidente han causado el menor peligro en el estado".

Hay que creer que Bolívar no se burla de augusto Congreso boliviano; al menos ningún antecedente nos ha quedado de aquella escena que nos permita creer en una mala jugada del travieso caraqueño a personas tan circunspectas y graves como monolitos, cual los padres

conscriptos de Bolivia; ni siquiera una mala fotografía de la cara que tuvieran en aquel momento al escuchar la cálida invocación *Petionana,* y por consiguiente debemos creer que era sincera la adopción de la sabiduría de Haytí que el Libertador recogía para ofrecerla a la mayor gloria y felicidad de la República Boliviana.

¿Lo duda el lector educado en la escuela de seriedad y clásico buen criterio de San Martín? Pues no debe dudarlo. Bolívar obra en serio, y cuando así habla, está realmente enamorado de su hallazgo jurídico. No sólo lo impondrá al Perú si no que lo querrá también para Colombia. Enfrenando las impaciencias de Páez que advierte cómo Santander desbarata en su favor la obra de Bolívar, este le escribió el 25 de Mayo de 1826: "Yo enviaré a Vd. una constitución que he formado para la República de Bolivia; en ella se encuentran reunidas todas las garantías de permanencia y libertad, de igualdad y de orden. Si Vd. y sus amigos quieren aprobar este proyecto, sería muy conveniente que se escribiese sobre él y se recomendase a la opinión del Pueblo (con el discurso panegírico de Petión y de Haytí). *Este es el servicio que podemos hacer a la patria*".

¡Como hincharía el pecho el lustroso maestro haitiano! "Petión y Simón somos los dos grandes super-americanos", pudo exclamar el Libertador de Haytí, sin que pudiera contradecirle lógicamente el Libertador de Colombia! Luego escribe: "El eco de vuestras discordias ha llegado á mis oídos: vengo á vosotros con la rama de oliva en la mano". Era la voz del Olimpo. Lo que le contestan desde la tierra conviene oirlo por boca de sus admiradores: "Los liberales de Bogotá, con Santander a la cabeza, se burlaron en grande de la rama de oliva. A fín de simbolizar de antemano los esfuerzos del reformador, desatáronse en la prensa contra el déspota que ardía en el deseo de ceñirse la corona imponiendo al pueblo *la carta de esclavitud de que había dotado a Bolivia*". (R. P. A. Berthe *García Moreno*).

"Los colombianos, decían, tienen horror a la servidumbre; no hay hombre necesario; un diputado añadió: *que teniendo el honor de pertenecer a la especie humana,* votaría contra Bolívar, en atención que aquel código boliviano, sólo era bueno para *bestias de carga.* (Idem, fojas 49).

Ahí tienen los glorificadores del superhombre Bolívar, su obra y el juicio que

ella mereció a sus contemporáneos. En cuanto al juicio que a nosotros nos merece en la actualidad, callaremos, porque no es nuestro ánimo aparecer crueles.

Pero como el bolivianismo sostiene que los historiadores argentinos calumnian a Bolívar, negándole condiciones de estadista, es decir, de hombre reposado, de organizador, de voluntad constante y firme, de juicio recto y visión clara; me es forzoso demostrar lo contrario, y para ello debo poner bajo la vista, el juicio de sus admiradores insospecrables.

Dice su noble apologista ya citado, José María Samper: "Era Bolívar esencialmente nervioso y bastante bilioso". Todos sus contemporáneos que de él han escrito, declaran lo propio como puede verse en el diario de Bucaramanga: "Inquieto en todos sus movimientos, indicativos de su carácter, sobrado impresionable, impaciente e impetuoso. Tenía lenguaje rápido e incisivo, así en su conversación, en la que no pocas ocasiones fué indiscreto, siempre animada, breve y cortante; y no pocas veces en *circunstancias delicadas* contestó a cumplimientos, a súplicas, con agudezas rudas y aún terribles epígramas: no la agudeza del ingenio, sino de la voluntad que se impacienta, y quiere hacerse *sentir y obedecer*". Este

es Bolívar, pintado por un virtuoso y digno colombiano. Y son los adoradores de tal carácter, los que llaman cruel y duro a San Martín, pretendiendo hacer contraste con la *cultura* de Bolívar. Sigue Samper: "En sus proclamas, se aunaron siempre: la confianza del gran soldado en la victoria; un sentimiento íntimo de su *propia gloria;* una especie de visión profética de lo porvenir, y una concepción muy vasta, *pero vaga y teórica, que rayaba en el ensueño político de los objetos de la revolución y de los destinos de América.* Fué por sus ensueños clasificado de loco. Tiene la pasión vehemente, la imaginación fosforente; no tenía las fuertes convicciones del *republicano liberal* (lo subrayado es de Samper), pero tenía la incontrastable voluntad de un gran caudillo inspirado; *no comprendía muy claramente la democracia,* (vaya viendo el bolivianismo, en que queda el *constructor y estadista* de *vertiginoso* vuelo y *firme* convicción) pero comprendía la gloria de la emancipación. Bolívar era antes que todo y sobre todo *un gran poeta.....; la imaginación se sobreponía al cálculo, en su mente".*

¿Ha escrito el noble general Mitre, en su monumental historia de San Martín y de la Emancipación Sud-americana, una

sóla página que avance una línea de este juicio? Muy al contrario. El Bolívar del general Mitre es superior al Bolívar de los escritores colombianos, *"que no comprendía claramente la democracia* y que es solamente *ante todo y sobre todo, un poeta"!*

Todo lo inverso del genio práctico, concreto, claro, y de resoluciones firmes del general San Martín, que jamás teorizó ni gastó su influencias en divagaciones, ni impuso sus creencas políticas, cuando vió levantarse a su paso la voluntad notoriamente manifiesta de los pueblos. Estas calidades, que son la característica de los grandes virtuosos, significan para el boliviansmo las del *inepto sin cultura.* Para Mr. J. White, embajador de los Estados Unidos de Norte América en Francia, San Martín es, por aquellas calidades, según lo ha escrito en páginas recientes: "Un hombre cuya obra política y social aún no ha sido *apreciada como debiera haberlo sido".*

Cuando Bolívar quiso aplicar a la política práctica sus teorías de gobierno, la torre se convirtió en un armazón de cristales derrumbado con estrépido. "Notable diferencia hay,—sigue diciendo su biógrafo Samper, entre la facultad de concepción política que abarca los hechos en

su conjunto, y la de organización de las sociedades conforme a un plan político combinado. La primera de estas facultades es propia de los genios levantados y los hombres políticos: la segunda es dote particular de los hombres de Estado.

Hecha esta distinción, me atrevo a decir que si Bolívar fué un hombre político eminente, *no fué en la rigurosa acepción de la palabra, un superior hombre de Estado*. Rara, muy rara vez, *fué Bolívar político práctico, ni verdadero hombre de Estado.* Se sintió fuerte, apesar de algunas faltas y debilidades, mientras tuvo la conciencia de que el brillo de su espada había de deslumbrar todas las miradas; y se desorientó y desalentó y perdió mucho de su perspicacia y energía, cuando finalizada la guerra de la Independencia, hubo de limitarse a ejercer la *autoridad civil,* en vez del mando militar; cuando hubo de trocar la tienda de campaña y la corneta de órdenes, por el gabinete y el bastón del magistrado, y de aplicar sus talentos y su esfuerzo únicamente a las austeras funciones del gobierno. Bolívar no se dió cuenta bien clara y completa de lo que traía consigo la lógica de la Revolución, ni acertó a ver la gran diferencia que había entre la guerra y la política, entre el arte de combatir para

emancipar, y el de gobernar para conducir al bien los hombres y los intereses. Bolívar, *caudillo, militar más que otra cosa,* (antes le ha dicho caudillo poeta), *poco estadista,* y *filósofo* casi únicamente en sus ratos de ocio, no comprendió en toda su realidad los hechos y las necesidades a que acabo de aludir. Bolívar, bien que libertador *estuvo muy lejos de ser liberal y completo demócrata".*

"Deploro profundamente—continúa escribiendo el señor Samper—el tener que mostrar a Bolívar *débil y pequeño* en algunas, bien que muy raras circunstancias. Lima, la ciudad cortesana por excelencia, entre todas las de la América española, *fué para el libertador una Capua.* El incienso de la adulación que le asfixiaba; el pernicioso prestigio de los deleites con que en aquella ciudad voluptuosa le rodearon y gastaron hombres y mujeres, el desagrado que le causaban los constantes llamamientos que le hacían de Colombia; la popularidad que a su expensa había alcanzado Santander, su disimulado rival en Nueva Granada: todo esto alteró el humor del grande héroe. Aquí tuvo los honores y el poder de un monarca, se vió rodeado de innumerables cortesanos y vivió entre nubes de incienso, casi desvanecido por la lisonja, abis-

mo moral más peligroso que todos los abismos de los Andes".

"En 1828, en los momentos en que se debaten en la Convención de Ocaña, las nuevas instituciones que habían de darse a Colombia, las autoridades mismas tomaron la iniciativa de un enorme delito político. Se conculca la constitución que subsistía vigente y en Bogotá se proclama la Dictadura Suprema de Bolívar. El incurre en la indisculpable debilidad de cambiar el título de Primer Magistrado nacional que derivaba de la Constitución y del sufragio popular, por el de Dictador, que le confieren las juntas pertubadoras del orden. En aquella ocasión, hay que reconocerlo, *Bolívar fué verdaderamente culpable,* debió resistir las sugestiones de sus amigos y mantenerse Presidente Constitucional de Colombia y fiel a su palabra. En breve, bajo los piés del libertador, vuelto Dictador, se ajitan las tramas de la conspiración por la libertad republicana, y los liberales tomando a letra los juramentos hechos por Bolívar *en los banquetes* de Lima, no se detienen ni ante la inmunidad moral de la vida del Libertador. Sorprendido por el estallido de la conspiración, su primer movimiento es el de resistir con su sóla presencia o inmolarse con suprema grandeza (esto

es falso). Pero una mujer valerosa y abnegada, le salva obligándole a huir. *Bolívar estuvo muerto moralmente* durante las cuatro horas que, febriciente y aterido de frío, hundido casi entre el fango, *pasó debajo del puente del Carmen,* mientras en las calles y los cuarteles de Bogotá el plomo *y la metralla decidían de la suerte de Colombia.* ¡No! El Bolívar de aquella noche, no fué el benemérito Bolívar que llenara un mundo con su gloria y su nombre! *¡Y menos lo fué aún el Bolívar vengador y terrible, que con catorce patíbulos alzados prontamente en las plazas de Bogotá y numerosas proscripciones, castigó el crímen dirigido contra su persona".*

"En suma—dice Samper—Bolívar *hizo poco directamente* por las libertades populares y los derechos individuales. Fueron los hombres civiles, los que, trabajaron directamente por la redención del indio; por la abolición formal de la esclavitud; por la instrucción de las masas populares; por el régimen municipal; por las prácticas del sistema parlamentario; por la reforma de la legislación civil y fiscal, en fin, por el desarrollo de las *instituciones republicanas".*

A esta pintura acabada de la personalidad política de Bolívar, el famoso es-

critor colombiano, le agrega un rasgo que le fué característico durante toda su vida: Su prevención celosa hacia los hombres ilustrados y peritos en las leyes. Estos eran para él, los "ideólogos". "El célebre sobrenombre, dice Samper, que ha tenido en Colombia el general Santander de "el hombre de las leyes", le fué dado por Bolívar en un momento de mal humor y por *apodo,* porque el Libertador consideraba a su inteligente émulo neogranadino como el jefe de los ideólogos, pocos simpáticos para nuestro héroe". Este rasgo es el mismo que hallamos en Francia, Artigas, Facundo, Rosas, Ibarra y la série de caudillos congéneres que han entenebrecido las horas amargas de los pueblos en América.

Este es Bolívar para el ilustre colombiano, José María Samper. ¿Por qué el bolivianismo olvida el juicio de los hombres de *tierra caliente,* que con tanta severidad interpretan y juzgan la capacidad política del Libertador, y se lanza furioso contra el criterio sereno, documentado y profundamente ecuánime del historiador argentino? ¿Por qué razón le desvela y arrebata de quicio el *pobre Mitre,* cuando escribe la historia del *miserable* San Martín? ¿O es qué los hijos espirituales de Bolívar, han perdido

aquel bien insuperable que nunca faltara en las alforjas del buen Sancho? ¡Oh cuánta falta anda haciendo a esta hora por el mundo de *Hispania,* un poco del pan espiritual que hacía la felicidad del inmortal escudero!

El Marqués de Rojas, que tan benigno, —más que benigno piadoso,—se muestra con el traidor del Guayra en su libro "El General Miranda", escribe: "Miranda representaba las ideas templadas *dentro de la República,* con todas las *prudencias y recelos del estadista;* Bolívar representaba las *ideas exaltadas,* con toda la exaltación que precisan los innovadores para desarrollar *sus planes* y triunfar de *obstáculos en breve tiempo;* el uno es la encarnación de la libertad *concertada con el orden;* el otro la encarnación de la libertad estimulada por la *utopia,* que trabajaba por la teoría con toda la *efervescencia* de una *fantasía americana".* Y bien: de un "utopista con la cabeza efervescente de fantasía tropical" ¿qué otra cosa puede decirse que lleva en la imaginación, sino viento? Nadie que tenga criterio común se atreverá a decir que el historiador argentino trata a Bolívar con más dureza que este escritor empeñado en disculparle la tracición cometida con el general Miranda ¡Pobre del alma grande

del más grande de los venezolanos! Miranda puesto en contacto con aquella "cabeza tropical" vería pronto, dice el Marqués, que: "Los actos más trascendentales eran *combatidos* por los mismos hombres a quienes habían de salvar..... La víroba de la envidia arrastrándose cobarde y cautelosamente, habíase enroscado al cuerpo del General Miranda y mordía con furia sobre el corazón del hombre que regresó a su patria para salvarla de la opresión, dándole a cambio de *ingratitudes* los riesgos de su vida en todos los lances de la guerra, el prestigio de su nombre y las primicias de su honor" (El General Miranda—por el Marqués de Rojas—Introducción). Lo amargo de esta página para la vida de Bolívar, está en que todos los acontecimientos en que cayó envuelta la ilustre víctima, era culpa original del mismo Bolívar, del victimario cruel. No debo permitir que mi palabra aparezca sospechable a la vista de los noveladores de Bolívar, y por consiguiente la cedo al bondadoso y frío Marqués:

"Holgaba mucho Miranda con la conservación de la plaza de Puerto Cabello y a este propósito encomendó su defensa al coronel Bolívar, ordenándole que hiciera trasladar del Castillo de San Feli-

pe a otra prisión de la ciudad los reos políticos que estaban arrestados allí, por ser imprudente y realmente peligroso la permanencia de tan jurados enemigos de la libertad en una fortaleza de tanta importancia.

"Después de haber asegurado la posesión de Puerto Cabello resolvió Miranda retroceder a la ciudad de la Victoria para establecer en ella su cuartel general. El jefe español avanzó con sus tropas hasta San Mateo, con satisfacción de Miranda que tenía el propósito de destruírlo sin combatir; empresa hacedera porque internado el jefe español le faltarían los auxilios de Coro. Pensaba Miranda que la rendición de aquel cuerpo de tropas recuperaría la adhesión del país a la causa de la independencia, y le halagaba la idea de obtenerlo sin los peligros que son anexos a toda guerra civil. Ordenó en consecuencia, que sus tropas hostigaran incesantemente al enemigo para obligarle a consumir sus pertrechos, y hubo tal acierto en el procedimiento, que Monteverde, confuso, avergonzado y temiendo un ataque de las fuerzas de Miranda, se preparaba a retirarse a Valencia cuando un incidente tan grave como inesperado cambió la faz de los sucesos y dió a Monteverde un triunfo efímero e inmerecido,

pero efectivo y desastrozo para el nombre venezolano.

"La guardia del Castillo de Puerto Cabello se sublevó el 30 de Junio proclamando a Fernando VII. Este hecho se consumó por un alevoso oficial de acuerdo con los reos de estado que se hallaban detenidos en la fortaleza, a pesar de las órdenes de Miranda, y en tal abandono que se les permitía tener completamente abierta las puertas de sus prisiones. La fortaleza cayó en poder de los realistas a pesar de los heróicos y tenaces esfuerzos que hizo para rescatarla el coronel Bolívar.

"Esta infausta nueva llegó al cuartel general en la tarde del 5 de Julio y en el momento mismo que Miranda acababa de ofrecer un banquete a la oficialidad en celebración del primer aniversario de la independencia de Venezuela. La sorpresa y la desolación fueron inmensas. Miranda, acongojado por la gravedad del suceso, apenas pudo exclamar: "Venezuela está herida en el corazón". Y era tan cierto, que no tardaron en resonar en el campo enemigo las salvas que anunciaban el acontecimiento. Monteverde no era ya el militar indefenso y dispuesto a rendirse o a emprender la fuga, sino el jefe realista que era dueño de la primera for-

taleza del país con cuantos recursos necetaba.

"Miranda contestó el parte de Bolívar en una afectuosa carta en la cual escribió la siguiente frase que expresa un sentido de amarga queja: "Esto hace conocer a los hombres"... Y Bolívar expresó esta súplica al enviarle el parte oficial de lo ocurrido: "De gracia no me obligue usted a verle la cara".

"Estos conceptos vertidos por hombres de tan notoria importancia revelan claramente que Bolívar no atendió por inexperiencia las prescripciones de Miranda y reconociendo que esta inobservancia motivó el infausto suceso deseaba librarse de los sonrojos de una reconvención.

"Ello es lo cierto, sin embargo, que Bolívar cumplió gallardamente, después del funesto hecho, con sus deberes de patriota, y que Miranda expuso la queja sin sabor de ultraje. *Pero no es menos cierto que desde aquel momento,* por las intrigas de la camarilla de Caracas, *se enturbiaron las relaciones de ambos personajes a tal punto que Miranda se negó más tarde a recibir la visita de Bolívar,* granjeándose su enemistad que fué explotada por los enemigos de aquel para la consumación de un grave suceso, que olvidáramos de buen grado porque *sirvió de agra-*

*vio al nombre venezolano y de origen al infortunio de Miranda".*

"El general Miranda llegó, por última vez, a la Guayra a las siete de la noche del treinta de Julio con el propósito de embarcarse al siguiente día. En el curso de esa misma noche se urdió el complot entre los más exaltados de los republicanos, y a las tres de la madrugada fué sorprendido en su lecho el general Miranda y se le condujo al castillo después de habérsele intimado la prisión pretextando que la marcha de aquél sin haber ratificado la capitulación expondría al país a todas las cóleras y arbitrariedades de Monteverde. Este complot ha sido considerado por los historiadores nacionales que han escrito de él copiando juicios anteriores, como obra del estado pasional, y, por tanto, digna de atenuación.

"*No suscribimos esta opinión.* Aunque los móviles fuesen patrióticos, *el hecho fué verdaderamente criminal;* un acto de rebelión, castigado con pena de muerte por todas las ordenanzas militares, *que sirvió de pernicioso ejemplo en el curso de la guerra de la independencia y posteriormente durante la existencia de la República.*

"Tal vez hubo allí *quien estuviera mal aconsejado por la pasión.* Aquel atenta-

do será en todo tiempo un borrón en la historia militar de Venezuela.

"El Dr. Gual, cuyo testimonio es valiosísimo, como todo lo que procede de aquel carácter que fué de los íntegros y respetables, dice lo siguiente en un interesantísimo escrito que dedicó, en 1843, al hijo del general Miranda. "Se decidió el general Miranda a tomar todas las providencias al cumplimiento leal y honrado de la capitulación. Fué y volvió a Caracas con el mismo designio, y se ocupaba en él, cuando estando yo a bordo del buque en que debía verificar mi viaje, llegó a mi noticia que varios oficiales, en la exaltación del momento, habían osado arrestar a su general. Este arresto, sin embargo, habría durado poco tiempo, porque una sola explicación habría bastado para disipar los pretextos erróneos con que se había hecho; pero ni aún hubo tiempo para hacerlo. *Por una traición la más infame aquella plaza estaba ya vendida al enemigo.*. El ilustre arrestado y sus arrestadores se encontraron súbitamente prisioneros de guerra o séalo de Estado, según el lenguaje de aquel tiempo. *Terrible lección para los perturbadores del orden público, víctimas siempre de las pasiones que ellos mismos han excitado*".

"El infortunado cautivo no tardó en ser víctima de horribles penalidades carcelarias, impuestas con verdadero lujo de ensañamiento por el comandante Cerberiz; y como si no rebasaran la medida del odio hácia Miranda, empezó la dolorosa ruta, de cárcel en cárcel y de pueblo en pueblo, erizada de peligros contra la vida y de rebajamiento de la dignidad. Del castillo que le dieron por prisión sus compatriotas, pasó arrastrando el grillete, por orden del jefe realista, a un inmundo calabozo.

"Destino aciago el de este hombre extraordinario. El que si no había saboreado los refinamientos de la opulencia, vivió siempre holgadamente, tenía ahora, por todo alimento, el agua y los mendrugos de la mendicidad. Como a Napoleón, en su destierro, roíale el cerebro la sospecha de morir envenenado por los enemigos. Como un criminal de oficio, habitaba en compañía de soeces presidarios. Así iba muriendo a pedazos el organismo físico y moral de Miranda: abandonado de Dios y envilecido por los hombres.

"De las prisiones de la Guayra fué trasladado a las prisiones de Puerto Cabello, y desde el oscuro fondo de estas dirigió a la Audiencia de Caracas una

luminosa página que parece escrita con sangre y arrancada del corazón. *No vertió en ella ni una sola queja de los hombres que le arrestaron el* 30 *de Julio!*"

¡Qué lección de grandeza moral para su primer traidor en aquella aciaga noche de perfidia! Que forma tan digna de castigar la maldad de los pigmeos morales!

En conocimiento de aquellos antecedentes narrados por los escritores que mantienen el culto al general Bolívar, nadie acusará de parcialidad la página en que cuenta Mitre las circunstancias y el modo de la traición. Compáresela con la de Miller y la del último novelador del caudillo, el francés J. Mancini, y se verá la serena imparcialidad del grande historiador argentino. Dícenos:

"Mientras Miranda descansaba en el lecho preparado por la traición de sus amigos, reuniéronse Casas, Peña y Bolívar con los coroneles José Mires, Manuel Cortés y Juan Paz del Castillo,—el mismo que sirviera después en el ejército de los Andes,—y los comandantes Tomás Montilla, Rafael Chatillón (francés), Miguel Carabaño, Rafael Castillo, José Londaeta y Juan José Valdés. Constituídos por sí y ante sí en una especie de tribunal secreto, tomaron en consideración la conducta política y militar del desgraciado

ex dictador. Fué unánimemente condenado como autor de las desgracias sucedidas. Haciéndose eco de los calumniosos rumores que corrían, propalados tal vez por ellos mismos, que le atribuían haber recibido dinero de los españoles como precio de la capitulación, y hecho embarcar con anticipación tesoros usurpados, acordaron que debía detenérsele para dar cuenta de su conducta a sus compañeros y sincerarse ante ellos. Dijeron: que si pensaba que la capitulación había de ser cumplida, no debía anticipar su salida, y si no creía en ella, debía correr la suerte de todos, y que en ambos casos su persona era una garantía del cumplimiento de lo capitulado.

Bolívar, votó por la muerte de Miranda como traidor a la independencia, por haber tratado con los españoles. Quedó resuelto en difinitiva reducir a prisión a Miranda. Peña y Casas firmaron la orden como autoridades del punto. Bolívar en compañía de Montilla y Chatillón, encargóse de ejecutarla personalmente.

No se atrevían a prenderlo á la luz del día, porque el ex-dictador aún contaba con amigos fieles, y sus antecedentes históricos y su desgracia, escudaban su persona, sagrada para todo americano. Por eso lo hacían cubiertos por las sombras

de la noche. A las 4 de la mañana Bolívar empujó la puerta del aposento en que dormía profundamente el anciano general, bajo la fé de la amistad. Apoderóse de su espada y sus pistolas, y lo despertó bruscamente "No es muy temprano?" preguntó la víctima. Pero al recibir la órden de levantarse y seguirlos, comprendió que había sido traicionado por los suyos. No dijo una palabra y siguió resignado á sus carceleros, quienes lo condujeron al castillo de San Carlos. Mires se encargó de su custodia. Peña fué á dar cuenta del hecho á Monteverde portador de comunicaciones de Casas, para congraciarse con el vencedor".

Si el general Mitre hubiese querido explotar las páginas sombrías de Bolívar ¿qué mejor oportunidad que ésta para dejar caer una gota siquiera de la filosofía que hace, por ejemplo, el marqués de Rojas?

***

Establecida la condición de caudillo, que es el traje vistoso con que ha pasado Bolívar a la historia, y consolidada definitivamente la independencia de los estados ecuatorianos; pasado el ruído de las batallas y presente en los pueblos su an-

helo de organización y de paz, el "Libertador" queda descartado en la hora presente para el interés del sociólogo y del moralista .

La hora del guerrero ha pasado con sus triunfos estrepitosos y sus derrotas lamentables. Convertido en gobernante y estadista por la persistencia irreductible de su sed de gloria, lo que hoy demandamos de él es lo que debemos demandar del hombre honrado y sabio: *sus Principios.* Estos, los principios morales de los hombres que han gravitado con su voluntad largo tiempo sobre los pueblos, son el alma vivificante de la historia, y cuando un pueblo como el de Venezuela, se encarna en un Hombre-ídolo, son los principios íntimos de ese hombre los que nos interesa conocer para descubrir su moral y el génio social del pueblo que los adopta.

Y bien ¿qué enseñanza dió Bolívar, como educación política á los pueblos que unció al yugo de *sus* victorias?

Ya lo hemos visto sintéticamente, por el juicio de los mismos hombres que han empeñado sus talentos literarios en ajigantar su figura: Esa enseñanza ha sido la de la escuela *Cesárea;* la que trueca en victorias suyas, para su albedrío, para sus fines de renombre, de gloria, y sensualidad personal, las victorias que según

sus proclamas conquistaba para la felicidad y la libertad de los pueblos colombianos.

Pero a nuestros sentimientos americanistas interesa fuertemente apartar la vista de todo cuadro en que la observación del extraño pueda rozar las justísimas susceptibilidades de un honroso sentimiento nacional. Y como es la figura de Bolívar la que ha sido imprudentemente traída al debate con la intención aviesa y temeraria de ensombrecer la figura del Patriarca argentino, concretaré esta mirada a los principios morales de su persona en cuanto interesaron ellos al juicio de sus contemporáneos y de la historia.

Ha escrito sin querer el calumniador de San Martín en *Hispania* una frase que es la única profundamente verídica que contiene su trabajo: "Nunca fueron juntados por el destino a colaborar en la misma obra, *dos seres más desemejantes* que Bolívar y San Martín".

Es el único punto en que la verdad histórica está de acuerdo con el crítico, entre todo cuanto ha escrito para dañar la figura de San Martín. Física y moralmente, eran dos constituciones humanas profundamente diversas.

Como seres morales, San Martín era

la personificación del respeto a la virtud, como todo hombre que la lleva y la siente en lo íntimo de su naturaleza. Bolívar al contrario, es la negación de ese respeto.

Voy a estudiarlo pues, rápidamente como hombre moral, a travez de sus íntimos y de sus admiradores.

La moral intrínseca del Libertador, la ha descrito con brillo el Coronel La Croix en el capítulo titulado *Retrato moral del Libertador,* que, no obstante su notoria parcialidad es una de las mejores páginas del diario de Bucaramanga.

"El Libertador, es enérgico"—escribe —"Sus resoluciones férreas y sabe sostenerlas". Es el varón fuerte de que habla el general Mitre. "Es superior a las desgracias, al infortunio y a los reveses".

Pero desgraciadamente, frente a esta férrea voluntad se levanta una moral sombría: "Su filosofía lo consuela—dice el escritor del diario — y su espíritu le suministra medios para repararlos (a los infortunios). Cualquiera que estos sean (los medios) sabe aprovecharse y valerse de ellos; *su política no perdona a ninguno,* pero como conoce a fondo el corazón humano, sabe dar o negar su estimación a los *instrumentos* de que se ha valido". Luego describe sus máximas. Refiere que decía Bolívar: "Los pueblos

quieren más a los que más males les hacen, todo consiste en el modo de hacerlo". Esta diabólica afirmación tenía hondo arraigo en su espíritu, pues continúa su discurso, diciendo: "El jesuitismo, la hipocresía, la mala fe, el *arte del engaño y de la mentira,* que se llaman vicios en la sociedad son cualidades en política, y el mejor diplomático, el mejor hombre de Estado es aquél que mejor sabe ocultarlos y hacer uso de ellos, y la civilización, lejos de estirpar estos males, no hace sino afirmarlos más y más. La filosofía nos hace ver todas aquellas verdades, nos hace gemir sobre tal depravación, pero también nos consuela..." Las cadenas de Miranda; el cadalso de aquel general Piar..... su amigo, y los fusilamientos de Bogotá; la hipocresía de Guayaquíl; la lápida que asienta sobre el proceso del asesinato de Monteagudo, son el lacre boliviano que timbra esta moral. Con razón si viejos y nobles patriótas venezolanos, académicos y diplomáticos distinguidos, opinaron hace cuarenta años que debian quemarse los originales de este Diario en previsión de que alguna vez se divulgase por el mundo, como tenía que suceder.

Su falta de escrúpulo para revelar esa política que ha sido en todos los tiempos el cáncer de la salud social, parece hasta

infantil: "En Angostura, dice, llamé Junta Nacional a algunos *individuos militares y empleados* que tomaban el nombre de Consejo de Estado cuando se reunían para tratar algunos negocios que *yo había resuelto ya,* pero que tomaban más fuerzas al parecer que habían sido discutido en consejos de Estado (Diario de Bucaramanga, foj. 143). ¡Es, pues, profunda la sentencia histórica de Mackenna, en su paralelo con San Martín:

"*Bolívar no se levantó jamás de su esfera de caudillo.*"

*Bolívar,* por Javier Prado y Ugarteche hace esta bella sistesis del caudillo:

"Combatido por todas las virtudes y pasiones, jamás hubiera sido un hombre práctico, era un *utopista,* un verdadero criollo (del trópico): débil de cuerpo, voluntarioso, ambicioso, inteligente, astuto, visionario, despótico y generoso, dado al fausto, al amor y á los placeres".

En una palabra: se hallaban en su persona, todas las facetas constitutivas de la ausencia de virtud. Por cualquiera de estas ventanas obscuras que se mira al interior de quien las posee, se descubre el tipo de aquella clase de hombres que pueden llegar á ser un Wampole pero jamás un San Martín, un Wáshington, un Lincoln.

Para el tropical de hermosa pluma Diego Vicente Tejera, Bolívar es: "Un general aparatoso, que se componía trajes historiados, pronunciaba arengas declamatorias y preparaba golpes teatrales, seducido por el ejemplo de aquel gran romántico que se llamó Napoleón".

Don Ricardo Palma, tan respetable por su honestidad, ha podido decir, lastimado de las insidias contra el Libertador Argentino: "San Martín antagónico en esto, á su Ministro Monteagudo, *y al Libertador Bolívar,* no dió en Lima motivo de escándalo por aventuras mujeriles." Bolívar es para Palma, "el sensual y voluble" Manuela de Saenz la concubina que más influyó en su destino, vivía publicamente con este en la época más álgida de su preponderancia en Lima, habiendo llegado su impudicia hasta el grado de tenerla consigo en el Palacio Virreynal.

"La dama quiteña habitaba en el palacio de Gobierno con su amante".— Dice Palma (Biblioteca Internacional tomo 25, folio 1249).

Y, sin embargo, este hombre tan dado a los placeres de Cupido: "Jamás o rarísimas veces—escribe el ya citado José María Samper — fué galante con las damas, ni se sintió atraído por la dulzura de la vida de la familia, ni mostró aquellas ter-

nuras de lenguaje y de maneras que patentizan una delicada sensibilidad. Con los hombres era de ordinario brusco, a las veces hasta la descortesía; sus dichos y agudezas eran por lo común punzantes e hirientes". (El Libertador Simón Bolívar por José María Samper, fojas 49 y 50).

En Lima, que como se ha dicho muy bien fué la Capua de Bolívar, es donde desarrolló estas flaquezas y donde descubrieron hombres y mujeres, amigos y adversarios, las pequeñeces lamentables del brillante y heróico caudillo. Los mismos españoles hacían guasa de la diferencia de los hombres del Plata, que habían dejado el gobierno de Lima, y los nuevos ocupantes de esta La vida de Bolívar había hecho escuela en la Capital del Rimac, porque por oficiales de su ejército y sus conmilitones participaban de las calidades y del ambiente de su jefe. Riendo "de estas repetidas funciones teatrales de Bolívar" que a cada rato representaba ostentosamente, escribía el diario del Virrey la Serna: "Las limeñas, cuya extraordinaria viveza de todo saca partido, se habrán divertido muchísimo, caracterizando los representantes á la *colombiana*". La escuela severa del general San Martín, ya no estaba en Lima! La escuela a la *colom-*

*biana* se levantaba en cambio con explicable satisfacción del enemigo, quien reía junto con las lindas y picantes limeñas... En el número del 26 de Octubre de 1823, de la *Gaceta,* estampan juicios que cito aquí porque los ha recogido la historia, y que jamás se atrevieron a aplicar a San Martín. Llaman en ella a Bolívar *"montonero de Colombia, vicioso e inmoral"*. Y *"El Limeño",* indgnado de que se hiciese creer que las damas de Lima habían tenido en un baile *demostraciones cordiales de afecto* hacia Bolívar, exclama:— "Las limeñas en todo tiempo se han distinguido en sus clases: las señoras como señoras, y las cholas como tales," haciendo comprender que eran las cholas quienes usaban de larguezas inmorales con aquél, pero no las damas de la orgullosa Lima... "Y en las regiones donde no nos conocen — continúa — habrá quien se persuada que la famosa Lima *es hoy solo la mansión de las pros.....*" Esta era la escuela de moral que iba sembrando en el terreno que con tanto sacrificio había enaltecido la dignidad severa de San Martín (Documentos del archivo de San Martín, tomo IX).

Y otro notable peruano, en una carta interceptada y publicada por el Virrey Lacerna, decía desde Lima el 21 de Octubre

de 1823 — "¡Pero amigo que chasco nos llevamos! Estos bravos tan generalmente aplaudidos no pasan de ser una montonera, *y sus oficiales y jefes...mejor es no hablar una palabra sobre este asunto*. La opinión general está enteramente contra los colombianos, los más acérrimos patriotas se han resfriado con la conducta que observan *estos africanos más inmorales que los mismos bozales y así nuestra suerte se hace cada día más digna de lástima.* Vd. sabe que desde que Arenales entró en ese valle abandoné todos mis intereses y mi casa, por seguir la causa de la revolución; *pero quién nos había de decir entonces que habíamos de estar hoy en peor estado*".

Las quejas bien sujestivas de este patriota venían abonadas con hechos que yo no deseo, hoy, por hoy, transcribir porque esto es suficiente para la comprobación de las presentes líneas.

La decepción cundía no sólo en la Capital del Perú, sino en todo el territorio; "la *época de San Martín*" echábase en menos. El cura de Chancay, hijo del Perú, escribía en hoja impresa un "*Retrato moral de Filipo colombiano*" en que decía a los habitantes del Perú: "Al lado de las empresas militares del Libertador debió colocarse la descripción de las singu-

lares máximas de su política peculiar con sus amigos.. Lo hemos visto en verdad, en deliciosos *jardines de Venus* en los *frugales* banquetes de *Baco*.

"Lo hemos conocido *gran militar* dirigiendo batallas con la pluma y el buril, fuera de la campaña (Junín, Pichincha, Ayacucho, etc.) pero nunca con la espada en el campo de Marte; él ha mirado la Causa del Perú, como una escala de su fortuna, remitiéndolo todo al acaso, bello plan de libertad! Los panegiristas sólo le descubren el lado brillante y desfiguran sus vicios y depravaciones. En opinión de tales panegiristas, cuesta muy poco en estos tiempos el aparato de la virtud." He ahí lo que un pastor peruano escribía de Bolívar en 1824. El juicio del patriota parece escrito de exprofeso para ponerlo al márgen de las columnas de Hispania.

***

"En Lima — decía Guido—el ambiente moral del ejército de San Martín y el de Bolívar eran dos cosas muy distintamente respirables....,"

Cuando aquel bello espíritu que se llamó Don Domingo de Oro, conoció de visu el ejército de Bolivar, se impresionó *de*

*tal manera,* que nunca olvidó, al recodar a Bolívar, de las diferencias sustanciales de ambiente militar y de cultura que exstía entre los ejércitos argentinos y el acaudillado por el ínclito caraqueño. Uno de sus mismos generales certificaba la verdad y el fundamento de aquellas impresiones. Decíale en Chile el General Mosquera a Sarmiento, conversando en casa de Tejedor y Juan Carlos Gómez de la epopeya americana: "Cuando vimos el ejército de San Martín conocimos por primera vez lo que era jerarquía militar. Entre nosotros no había sino general en jefe y soldados".

¿No es ésta la definición de todos los ejércitos de caudillos que han infestado a América? Desde Bolívar a Artigas; de éste a Quiroga, y de Ibarra a Luengo sus ejércitos fueron *ellos,* sin más voluntad ni jerarquía que la del caudillo, y por eso nacían y desaparecían con ellos.

Sarmiento, dice hablando de la desafección recíproca de los ejércitos argentino y colombiano: "San Martín había introducido en su ejército las prácticas, régimen y jerarquía de los ejércitos de Europa autorizando como Washington el duelo a fin de desenvolver el sentimento de la importancia personal entre sus oficiales El ejército de Bolívar estaba montado so-

bre otro pié: Bolívar era más que general en jefe, el soberano absoluto, a cuya persona y voluntad se referían todas las cosas. Jefes de alto rango le presentaban servicios personales incompatible en otros ejércitos con su rango militar. Su lenguaje para con ellos se resentía de esta posición y San Martín en su entrevista de Guayaquil, oyó al Libertador mandar echar en horamala a un general que pedía órdenes para el servicio." (Sarmiento, Obras: Tomo 21, fs 29 y 30).

Nada más edificante al respecto que el testimonio de los ayudantes íntimos de Bolívar y el de los patriotas Chilenos á quienes el crítico llama "los mejores juede Bolívar."

Cedamos la palabra al inteligente Lacroix ayudante de Bolívar en Bucaramauga, que escribió el diaro de este nombre; al General Don Luis de la Cruz y a un soldado imparcial —el historiador ecuatoriano Coronel Rey Escalada. Ellos nos dirán insospechablemente por boca del mismo Bolívar y por observación personal, cual era la constitución de uno y otro ejército:

Reunido Bolívar en su alojamiento con el párroco de Bucaramanga, el Coronel Perú de la Croix y otras personas, la noche del 9 de Mayo de 1828,—llena el alma

de abatimiento por los sucesos de la Convención de Ocaña, púsose á recordar las características del ejército de su mando, diciendo: "En los primeros años de la independencia se buscaban hombres y el primer mérito era ser valiente; de todas las clases eran buenos con tal de que peleaban con brío. A danie se podía recompesar con dinero porque no había; solo se podía dar grados militares para estimular el entusiasmo y premiar las hazañas. Así es que *hombres de todas clases,* se hallan hoy entre *nuestros generales fejes y oficiales,* y la mayor parte de ellos no tiene otro mérito sino el valor brutal, que ha sido tan útil a la República: haber matado muchos españoles y haberse hecho temible. Negros, zambos, mulatos, blancos, hombres de *todas las clases que en el día, en medio de la paz, son un obstáculo para el orden y la tranquilidad;* pero fué un mal necesario".

En la carta,— muy conocida por los historiadores del Pacífico — que el general chileno Don Luis de La Cruz le escribió desde el Callao a O'Higgins, con fecha 22 de Agosto de 1822, le decía, entre otras cosas, refiriéndole las impresiones que de Bolívar y su ejército acababa de recibir en Guayaquil:

"Soyer me asegura que sus tropas y

oficialidad es de montonera; que andan por los tambos públicamente arrebatando y bebiendo; que no tienen uniforme, que el armamento se compone de carabinas, escopetas, fusiles desiguales y que el paisano le aseguró que las victorias las consiguió siempre por quitar al enemigo los recursos de víveres y caballos, etc., por que los pueblos y campos, hastiados de las crueldades de Morillo, ellos mismos hacían esta clase de guerra" (1)

Hable ahora el jefe ecuatoriano, acerca del ejército de los Andes: "Nuestros jefes y oficiales quedaron gratamente sorprendidos cuando tuvieron en su presencia a los soldados del sud que mandaba San Martín. Les llamaba la atención la elevada estatura de los granaderos a caballo, de tez bronceada, porte marcial y equipo a la europea, que los diferenciaba mucho de nuestros soldados.

*"Eran mandados por oficiales bizarros, todos ellos llevaban según supimos después los apellidos de las primeras familias del Río de la Plata; eran de una altanería proverbial, bien justificada por otra parte en los momentos solemnes de la acción. Eran alegres, festivos y atrayentes. Tenían verdadera idolatría por el gene-*

(1) Paz Soldan Idem, Tomo I, pág. 313.

*ral San Mratín, y profesaban gran csriño a sus jefes* ,especialmente al mayor Lavalle que los mandaba, y a quién consideraban capáz de realizar prodigios.

"Los españoles a quienes llamaban *godos* ó *chapetones* les inspiraban desprecio. Estaban acostumbrados á vencerlos a sablazos como sucedió en San Lorenzo, Chacabuco y Maipú.

"Eran esclavos de la disciplina y lo mismo maniobraban durante el combate como lo realizaron poco después en Río Bamba y Pichincha, que en una formación ordinaria.

"Eran sobrios, generosos, habilísimos ginetes y de un valor legendario.

"Llegaron precedidos de una fama inmensa."

Ese es Bolívar en todas sus faces, y ese su ambiente según lo describen los escri*tores de tirera caliente.* Ha llegado la hora de ver en síntesis, como lo juzga el terrible y sabio crítico de Hispania.

De tal manera la pasión inhabilita para la lógica al novelador de Bolívar, que le hace trazar sin querer, su verdadera silueta, reduciéndolo a la simple calidad de brillante caudillo,—todo fuego volcánico, todo improvisación y arrogancia delirante de gloria y de renombre. Este milagro se produce cuando el paralelo con San Mar-

tín pone bajo su pluma la figura militar de los dos soldados.

San Martín, aún pasando los Andes, es naturalmente un topo, "aunque *sabe mejor que nadie lo que tiene entre manos*". En cambio: "Bolívar es *un improvisador* de la guerra.... y solo aprende *a fuerza de derrotas; su guerra es suya* (exactísimo); carecía de *escuela militar*, como carecía de *escuela política*, (como carecía de *escuela moral*); no se parece a la europea, es guerra americana (lo dijo Sarmiento), y él, *más que un general, es Caudillo; era el demagogo* en su máxima expresión" (Hispania — Abril 1.° foja 545).

Allí había de llegar forzosamente el sabio pensador boliviano!.... Pero también allí sentiría el paroxismo de la felicidad y del entusiasmo patriótico!

El Caudillo! El *estratócrata*!... ¿Qué más! — Ahí está el verdadero génio!

He aquí la clave de la psicología moral del crítico venezolano. Aquí está sintetizada la incultura política de estos hijos de la mala educación sociológica de la "América tropical" de que hablan los señores Pérez y Triana! ¡El Caudillo!... ¡La palabra mágica!! La suprema admiración!

El caudillo dictatorial, pomposo, petulante, altanero,—de espuelas doradas y

flotante penacho (1) Ese, el supremo gran hombre! El génio! Y como el caudillo es el antípoda del General y del Estadista, y con mayor razón del estadista-general, cuando ven a éste sobre el solio del gobierno,—la ausencia del penacho, desploma como un cataclismo los entusiasmos estatócratas!

—¡Guay del *Caudillo* si, tirando lejos espuelas y espada, trueca casaca y chismes guerreros por la levita del gobernante civil y ocupa con la serenidad del verdadero estadista la silla del gobierno!

Ese día el "gran génio" sería quemado en las plazas públicas como un Judas miserable, entre las páginas chisporreantes de estos famosos fiesteros de la historia con penacho!

Otra diferencia fundamental entre Bolívar y San Martín, era la cultura del primero, muy superior a la del segundo,—sostiene el crítico.

Es otro caso de falsa visión moral, hija de la escuela en que se ha educado el filósofo boliviano. Culto, eminentemente

---

(1) Vease la descripción que hace Espejo del traje de Bolívar en Guayaquil: con sus penachos multicolores,—rojo, azul y amarillo,— y la chaqueta oculta bajo las palmas y los dorados, semejaba junto al severo uniforme de San Martín — sin una condecoración ni un adorno — un personaje anacrónico que hacía reir a los jefes y oficiales argentinos.

culto, era San Martín. No así Bolívar. Ni ante la urbanidad, ni ante las inclinaciones de su corazón, ni ante las calidades de su alma, ni ante la escuela en que se educó, era Bolívar un hombre culto. A la luz de la moral y de la filosofía, *el Caudillo,* tal como Bolívar, *es la negación de la cultura.* Ya hemos visto lo que de su urbanidad y su moral social cuentan Samper, Sarmiento y Palma: brutal con los hombres, descomedido con las damas; orgulloso y despectivo con los primeros, impúdico y sensual con las segundas. (1).

Con respecto a su cultura de político y soldado, hemos visto que tenía todos los defectos naturales del Caudillo: despótico, carente de nociones de gobierno, sin escrúpulos, de una ambición desmedida, y sanguinario: Lacroix, Samper, Borthe, Rojas, nos dicen que todos los medios eran buenos a su moral política; que esta filosofía lo consolaba: así se explica que la traición a Miranda rara vez le quitase el sueño.

---

(1) En la carta que el general chileno Don Luis de la Cruz le escribió a O'Higgins desde el Callao el 22 de Agosto (1822) contándole sus impresiones sobre Bolívar y su cosducta, se lee esta monada del "hombre de mundo": "Al otro día de su llegada (de Bolívar a Guayaquil) estando con todo el vecindario y la oficialidad, recibió un recado de una señora con un ramo; y contestó: "Díle a tu señora que mejor hubiera sido que *ella misma lo hubiera traído a la noche.*" (Paz Soldan, Tomo II).

Al revés del alto sentido humano y religioso de San Martín a quien repugnaba profundamente la sangre,— a Bolívar jamás le hizo asco. Era realmente sanguinario. Pagó cruelmente el tributo obligado a su condición de Caudillo.

Castigó con charcos de sangre los agravios a la *magestad* de *su persona* y de *su* gobierno: el 25 de Septiembre de 1828 pasó del lodo del puente del Carmen a la sangre de la plaza central de Bogotá.

Quince jefes de altas graduaciones, generales y coroneles — y un centenar de infelices soldados fueron ejecutados al día siguiente de aquella revolución. Habían pasado varios días y el tribunal tenía absuelto de la sentencia de muerte a otra presunta víctima, salvada milagrosamente:

Bolívar se enfurece y pide su cabeza. El Ministro de Méjico le implora la vida de esa nueva víctima que vá a inmolarse inútilmente: "Tome Vd· su pasaporte y márchese",— le interumpe el Caudillo iracundo. La esposa y los hijos del condenado se arrojan a sus plantas, ofreciéndole expatriarse para siempre con el esposo y padre, si les concede el perdón de su vida,—Bolívar les manda salir de su presencia, y la sangre del coronel Guerra corre en la plaza de Bogotá, fría, inútil, tar-

diamante, junto al lugar de las anteriores víctimas. Oigamos la narración del cónsul inglés James Handerson, persona sumamente adicta a Bolívar:—Escribe a su ministro sobre el particular y le dice: "El Coronel Guerra fué condenado a 8 años de presidio o de confinación y trabajos forzados en alguna fortaleza, con una mayoría de uno en la votación del tribunal. El general Córdoba, el Coronel Barriga, el Teniente coronel Ayona, el Dr. Pareja votaron por sentencia de muerte, los otros cuatro por presidio y como el presidente tenía dos votos prevaleció la última sentencia en favor de Guerra. El libertador, al recibir la noticia de esta sentencia, *disolvió el tribunal,* (!) *suspendió* al general París de la Comandancia General, nombró al general Córdoba ministro de guerra, y al general Urdaneta, *hombre de carácter inflexible en asuntos de esta naturaleza, le dió el nombramiento de Comandante General, con autoridad para ejecutar la sentencia de todos los complicados en la conspiración.* Ayer los cinco condenados a muerte, el día precedente fueron fusilados á las 12 en la Plaza Principal. Ha recibido el dictador la sentencia de Guerra y *hoy lo ha condenado á él y al general Padilla* a ser fusilados *mañana*. Están ya en capilla".

"La amable esposa, la jóven familia y las extensas relaciones de Guerra, pasaron de un estado de extremo abatimiento a una de comparativa felicidad con el anuncio de la primera sentencia....." J. Handerson — Bogotá 1.o Octubre de 1828.

Toda la sociedad bogotana donde Guerra,—intimo de Bolívar,—estaba estrechamente vinculado, esperaba sustraer del charco de sangre esta víctima retrasada: El *libertador, padre de la patria,* los sacaría del error.....

*
* *

No puedo cerrar estos esbozos de la figura moral del gran Caudillo caraqueño, sin recordar la palabra serena de un noble espíritu argentino que conoció y penetró de cerca la naturaleza tan apuesta de ambos personajes. El general Don Tomás Guido, a quien me refiero, tiene para nuestro pueblo el encanto del caballero sin tacha, cuya virtud traspira jazmíneas suavidades.

Trazando un bellísimo paralelo de San Martín y Bolívar, dice: "el primero poseía una *elocuencia incisiva y flexible* como el acero de su sable.

Trataba con la más franca deferencia a la mayoría de sus compañeros de armas, llevando su *sencilléz espartana* a un grado sorprendente á sus subordinados.

Los discursos, las proclamas, los brindis del segundo, *radiantes de inspiración y de oportunidad,* electrizaban en los días geniales de la república .

Pero fué á veces injusto y tiránico con sus inferiores, a *quienes solía tratar con lenguaje acerbísimo.*

En San Martín la autoridad produjo el desencanto; ni las pompas tradicionales de los palacios de Santiago y de Lima le deslumbraron un instante.

*El ofrecimiento de la Corona del Inca que el Consejo de Estado le hizo en una sesión secreta, pero memorable, fué rechazada con lógica tan clara y decisiva que patentizó á los nobles y a los Ministros allí congregados toda la sobriedad de juici, así como el desprendimiento de su candidato.*

*La sed inextinguible de supremacía y de gloria fué en Bolívar orígen de esfuerzos heróicos y de graves errores.* El procuraba extender la vasta esfera *de su dictadura* sobre estados distantes.

La abdicación del Protector del Perú no le fué impuesta *sino por su propio albedrío.*

La de Bolívar se debió" a las *conspiraciones y a la pérdida de los elementos* con que tantos años había pesado sobre el *ejército, los pueblos y el Congreso"*.

San Martín, impetuoso en iniciativa, *pero avaro en la sangre de sus soldados*— ¡cuándo se hizo en América un elogio más sublime de un guerrero! — calculaba con singular precisión los elementos de disolución del enemigo, adivinando sus designios, o engañándole sobre sus propios movimientos.

Manejaba hábilmente las cosas y los hombres; y su entendimiento que tendía a la unidad, — y capaz de todos los detalles — *abrazaba un vasto horizonte penetrando en las profundidades del porvenir"*

Vean allí los escritores bolivianos el juicio cabal y honrado que un hombre eminentemente culto traza sobre *la cultura* del primer caudillo Americano.

Para mostrar ensombrecido á San Martín hasta en la hora de su muerte, pretende el bolivianismo hacer entender que desapareció el noble patriota, poco menos que repudiado del seno de su patria, la que le negaba el calor de sus aficciones.

¡Es absolutamenta falso! San Martín se extinguió legando su corazón á Buenos Aires, y envuelto, como en manto consu-

lar, por la más respetuosa admiración y la más honda ternura: desde el centro de la tiranía que imperaba en la República, hasta el último rincón de los países vecinos por donde peregrinaban los proscriptos de la libertad, sus compatriotas enlutaron como los grandes dolores sus plumas y sus liras, y desde Europa al Brasil y desde el Brasil al Perú y el Ecuador, acompañaron con su gratitud y sus lágrimas el paso á la eternidad del Patriarca Argentino.

Florencio Varela, Félix Frías y Sarmiento han descrito la muerte del "soldado filósofo" que se apagó siendo en su ancianidad lo que fué toda su vida, un ejemplo sublime de grandeza moral. "Ni una queja, ni un esfuerzo, ni una palabra —escribe Sarmiento — se ha escapado a San Martín, de manera que la historia añadirá a la página que sin terminarse concluía en 1823, la fecha de su muerte en 1851. ¡Pero para la biografía del *hombre de corazón,* cuántas páginas preciosas quedan y *cuántas lecciones abraza aquel intérvalo.*

"Bolívar ha muerto, entre tanto, luchando con algo peor que el ostracismo, *con la obscuridad de las tinieblas,* que después de tanta lúz y de tanto proyecto *de ambición colosal, creaba en torno suyo la*

*reprobación de sus contemporáneos"*. (Obras Tom. III, foja 286.)

Aún fué peor el caso del caudillo.

Las osmbras trájicas habrían acompañado mejos los paroximos de su ambición, pero las amarguras del ridículo vinieron a juntarse en la hora final a los girones del desastre. Derrotado, vencido, repudiado por los discípulos de su propia escuela, manteníase junto á un puerto humilde esperando del General Santa Cruz las credenciales de Ministro de Bolivia ante las Cortes de Europa, que nunca le llegaban.

¡La máscara del ridículo, cubriendo la melancólica puesta de un antiguo sol de gloria que no supo morir con dignidad!

Para terminar este capítulo sobre las múltiples faces del Caudillo, observemos la naturaleza del elogio más alto que el panegirista estampa sobre su personalidad militar. Precaucionalmente, será bien poner llave a la estupefacción y mirar con calma....

***

Siempre ofuscado el crítico por la visión del penacho caudillesco del héroe, le traza a su paso como guerrero por el suelo americano, un charco inmenso de san-

gre, una verdadera hecatombe, donde la imaginación calenturienta del poeta historiador moja la cauda gloriosa del cometa benezolano:—San Martín mató poca gente, "Bolívar *dejó tendidos en sólo Colombia* 500.000 *hombres*"(¡!).

De esta manera, San Martín es una pobre hormiga que debe desaparecer de la historia, ante el paso gigantesco del segundo, elefante monstruoso cuyo planta masacra ejércitos enteros.

Debo declarar en honor a la verdad literaria, que esta figura retórica — guerrera, de las 500.000 víctimas colombianas atribuídas a Bolívar, no es original del crítico sino de otros poetas que le precedieron en la tarea de convertir a Bolívar en un semi-dios de la guerra americana y que han ido repitiendo después inocentemente todos los que como el crítico actual desean hacer de su héroe la figura mitológica del continente, sin cuidar mucho ni poco del disfavor monstruoso y del ridículo en que lo ponen ante la luz,no ya de la moral y la habilidad guerrera, si no de la verdad notoria del simple buen sentido (1).

(1) El propio Bolívar dió la hipérbole poética diciendo a los diputados de Ocaña en 1828 con su bombastica incurable: "Un gobierno firme, poderoso y justo es el grito de la patria. Miradla *de pié* sobre las *ruinas del desierto*

Es cuerdo desvanacer estas hipérboles porque en el fondo de ellas está lo serio: la historia de una gran causa, sus sacrificios inmensos, y la necesidad de educar en la Escuela de la circunspección y el recto criterio a una porción estimable de pueblos que forman la calumniada sociabilidad americana.

Entre los efectos de la insensantez boliviana, no deja de ser curioso, el fenómeno de que sea yo quien tenga que defender la memoria del general Bolívar, de los sangrientos y ridículas capirotes con que sus discipulos y admiradores quieren presentarlo ante la historia. Debo hacerlo sin embargo en nombre de la verdad, en honor de Bolívar, y en respeto al General San Martín, porque si Bolívar hubiera sido aquel loco pintado por sus panegiristas, que en solo Colombia se dejó matar medio millón de hombres por un enemigo que

---

que ha dejado el despotismo, *pálida de espanto,* llorando 500.000 héroes muertos por ella". Si la patria era un desierto, el crítico, que de magia histórica, dirá al lector quién era esa señora pálida que lloraba de pié sobre aquel cementerio dantesco y lo que hizo por la memoria de sus estupendas víctimas la romántica dama. Cuando Bolívar escribió esta metáfora, no fué su ánimo ciertamente que los escritores de su país la tomasen la pié de la letra, como una realidad capaz de ofrecerse a la veracidad histórica. Si hubiese sospechado la ridicula escuela que creaba con sus atropellos políticos y literarios, se habría prevenido ante la posteridad de los terribles fakires de su memoria.

nunca tuvo arriba de veinte mil soldados diseminados siempre lo menos en tres regiones distintas, San Martín habría cometido con su ejército y la América un crímen indigno al ofrecerle en Guayaquil la fuerza de su mando para que terminase inmediatamente la guerra emancipadora.

No pues, Bolívar no fué ese monstruo sangriento de quien tendrían que maldecir los pueblos, que se hallan distendidos desde el Guayra hasta Quito. Caudillo quemado por la ambición febriciente, como era, no tenía por base de sus operaciones militares el ahorro de los sacrificios y la sangre de sus soldados en favor de la felicidad de las poblaciones americanas, como lo tenía en tan sublime grado San Martín, pero no era un salvaje sin entrañas ni noción de sus prpios intereses ni menos un despreocupado de la sanción histórica y el prestigio de su genio. Los 500.000 soldados sacrificados a la sombra del caudillo son sencillamente una flor literaria, una camelia roja que sus biógrafos poetas-líricos y radiantes de colorido siempre—han hecho florecer junto a su piedra. Felizmente los laureles que la cubren no necesitan de ella y será siempre piadosa la mano que le aleje reminiscencias sangrientas que no deben afearla.

Según todos los escritores granadinos

y europeos, del sabio Caldas al presente, en 1810 la población de Venezuela era aproximadamente de 900.000 almas, y la de Nueva Granada de 1.400·000 las que sumadas nos ofrece una población total de 2.300.000 almas, en que están comprendidos indígenas, negros, esclavos, criollos y europeos .De esta población las dos terceras partes la constituía el sexo femenino, desde que está plenamente probado que en América hay por lo menos dos mujeres por cada hombre: Quedaría reduci-d aentonces la población masculina de Venezuela y Nueva Granada a un poco más de 766.000 individuos. Pero quiero graciosamente hacer subir a un millón. Deduciendo la mitad, representada por niños, ancianos, enfermos, defectuosos, amontados y otros imposibilitados para el servicio de las armas, resulta que la población hábil para la guerra, al comenzar la lucha de la independencia era de quinientos mil hombres en ambos países.

Si Bolívar hizo matar bajo su bandera esa suma de hombres, como afirma el crítico historiador, resultan las siguientes monstruosidades nunca vistas en la historia del mundo: 1.° Que Bolívar tuvo bajo sus órdenes absolutamente toda la población, que desde Caracas hasta Bogotá podío ser soldado, sin faltar uno solo. 2.°

Que le mataron todo, absolutamente todo su ejército, sin quedar de él otro hombre que el General.

La hipérbole de los 500.000 soldados muertos se hace irrisoria pues, con la sim ple enunciación de los hechos. Un poco más que se analice la sorpresa de la cosa causa algo más que hiiarldad.

En primer lugar los ejércitos españoles salían de esa misma población criolla y española hábil para la guerra, es decir de los 500.000 combatientes que podía ofrecer — sin pérdida de un hombre, Venezuela y Nueva Granada. En segundo lugar, difícilmente puede constatarse con la historia, que durante sus campañas de Venezuela y Nueva Granada, haya sumado Bolívar bajo su mando, ni cerca de cien mil hombres. En el famoso Boyacá mandaba dos mil. De donde resultaría que suponiendo hubiera tenido dichos cien mil hombres y que le hubiesen muerto íntegramente el tal ejército de sus distintas acciones, sus idolatras panegeristas le hacen matar graciosamente la friolera de cuatrocientos mil hombres más, los que felizmente para aquellos pueblos de América nunca existieron sino en tl calenturiento campo de las hecatombes literarias del bolivianismo póstumo . ,

Para que en realidad hubiese perdido

Bolívar medio millón de soldados en sus combates y batallas, era forzoso que cuando menos hubiese tenido bajo banderas un millón quinientos mil soldados, es decir mucho más que la población absoluta de Nueva Granada (1.400.000), que era el país más poblado de la región.

Invito al ilustrado crítico a que compruebe históricamente la existencia de aquel millón y medio de soldados venezogranadinos al mando de Bolívar, a fin de esclarecer la estupenda hecatombe que le atribuye siniestramente y que harían de su héroe el caudillo mas abominable de los que virtieron sangre americana desde el masacrador de Otumba hasta el indio Catriel.

Si señor crítico: Es urgente que retome Vd. su pluma de historiador culto, ecuánime, grave, moderado, profundo, sapiente, convincente, elegante, y esclarezca con la fuerza de la documentación histórica, aquel prefijo suyo que es como el eje diamantino de su estudio histórico: "*Libró el* Libertador, *personalmente innumerables batallas.* (!) y *quedaron tendidos en los campos* todas las expediciones de Cuba, de Puerto Rico *y más de* 500.000 *colombianos*" (*!*) (*Hispania* Abril 1, o de, 1913 foj, 545, segunda columna).

De otra manera corre riesgo que los

hombres circunspectos de todas partes del mundo que excursionan por las letras americanas, cada día más interesante a la curiosidad contemporanea, crean con la sorpresa consiguiente que Tartarín se ha sentado al borde de la piedra de Simón Bolivar á ecsribir la más maravillosa historia guerrera que conocerán los siglos.

# EL RENEGADO

## CAPITULO VII

*San Martín sn cuna y sin amor patrio según los Apologistas de Bolívar — La primer solicitud íntima de San Martín al organizar "Los granaderos"— La voz de San Martín al tornar a Lima—Porqué San Martín da bandera y ejército al Perú?—"El Tratado particular de las Provincias Unidas del Río de La Plata y el Estado de Chile"—La expntánea fidelidad de San Martín—La lealtad y respeto de su Ejército en el Perú—Los únicos traidores castigados con la grandeza del Libertador.*

Sangrienta es la calumnia que arrojan los libelistas bolivianos sobre el nacionalismo de San Martín. Las cenizas del patriota se agitarían indignadas ante ella si el veneno de los perversos irresponsables alcanzace a penetrar hasta el sagrario donde reposan sus virtudes.

"Educado en España, en los cuarteles, y con un punto *de desden hacia los americanos...., no siente patriotismo argentino"*: tal destilan aquellos escritores.... ¿Pero qué amor era el que sentía este

hombre cuando se lanzó expontáneamente a sacrificarse por su patria, como pocos hombres se sacrificaron por la suya en el mundo? No sentía amor argentino, no sentía amor chileno, no sentía amor peruano, ¿qué amor americano sentía entonces? ¡Paso á la estultez boliviana!.

El secreto psicológico de la acentuada y franca desafección hacia España, que fué la característica de su espíritu y de su corazón, está precisamente en el peso de su otro sentimiento opuesto: el añor profundo que el *misionero* alimentó por su tierra natal, como una lámpara sagrada en lo hondo de su naturaleza, apesar de las grandes visicitudes que le obligaron a pasar la mayor parte de su existencia lejos de ella. Nadie, entre los egregios soldados de la independencia,—ninguno de los ilustres capitanes que se formaron a su lado amo más que él al hijo de las provincias Unidas . Apenas lleva a Bueno Aries se dirije al Gobierno solicitando que "sus hermanos de cuna" los "hijos de Yapeyú" viniesen a cubrirse de gloria en las filas de los granaderos .

¡Con qué amor les educa el alma, uno a uno! Con qué pasión de estóico iluminado los diynifica trasuntándoles, en el espíritu y en las costumbres los sentimientos mas nobles del patriotismo y de la primera

ley del soldado: la religión del deber! En Cuyo, en "su caro Cuyo", en "el pueblo más meritorio", como le llama, ¡como se identifica con su suelo, con sus cosas, con sus hombres, con su ambiente, con sus costumbres, con sus idiosincracias; diríase que abraza con su alma la región y se hace el Padre y Patriarca de ella!

En Buenos Aires abre la flor de sus amores de hombre; en él levanta su hogar, en él fecunda la heredera de su nombre que será la sucesión de sus más íntimas ternuras, y a él lega su corazón, con humildad sublime, cuando la lentitud de sus latidos le advierte los reclamos de la Naturaleza.

***

El día que entra a Lima, la meta más gloriosa de sus afanes, su primera invocación es para su patria; su primera mirada para Buenos Aires y la primera línea que traza su mano serena es para dirijir esete mensaje a su padre político.

"Mi amado padre: Si nuestros sucesos hacen calmar las pasiones y anarquías de las Provincias Unidas, *he completado la obra que me he propuesto*.

Anhelo por buscar un rincón y vivir el resto de mis días entregado a la educación

de mi hija; pero *es necesario el sacrificio* de unos pocos meses para dejar cimentado al Perú en término de no exponerlo a las viscisitudes que ha sufrido esa benemérita capital y sus provinicas''.

¡Allí tenéis al renegado que ''no sentía patriotismo argentino!'' Dueño de la Capital del Perú y seguro de su independencia, declara desde el fondo de las intimidades de su alma, que si tal suceso contribuyera a la felicidad y a la paz interna de su patria, *ha cumplido la obra que se había propuesto.* Y ahora patriotas de la América, escupid la frente al renegado!

En el método que me he trazado de ir destruyendo documentadamente las calumnias y falsías,—en casos de copiosa documentación como el de este punto—(que para el público argentino sería obligatorio como respuesta única, el desprecio)—me contreñiré a citar solamente las piezas históricas que me parezcan más típicas, pues de lo contrario este capítulo asumiría las proporciones de un libro.

El lector sincero, que por no ser argentino, no se halle familiarizado con nuestra historia y desee conocer los hondos sentimientos nacionales del Capitán Argentino, encontrará en su correspondencia que corre impresa, y en los Documentos del archivo de S. Martín piezas notables

del grande hombre, de aquellas que hablan al corazón no solo con el sentimiento de la Patria, sino que le acercan a la sublimidad moral de los grandes caracteres que ejemplarizan las etapas de la humanidad.

Para el historiador sabio y para el filósofo, la carta del patriota al Señor Escalada, su padre político, es uno de esos raros documentos que hacen de llave maestra o de broche diamantino en los capitulos importantes de la historia, porque es en los momentos de las revelaciones intimas donde ella ha descubierto siempre el fondo de los grandes caracteres que constituyen su trama.

Ahora, como prueba de un documento público, brillante y solemne del amor de San Martín por su patria, recordaré á sus detractores la que dió en aquellos mismos días de su entrada a Lima, remitiéndole al Gobierno de Buenos Aires *con su ayudante predilecto, el* gallardo coronel O'Brien,—*cinco banderas y dos estandartes españoles,* tomadas al ejército real en la campaña al Perú. Decíale en su nota de remisión: "En la campaña que ha decidido la independencia del Perú, ha tomado el ejército libertador, entre otros varios trofeos, cinco banderas y dos estandartes que se hallaban en poder de los

enemigos de América...Suplico á V.E., se sirva aceptarlas como un tributo de consideración que le presentan las tropas de mi mando y disponer que sean depositadas en donde V. E. tenga por conveniente".

¿No está aquí el corazón del mismo "renegado" que al desplegar los paños de su expedición en el puerto de Valparaíso le decía al mismo gobierno?:— "*El día de mañana se da a la vela la expedición libertadora del Perú. Como su general, tengo el honor de informar a V. E.* que representa *al pueblo heróico, al virtuoso pueblo, más digno de la historia de Sud América y de la gratitud de sus hijos;* protestando, que *mis deseos más ardientes son por su felicdad;* y que, desde el momento en que se erija la autoridad central de las provincias *estará el ejército de los Andes subordinado a sus órdenes superiores* con la más *llana y respetuosa obediencia*".

***

Para los americanos herederos del *cochranismo*, el "renegado" que hemos visto tenía el delio de no haber solicitado, a la altura del año 1829 (!) el apoyo de

las fuerzas iglesas y francesas para imponer con las puntas de las bayonetas, contra su patria y contra cualquier otro pueblo hermano, su gobierno de *Libertador Vitalicio,* como lo propuso Simón Bolívar en Bogotá al agente inglés Cambell y en Londres al conciller Aberdeen....

La prueba de su falta de amor argentino, que clavan como una banderilla de fuego sobre la figura del Libertador, es el hecho de haber dado "bandera peruana al ejército libertador en el Perú"? Más que perversidad, hay en la crítica ignorancia de los antecedentes históricos y de los fines patrióticos de aquel. Dió bandera peruana a cuerpos peruanos, frente a las banderas y los cuerpos argentinos y chilenos, —por consiguiente fué *renegado* de la Argentina y de Chile. ¡He ahí el argumento!

El cargo sale de campo boliviano, y como jamás se le ocurrió a su patria hacerle un reproche semejante, el lector se pregunta estupefacto, de donde vienen y a donde van estos patriótas más católicos que el Pápa? Si San Martín no hubiese dotado de ejército y bandera al pais que emancipaba y daba personalidad, no habría sido quien fué: el Libertador y Protector del Perú, sino un déspota, un Dictador y un traidor al mandato y las ins-

trucciones expresas de su patria. San Martín, como soldado argentino no entraba al Perú para robar provincias, ni des potizar pueblos, ni fundr una república vitacilia llamada *San Martín*; penetró al centro del poder español en América como emisario del pueblo de Mayo; para despertar en los peruanos el sentimiento de su independencia; para hacerlos capaces de su libertad; incendiando la guerra, al efecto, en todo su territorio, de manera que pudiese afianzar con sus propias fuerzas la emancipación que les llevaba con fuerzas extrangeras.

Lo primero que un libertador-estadista como San Martín debia hacer en presencia de su misión, era lo que hizo,—levantar tropas nativas en el suelo que iba á libertar y ponerles en la mano una bandera propia para que se sintieran señores y dueños de su destino. I así sucedió. Cuando las banderas argentina y chilenas del Ejército Unido se alejaron á sus respectivos paises, el Perú quedó dueño de un ejército digno de tal nombre y fué el respeto de esa bandera que ya había sechado sus laureles, la que afiianzó la dignidad del pais, librándole del despotismo boliviano que, como liana maldita, oprimía é infestaba el arbol sano y de noble estirpe liberal que le había dejado San Martín.

El le había dicho al pueblo naciente cuando, sobre los colores pristinos de su cuna le ponía el viejo sol de los Incas: "La política que me propuse seguir fué mirar á todos los estados americanos en que las fuerzas de mi mando penetraron, como estados hermanos interesados en un mismo y santo fin. Consecuente a este justísimo principio, mi primer paso era hacer declarar su independencia y *creales una fuerza militar propia para que la asegurase*". Al obrar así, en el caso del Perú, no solo obedecia á su conciencia y al patriotismo de su inmenso amor continental, sino tambien á instrucciones que le estaban ineludiblemente impuestas.

*
* *

El 'tratado particular convenido entre las Provincias Unidas del Río de la Plata y el Estado de Chile para poner término a la dominación tiránica del gobierno español en el Perú y proporcionar a sus habitantes la libertad é independencia de que tan injustamente se hallan despojados,' establecia que: "Art. 2.° El ejército combinado de las Provincias Unidas y Chile, dirijido contra los mandatarios actuales de Lima y en auxilios de aquellos habitantes, *dejará de existir en aquel*

país luego que se halle establecido un gobierno por la voluntad libre de sus naturales". La mente general del tratado y los terminos expresos de sus cláusulas obligaban al general argentino a proceder de aquella manera. Su obediencia a la ley de su patria, a los pactos internacionales y a la grandeza de su alma, le ha valido el estigma de *renegado* en labios americanos!....

Para ser lógico alguna vez el bolivianismo debiera reconocer que si San Martín era renegado de la argentina por haber andado "por esas américas", como decían sus capitanes, haciendo brotar nuevas naciones a la luz de su inmenso amor americano,—renegados eran también todos los que le acompañaron en la bochornosa empresa, desde el Director Supremo de Las Provincias Unidas del Río de la Plata hasta el último tambor del Ejército Unido. Miserables renegados eran Rodríguez Peña, Guido, Alvarez Jonte, Martínez de la Rosa, Las Hersa, Arenale, Alvarado, los Necochea, los Martínez, los Olazábal, Suárez, Lavalle, Olavarría, Brandzen, Deheza, Bogado, Corea, Pringles, Pedernera, Quesada, Rojas, Soler, Medina, Plaza, Frías, Salvadores, Aguilar, Palma, Lucero, Aldao, Vega, Cirilo, Méndez, Barrenechea, y cien más ya-

triotas ardientes, paladines gloriosos y esforzados que viven hoy la vida de los inmortales en el corazón argentino.

*
* *

Un renegado es por definición un rebelde y un soberbio que repudia la autoridad o país de que dependió. Desde luego es pues forzoso que escuchemos los acentos del *renegado* Argentino que los *leales* del bolivianismo acusan del feo delito.

El 31 de Noviembre de 1818 el General San Martín se dirigió a los "limeños y habitantes del Perú", exortándolos en calidad de "Capitán General del Ejército Unido *de los Andes y Chile"* a la revolución de su independencia. Allí les decía: "Para dirigiros mi palabra no solo me hallo autorizado por el derecho con que todo hombe libre puede hablar al oprimido", sino también por "los solemnes títulos con que ahora los estados independientes de Chile *y las Provincias Unidas de Sud-América me mandan* entrar en vuestro territorio para defender la causa de nuestra libertad. Escribí a vuestro Virrey con fecha 11 de Abril de este año, "que sintiese la situación difícil en que estaba colococado, se penetrase de la extensión a que podría dilatarse los recursos de los estados

íntimamente unidos y la preponderancia de sus ejércitos. Yo le hice responsable de los efectos de la guerra; y para evitarlo le propuse que se convocase al ilustre vecindario de Lima, representándole los sinceros deseos del Gobierno de Chile *y de las Prvoincias Unidas*: que se oyese la exposición de sus quejas y derechos, y que se permitiese á los pueblos *adoptar libremente la forma de gobierno* que creyesen conveniente, cuya deliberación expontánea *sería la ley suprema de mis operaciones.* Esta proposición liberal ha sido contestada con insultos y amenazas, ellas me precisan a adoptar el último de los recursos de la razón: el uso de la fuerza protectora. La sangre pues que se derrame, será solamente crimen de los tiranos y sus satélites."

Anunciándose en estos terminos a amigos y enemigos del Perú, como emisario de las Provincias Unidas de Sud-América, y de Chile, despliega las banderas libertadoras de ambos países, al tocar las playas de Pisco, y lanza a sus soldados, para que lo escuchen los pueblos que le esperan en la ansiedad de las sorpresas inauditas, las siguientes palabras:

"Ya hemos llegado al lugar de nuestro destino y solo falta que el valor consume la obra de la constancia. Acordaos que

vuestro gran deber es *consolar a la América,* y que no venís a hacer conquistas sino a libertar pueblos. *Los peruanos son vuestros hermanos: abrazadlos y respetad sus derechos, como respetásteis los de los chilenos después de Chacabuco.*"

Ese era el lenguaje y esa la inspiración del *renegado*: como poseedor del altísimo título que el soberano Congreso del Río de la Plata de 1816 le había dado al proclamar su Independencia, de: Capitán General del Ejército Unido de los Andes, hablaba en nombre de Las Provincias Unidas del Plata y de Chile a los pueblos del Perú y les ofrecía a la sombra de sus banderas un abrazo fraternal.

*
* *

La Historia nos ha referido por la pluma de sus preclaros maestros del Plata y del Pacífiico, la forma como fué recibido el mensajero argentino en la ciudad de los Virreyes.

Junto con todos los historiadores argentinos,—Barros Arana y Paz Soldan recuerdan, acerca de aquellos bellísimos preliminares de la campaña del Libertador,—que en conocimiento de la altura y habilidad de su política, no era posible dudar que el respeto y la admiración más

profunda se despertase entre los elementos drigentes del nacionalismo peruano, como es demasiado conocido y como lo han asegurado siempre e invariablemente, Guido, de la Rosa, Arenales, Alvarado, Miller y cuantos han tratado del gobierno del ilustre Capitán en el Perú.

La moral política, la sinceridad de los principios, las virtudes privadas, el renombre del antiguo gobernador de Mendoza, los timbres de Chacabuco y Maipú y hasta la figura del héroe argentino; así como las condiciones caballerescas de su brillante estado mayor, de los jefes y oficiales de su ejército, y la severa moral y disciplina de este; la tradición brillante y prestigiosa del nombre argentino y su famoso altruismo, tenía forzosamente que contrastar en el seno de la sociedad limeña, con la amoralidad del caudillo caraqueño y sus huestes.

Por su distinción, su brillo, sus glorias, sus talentos, su alcurnia,—con San Martín á la cabeza,—formaban la aristocracia de los ejércitos de América, todos aquellos oficiales argentinos y diplomados civiles adscriptos como jefes al servicio de la expedición libertadora, apellidados:—Tomás Guido; Juan Gregorio de las Heras, Juan Antonio Alvarez de Arenales, Toribio Luzuriaga, Rudecindo Alvarado,

Antonio Alvarez de Jonte, Juan Martínez de la Rosa, Mariano y Eugenio Necochea, Antonio y Manuela Escalada, Enrique y Juan Apostol Martínez, Juan Lavalle, Rufino Guido, Manuel Rojas, Gerónimo Epejo, Blanco Encalada, Isidoro Suárez y cien más brillantes adalides, todos del patriciado argentino,—con los europeos al servicio apasionado de la República como: Miller, O'Brian, Brandzen, Cramer, etc.

Y como si esto fuese poco, argentino era el jefe que, en calidad de organizador de jaba S. Martín en la capital de Chile al lado de O'Higgins, para formar de reserva un núcleo de disciplina y base de nuevos planteles que pudieran acudir al norte o al sud de Chile: era éste el coronel don José Luis Pereira, veterano ya de cien combates desde las invasiones inglesas en Buenos Aires, su cuna, hasta las campañas del Alto Perú con Belgrano y los campos de Chacabuco, Concepción y Maipú. Este fué el jefe que al partir la expedición quedó en Santiago por orden de San Martín al mando de los "Cazadores" y de la "Guardia de Honor", siendo además el fundador y organizador de la Academia Militar de Chile.

De un ejército formado con esos hombres, con esos principios y con ese brillo,

ha dicho el bolivarismo histórico, que repudiaba a su gran capitán, a grado de haber estado a punto de expulsarlo!!....

Los trapillos recogidos en las trastiendas revolucionarias son el objeto y el campo de la cosecha histórica de estos críticos de la Revolución argentina y la personalidad de su primer soldado. Sin conocimiento de nuestra historia; sin sospechar siquiera la grande orientación de la política y la diplomacia de la República Argentina, y menos el carácter y la tendencia de nuestros patriotas eminentemente generosas para la América; sin ocuparse para nada de la índole de este pueblo; sin saber, siquiera una palabra de verdad respecto a los vínculos que ligaban al Plata con Chile, Perú y la Europa desde antes de la Revolución hasta el reconocimiento de nuestra indepedencia por el Portugal, Inglaterra y los E. Unidos antes del 22 al 24—estos historiadores de la exhumada escuela cochranista no tienen ni procuran otra base de juicio histórico al ocuparse del gobierno de San Martín en Lima, que las hablillas y malquerencias de ciertos cabos del ejército de Bolívar, disgustados con todo lo que hacía relación a la Argentina, porque tuvieron que retirarse del ejército de San Martín, o fueron directamente expulsados por él, o sintieron en diversas

formas la mano firme que la rectitud y seriedad del Libertador les sentó para mantener el decoro y la moral de su gobierno en el Perú.

Uno de esos cabos, y el que más fé les merece a los escritores bolivianos, es el coronel Tomás Heres, ex-soldado de ejército español pasado con el famoso batallón Numancia, del cual era jefe, al ejército de San Martín. Cuando este jefe pisó el Perú, manteniéndose en relación con sus antiguos camaradas del Ecuador, teatro de sus operaciones e influencias, se sintió con derecho a echar alas y de gallináceo que era, se juzgó con alientos para convertirse en cóndor.

Las causas nacían de su contacto con la propaganda colombiana. Sentíase entre dos influencias y se proponía echar importancia entre ambas, para entregarse definitivamente al campo que ofreciera mejor perspectiva a sus ambiciones. Por su desgracia, en el primer ensayo tocóle chocar con el férreo e íntegro Arenales saliendo sin plumas suficiente ni para figurar siquiera como gavilán. Pero también desde aquel día se convirtió en cuervo de la honra de su general y protector. El 26 de Noviembre de 1821, le escribía Arenales al general San Martín desde Trujillo, donde se hallaba preparando fuerzas de infantería que pensaba dirijir

a Quito: "Aquí se me juntaron el triunvirato de los señores coroneles Heres, Ortega y Cordero; *los tres son piezas de escaparates,* pero el primero *peor que ninguno*: *va hablando tempestades contra todos nosotros* y en particular contra mí, que por lo mismo, no lo dejé parar aquí".

Este coronel Heres, así como el venezolano Castillo y otros ingratos, son los que han ofrecido al bolivianismo caribe la especie de que el ejército cuyos primeros adalides acabo de nombrar,—conspiraba contra el general San Martín, con propósito de deshacerse de su "dura" influencia. La verdad histórica es que el único que pretendió conspirar con intrigas e intentonas de exploración para producir el malestar en el ejército, fácilitándole el terreno a la influencia de Bolívar fué el dicho coronel Heres. Aún hay motivos para creer que había llegado a acariciar el propósito de atentar contra la vida del Libertador. Denunciado por los mismos jefes (uno chileno y otro colombiano) a quienes Heres había confiado su intento, el general San Martín ordenó la investigación de los hechos, resultando suficientemente comprobada la culpabilidad del acusado.

Dos puntos quedaron esclarecidos, como aún hoy puede deducirse de las piezas del proceso que tengo bajo la vista: 1.° que hubo un momento en que Heres pensó

en suprimir la persona de San Martín por un golpe de manos que daría en su mismo palacio, para lo cual Heres conseguiría previamente montar guardia en él como gefe del batallon que prestaba ese servicio. 2.° que pensó en la sublevación de dos ó más cuerpos del ejercito. San Martín tomó pleno conocimiento de estos actos criminales y en lugar de pasarlo por las armas, como lo quisieron varios de sus generales, castigó al ingrato indigno de su grandeza con solo la siguiente comunicación,: "Lima 26 de Octubre de 1821. Coronel Heres: Las últimas ocurrencias promovidas por V· S. en el ejército libertador, hace que su presencia no sea conveniente á los intereses del estado: en esta inteligencia prevengo á V. S. que no siendo ya necesarios sus servicios se ponga en marcha en el término prefijo de cuatro días de la fecha para Guayaquil, dejando un apoderado instruído para que pueda percibir los alcances de V. S.

Sin embargo de los sucesos desagradables que han ocurrido entre V. S. y el resto de los jefes del Ejército, no puedo prescindir como jefe del estado y como general en gefe que he sido, de dar a V. S. las gracias por sus distinguidos servicios en favor de la libertad del Perú. Dios guarde a V. S. muchos años. *José de San Martín*".

Siempre la altura moral del hombre superior, aún en presencia de su presunto asesino! Hablaba el Libertador como jefe de estado y no quería olvidar que el oficial desleal había servido en el ejército ocupado de libertar el Perú. Y por esta razón dábale las gracias por sus servicios mientras fué digno de merecerlas, expulsandolo en la hora de hacerse indigno de su bandera.

Comparen los calumniadores de San Martn las altas enseñanzas de ese gesto, con los fusilamientos de Bolívar en Bogotá en Setimbre del año 28. En solo estos dos momentos de la vida de ambos patriotas pueden deducir enseñanzas que fijen sustancialmente la diferencia moral de ambos, como hombres, como soldados y como estadistas.

Este enfatuado, perverso y desleal jefe fué el único, de todo el ejército libertador de San Martín, que trató de conspirar contra su autoridad.

Desafío a los escritores de la prosapia boliviana, me prueben lo contrario. Yo les ofrezco por mi parte, la concluyente prueba de la afirmación que dejo escrita.

Heres pasó al campo de Bolívar, donde fué terrible enemigo del Libertador Argentino y servidor empeñoso del Caudillo colombiano.

Paz Soldan que estudia alguno de sus actos,—no los peores de su torcida carrera,—dice de él: "Jefe *insolente y atrevido* que se creía capáz de *imponer su voluntad*"(1).

Ya hemos visto como salía al ponerse frente a Arenales! Cuando su intentona de conmover el Numancia y otro cuerpo de Lima, que motivó su expulsión, tres jefes argentinos le llamaron miserable, traidor, y pidieron a San Martín pasarlo por las armas.

Tal es el personaje en quien los bolivianos personifican el ejército de los Andes, para hacerle aparecer desafecto a su General, por considerarlo en el Perú como un renegado de la Argentina...

---

(1) (Obra cit. Tomo I., foja 251).

# San Martín y Bolívar ante los Congresos

## CAPITULO VIII

*San Martín y Bolívar ante los Congresos.—La virtud y la farsa.—San Martín y los Congresos Argentinos. —El "congresismo" de Bolívar juzgado por Paz Soldán.—El escamoteo de Congresos y la sinceridad de Bolívar.—Las bayonetas colombianas son la llave de los Congresos de Bolívar.—Juicio de Tudor.*

Dice el eminente historiador boliviano, que San Martín "jamás reunió congresos nacionales", queriendo presentarlo en contraposición al amor que le atribuye a Bolívar por toda clase de congresos políticos. Es absolutamente falso que San Martín fuera enemigo de ellos. Lo único que hay de verdad en esto, es el hecho honroso para San Martín de que él jamás pretendió en servicio de ambiciones personales, ni imponer ni disolver congresos en su patria; primero, porque sus virtudes no le permitían escándalos de aquella magnitud, y segundo, porque los pueblos argentinos tenían preparación bastante para reunir por voluntad propia los congresos que urgían a la marcha le la revolución y al me-

jor gobierno. San Martín no fué dictador y jamás pensó en ser árbitro de las Asambleas Nacionales. Pero, hombre de Ley y de rectísimo criterio, auspició, sostuvo con su influencia e inspiró con claras y definidas vistas las energías del más grande Congreso que se reunió jamás en la América antes española: El Soberano Congreso Constituyente que proclamó la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata el 9 de Julio de 1816; al cual le decía por conducto de sus más inspirados representantes. "¡Por Dios!. para cuando esperamos declarar la Independencia?" Y cuando ese Congreso, del cual era él la espada y péndulo, dió aquel paso, escribía a los íntimos que desde el seno de la Asamblea se lo comunicaban: "Gloria al Congreso..., de hallarme en mi Cuyo, hubiera echado la casa por la ventana".

Luego de esa su conocidísima actitud respecto al Congreso que proclamaba la independencia de su patria, convoca el famoso de Lima que proclamó ante el mundo la soberanía del Perú y que, con la clásica asamblea argentina del año 13 constituyen el grupo de los más memorables congresos entre los fastos de la América libre.

Y ahora bien ¿cuándo reunió Bolívar sinceramente Congreso alguno ante el

cual declinara sus ambiciones de mando y su sed de gloria?

***

El imparcialisimo y frio historiador de El Perú Independiente va a contestarnos, oponiendo la autoridad reconocida de su palabra a los apotegmas tartarinescos de los noveladores bolivianos: "Bolivar pública y privadamente *detestaba los Congresos,* porque en ellos encontraba siempre hombres que no se doblaban como él quería." (Mariano Felipe Paz Soldan Tomo II, foj. 60).

Como juicio contundente de una alta autoridad literaria,—de un hombre que no es argentino,—(gran pecado para el crítico) me parece que por hoy basta.

Y cuando Bolívar se encuentra abocado á la necesidad de soportar un Congreso, ó de fingir su acatamiento, hasta volver contra ellos ¡qué gracioso resulta su *congresalismo;* que original y edificante su democracia, y que bellisimas las enseñanzas de principios liberales como los que de 1824 a 1826 introdujo al Perú, es decir, a las barbas de la escuela política de la Argentina y Chile, cuyo espíritu democrático era ya a ese tiempo el basamento inconmovible de sus prestigios nacionales!

Siendo hartamente conocida la estratagema que desarrolló Bolívar para dominar sin control el alto y bajo Perú, citaré como rasgos más típicos de esa política, sólo algunas notas íntimas que son como su médula en la trama de esos sucesos: Don Evaristo Gómez Sanchez, interiorizado como verdadero léader de las secretas estratagemas del Congreso de los *Persas,* (así llamados por "serviles y traidores al Perú",— Congreso que sin embargo Bolívar rechazó por no creerlo bastante adicto a su persona) escribía desde Lima al general don Antonio Gutiérrez de la Fuente, en 18 de Mayo de 1826:

"El Congreso a dos cosas debía reducirse y era a hacer bien a los pueblos y a dar *honor y gloria* a nuesto libertador; y estoy cierto que todos iban a proclamarle en el día de la apertura del Congreso por Jefe de la República con el título de Primero y Gran Mariscal Preidesnte, declarando inviolable su persona y *sin responsabilidad en los actos de su administración,* inscribiéndolo así, con letras de oro, en el Registro Cívico General de la Nación para su perpétua y gloriosa memoria".

Bolívar perseguía ya resueltamente la presidencia vitalicia como un verdedero *Imperator* de los pueblos ecuatorianos.

Las adulaciones y el incienso, dice Paz

Soldán, narrando este momento de la vida del caudillo, "*trastornaron completamente su cerebro* y le hicieron creer fácil su antiguo sistema de establecer la Presidencia Vitalicia, sobre las tres repúblicas de Colombia, Perú y Bolivia" (obra citada, tomo 2, foj. 70).

Establecido Bolívar en Magdalena al alcance de las "pastillas limeñas", fué "en aquel pueblo donde combinó sus planes y proyectos de la propaganda de constitución vitalicia: todos sus Ministros y admiradores se convirtieron en instrumentos para seducir a los pueblos. El proyecto tenía sin embargo grandes opositores en algunos hombres de talento y de energía, influyentes en ciertos pueblos por sus riquezas, nacimiento u otras causas".

"Hemos dicho que entre los mismos Diputados, aunque elegidos bajo la influencia de las autoridades, no se contaba con el humilde servilismo de todos: la respetable y fuerte oposición encabezada por los Diputados de Arequipa, Luna Pizarro, Cuadros y otros, inspiraba fundados temores de que haría oir su voz en toda la República y sin duda encontraría apoyo en la opinión cada día más pronunciada contra las miras de Bolívar y su círculo y contra el creciente odio al ejército colombiano que abrumaba a los pueblos con su

altanería y soberbia. Para aterrorizar a estos pocos y a otros que intentaran oponérsele, creyó necesario dar pruebas de terrorismo, además de la sangrienta ejecución de Berindoaga y Jeron)".

"A la vez que Bolívar organizaba el Consejo de Gobierno escribía confidencialmente a todos los Prefectos de los Departamentos, instandoles para que *con todo tino y cautela,* hicieran adoptar por los Colegios Electorales, su soñada Constitución (en que él sería Presidente Vitalicio) y que él mismo la llamaba: el "Arca que salvaría del naufragio que amenazaba".

***

Aparte de la monstruosidad del *Arca* boliviana que a San Martín hubiera sacado de quicio, si a algún atrevido se le hubiera ocurrido ofrecerle la iniquidad de ese hipócrita despotismo, ¿se vió alguna vez al libertador argentino gestionando subrepticiamente, como un cualquiera machiavelillo de aldea, la complicidad de las malas autoridades para conseguir en su favor el perpétuo gobierno de los pueblos de quienes se llamaba Libertador?

Trabajando activamente en aquel sentido, le escribía Bolívar al influyente Gamarra, Prefecto de Cuzco, al recomendar-

le las excelencias de la chata del Diluvio: "Eche V. la vista por todos los males que han producido en las nuevas Repúblicas las Asambleas Constituyentes y conocerá V. con cuanta razón lo empeño en que haga pasar en los Colegios de ese Departamento el proyecto de Constitución del Perú; me parece que V. muy anticipadamente enviase a tentar los ánimos e irlos disponiendo con tanta habilidad que el resultado sea infaliblemente el que nos proponemos"; es decir nada menos que hacer pasar su constitución sin que Congreso o Asamblea alguna del Perú la discutiese!.... Y cuando la historia nos muestra a Bolívar con las manos así puestas en estos degradantes manejos de tan triste y pésima escuela política, que es la que ha dejado lógicamente a los pueblos que sintieron más de cerca su influencia, hay todavía idolatras suyos que se atreven en esta hora de progresos morales y de acrisolaminto histórico, a llamarle sincero y grande republicano; demócrata eximio y sin igual en el Nuevo Mundo, patriota respetuoso de la voluntad de los pueblos: *amigo de los Congresos!*...

Respecto al de Panamá, ya conocemos el *panamá* que confesó en Bucaramanga.

Pero la moral de Bolívar era inaudita.

No se había secado bien la tinta de aquella famosa carta al Prefecto Gamarra,

cuando refiréndose a la Revolución de Lima que derrocó la *famosa Arca Boliviana,* le escríbia el 20 de Febrero al mismo *Prefecto Gamarra*:

"Calcule Vd. cual es mi dolor por esas sucesos, viendo su orígen en las tropas Colombianas, que tanta gloria han dado a la patria y al nuevo mundo. No estoy tan sorprendido, como indignado, *pues yo bien preveía que en Lima ocurrirían asonadas. ¡¡Confieso que yo siempre miré mal el modo con que se adoptó la constitución"!!....*

He ahí en crudo la moral del hombre a quien se pretende levantar por sobre las virtudes de San Martín!

¡El "amigo de Congresos" que le jugaba la manganeta en el Perú para imponer con los Prefectos, subrepticiamente,—sin participación del pueblo—el armazón del trono vitalicio que se preparaba, reniega de su obra cuando le descubren toda su fealdad y díceles a los mismos con quienes preparó la trampa:

"Yo siempre miré mal el modo con que se adoptó la Constitución"!

Bolívar estaba *divino!....* y tenía razón por que se trataba de las peripecias de su *"Código divino"* como lo recuerda Soldan en una de sus rarísimas y veladas sátiras. (1)

(1) Obra cit., Tomo II, foja 143.

*
* *

Hay más todavía, Bolívar dice: "no estoy tan *sorprendido,* como *indignado"* por que la revolución que tronchaba su poder y sus constituciones petonianas en el Perú, había sido promovida por fuerzas colombianas.

El *caudillo-estadista* (perdónenos Santa Lógica, la contradicción) no se indigna ni sorprende por las desgracias reales que aquellas cosas importaban para la tranquilidad y felicidad del Perú: solo se indigna porque vé a las bayonetas colombianas conspirar contra su obra en el Perú,—bayonetas que eran su único argumento y su únca fuerza real con que contaba para imponerse en el país subyugado, que se le iba de entre las manos.

El mismo Baralt tan parco para condenar al Caudillo escribe: "que las tropas de Colombia *eran odiadas en el Perú* (como lo han recordado todos los gefes argentinos que nos han dejado memorias escritas); que aquel pueblo las acusaba de proteger su opresión y que el Consejo de Gobierno que dirijía entonces el país dió pasos oficiales para extender la autoridad del libertador en toda aquella tierra, sin curarse mucho de la voluntad nacional, *es*

*cosa que no se podría negar el día de hoy sin renunciar a la razón y a la verdad".* (1)

Sucre, más sensato y avisor que Bolívar, dice Paz Soldán—le enrostró por no haber sometido a un Congreso del Perú "la aprobación de su *Código divino* y no dudó que su *decantada fuerza, solidez* y *beneficios,* solo existirían en el papel, desaparecendo al primer esfuerzo que se hiciera para destruirlo" (2). No se le podrá ir pues, al Mariscal Sucre, a pesar de su amor a Bolívar, con estos cuentos modernistas sobre el *divino* afecto de Bolívar por los Congresos...

Comentando en aquellos días el hábil W. Tudor las cartas que enviaba Bolívar al Perú, por el estilo de la escrita a Gamarra, le escribía al Dr. Javier Lima Pizarro. (Enero 29 de 1827).

"¿Cómo puede suponerse que con la ambición desmedida, con el carácter ardiente, *después de haber violado todos los principios y deberes más sagrados, después de tantos crímenes en fin,* este hom-

---

(1) José María Baralt - Historia de Venezuela, Tomo II, pág. 170.

(2) Obra cit., Tomo II, pág. 143.

bre deje escapársele el imperio de los Incas *que él creía seguro?* De ninguna manera! Esté usted persuadido que él ha querido únicamente engañar a su país; que irá a Venezuela sólo para atraer a Paz y otros a sus intentos; que se embarcará en algún puerto para Porto Bello, de allí a Panamá y después acá; y sin esta resolución lo hubieramos visto aquí estableciendo su sistema abiertamente, *continuando sus íntrigas contra Buenos Aires y Chile,* y dejando a sus agentes e intrigantes trastornar su país, para caer al fin en sus garras".

Estas notas de sincero patriotismo, que emanaban de los pensamientos más altos de los contemporáneos en el Perú, son el ejemplo de comprobación hitórica más firme que pudieran hallar los críticos del bolivianismo moderno, para edificar con la verdad y no con la novela risueña a las generaciones del presente, anciosas de acrisalar las virtudes de sus mayores con los méritos que realmente les hayan asistido, y de separar definitivamente del acervo de sus glorias patrias, las luces y las sombras que las matizan, para precaverse de las enseñanzas malignas de estas e inspirarse en las primeras, que son la antorcha con que los pueblos bien nacidos emprenden la marcha al porvenir.

# El Génio, el brazo y el oro Argentinos

## En la expedición emancipadora del Perú

## CAPITULO IX

*Las glorias nacionales no se cotizan ni pueden ser robadas por extraños.—La redención política del Perú fué pensamiento y obra del genio, la sangre y el tesoro argentino.—Decreto del* 28 *de Marzo de* 1822.—*Las erogaciones comprobadas y aún hoy comprobables del gobierno argentino en favor del Perú.—Las grandes palabras de Pueyrredón.—Las instrucciones de San Martín: el tratado argentino-chileno de* 5 *de Febrero de* 1819.

Tiene de grande la figura de las naciones surgidas a la vida, como la Argentina, a costa exclusiva del heroismo y las virtudes de su raza, que la diadema con que se presenta ante la posteridad, está formada piedra por piedra, por las conquistas de sus propios esfuerzos; por la cosecha de sus glorias; por los timbres de la grandeza moral que sus sacrificios enérgicos acrisolaron durante la marcha de su incoercible gestación. La historia patria nos enseña que las glorias de un pueblo bien nacido no se compran: son sangre de su sangre y huesos de sus huesos, como la sentencia bíblica se expresa.

"El oro y el marfil" de nuestra cuna nacional, a la inversa de la de los reyes, es riqueza de las venas de su pueblo y primor de sus primores.

Ello explica la razón porque son tan caras al alma argentina las glorias de su génesis nacional. Los hombres que vivieron la vida de esas horas grandiosas sintieron con orgullo aquella característica honrosa de "Las Provincias Unidas del Sud": en 1812 el Dr. Manuel Moreno terminaba la biografía del inmortal *Secretario* de la Junta de Mayo de 1810, con estas palabras memorables: "Los americanos del sur, luego que hayan tocado por si solos el término de sus actuales trabajos, podrán decir con arrogancia digna de hombres independientes: *La felicidad de que gozamos, no la debemos sino a nosotros mismos: ninguna nación podrá pretender nuestra amistad sin haberla antes merecido*".

Esta era la arrogancia de los hombres libres de las provincias argentinas en 1812. Si entonces tan celosos eras de las glorias del Plata, cual no lo serían después cuando fueron sembrando por el suelo de la América desde el puerto de Patagones hasta el Ecuador, su genio, sus tesoros y su sangre en obsequio de la redención social del continente!

Ese legado moral pesa cotidianamente

sobre las generaciones que se vienen sucediendo en la trama de la existencia nacional y las obliga a cuidarlo y mantenerlo íntegro del asalto vandálico de la envidia y los celos incapaces de emulaciones dignas de él.

Escamoteada por los escritores venezolanos la figura moral de San Martín a fin de que Bolívar pueda alcansar su misma altura ante la historia, escamoteanle también al pueblo argentino sus radiosos laureles del Pacífico y el Ecuador, ofreciendóselos a Chile como su oriundo y exclusivo dueño. De esta manera, y merced al ensalmo de la providad y la sabiduría histórica de los plutarcos bolivianos, la historia argentina se habría extinguido del otro lado de los Andes con el eco del último cartucho de Maipú.

¡Es la supervivencia del espíritu de Simón Bolívar, floreciendo en la pluma de sus hijos a la hora del triunfo inequívoco del espíritu de San Martín y del genio argentino sobre la parte de civilización más avanzada del Continente!

*"Con dinero, bandera, escuadra e instrucciones chilenas, San Martín invade el Perú"*,—esclaman los glorificadores de Bolívar.

Resulta pues que según estos nuevos maestros de la historia americana, la Expedición Libertadora del Perú, inciada por los patriotas argentinos el 24 de Ma-

yo de 1810; detenida en la traición de Huaqui sobre la margen del Desuguadero en 1811; mantenida hasta 1815 en todo el territorio del alto Perú; acordada en 1816 por el camino del Pacífico entre San Martín y el gobierno del Directorio de las Provincias Unidas; y por fin realizada gloriosamente en 1819 con el genio, ejército, escuadra, instrucciones y oro argentino,—fué obra exclusiva de Chile.

Esta es la rotunda afirmación de aquellos escritores; y sin embargo ni pretexto de falta de notorios antecedentes literarios tienen para alegar obscuridad sobre esa página de las glorias argentinas, que fuljen como el sol, en el campo de las letras americanas.

El clásico historiador del Perú; clásico y honorable como lo llama el Dr. Don Vicente López que lo cita,—el ya recordado don Felipe Paz Soldán, ha escrito a tal propósito esta sentencia: "Jamás se presentará más grande la Nación Argentina, que en esa época en la cual apesar de que cada provincia se ensangrentaba contra la otra y se devoraba por la guerra civil, *ostentaba sin embargo su poder en el exterior dando libertad a Chile y preparándose también a dar libertad al Perú*". (Vol. 1.°, pág. 42).

Tan insospechable de circunspección y de saber como el historiador peruano, es

el ilustre general don Tomás Guido, aquel noble argentino a quien devoraba la ansiedad de ver lanzada sobre el Perú las huestes del ejército de los Andes, poniendo en servicio de aquel anhelo de su gobierno y de su pueblo los esfuerzos más grandes de su ardoroso patriotismo. Y bien, este hombre que estuvo en todos los secretos de aquellos trabajos desde antes del paso de los Andes por el general San Martín y que fué de los primeros autores de la empresa, ha dicho a la faz de la América y del mundo entero que la Expedición Libertadora al Perú no sólo fué iniciada y meditada por el gobierno de las Provincias Unidas, sino que su realización jamás hubiera tenido efecto sin el genio de Mayo; sin la fuerza de las armas argentinas y sin la abierta generosidad de su oro y sus sacrificios de toda especie.

Entre los historiadores que con más detención han tratado de descubrir el monto aproximativo de los caudales entregados por el gobierno de Buenos Aires, para pertrechar la armada y el ejército de aquella expedición, el señor don Vicente Fidel López ocupa el primer lugar, como puede comprobarse pasando la vista sobre el capítulo octavo, del tomo séptimo que le dedica integramente a ese impor-

tante punto de la historia patria. Como síntesis de las demostraciones que esclarere nos enseña así: "El general San Martín nos aseguró la independencia arrojando de Chile las armas del Rey de España. Llevó con gloria nuestras huestes al Perú, y lo puso en el fime camino de su emancipación. La honradez de su manejo es intachable; y se necesitaría toda la pervesidad de un perdulario procaz como Cochrane o de un escritor prevenido y parcialísimo como el marino español señor Lobo, para pensar y decir otra cosa; hoy, sobre todo, que las virtudes de nuestro ilustre guerrero estan en la conciencia de todos, y que son de una verdad luminosa en nuestra historia. Cuanto pasó por su mano, lo empleó en el éxito de la noble causa que servía; y bien poco gastó por cierto, si se contraponen las erogaciones y los resultados que obtuvo. *Pero no es menos cierto también que con una insistencia dura e inflexible cargo su mano sobre nuestro gobierno y que todo lo hizo a costa de nuestro país y de sus recursos*".

* * *

¿Cuáles son los fundamentos históricos que todas estas afirmaciones pueden tener hoy para nosotros, según los docu-

mentos fehacientes que obren al alcance de nuestra investigación?

Muchos y terminantes. Y para el objeto de la presente réplica, me bastaría uno sólo que es como el principio y fin de la prueba que la más exijente testificación hictórica pudiera pedir. Se encuentra en el Archivo General de la Nación; en los papeles legislativos de la Provincia de Buenos Aires y en el tomo II del Registro Nacional de la República Argentina. Hele aquí: "Departamento de Relaciones Exteriores, Marzo 28 de 1822. El Ministro Secretario de Hacienda ha instruído al Goberno, en acuerdo del día de la fecha, que se halla librada ya contra los fondos públicos la cantidad de Dos Millones cuatrocientos quince mil, trescientos diez y seis pesos tres reales, y además librada la de setecientos mil pesos, y que la cantidades que se siguen liquidando harán, por su cálculo prudencial, subir la deuda a Cuatro Millones y medio de pesos. Llevado el Gobierno por esta comuncación a considerar su responsabilidad para con la provincia, sobre que carga tamaño empeño, se ha fijado en el convencimiento de que aún prescindiendo de la parte que esta provincia ha suministrado a los suplementos hechos por los Gobiernos generales que han precedido para la libertad de Chile y del Pe-

rú, y no haciendo mención de otras consideraciones de igual fuerza y conducencia, faltaría ciertamente a lo que debe a todas las provincias de la Unión, y especialmente a la que administra, si cuando apura sus recursos en satisfacer las deudas pasivas, así generales como particulares, de los indicados pueblos, no empleará los medios que están a sus alcances y que son compatibles con la dignidad y justificación que deben caracterizar todo Gobierno, para obtener el pago o poner al menos en seguridad las deudas activas. Cumpliendo pues, con un deber que las circunstancias hacen exigentes, el Gobierno ha acordado y decreta: 1.° El Ministro Secretario de Relaciones Exteriores queda autorizado a conferir a un sujeto hábil, la comisión y poder correspondiente para liquidar y obtener *el pago de la deuda de los Gobiernos de Chile y Lima, resultante de los suplementos hechos para la libertad de ambos países por el Gobierno de las Provincias Unidas.* Art. 2.° Las instrucciones que se darán a dicho comisionado serán arregladas a las bases siguientes: Primera: reconocida la deuda, solicitar que el pago se haga por partes moderadas cada año, enterando las cantidades que se satisfagan en la caja de amortización establecida en esta ciudad para reíntegro de los fondos crea-

dos para cubrir la deuda del estado. Segunda: si ambos o uno de los dichos Gobiernos está en la imposibildad o considerase serle estremadamente gravoso el pago en la forma que detalla la base anterior, solicitará el comisionado que se pague anualmente el seis por ciento de interés del capital a que monte la deuda, por el espacio de tres o seis años, al vencimiento de los cuales deberá empezarse el pago del capital e intereses que correspondan al capital restante, hasta su chancelación; debiendo en este caso, como en el anterior, enterarse toda la cantidad en la caja de amortización. Tercera: si uno o los dos Gobiernos preindicados no pudiesen ajustarse a las dos bases anteriores, se contraerá el comisionado a recabar el que, liquidada y reconocida la deuda, se obligue a satisfacerla con el interés del seis por ciento, cuando sean requeridos por el Congreso o Gobierno General de las Provincias. Cuarto: el comisionado será facultado a obrar con toda generosidad en la designación de plazos y cupos, y especialmente respecto del Gobierno de Lima, atendiendo a la guerra que tiene aún que sostener. Art. 3.° Este decreto será inserto en la credencial del comisionado. Art. 4.° La razón de las deudas de los Gobiernos de Chile y Lima,

que ha presentado el Secretario Ministro de Hacienda, y todo lo concerniente al cumplmiento de este decreto será publicado por pliego adicional al Registro Oficial. Art. 5.° El Ministro Secretario de Relaciones Exteriores y Gobierno queda encargado de la ejecución de este decreto, que se insertará en el Registro Oficial. Bernardino Rivadavia, Francisco de la Cruz, Manuel José García".

Al día siguiente el Ministro del ramo daba cumplimento a esta disposición nombrando comisionado ante los Gobiernos de Chile y Lima al señor Don Félix Alzága, en la siguiente forma: "Buenos Aires, Marzo 29 de 1822. Para desempeñar la comisión cerca de los Gobiernos de las Repúblicas de Chile y Lima, acordada por el Gobierno de la Provincia en el decreto expedido con fecha 28 del presente mes de Marzo, el Ministro Secretario de Relaciones Exteriore, autorizado por el artículo primero, ha vendo en nombrar, como efectivamente nombra por el presente, para el ejercicio de la comisión preindicada, al comerciante de esta ciudad, coronel del Regimiento del Orden, Don Félix Alzaga. Elévese al conocimiento del Gobierno para los efectos ulteriores y dése por nota del Ministerio en

el Registro Oficial. Bernardino Rivadavia" (1).

***

Al crítico de Hispania, tanto como a los estudiosos sinceros de la historia argentina de cualquier parte de América que deseen obtener los antecedentes de este capítulo de nuestro pasado, les será feliz seguramente, saber que en nuestros archivos públicos, abiertos a todo el mundo, hallarán piezas notables donde podrán informarse luminosamente del esfuerzo pecunario que nuestras pasadas generaciones hicieron en servicio de la libertad de sus hermanos continentales.

Con el título "Armamento marítimo del Pacífico" se encuetran fragmentos de la documentación relativa a la campaña del Perú en el Archivo General de la Nación y en el del Ministerio de Relaciones Exteriores, siendo casi seguro que entre los documentos históricos de la Provincia de Buenos Aires se halle el interesante legajo que en 1822 llevó consigo a Chile y al Perú el señor don Félix de Alzaga; con los cuales, y las piezas citadas por Mitre y López, así como las que exhu-

(1) Por la ley del 23 de Agosto de 1822 se ordenó el pago íntegro de los sueldos devengados por la tropa, oficiales y jefes argentinos del ejército expedicionario al Perú, que no habían sido pagados en aquel país. (Registro Nacional de la República Argentina Tomo II).

mó el doctor Alberto Palomeque sobre la misión argentina a los Estados Unidos encargada de adquirir barcos de guerra para la expedición, (1) no sería difícil restaurar bien aproximadamente el monto total de lo que costó al pueblo argentino la independencia del Perú.

Pero nó! Con antecedentes como aquellos; en presencia de aquellas leyes y decretos sobre el crédito activo de las Provincias Unidas contra las repúblicas de Chile y el Perú; en presencia de las declaraciones expresas de los Gobiernos de ambos países y de sus historiadores, hay americanos que con objeto de menguar la noble historia del patriotismo argentino en los grandes días de su revolución, sostienen que la libertad del Perú fué hecha puramente con plata chilena! La sensatez de los honrados dará la respuesta que estos hombres se merescan.

*
* *

A fines de Julio de 1818 partió de Buenos Aires la misión argentina compuesta de don Hermenegildo de Aguirre y el egregio don José Gregorio Gómez Orcajo, llevando cien mil pesos salidos del tesoro argentino.

---

(1) "Orígenes de la Diplomacia Argentina". Buenos Aires 1905.

En esos mismos días el gobierno "acababa de pagar y completar el armamento de la Corbeta Chacabuco que hacía apenas veinte días que había marchado al Pacífico", y enseguida "compraba en ochenta y seis mil pesos el hermoso bergantín de guerra "Eolo" perteneciente a la compañía inglesa de las Indias Orientales que tomó el nombre de Maypú" (1).

Guido, mientras tanto, escribía a Pueyrredón que Chile no tenía un peso con que hacer frente a los gastos de la armada. El Supremo Director argentino le contestó: "Se queja Vd. de la escacez de fondos de esa tesorería para hacerme ver que es imposible mandarme *ni veinticinco mil* pesos de los cien mil ofrecidos para el armamento naval. Estoy persuadido de ello; y he tomado con anticipación medidas para que *nada falte a las fragatas de Norte América luego que lleguen, y para acompañarles un fuerte bergantín* que ayudará a la empresa; pero no puedo conformarme con *tener que vestir ese ejército a costa de este estado,* según lo pide Balcarce en su última. Acabo de levantar un empréstito de quinientos mil pesos en este comercio que dificulto se lle-

(1) V. F. López - "Historia de la República Argentina"- Tomo VII, foja 280.

ne, y puede Vd. graduar mis aflicciones cuando he recurrido a este arbitrio violento y ruidoso". Este empréstito sin embargo, permitió que O'Higgins asegurase el pago del Cumberland, y que unido a los antiguos *Whithman y Eolo* y la fragata Lautaro, formasen la base sólida de la escuadra patriótica del Pacífico.

Vea aquí el crítico venezolano, hasta que grado llegaba el esfuerzo del patriotismo argentino en favor del Perú: no les bastaba a los nobles patricios esquilmar a su pueblo para obtener aquella escuadra, si no que aún querían que a más de los soldados argentinos también los soldados chilenos vistiesen trajes pagados con dinero de la República del Plata. Y así fué. San Martín se retiró a Mendoza, después de arreglada la parte financiera de la misión a los Estados Unidos, llevando un cargamento de vestuarios para el ejército de la próxima expedición, a más de treinta y ocho mil pesos "para pagamento del ejército", y una vez llegado a la famosa ciudad andina, sacó todavía de ella gran cantidad de víveres remitidos a Chile junto con las tropas de mulas que los conducían e iban destinadas al servicio del ejército.

*
* *

En Julio de aquel año (1818) salía del puerto de Buenos Aires transportando doce piezas de artillería "el hermoso bergantín de guerra Maypú, así como ciento cincuenta marineros excelentes para la tripulación de los dos buques y *todos los paños y demas aprestos para cuatro mil quinientos hombres del ejército de los Andes.*" (1).

¡Pero nó, repito! El pueblo argentino nada hizo por la libertad del Perú! Ni hombres, ni genio, ni dinero, ni nada dió a la causa de la expedición a Lima, que fué la primera inspiración de la empresa de Mayo! De San Martín abajo, del primer al último cobre, todo lo que se sacrificó, todo lo que se gastó, fué obra exclusiva de los carrerinos del señor crítico y de Santo Estúpido de los Milagros...

*
* *

Al poco tiempo de regresar San Martín á Santiago, le escribió Pueyrredón anunciándole que del empréstito de los quinientos mil pesos se había obtenido "solo una tercera parte", por el exceso de gravamen es que pesaban sobre los habitantes

(1) Correspondencia de Togle con San Martín. Mendoza 31 de Julio de 1818.

de la capital;— de donde resulta que con lo entregado al señor Aguirre; lo llevado por San Martín, y lo remitido a bordo del Maypú,—sin contar otras erogaciones como las hechas por los Gobiernos de Mendoza y de San Juan,—en menos de cuatro meses el Directorio Supremo de las Provincias Unidas había desembolsado para dar cima a la expedición libertadora del Perú, *arriba de cuatrocientos mil pesos,* quedando a pagar como *seiscientos cincuenta mil* del dinero tomado por San Martín al correo que conducía hácia Buenos Aires valores pertenecientes a españoles de Chile y otros particulares. Al fin de la expedición, con el costo de los barcos traídos de Estados Unidos por Carreras y que adquirió el Gobierno de Buenos Aires, el desembolso total por operaciones marítimas debió subir, moderadamente calculado, muy arriba de *un millón de pesos,* con que el sacrificio del patriotismo argentino contribuía abnegadamente a la independencia del Perú y al definitivo dominio del Pacífico.

Desde Montevideo donde se había refugiado, escribíale Pueyrredón a su ex ministro de Hacienda don Esteban Agustín Gazcón en 3 de Marzo de 1820 una interesante carta en que a la vez de sincerarse de ciertas críticas de sus adversa-

rios políticos hace las interesantes revelaciones de que, aún el mismo costo del pasaje de los comisionados a Estados Unidos (Aguirre y Gómez) fué pagado por el Gobierno de Buenos Aires y que también abonaba "Los gastos diarios de la tripulación de las fragatas Horacio y Curiacio desde que llegaron al puerto de Valiza". (Documentos del archivo de Pueyrredón, tomo IV).

*
* *

Frente a la palabra insustancial de los que odian y calumnian gratuitamente la historia del pueblo argentino, se alzará eternamente la de los hombres virtuosos que vivieron aquella actualidad y presidieron los destinos de su revolución. Hablando a las naciones de la tierra en 1817, en un sereno y alto documento donde hacía la sintesis del estado político de las Provincias Unidas, estampa Pueyrredón estas palabras: "El pueblo grande de Buenos Aires, *a quien no puede disputarse el mérito de haberse empobrecido por auxiliar a los pueblos hermanos* en su gloriosa lucha, *jamás ha mirado con envidia ajenos laureles..... Nos era desconocida la inmensidad de nuestros recursos y nuestros enemigos contemplarán con*

*asombro el presente estado de prosperidad de las Provincias después de tantas desvastaciones.*"

Esta era la manifestación del Director argentino en 1817. Ya sabemos los sacrificios que aún le esperaban al mismo pueblo, y la historia conoce que la exclamación del ilustre mandatario: "jamás ha mirado con envidia ajenos laureles", era una noble y grande verdad. La República Argentina no siente bajas emulaciones y el espíritu de su pueblo, eminentemente americanista, sólo siente fraternidad y simpatía hacia los pueblos de la América latina.

Con respecto a que el genio y la sangre argentinos se prodigaron y presidieron todos los movimientos de la Expedición, sería ridículo esforzarse en demostrarlo. Todo el elemento civil, es decir la base de la sabiduría política que iba del Plata a implantar en el Perú los principios de la Revolución con San Martín a la cabeza era argentino:—Guido, Monteagudo, Alvarez Jonte, Martínez de la Rosa, etc. De los 4430 combatientes desembarcados en Pisco, 2313 era tropa argentina, toda veterana del ejército de los Andes, y 1805 del ejército de Chile. En este ejército solo tres batallones,—los tres chilenos,—eran mandado por jefes de esa nación

hermana; todos los demás, así como el cuerpo militar directivo de la expedición estaba en manos de guerreros argentinos.

Creyendo amenguar las glorias de la cruzada que le pertenecen por tan legítimos títulos a las Provincias Unidas, el escritor venezolano nos enrostra que "con bandera chilena" se hizo aquella; pero se olvida que esa "necesidad política", de que habló San Martín bien pudo silenciarse, como se silenció, en el tratado del 5 de Febrero de 1819 que acordaba la concurrencia del gobierno argentino y el chileno en la empresa, desde que había sido brazo argentino el que levantó la bandera hermana de entre el glorioso polvo de Rancagua al son de las dianas triunfales de Chacabuco y Maipú.

Y en cuanto a que llevó instrucciones chilenas, San Martín desmintió en vida sin que nadie le contradijese que se hubiera pretendido imponerle las qué, después de la expedición se dijo había preparado el Congreso de Chile.

Las únicas instrucciones que rigieron sus actos políticos,—pues los militares fueron de su exclusiva inspiración—eran las que estaban implicitamente contenidas en el tratado argentino-chileno, arriba mencionado, por el cual se acordaba la emancipación del Perú; la forma

y oportunidad en que se reclamaría del país redimido "el pago de las costas de la expedición libertadora," y la mútua garantía "de la Independencia del Estado que debía formarse en el Perú libertada que fuese su capital."

Este "Tratado Especial" fué firmado como he dicho en Buenos Aires el 5 de Febrero de 1819 por los plenipotenciarios Drs. Gregorio Tagle y Antonio José Irrizarri, e inmediatamente ratificado por los gobiernos argentino y chileno.

Pero a los escritores del bolivianismo moderno y al autor de *Crítica Historica* de "Hispania", especialmente, todo se les puede perdonar en razón de su ignorancia y de la educación moral de la escuela a que pertenecen.

Omito otros puntos acerca de la persona del Capitán Argentino, que son vulgaridades, como la actitud que le atribuyen en Maipú y en la conspiración de los prisioneros españoles de San Luis, porque en presencia de su esclarecimiento histórico, no es posible tratarlos hoy sin desdoro de la circunspección literaria,—y doy término a estas páginas que son para mí, por la intención que las inspira y por su método, un paréntesis abierto entre el asalto bolivarista a la historia argentina y la amplia dilucidación,—que vendrá for-

zosamente,—de las dos grandes figuras que constituyen su principal objeto: José de San Martín y Simón Bolívar.

Mucho de fastidio se ha deslizado por entre las incidencias de la réplica que he debido hacer para corregir las falsías con la verdad documentada de nuestra historia, pero me he resarcido de él, sintiendo continuamente en lo secreto del espíritu, el eco de una voz fuertemente adherida a mis recuerdos. Es la de un inmenso corazón, que no necesito nombrar: Tenía ante sus ojos el escenario y la sombra de San Martín, durante la batalla de Maipú, cuyos preludios se proponía describir, y decía con unción estas palabras: " Seguiré las impulsiones de mi corazón; consultaré los pocos datos escritos que encuentro; imploraré en mi auxilio la tradición ya confusa de hechos tan recientes, medio muertos cuando aún pudieran estar palpitantes y rebosando de vida; me aproximaré con religioso encojimiento a estos monumentos vivos, pero mutilados por el plomo y la cuchilla, que han sobrevivido a sus compañeros de gloria, para interrogar sus recuerdos, para resucitar en sus grandes ánimos aquel entusiasmo sublime, aquel *viejo* patriotismo que les hizo obrar tantos milagros. Y si por ventura siento, al escuchar de sus labios la requerida relación, conmoverse todo mi ser,

y las lágrimas asomarse a mis ojos, envidiándoles su desvalimiento presente, a trueque de haber merecido llevar una sola hoja de los laureles que yo percibo en sus augustas frentes, que los trabajos, más que los años han rizado; y si todavía puedo darme cuenta a mí mismo de las impresiones que he recibido, señalaré el día en que tales sensaciones experimento, como uno de esos días que están colocados en la trama de una vida para que ella no sea del todo indiferente ".

Nunca será bastante lo que almo América ejecute por la memoria del General San Martín. En días próximos, cuando las hélices de las naves de todas las banderas del mundo agiten en el *Istmo* las aguas de los dos océanos abrazadas en el centro de ambas Américas, la ciudad *De* Los Reyes alzará sobre su pedestal enhiesto la gallarda figura de su Libertador, pero el *viejo* voto de sus grandes patriotas, estará aún incumplido, a la espera de que las generaciones actuales, realizando su voluntad, erijan sobre las playas de Pisco el monumento que le decretó hacen ochenta años, en cuya base, mirando al Oriente, mandaron se esculpiese este lema, que las generaciones americanas repetirán indefinidamente: *"Multa meruit facere; ille magis "*.

# ANEXOS

## Política diplomática de Rivadavia y Bolívaren el Perú y el resto de América.

### CIRCULAR A LOS ESTADOS AMERICANOS

Buenos Aires, 5 de Febrero de 1824.

El gobierno de Buenos Aires, hecho cargo de sostener la independencia que el país, á cuya cabeza se halla, se ha conquistado, y *en el deber de vigilar por la seguridad de la que han proclamado las Repúblicas hermanas* y *unidas del continente americano,* se dirige (a tal gobierno) para poner en su conocimiento lo que por las últimas noticias de Europa acaban de saber se dispone por la España para prolongar la guerra del Perú, y dificultar en consecuencia el goce amplio de la emancipación porque aquel país lucha con constancia y con firmeza, procediéndola de una breve exposición sobre la observación que sus circunstancias le han permitido hacer con respecto

a Euoropa en su tendencia a ingerirse en los negocios de América. Desde que las potencias continentales del mundo antiguo reportaron de la invasión del gobierno Francés sobre la Península Española, el triunfo decisivo de que han instruído los diarios de Europa y América, el gobierno de Buenos Aires previniendo ya por las declaraciones oficiales que aquel gobierno produjo con anterioridad respecto de las que denominaba Colonias Españolas, y ya por lo que estaba en situación de calcular sobre las miras generales de los tronos que han decidido resistir por todas partes lo que llaman revolución, redobló su celo por ponerse al corriente del tiempo y del modo en que se desplegarían unas ideas que ya había previsto al convidar a los nuevos estados a tomar parte en el triunfo del sistema representativo en Europa. Pero como casi todas las noticias llegaban envueltas en aquellas contradicciones a que dá margen el entusiasmo, la falta de interés nacional y el espíritu de partido con que la cuestión de Europa con respecto a América se ha tratado y debe tratarse en el mundo antiguo, poco había podido el gobierno de Buenos Aires avanzar hacia la actitud que creía indispensable adquirir para acordar un plan de operaciones que consultase todos los intereses que deben tenerse en vista, y

garantiese el único resultado a que es dado aspirar a un Gobierno con honor. Los anuncios de nuevas expediciones preparadas por el Gobierno de España para reconquistar su dominio en América, después de su restablecimiento al trono absoluto, continuaron repitiéndose en los papeles públicos de Europa, pero además de que estas mismas noticias eran contradichas por otro scanales iguales de comunicación, el gobierno de Buenos Aires, que como todos los que han guerreado con la España está en la actitud de medir sus fuerzas y recursos, haciendo un justo aprecio de éstos, daba el crédito merecido a los amagos que se le representaban. La España, pues, por sí sola, no podía ser considerada por el Gobierno de Buenos Aires con esa importancia que se le ha atribuído por suponerle capacidad de empeñarse aisladamente en recuperar por la fuerza lo que no había podido conservar con esta misma, unida a lo vivo de las relaciones que le ligaban a América, cuando esta empezó a dejar de pertenecerle, y a la educación de que ya se halla libre, y aún cuando era de presumir que las potencias del continente Europeo por el intermedio de la que está al frente de todas en las relaciones con España, la Francia, supliesen lo que a ésta le faltaba para la completa reconquista de lo que llaman la

paz del mundo, el gobierno de Buenos Aires debe observar:

1.° Que él calculaba que las potencias del continente Europeo, reconociendo la incapacidad *de facto* del gobierno Español, aún para mantener su propia dignidad, pocas ó ningunas esperanzas ha debido éste fundarles de que su personería podía ser suficiente para una empresa de tanta consideración y mucho menos para conservarla cuando no se basta a sí misma.

2.° Que aún cuando estas mismas potencias en su empeño de arreglar el gobierno del mundo a su modo, después de haberlo hecho en Europa, aspirasen a hacer lo propio en América, era difícil suponerlas tan destituídas de sentido que una segunda empresa tal la fiasen al éxito de una batalla a dos mil leguas de distancia. En resultado, pues, de estas observaciones el gobierno de Buenos Aires, sin embargo de no conseguir dato alguno seguro sobre lo que debiera llamarse la resolución definitiva de la Europa con respecto a América, se inclinaba a no deber esperar una que fuese del género más comúnmente indicado; pero sin renunciar por esto, al convencimiento en que ha estado, de que la intención por parte de las potencias continentales de Europa, a ingerirse en la política

del continente de América, habrá de desplegarse tarde o temprano, no en el nombre de la España, ni en aquella forma, sino en el de los Gobiernos a quienes ella debe las tinieblas á que ha vuelto y por negociaciones cuyo carácter es fácil percibir. El Gobierno de Buenos Aires se permite esperar que (tal gobierno) hallará innecesario que él se detenga á explanar los fundamentos que deponen en favor de la idea que deja escrita, como las que él se habrá formado respecto de las pretensiones y los medios de realizarlas que las potencias europeas encontrarían preferibles. Bastará agregar, que indicios muy vehemente llegaron últimamente á justificar la misma idea, porque se anuncia que del interior de los gabinetes europeos salía la de que entre ellos no extistía cuestión alguna sobre la independencia de América, aún cuando sí, sobre los principios de los gobiernos que se erigiesen en los diferentes estados en que ella está dividida. Cuando pues el Gobierno de Buenos Aires, prestando siempre a este objeto una atención preferente, empezó a percibir con alguna más claridad el modo en que las potencias del continente europeo desplegarían su decisión a ingerirse en la política de América directamente, creyó llegada la hora en que debía ponerse en acción, empezando por hacer

conocer sus ideas tanto a los gobiernos de los pueblos que forman la Nación de las Provincias Unidas, cuanto a los Gobiernos de los Estados Independientes por medio de sus Comisionados y Plenipotenciarios autorizados cerca de los unos y de los otros para promover lo más conveniente a los intereses americanos. Entonces comunicó que la nueva situación en que aparecía la Europa en su política relativa a América aumentaba la exigencia de los Gobiernos de las Provincias Unidas y de cuántos siguen los nuevos Estados para fijarse en una actitud que diera toda la fuerza física y moral posible para que los gabinetes de Europa en sus resoluciones no se decidiesen sólo por sus principios e intereses, sino también por la impresión que en ellos hiciera la opinión, que por tales medios les obligue las nuevas repúblicas a formar de sí, y también para que en la ejecución de las resoluciones de aquellos gabinetes, fuesen cuales fuesen, pudiese la América dominar por su saber y por su fuerza para mantener no sólo su independencia, sino el orden social que reclama la naturaleza de sus elementos.

Y cuando el Gobierno de Buenos Aires empezaba a recibir pruebas prácticas por parte de los gobiernos de la Unión de que la resolución de todos éstos es

decidida a emprender una marhca igual, recibe por conductos nada dudosos la noticia de que con fecha 11 de Diciembre, desde Gibraltar se comunica que iban a salir de Cádiz un navío, dos fragatas y dos buques menores con destino al Pacífico para auxiliar la reconquista del Perú; lo cual le ha hecho sentir también el deber de dirigirse al Gobierno de aquí Estado y a todos los Gobiernos independientes ya para instruirles de tal noticia y ya para hacer la manifestación terminante que corresponde en semejantes circunstancias. Antes cree el Gobierno de Buenos Aires deber repetir que en su parecer aún aquel paso hóstil no puede considerarse como una renuncia total a lo que hasta aquí ha parecido más probable con respecto a la clase de ingerencia que las potencias del continente europeo se darán en los negocios de América; esto es, influir en el cambio de los principios que los gobiernos de los nuevos estados han proclamado para que se nivelen por los que hacen la base de los gobiernos de los estados viejos; pues sobre subsistir las razones que han obrado en este cálculo, pueden agregarse las de que la Inglaterra indudablemente ha nombrado y enviado Cónsules, y la Francia, según noticias repetidas, se dispone a hacer lo mismo, siguiendo el primer modelo de

Europa; lo que es inconciliable con la idea de una hostilidad general por parte de las potencias, cuya representación parece tener el gabinete de las Tullerías. Más, sin embargo, cree el Gobierno de Buenos Aires y es de su deber declararlo terminantemente que dada la primera señal de alarma desde Cádiz, es llegado el caso, en que, cualquiera que sea la forma que la Europa adopte para interrumpir la marcha majestuosa e ilustrada que el continente americano sigue, los nuevos estados pongan en acción todos sus elementos, se eleven y empiesen a acreditar tanto de lo que son capaces como la extención que darán a la resistencia decidida y uniforme que es menester sancionar solemne e irrevocablemente contra todo ataque exterior que se haga, bien sea a su independencia, o bien sea a su libertad. Bajo esta base el Gobierno de Buenos Aires por su parte ofrece a (tal Gobierno) que con el mismo celo que hasta aquí, continuará adquiriendo y transmitiendo a su conocimiento, lo mismo que a los demás gobiernos de los estados independientes las noticias que obtenga ya sea por los canales ordinarios de comunicación, ya por los que las circunstancias le impelan a redoblar; que empleará todos los elementos con que cuenta para apresurar la reinstalación del

cuerpo nacional y preparar a éste la senda que bajo tal carácter corresponderá seguir para obrar con la eficacia y la firmeza que demandan tales circunstancias. Que en el entretanto (tal Gobierno) puede efectivamente marchar en la inteligencia de que el Gobierno de Buenos Aires está en actitud y en la resolución de cooperar activamente a cualquier plan preliminar que el Estado del Perú haga necesario. Y que desea ansiosamente se le haga la justicia de creer que al celo con que él ha obrado para reglar y establecer la paz general excederá hasta el término que la necesidad lo comande, la energía que ha de desplegar para conquistar esta misma paz fijando irrevocablemente la independencia y la libertad. El Gobierno que suscribe saluta, etc., etc.

*Bernardino Rivadavia.*

## Rivadavia al Plenipotenciario argentino en Perú y Colombia, coronel Félix de Alzaga.

Buenos Aires 17 de Enero de 1824

El Ministro Secretario que subscribe reuniendo en toda su plenitud la autoridad superior por la ausencia temporal del Exmo. Sr. Gobernador de la Provincia se dirige al Señor Ministro Plenipotenciario cerca de Chile, Perú y Colombia, para informarle que en la noche del día de ayer, llegó a esta ciudad desde la de Salta, un extraordinario enviado por el señor General Las Heras, comisionado de este Gobierno cerca de las autoridades de S. M. C. en el Alto Perú; y lo que dicho General comisionado comunica oficialmente con relación a la Convención preliminar de 4 de Julio, cuya ratificación está encargado de negociar, es lo siguiente:

Que el brigadier D. Baldomero Espartero, comisionado por el General La Serna, para conferenciar con el General Las Heras sobre la convención citada, había

propuesto que ésta limitase sus efectos a las Provincias Unidas y los pueblos ocupados por las armas españolas, en consecuencia de lo que las Provincias Unidas debían retirar el ejército denominado de los Andes que existe en Lima, no auxiliar ni por mar ni por tierra a las repúblicas de Chile, Perú y Colombia, limitar las relaciones comerciales a efectos peninsulares, y a los del Perú y Provincias Unidas. Y convenir en una raya divisoria sólo por este lado, dando por razón substancial para todo esto, el que el General La Serna está bien instruído de que, a más de los comisionados que habían venido de España para las Provincias del Río de la Plata, debían venir otros para Chile, Perú, y con quienes se celebrarían Convenciones especiales; en suma porque la de 4 de Julio no era continental, sino limitada a las Provincias Unidas.

Que el General Las Heras, había resistido *por una razón contraria* estas proposiciones, sosteniendo *que siendo una misma la causa proclamada de los Estados mencionados, ligados éstos por unos mismos principios a mancumunarse para su sostén, y siendo la alma de la Convención de 4 de Julio el que la paz fuese general y simultánea,* no podía sin faltar *a las instrucciones de su Gobierno* dar a aquellas entrada alguna.

Que en su consecuencia, habiendo apelado el comisionado del General La Serna a la falta de instrucciones para dar a los convenios una extensión semejante, el General Las Heras había solicitado salvo conducto para internarse hasta el Cuzco, o cualquiera otro lugar donde residiese el jefe de los españoles, lo cual había quedado pendiente y en consulta que iba a hacer el brigadier Espartero.

Que el General Las Heras esperaba que el precitado brigadier Espartero fuese autorizado con plenitud de poderes para continuar la negociación, y que a él mismo se le permitiría internarse comunicando que para ganar tiempo salía de Salta, donde se habían tenido estas conferencias y se avanzaba hasta el territorio de Celocha ó Fojo, que ocupan las armas españolas y hasta donde únicamente se le permitía internarse antes de recibirse las comunicaciones del General La Serna.

Y que el General Las Heras sabía que aunque el General La Serna hasta entonces desconfiaba de la buena fe con que el Gobierno de Buenos Aires promovía esta negociación, con los pasos que ya se habían dado, se conseguiría desvanecer esta impresión y conducirlo a entrar en las negociaciones con la sinceridad de

que han sido acompañadas desde su iniciación por parte de nuestro Gobierno.

Estoy con los conocimientos que suministran los documentos oficiales que se han recibido, y de los cuales se dá noticia al Señor Ministro Plenipotenciario, para que instruya de ellos a los Gobiernos cerca de los cuales está autorizado, agregándose por lo que pueda convenir que se cree que el restablecimiento del Gobierno absoluto en España, acaso producirá en el ánimo de los jefes españoles en el Perú, una impresión más bien favorable a la paz, que a la continuación de la guerra, principalmente en aquellos que están en compromisos por pertenecer al partido liberal que ha sucumbido en la Península.

El Ministro saluda como debe al Señor Plenipotenciaro a quien se dirige.

*Bernardino Rivadavia.*

## Bolívar y el armisticio preliminar del Gobierno de Buenos Aires con España (4 Julio 1823) auspiciado por Rivadavia.

Correo extraordinario.

Lima, 6 de Febrero de 1824.

En la sesión pública del día 3 del corriente, se leyó en el soberano Congreso la nota que sigue. Ella es, no sólo un documento eterno entre los innumerables de que abunda la historia colombiana, de la previsión, sabiduría, y tino de S.E. el Libertador en los grandes negocios políticos y militares, sino que también dá un irrefragable testimonio de ese fuego inestinguible de santa libertad, de inefable patriotismo que arde en el pecho del inmortal Bolívar. Nombre que se identifica con la patria misma, dónde quiera que esta voz encantadora se emita de un corazón verdaderamente republicano! Peruanos! ¿Queréis patria y libertad? Bolívar está entre nosotros. ¿Esperáis go-

zarla? El ha prometido descender al sepulcro, prefiriendo siempre *la guerra y la sangre a la paz con los opresores.* Peruanos! Americanos todos! leed en esta nota los votos de un hombre, eminentemente heróico al que sólo anima la alma libertad, ese don incompatible con el vulgo de las pasiones!

*Secretaría general.—Cuartel general en Pativilca a* 24 *de Enero de* 1824. A SS. diputados secretarios del soberano Congreso constituyente del Perú. *Señores diputados.*—Tengo la honra de responder a nombre de S.E. el Libertador a la distinguida nota, que V. S. se han servido dirigirme con fecha del 14 del corriente, por orden del soberano Congreso constituyente del Perú. El Libertador se reconoce cada día más obligado a la ilimitada confianza con que le favorece la Representación nacional del Perú, y a la inmerecida consideración que le han dispensado siempre. Pero esta consideración, por fuerte y extraordinaria que sea, no inclina a S.E. a iniciar un dictamen que, en las circunstancias del Perú, es de una trascendencia vital. El armisticio de Buenos Aires es extensivo al gobierno de Colombia, y por consiguiente, S.E. tendrá que intervenir en esta convención, como jefe del ejército y departamentos del Sur de Colombia. Así.

S.E. cree que debiendo representar una parte sería impropio intervenir en otra. Además, las consideraciones, que ofrece la nota de V.S. a S.E., no pueden ser pesadas y juzgadas, sino por la conciencia y el interés propio; es decir, por el juez más favorable de una causa nacional. El Perú debe conocer, y conoce realmente mejor que ningún extraño sus recursos, sus relaciones, sus intereses y el supremo bien que le conviene. A él toca por consiguiente elegir entre la esclavitud y la muerte; entre las cadenas y los sacrificios; entre un mal pasajero y momentáneo y un bien perdurable y sin límites. Por su parte el Libertador jamás ha tenido sino un modo de ver; los sacrificios y la muerte le han parecido el colmo de la felicidad suprema, comparados con la tiranía; y la guerra y la sangre mejores que la sumisión y la paz con los opresores. Este será ciertamente el sentimiento que lleve al sepulcro el Libertador. Por lo demás S.E. se abstiene de indicar al soberano Congreso, ninguna idea que pueda inducirle a tomar una resolución inconforme con la salud del Perú; porque S.E. está profundamente persuadido, que la sabiduría del Congreso es infinitamente superior a su propia capacidad. Tengo la satisfacción de aprovechar esta oportunidad, para ofrecer a

V.S. mi distinguida consideración y respeto.—Señores secretarios.—El secretarios general interino.—José de Espinar.

## La pólítica de Bolívar en el Perú contra la influencia argentina.

Lima, Agosto 21 de 1826.

Sr. D. Manuel Sarratea—Londres.

Muy señor mío: Como podría ser interesante para la misión de que está Usted encargado por nuestro país el recibir noticias exactas de la situación de esta república y de su política, me he tomado la libertad de dirigirme a Usted con el indicado objeto, siendo también de mi deber hacerlo como Cónsul General de las Provincias Unidas.

La colección del único periódico que hay en esta capital, por sí sola dará a Vd. idea no sólo de la poca amistad que reina entre ésta y nuestra República sino de la tendencia y deseo que hay en este Gobierno de subvertir los principios, la opinión y aún la existencia del nuestro. No parece sino que fueran aliados del Brasil, según se quiere cortejarle y que han hecho todo esfuerzo para hacer

comprender a aquél que ni un sólo hombre ni un sólo peso servirá de auxilio a las Provincias Unidas y que a la par de aquél se conspirará en lo posible por desacreditarlas. En fin, lo anterior podría aún ser disimulable, pero lo que no puede serlo es la injusta provocación que se hace a nuestro Gobierno por hechos que después mencionaré y que conestan a un rompimiento, o cuando menos a una disimulación poco decorosa.

A pretexto de una conspiración contra el Gobierno y el Libertador que realmente no ha existido y que verá Ud. indicada en el Peruano, se han atropellado sin consideración alguna todos los respetos y consideraciones y se ha atacado a los hijos de las Provincias Unidas del modo más brusco y como no se ha hecho ni aún con los enemigos en lo más encendido de la revolución. Al día siguiente de la apertura de la comedia de conspiración se pusieron presos a varios paisanos nuestros en un cuartel, entre ellos a los Generales Necochea y Correa. Inmediatamente se tiró una circular a todas las provincias denunciando la *horrible trama* y concitando a los pueblos y sus gobiernos a prevenirse contra los conspiradores que debían ser *"ayudados por tropas argentinas y chilenas"* y ordenando que a todos los hijos de las Provincia Unidas resi-

dentes en el interior se les hiciere salir en el intérvalo de veinte y cuatro horas a presentarse en esta Capital sin contemplación alguna. Los efectos de esta circular se están principiando a sentir, pues están llegando hombres de toda clase, sanos y enfermos, residentes y avecindados con arraigo y sin él, e indudablemente vendrán algunos desde los confines del Territorio. A varios paisanos que residían en Pisco y a los presos aquí, se les ha tenido en prisión e incomunicación desde 5 a 12 días y por último se les ha puesto en libertad por mis reclamos sin tomarles la más leve declaración. Después el Gobierno dió un decreto por el cual *"Considerando la necesidad de conservar el orden y la tranquilidad del país"*, mandaba que todos los hijos de las Provincias Unidas que hubiesen pertenecido al ejército saliesen del territorio de la República en el término de 15 días. En fín, ha habido el ejemplar de mandar salir en el término de 3 días a un joven dependiente de una casa sin más motivo que haber pedido pasaporte para salir para Arica.

Yo espero sin embargo que mis reclamos templarán algo el furor con que había empezado la persecución porque también las noticias de una próxima transacción entre las Provincias Unidas y el

Brasil, recordará a estos señores que puede nuestro Gobierno quedar en una actitud respetable. A pesar de ello entiendo, aún que no puedo asegurarlo, que el General Sucre ha tomado de hecho o iba a tomar posesión de la provincia de Tarija, lo que indudablemente acarreará un rompimiento. En fin, por lo que hace a las prisiones aquí, ya han cesado y Necochea, Correa y otros salen absolutamente inocentes, pero el Gobierno conseguirá su objeto, pues Necochea se irá, y de este modo no habrá un hombre de opinión en el país sobre quien se pudieran fijar los que tengan deseos y poder para trastornar el orden actual.

El libertador se va para Colombia, pero se va electo presidente vitalicio de esta República, admitida la constitución que él dió para Bolivia y que remito a Ud. un ejemplar. Por descontado que la elección de Presidente y admisión de la Constitución se ha hecho del modo más ilegal que pueda presentarse. Lo verá Vd. indicado en el Peruano en una circular del Ministro del Interior y verá Vd. también el acta de elección. Es por la vez primero que yo veo constituirse un país por este medio queriéndosele dar un valor constituyente a una junta de hombres ignorantes y elegidos por el pueblo no para representantes, sino para elegir sus representantes.

Hablando a Ud. sinceramente y con el conocimiento que tengo del país creo que si se hubiese reunido un Congreso Constituyente (lo que no sé como sucedería, pues que el Gobierno y el Libertador cuando deshicieron el último Congreso fué porque se quería titular constituyente) habrían sin duda electo al Libertador y quizá se habría admitido la Constitución, pero entiendo que el Libertador a quien le interesa sobre manera el irse a Colombia a componer las disenciones entre el Ejecutivo y Páez y establecer de paso la Constitución misma, no convenía demorarse para que la cosa se hiciera legalmente. Encuentro sí, algo difícil que Colombia acepte la Constitución sin decir nada, porque la libertad de imprenta que allí hay, no puede el Libertador destruirla sin exponerse, y además hay allí un fuego republicano que no se apaga fácilmente, ni tampoco las respiraciones por federación. El gran proyecto que ocupa al libertador es la fusión de las tres repúblicas, Bolivia, Perú y Colombia, en una misma, bajo su constitución, bien sea por un pacto federal o bien por una completa fusión de las tres en una indisoluble. El proyecto es muy vasto y me creo que aunque el apoyo en las bayonetas lo hará realizable y quizá durable tanto como la vida del libertador, pero él será un

gérmen de una gran desoladura luego que él faltase. Además es muy probable que en la política de Mr. Cánning no sea muy aceptable la realización de un proyecto que será un establecimiento puramente militar. No sé tampoco como mirará el Congreso de Panamá un tal acto mucho más desde que habiendo salido para Méjico está fuera de la influencia de sistema aristocrático. El ministro Díaz Vélez nombrado por nuestro país aún no ha llegado por acá para reunirse al dicho Congreso.

Espero pues que estas noticias sirvan a Ud. de algo aunque le súplico que no haga uso de mi nombre, pues que esto podría comprometer mis intereses como comerciante.

Quiera Ud. creer soy con la mayor consideración su affmo. atento s.

E. Linch.

(Esta va en forma oficial en su cubierta para evitar sea abierta a su salida de aquí).

Consulado General
de la República Argentina en el Perú

Lima y Junio 16 de 1827.

El infrascripto Cónsul General de la República Argentina en el Perú, tiene la honra de acusar recibo de la distinguida comunicación que le ha dirigido el señor Encargado de Negocios Extranjeros cerca de S.M.B., con fecha del 19 de Diciembre. El abajo subscripto se informó pocos días ha solamente, que había quedado en ésa un Agente de su Gobierno. De otro modo hubiera continuado sus comunicaciones.

El Señor Gil debe haber sido informado antes del recibo de ésta, que en esta capital se efectuó el 27 de Enero un cambio de Ministros y de Política y que éste fué el resultado de la insurrección de la División Colombiana que guarnecía ésta,

ejecutada el 26 del mismo contra sus Jefes, y cuyo orígen se deriva de la anarquía que en Colombia hizo brotar el General Paez con su defección. En consecuencia pues, de aquella variación, la política del Gobierno Peruano tomó una dirección enteramente opuesta a la que hasta allí había marcado sus pasos, y ella ha sido tan de la aprobación general de la República que en ningún punto de ella encontró la menor resistencia a pesar de los muchos resortes que movieron con este objeto los partidarios del absolutismo. Esto emite una idea bien consolante para los amigos de la América, y es que, por más ignorantes y abyectos que sean los Pueblos—como se dice especialmente ser los del Perú—el sentimiento de su Libertad e Independencia es uno e indestructible. El General Bolívar con sus victorias y fama, y con las fuerzas Colombianas que tenía esparcidas en el país a su devoción, había podido acallar el clamor de los Pueblos por instituciones liberales, y había casi logrado probar que la opinión de los Pueblos del Perú se pronunciaba por principios y formas que no son de este siglo. Pero se presentó una ocasión, y el Perú ha desmentido al General Bolívar. El influjo de este General ha desaparecido, y el pronuncia-

miento por constituirse bajo las formas Republicanas es unísono.

A los 50 días de la insurreción, la División Colombiana se embarcó para el Sud de Colombia, para destruir en él, los principios de abolutismo que los agentes del General Bolívar habían establecido desde su cuartel general en Guayaquil. La división ha desembarcado allí y en el momento, aquellos Pueblos se han pronunciado por el sostenimiento de la Constitución Colombiana, y han contradicho el nombramiento de Dictador que la violencia les había arrancado.

En la República de Bolivia sostienen 2000 Colombianos a las órdenes de su Presidente Sucre, la vergonzosa Constitución que juraron, y los principios de la política del General Bolívar, pero no pasará mucho sin que bien sea un sacudimiento popular u órdenes del Gobierno de Colombia, retiren aquella fuerza y quede el Alto Perú en libertad para pronunciarse. Es muy probable que éste sostenga la declaración de Independencia que hizo, aunque dictada antes por el vencedor en Ayacucho, pero la existencia del Alto Perú como Nación, parece muy precaria a los políticos. Su posición geográfica la hará depender de sus vecinos, sin permiso de los cuales no puede tener co-

mercio. El establecimiento de un puerto en Cobija es irrealizable absolutamente. El General Bolívar, para organizar su extendida dominación, había iniciado tratados de Federación y límites entre esta República y la de Bolivia, y no han sido ratificados ni lo serán por este Gobierno, pero las pretensiones de que el Alto Perú se agregue al Bajo, ni por eso están disconformes con la política del actual Gobierno. Mas es bien fácil de preveer que el Alto Perú no renunciará a su Independencia Nacional, a no ser que la experiencia les convenciese de su incapacidad de sostenerla.

El 4 del corriente se instaló en esta Capital el Congreso Constituyente, y es agradable observar que las ideas Nacionales y los principios de Libertad son la insignia de cada uno de sus miembros. Su primer acto, después de la instaalción, fué continuar al Ejecutivo provisoriamente en el mando de la República. En seguida se presentaron varias proposiciones, una para restablecer la Constitución del año 23, y otra para abolir la jurada en Diciembre del 26 (es decir, la del General Bolívar). Estas proposiciones han pasado a una Comisión.

En el Congreso se dejó ver inmediatamente un Partido de oposición a la per-

sona que estaba encargada del Ejecutivo (general Santa Cruz) y es la mayoría. Esta cree que este General elegido por el General Bolívar para dejarlo a la cabeza del Gobierno, no debe tener la confianza de la Nación, y teme también que sus principios se resientan mucho de su educación militar.

Le opusieron como candidato a la Presidencia de la República al General La Mar. Ambos son peruanos, por la batalla de Ayacucho, pues el primero es hijo de Cuenca y el segundo de la Paz. Ello parece cierto que la opinión pública se pronuncie por el General La Mar, pero también lo es de que los Prefectos de los Departamentos y la fuerza armada están por el General Santa Cruz. Ambos tienen méritos y servicios, y quedaba al Congreso el pronunciarse por el que más tenía su confianza para ocupar la Presidencia. La elección de cualquiera de éstos tenía riesgos para la tranquilidad del país, pero yo no los miro sino como consecuencia del tránsito que en un momento ha hecho el Perú de la esclavitud a la libertad. Se calculaba además, que el Congreso no procedería a la elección del Presidente de la República hasta no haber sancionado la Constitución, pero las repetidas renuncias del General Santa Cruz y quizá algún espíritu de partido alijera-

ron aquella, y se hizo el día 9 del corriente y recayó en el General La Mar a quien se ha mandado un buque de guerra para traerlo de Guayaquil, donde se hallaba, quedando en el entretanto encargado del Poder Ejecutivo el Vice-Presidente Don Manuel Salazar y Baquijano, antiguo Conde de Vista Florida.

Cerraré esta comunicación, asegurando de nuevo que la política de este país no estará ya bajo el influjo del General Bolívar, que los principios que seguirá este Gobierno serán de conformidad con los que ha proclamado nuestro Gobierno, para felicitar el cual, por la batalla de Ituzaingó, se ha dirigido al Agente en el Brasil y se le ha nombrado cerca de nuestro Gobierno, y que por último si la guerra injusta que nos hace el Emperador del Brasil continuase por algún tiempo, estoy persuadido que esta República tomará un interés decidido en nuestro favor. Entre los papeles públicos que por esta ocasión se remiten al Señor Gil, encontrará el Mensaje del Ejecutivo al Congreso, cuyo contenido es muy correcto.

El infrascripto saluda afectuosamente

al Encargado de Negocios a quien se dirige y le presenta su distinguida consideración y respeto.—Estanislao Lynch.

Al Sor. Don Juan Fsco. Gil
Encargado de Negocios de la
República Argentina cerca de
S.M.B.—Londres.

## BOLIVAR MONARQOISTA

Guayaquil, Agosto 5 de 1829.

Al Señor Coronel Patricio Campbell,

Encargado de Negocios de S.M.B.

Mi estimado Coronel y mi amigo: Tengo la honra de acusar a Vd. recibo de la apreciable carta de Vd., de 31 de Mayo, fecha en Bogotá.

No puedo dejar de empezar, por dar a Vd. las gracias por la multitud de bondades que Vd. derrama en toda su carta hacia Colombia y hacia mí. ¡Cuántos títulos no tiene Vd. a nuestra gratitud! Yo me confundo al considerar lo que Vd. ha pensado, lo que Vd. ha hecho, desde que está entre nosotros, por sostener el país y la gloria de su Jefe.

El ministro inglés residente en Estados Unido, me honra demasiado cuando

dice que espera en Colombia sola, porque aquí hay un Bolívar. Pero no sabe que su existencia física y política es muy debilitada y pronta a caducar.

Lo que Vd. se sirve decirme con respeto al nuevo proyecto de nombrar un sucesor de mi autoridad, que sea Príncipe Europeo, no me coge de nuevo, porque algo se me había comunicado con no poco misterio y algo de timidez, pues conocen mi modo de pensar.

No sé que decir a Vd. sobre esta idea, que encierra en sí mil inconvenientes. Vd. debe conocer que, por mi parte, no había ninguna, determinado como estoy a dejar el mando en este próximo Congreso, ¿mas quién podría mitigar la ambición de nuestros Jefes y el temor de la desigualdad en el bajo Pueblo?

¿No cree Vd. que la Inglaterra sentiría celos por la elección que se hiciera en un Borbón? ¿Cuánto no se opondrían los nuevos Estados Americanos? ¡Y los Estados Unidos, que parecen destinados por la Providencia para plagar la América de miserias en nombre de la Libertad! Me parece que ya veo una conjuración general contra esta pobre Colombia (ya demasiado envidiada) de cuantas repúblicas tiene la América. Todas las prensas se pondrían en movimiento llamando a una nueva cruzada contra los cómplices

de traición a la Libertad, de adictos a los Borbones, y de violadores del sistema Americano. Por el Sur encenderían los Peruanos la llama de la discordia, por el Istmo los de Guatemala y Méjico, y por las Antillas, los Americanos y los liberales de todas partes. No se quedaría Santo Domingo en inacción, y llamaría a sus hermanos para hacer causa común contra príncipe de Francia. Todos se convertirían en enemigos, sin que la Europa hiciera nada para sostenernos, porque no merece el Nuevo Mundo los gastos de una Santa Alianza; a lo menos tenemos motivos para juzgar así, por la indiferencia con que se nos ha visto emprender y luchar por la emancipación de la mitad del Mundo, que bien pronto será la fuente más productiva de la prosperidades Europeas.

En fín, estoy muy lejos de oponerme a la reorganización de Colombia conforme a las instituciones experimentadas en la Sabia Europa. Por el contrario, me alegraría infinito y reanimaría mis fuerzas para ayudar en una obra que se podría llamar de salvación y que se conseguiría no sin dificultad, sostenidos nosotros de la Inglaterra y de la Francia. Con estos poderosos auxilios, seríamos capaces de todo, sin ellos, nó. Por lo mismo yo me reserbo para dar mi dictamen definitivo

cuando sepamos que piensan los gobiernos de Inglaterra y de Francia sobre el mencionado cambio de sistema y la elección de dinastías.

Aseguro a Vd., mi digno amigo, y con la mayor sinceridad, que he dicho a Vd. todo mi pensamiento, y que nada he dejado en mi reserva. Puede Vd. usar de él como convenga a su deber y al bienestar de Colombia; esta es mi condición, y, en todo, reciba Vd. el corazón afectuoso de su atento obte. Sdor.—Bolívar.

## Rasgos típicos del alma de San Martín y la de Bolívar.

San Martín á Guido, año 1823.

"Mendoza, Marzo 11 de 1823—Señor Don Tomás Guido: Mi amado amigo: El largo período de diez años de revolución y el conocimiento de lo general de los hombres que éste suministra, me habían hecho adquirir un estoicismo ajeno de mi carácter; pero su carta del 9 me ha hecho conocer que mi alma es la misma con que empecé la revolución: tal ha sido la impresión que me ha causado el contraste de Moqueguá y la idea de la muerte de mis antiguos compañeros".

Bolívar a Guido, el mismo año.

"Mi querido General: Todo el mundo está encantado con Vd.; y yo, si me permite Vd. la franqueza, le diré que estoy furioso contra su bondad, su política y su

parsimonia. La guerra no vive *si no de actos de violencia y de destrucción,* no se hace por el amor de Dios. La desgracia es de que Vd. y yo somos militares y no tenemos otro oficio más benéfico|. Adiós mi querido general, vuelvo a pedir a Vd. perdón por mi mal humor.

*Quisiera ver a Vd. más fuerte y menos bueno.*—Bolívar."

El biógrafo del general Guido exclama al pie de esta carta: " Habían pasado ya los tiempos en que la severa rectitud de San Martín fijaba matemáticamente los principios de la guerra, sin que hubiese nunca arrojado su espada en la balanza de la justicia ". El general don Tomás Heres, ministro de Bolívar, que ejercitaba maravillosamente el poder dictatorial de su jefe, dirigía al general Guido, el 4 de Diciembre de 1824 la orden siguiente: " Señor General, no hallándose satisfecho el Gobierno de la conducta que V.S. ha seguido en el país, ni creyendo conveniente su permanencia por más tiempo en él, se ha servido resolver: *Que V. S. lo deje en el perentorio término de quince días contados desde la fecha de esta orden,* lo cual comunico a V. S. para su inteligencia y cumplimiento ". ¿Cuál era su falta? se pregunta el narrador de la vida del patriota argentino, y se contesta: " Una tenía, y grande: su amistad in-

violable por su antiguo jefe el General San Martín. Bolívar sabía los vínculos que le ligaban a él, y en su exclusivismo por la gloria de dirigir sólo los sucesos que debían llevar al desenlace del gran drama de la revolución, la sombra austera del vencedor de los Andes, agitaba su espíritu, como quitaba el sueño a César el recuerdo de las hazañas de Alejandro. Los manejos de Riva Agüero, que al mando de un ejército instaba a San Martín a volver al Perú, irritaban la fibra del formidable caudillo ".

## Los guerreros de la Independencia Colombiana en la República Argentina.

Buenos Aires, Diciembre 5 de 1868

Habiendo llegado a este país el General D. José A. Paez, en prosecución de una modesta industria para sostener su vida en la más avanzada edad; y considerando que este ilustre guerrero, es la más alta gloria militar que sobrevive a los tiempos de la Independencia; y que sus grandes hazañas reconocidas ya por la historia, contribuyeron en gran manera a afianzar la Independencia Americana, el Presidente de la República Argentina, para asegurarle el reposo en sus últimos días y en reconocimiento de sus grandes servicios, acuerda y

DECRETA

Art. 1.°—Dése de alta en la Plana Mayor Activa del Ejército Argentino, al General D. José Antonio Paez, en la clase de Brigadier General.

Art. 2.°—Sométase este decreto al Honorable Senado de la Nación.

Art. 3.°—Comuníquese, publíquese y dése al Registro Nacional.

SARMIENTO.
*Martín de Gainza*

## Ley N.° 1822 del 30 de Septiembre

Art. 1.°—Autorízase al Poder Ejecutivo para abonar al General de División don Clemente Zarraga, mientras resida en la República, el sueldo mensual que a su clase corresponde.

Art. 2.°—Comuníquese al Poder Ejecutivo.

Dada en la Sala de Sesiones del Congreso Argentino, en Buenos Aires, a 27 de Septiembre de 1886.

# INDICE

## CAPIULO I

### Glorifóbia y Cochranismo póstumas

Las fatales leyes de la Historia y la montonera del bolivianismo anarquico-literario.— El falseamiento de la Historia como esgrima de odios y celos gratuítos contra la Argentina: causa de la explosión.— Los puntos capitales de la calumnia contra el país y el General San Martín: su refutación documentada.—No son los historiadores argentinos, sino los críticos de "tierra caliente" los censores más crueles de la psicología colombiana.—Contradicciones del bolivianismo antiargentino: San Martín infame y grande; Argentina noble y despreciable; Rivadavia, Valentín Alsina, Mitre, Sarmiento, personajes de aldea.— Bolívar héroe argentino.—Venezuela puesta en la picota pública por el crítico de la historia argentina.— El psiquiatra historiador uruguayo de Hispania y el filósofo, también uruguayo, de la reciente obra: "Cartas de Bolívar".—El coturno histórico de ambos. (Pág. 13)

## CAPITULO II

### Hegemonia de la Revolución Argentina

Influencia del espíritu argentino en Chile, Perú y Brasil ,antes de la Revolución de Mayo 1810.—Los patriotas de Chile y del Perú reconocen lo hegemonía argentina en la guerra de la Imdependencia de América.—El Virrey Pezuela la declara explicitamente al ministro español residente en Janeiro.—El 25 de Mayo de 1810 fué una expresión continental: Inglaterra y Portugal así lo comprendieron.— Las Provincias Argentinas americanizaron con ella su espíritu de libertad, manteniéndose fieles al dogma americanista.—San Martín fué su grande exponente en lo militar.— Bolívar prostituyó el noble principio.— Comprobación histórica. (Pág. 83)

## CAPITULO III

### Miraflores y Punchauca

Las calumnias de los apologistas de Bolívar sobre la actitud de San Martín en las conferencias de Miraflores y Punchauca, están desmentidas por los Virreyes Pezuela y de La Serna.—Nunca brilló tanto la habilidad diplomática del Libertador de América como en aquellas negociaciones.—Desesperación de Pezuela.—El reconocimiento inmediato de la Independencia del Plata, Chile y Perú, facilitando el del resto del Continente, fué el fondo de la discusión enérgicamente sostenida por el negociador argentino.—Testimonio de los comisionados españoles.—Las declaraciones de García Camba.—Pezuela y de La Serna se sintieron vencidos por la diplomacia de San Martín.—El juicio honrado del general Guido.—Comprobación histórica. (Pág. 115)

## CAPITULO IV

### El Oro y el Bronce

La calumnia boliviana y el cochranismo póstumo.—El pudor literario y los sagrados deberes de la posteridad para con la memoria del General San Martín.—Orígen de las calumnias carrerinas y las de Cochrane.—Una figura literaria de la "Historia del General San Martín y de la Emancipación Sud Americana" como pretexto para la exhumación de aquellas.—Los documentos probatorios de la maldad famosa están hoy al alcance de todos los estudiosos.—La carta de Alvarez Condarco y la causa inocente de la calumnia.—Carta del doctor Antonio Alvarez de Jonte a San Martín sobre las negociaciones de Condarro.—El mismo San Martín catalogó éstas en sus papeles y las legó a su posteridad, siendo esa la mayor prueba de su inocencia.—Cochrane a la luz de sus propias cartas y del juicio de los hombres de Chile y Perú.—Comprobaciones históricas (Pág. 153)

## CAPITULO V

### La Conferencia de Guayaquil y el bolivarismo moderno

Las críticas venezolanas de nuestros días y la conseja de Mosquera.— Guayaquil es -la Roca Tarpeya de Bolívar y el Monte Tabor de San Martín.— Razón de la leyenda del misterio.— El egoismo y las ambiciones de Bolívar fueron la causa única de la abdicación de San Martín.—El gobierno y la sociedad de Guayaquil requerían á éste y repudiaban al Caudillo.—La palabra de San Martín sobre la conferencia dada en vida de Bolívar jamás fué desmentida por nadie.—Juicios de Barros Arana, Samper y Paz Soldan.—Sarmiento y las falsías de Mosquera.— El reto de San Martín a Bolívar por sus imposturas. —La grandeza de San Martín disimula la pequeñez de Bolívar al regresar de Guayaquil, en obsequio a la caus americana.—Los dos brindis.—La opinión pública de Lima y la abdicación del Protector. —un rasgo típico de Bolívar.—La carta de San Martín y la desesperación del bolivarismo. (Pág. 203)

## CAPITULO VI

### Bolívar a la luz de sus idólatras

Bolívar es el Caudillo; San Martín el Soldado-misión: Bolívar mismo se confiesa caudillo.— El juicio de Mitre.—San Martín y Bolívar según Mackenna. —Bolívar monarquista: su famosa carta al agente inglés Campbell— Restrepa expone lealmente las monstruosidades de lesa América de Bolívar—Actitud de San Martín mientras Bolívar pedía el apoyo de Inglaterra y Francia para imponer su "Imperium":—reta a duelo al Dr. Manuel Moreno, nuestro Plenipotenciario en Londres.—El republicanismo de Bolívar según José María Sámper—Bolívar y Petión—La moral de Bolívar descrita por sus biógrafos.—La palabra de Guido—Bolívar y la hecatombe venezo-granadina. (Pág. 275)

## CAPITULO VII

### El Renegado

San Martín sin cuna y sin amor patrio según los Apologistas de Bolívar—La primer solicitud íntima de San Martín al organizar "Los granaderos"— La voz de San Martín al tomar a Lima — Porqué San Martín da bandera y ejército al Perú?—"El Tratado particular de las Provincias Unidas del Río de La Plata y el Estada de Chile".—La expontánea fidelidad de San Martín—La lealtad y respeto de su Ejército en el Perú—Los únicos traidores castigados con la grandeza del Libertador. (Pág. 367)

## CAPITULO VIII

### San Martín y Bolívar ante los Congresos

San Martín y Bolívar ante los Congresos.—La virtud y la farza.—San Martín y los Congresos Argentinos.—El "congresismo" de Bolívar juzgado por Paz Soldan.—El escamoteo de Congresos y la sinceridad de Bolívar.—Las bayonetas colombianas son la llave de los Congresos de Bolívar.—Juicio de Tudor. (Pág. 391)

## CAPITULO IX

### El génio, el brazo y el oro Argentino

### En la expedición emancipadora del Perú

Las glorias nacionales no se cotizan ni pueden ser robadas por extraños.—La redención política del Perú fué pensamiento del génio, la sangre y el tesoro argentino.—Decreto del 28 de Marzo le 1822.—Las erogaciones comprobadas y aún hoy comprobables del gobierno argentino en favor del Perú.—Las grandes palabras de Pueyrredón.—Las instrucciones de San Martín: el tratado argentino-chileno de 5 de Febrero de 1819.

(Pág. 405)

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 14 29 02 01 004 5